

FRANCESCO NAPCO



LA PREPARADORA DE JUICIOS

Umbriel

## **Datos del libro**

©2015, Marco, Francisco

©2015, Ediciones Urano, S.A.U.

ISBN: 9788499448695

Generado con: QualityEbook v0.84

Generado por: tordon11, 25/04/2017

*Cuanto más que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar a  
entender que he gobernado como un ángel.  
Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria y  
ponías en la verdad del caso.*

MIGUEL DE CERVANTES

*A mi hijo Nico, por todo su amor.*

*A los míos; los que lo fueron y los que lo son.*

*El resto, espero que disfruten de la lectura.*

## Antes de empezar a leer...

*Buenos días, damas y caballeros. Son las seis de la mañana del lunes seis. Ya llevamos unos días de octubre. Pasan rapidísimo. Y hoy es el tercer y último día del juicio del año. El día más importante. Hoy declara el detective privado Néstor «El Dandi» Sanchís y veremos cómo el abogado de la defensa intenta desacreditarlo. Vamos a conocer todo el resto de las noticias del día en titulares. Aquí, en Herrera en la Onda.*

Bibi se despertó como cada mañana, con el editorial de Carlos Herrera, sabiendo que su joven amante, Francisco Nicolás Montón, tenía que morir. No era el primer hombre que amaba, pero sí el primero al que casi duplicaba la edad. Lo miró recostado a su lado. Sintió la necesidad de deshacerse de él. «O eso o la cárcel», pensó la preparadora de juicios. Sin embargo, desechó dar la orden de asesinato y se prometió no volver a impregnarse de las manos de aquel joven rubito, aprendiz de político. Una vez más se engañó a sí misma, como llevaba haciendo desde su divorcio. Pocos meses antes había jurado y perjurado que jamás volvería a perder la cabeza por otro hombre. Y, menos aún, si tenía veinte años.

Enferma de calor, sintió la necesidad de catar la tersura del pecado. Apartó el flequillo rubio de su frente y acarició sus mejillas pecosas. En cuanto Nicolás abrió los ojos, ella creyó que jamás podría cerrar su mirada de perro pachón. Entonces se decidió y lo amó con el desenfreno de quien sabe que es la última vez, sintiéndolo desfallecer casi una hora después.

Llena de él, entró en la ducha para sentir cómo el agua le atacaba como alfileres en su piel mancillada por la violencia con la que habían hecho el amor. La última vez que la preparadora de juicios miró a Nicolás Montón, el chico yacía, con los ojos cerrados, en la cama.

A las siete cerró la puerta del picadero sintiendo que el pasado quedaba atrás; esperaba no haber dejado huellas de su paso por allí. Al llegar a la calle, respiró. Arrancó el coche y puso rumbo a la ciudad de la justicia.

Era el tercer y último día del proceso del año. La preparadora de juicios tenía que poner en marcha la maquinaria que llevaría a la absolución definitiva de su cliente. Había ideado el plan perfecto. Su obra maestra. Tenía que desactivar la declaración del detective privado Néstor «El Dandi» Sanchís. Si lo conseguía, la libertad de su cliente sería un hecho y su cuenta corriente pasaría a tener algunos ceros más. Volverían los días de opulencia.

A las nueve de la mañana todo estaba a punto. El cliente solo tenía que simular un ataque al corazón, y de ahí a su absolución había un único paso.

Un momento... ¡Un momento! Perdóne usted, señor lector.

Antes de empezar a leer esta novela déjeme que le comente un par de cosas.

Este es un libro de ficción. Y como tal, los personajes que aparecen son producto de mi imaginación. No busque paralelismos en la vida real. Porque aunque la ficción encubra muchas verdades, cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia. ¡O no!

Por otro lado, sepa usted que un proceso judicial tiene muchas reglas. Todas escritas por políticos que luego hacen cumplir los jueces. Y los ciudadanos estamos en sus manos. Pero hay otras reglas —no escritas— que deben ser tenidas en cuenta. Los tribunales tienen su propio ritual y secretos que encubren pasiones desmedidas de lujo, sexo, dinero y poder. Solo la preparadora

de juicios los conoce.

Y, a partir de hoy, usted también. Solo existe un requisito.

Shsss. ¡Guarde silencio!

## Prólogo

*6 de octubre de 2014*

-Oiga. ¿Me está atendiendo? —preguntó la preparadora de juicios.

—Sí, señora.

«Pues ya era hora...», se dijo, cansada de repetir lo mismo una y otra vez.

—Póngase erguido y adopte una postura con la que muestre seguridad.

Vio cómo el cliente se removía en el asiento, cruzaba las piernas y la miraba buscando su asentimiento. La preparadora negó con la cabeza mientras cerraba los ojos.

Cansada, se paseó frente al estrado improvisado y finalmente se sentó en un extremo de la mesa. Lo había situado frente a ella, en una silla tras un micrófono, tal y como estaría en unas pocas semanas, declarando ante un magistrado de verdad.

—Siéntese recto. Debe mirar al juez a los ojos. No mire al techo. Tampoco al suelo.

Avergonzado, se miró las manos.

—¡Ni las manos! Tampoco se las mire. La mirada siempre debe estar fija en los ojos del magistrado. No la desvíe ni busque jamás la aprobación de su abogado. Venga, no es tan difícil. Seguro que podrá. Y si lo hace bien... No se preocupe, cuando acabe la vista judicial le daremos un caramelo.

—Sí, señora —contestó.

—Créase lo que está diciendo. Si no, nadie le creerá. ¡He dicho recto! —gritó, fulminándole con la mirada—. ¿Me entiende?

—Perdón.

—¡Qué le he dicho! —vociferó, a punto de añadir un joder que calló—. ¡Créase lo que dice, mantenga la compostura y todo irá bien!

—Vale —asintió el cliente.

La preparadora suspiró y él se relajó. Ella, enseguida se dio cuenta que el cliente había aprovechado para mirar su blusa casi transparente intentado descubrir la oscuridad de sus pechos.

—¿Vale? —preguntó exhausta—. He dicho mil veces que esto es una sala de simulacros. Y a la jueza se le tiene que contestar «sí, señora» o «no, señora». Se debe ser cortés y demostrárselo.

—Sí, señora.

—Y, sobre todo, nada de joyas ni relojes de lujo. Un traje azul marino cómodo. Sin marcas ni opulencias. Una camisa de puño simple abotonado y de color azul claro. Zapato negro de cordones y corbata roja. Ese va a ser su uniforme en la sala. ¿Sabrá hacerlo?

—¿Roja?

«Esto es insufrible», meditó la preparadora cansada de tanto bobo con poder. Asintió con la cabeza.

—Sí. El azul es un color que genera confianza y el rojo atrae a las mujeres. Y la jueza que le ha tocado es mujer. Le quiero atractivo, confiable, cómodo y austero. Le acusan de un delito económico y no deseo ningún signo evidente de riqueza. Y, de verdad —añadió—, si no se acuerda de los colores piense en papá pitufo.

En cuanto el cliente se marchó de la sala de vistas simulada, se descalzó. Bajó de sus Manolos y movió los dedos de los pies, de atrás adelante, haciéndolos crujir en sus medias de

seda. Se sentó en el suelo y sintió que la falda de tubo se le subía hasta los lindes de su cadera. Se tumbó, apretó los glúteos y notó como su espalda se arqueaba. Estiró las piernas y se quitó la falda.

Respiró en cuanto empezó a sentirse desnuda.

Aquella mañana se había vestido así a propósito; quería desconcertar al cliente, ponerle nervioso. La preparadora, acostumbrada a llamar la atención en cualquier circunstancia, lo había conseguido. Su pecho generoso y sus piernas curtidas con largas clases de ballet le otorgaban un porte altanero. También le ayudaba ser morena. Así era ella. Sin embargo, había algo en su aparente perfección que no encajaba. Su suficiencia ocultaba un estigma bajo una careta artificial incrustada tras años de amarguras y una vida dedicada al teatro. No al de las tablas, sino al de la vida, donde los débiles se crecían ante la adversidad y los listos ocultaban su innata capacidad.

Bebió un sorbo de champagne y se quitó la camisa de seda transparente.

De repente, un golpe de aire frío hizo que se le erizara la piel. Sonrió pensando en el cliente. «Por fin ha aceptado cumplir mis órdenes.» Sabía que en la sala de juicios los nervios traicionaban a todos los hombres. Y su cuerpo bloqueaba a cualquier varón. Les hacía sudar. Los ojos de esos memos se posaban en su pecho y la concentración desaparecía. El cliente al que estaba educando para mentir en una sala de vistas judicial no iba a ser menos. Y lo había conseguido. ¡Claro que lo había hecho! «Los hombres son muy simples. ¿Tetas y culo? Sudor al canto», pensó.

Se desvistió del todo.

A solas, desnuda y tumbada en el suelo, se alegró de tener un nombre de guerra. Se veía a sí misma como una ladrona y una puta. Alguien fuera de la ley que, con pocos conocimientos legales, mucha intuición y un buen par de tetas, conseguía camelarse a los jueces y a los jurados. Sabía que jugaba con ventaja. No era tonta, aunque en otras épocas le hubiese interesado parecerlo. «Pero ¿no es eso lo que hacen los abogados y los fiscales?», se repetía para justificar su falta de escrúpulos innata. Era una *self-made woman* encumbrada a los altares de la jurisprudencia.

A sus treinta y tantos años, se sentía dueña de su vida. Había dejado atrás una familia. Una vida tranquila y conservadora. Se había volcado en su desarrollo profesional como preparadora de juicios sin prever que detestaría a aquellos viejos empresarios a los que solo les gustaba el dinero. No sabían vivir. Ella sí sabía disfrutar hasta el último céntimo de lo que ganaba. Dom Pérignon en una copa estilizada de cristal.

Todo lo que sabía, las reglas no escritas del proceso, lo había aprendido de su padre, un mero perista acusado de cooperación en el blanqueo de capitales. También de su ex marido. Y ahora le tocaba preparar a otros imputados. Todos ellos nerviosos, vilipendiados y temerosos de una futura condena judicial. La social, personal y mediática ya la habían sufrido.

Bebió.

El gas entró en su cuerpo y despertó su sensualidad. Vestida conseguía desestabilizar a esos señores del dinero. Desnuda, sintió que desaparecían las imposturas.

Su piel (tras un divorcio inquietante y un ex marido generoso) solo la besaban jóvenes efebos que la hacían sentir una dama vestida de Chanel.



# **PRIMERA PARTE**

Marzo, 2014

Tomás Sánchez Gamonal dejó el rolex de oro en casa y lo cambió por otro reloj de plástico. Esa tarde no iba a trabajar. Durante la comida, en el restaurante Horcher, había sabido lo que iba a ocurrir en pocos minutos.

—Van a venir a por ti —le había dicho su confesor.

—Mierda.

En cuanto salió del restaurante, tras absorber dos whiskies *Ardbeg Uigeadail* para tomar fuerzas, había observado los jardines del Retiro y asumido que pasaría algún tiempo antes de que pudiese volverse a sentar en un buen comedor. Y es que lo que ocurrió esa tarde sería motivo de muchas elucubraciones y, para el juez Luján Olvido, que había dado la orden de imputarlo, de no pocos problemas. Porque Tomás Sánchez Gamonal en lugar de aceptar su pasado y asumir sus culpas, había ordenado a su abogado que pusiese en marcha un plan para acabar con sus enemigos, mientras él se marchaba a su vivienda con su familia.

Lanzó su traje sastre de ojo de perdiz, de una marca napolitana, en el vestidor de su suite, y se fue a la ducha. Odiaba esa ropa que Verónica, su segunda mujer, mucho más joven y pretenciosa que él, le compraba.

—Tienes que estar al día de la moda —le solía replicar con impostura—. Debes demostrar tu poderío. La ropa es un símbolo de poder. De tu poder —añadía.

Sustituyó su camisa de gemelos por una abotonada con un gran logotipo en el bolsillo izquierdo. Dejó la hechura de la americana cosida a medida y la cambió por una prêt-à-porter, más adecuada a su siguiente destino. Pasó revista a su nuevo yo. Casi la podía escuchar, llamándole «cari».

¡Cómo lo odiaba! Al principio de su relación le hacía gracia. Ahora le ponía enfermo incluso recordar sus palabras: «Debes ser más *trendy*. Eres lo que ven. Tu propia marca. Debes reflejar lujo. Esa es tu *life-style*». ¡Menuda idiota!, se dijo el banquero mientras se preparaba para salir de la habitación.

Frente al espejo se afeitó y acicaló para evitar que quedara cualquier rastro de inquietud o ansiedad. Antes de salir de la habitación sorbió un último vaso de whisky y fumó, de forma compulsiva, un cigarrillo.

Recorrió los treinta metros de pasillo hasta el salón principal donde le esperaban su joven mujer y los tres hijos que había tenido de su matrimonio anterior. Con Verónica había tenido uno más, pero era demasiado pequeño para comprender todo aquello. En ese pasillo hacia el infierno recordó a su ex mujer, Elisa. Echaba de menos sus consejos. Su rictus se tensó. «No debería haberla dejado», se dijo preguntándose por qué lo había hecho. La imagen de Elisa no acompañaba a su nueva vida de financiero de prestigio, aunque ella habría sabido consolarle en esos momentos. Verónica, sin embargo, solo se preocupaba de si había dejado arregladas las finanzas antes de ese viaje que tenía que emprender. Se lo había comentado sin atreverse a poner nombre a su siguiente destino.

Sus pasos resonaron de forma teatral en el parqué de la casa acallando los murmullos que llegaban de su familia, a los que había citado a una reunión de urgencia desde el coche, mientras el chófer conducía desde el barrio de los Jerónimos hasta su vivienda. Pasó frente a un Picasso y a

un Dalí. Ni los miró. Pura apariencia. Sus mejillas estaban sonrosadas, casi enrojecidas por el alcohol, la ducha reparadora y la ira que, poco a poco, se iba apoderando de él. Les informó, a su manera; con muchos sobreentendidos, pocas explicaciones y escasa información. Su cerebro estaba ocupado ordenando las instrucciones que tenía que dar a su hijo mayor, su sucesor. La documentación ya no estaba en la casa y nadie iba a encontrar nada que él no quisiese. Ni siquiera dinero.

De repente, el timbre sonó y oyó con sordina unas voces en la puerta principal.

—Qué esperen —ordenó.

Abrió su mayordomo y les hizo pasar a la biblioteca.

Se despidió de su mujer con un breve roce de labios y abrazó a su hija pequeña. El mediano recibió un gesto de cariño en su rostro y el mayor, Jorge, de treinta y ocho años, un sonoro golpe en la espalda. Su hijo había recibido una educación severa, que culminó con una carrera de derecho y un máster en *business administration*. Ahora le tocaba a él ponerse al frente: ser el *paterfamilias* y su *consigliere*.

—¿Te acuerdas de todo lo que te he dicho?

—Sí, padre —contestó Jorge Sánchez Gamonal.

—Pues entonces, haz lo que tengas que hacer —le dijo antes de partir—. Aplícate. Todas mis enseñanzas las vas a tener que poner en práctica. Sin piedad —afirmó, soltando un olor a alcohol y nicotina que repugnó a Jorge.

Con sus visitantes a ambos lados, cruzó el soportal de su vivienda y atravesó el porche, dejando a su derecha la piscina familiar y el garaje que albergaba su colección de coches de época. Se paró junto al vehículo en el que habían venido aquellos dos hombres, serpenteando por el camino privado por el que se accedía a la finca. Les miró esperando sus indicaciones.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó, mientras pensaba en su último pitillo. No sabía lo que le iba a deparar el futuro.

Para algunos, los placeres mundanos, frente a la certeza de la muerte, eran un absurdo. Sin embargo, para él reflejaban su vida llena de éxitos, enfados y excesos. Había tenido que tomar tantas decisiones ejecutivas, que encontrarse de frente con un destino irresoluble le parecía una ironía. La situación parecía tan incómoda para aquellos hombres como para Sánchez Gamonal.

—Lo siento señor. Tenemos que hacerlo.

Les miró displicentemente y desvió la vista hacia el final del camino, iluminado por antorchas, donde estaba el portalón de acceso a la finca. Entre el enrejado negro vio fognazos luminosos e imaginó lo que iba a ocurrir.

No se equivocó. Los dos policías inmovilizaron las manos del empresario, recién jubilado de su puesto de presidente y consejero delegado de unos de los mayores *private bank* del país, El Continental. Le ayudaron a entrar en el coche policial protegiendo su cabeza mientras se sentaba en la parte trasera del vehículo.

Una docena de periodistas les siguieron en dirección a los juzgados de Plaza Castilla después de haber tomado cientos de fotos de su arresto. En el coche, de camino al tribunal, observó la majestuosa ciudad de Madrid mientras notaba los achaques propios de la edad. Pero el sonido que de verdad le atenazaba era el de su cerebro. Se sentía impotente; sabía que había cometido muchas equivocaciones en su vida, pero aquella caza de brujas era una ignominia. ¿Por qué no habría hecho caso a sus abogados? ¿Cómo sería la vida en prisión? ¿Por qué le hacía eso el juez? ¿Quién le había traicionado? ¿Saldría todo bien?

Su mente se inundó de pensamientos negativos. Intentaba compelerlo a actuar de forma diferente a la preestablecida. Pero sentado en el coche policial, camino de los juzgados y con un

seguro destino carcelario, ni su cabeza le hacía caso. Estaba tan acostumbrado a luchar que, en esos momentos, su mente se embotó.

La radio policial vomitaba códigos que no entendía y sus manos rígidas, atrapadas entre los fríos grilletos, descansaban en el regazo de sus rodillas. De repente, le sobrevino la imagen de su padre, fallecido hacía años, cuando le anunció que había montado su primera empresa de construcción.

—El éxito se logra con constancia y esfuerzo —le había dicho.

Una mueca apareció en el rostro del banquero. Sus logros los había conseguido con una ambición desmedida que le había hecho perseguir el sueño adictivo del poder.

De repente, el sonido de una bocina le hizo despertar de su ensoñación y girar la cara para ofrecer su mejor imagen robada, la que ocuparía las portadas de todos los diarios y los telediarios de las diversas televisiones nacionales. Automáticamente recuperó la compostura y su cerebro salió del bucle en el que se había metido flagelándose por su mala suerte.

—Por favor, cuando salgamos tápenme la cara. No quiero que esas aves de rapiña se ocupen de sacar mi peor aspecto y mis enemigos se deleiten con mi caída —dijo con su voz penetrante y potente.

—No se preocupe, señor. Usted tápese con el abrigo. Nosotros le guiaremos.

Las cámaras de televisión y los reporteros gráficos habían tomado, casi al asalto, la madrileña Plaza de Castilla.

—Señor Sánchez Gamonal, ¿es usted culpable? —le preguntaron cuando puso un pie fuera del furgón.

Querían captar alguna imagen de Tomás Sánchez Gamonal en su traslado a la cárcel de Soto del Real. Ordenes son órdenes. La imagen de un banquero esposado tenía mucho valor. Las ventas de los rotativos aumentarían y la publicidad volvería a las editoriales.

Tomás se inclinó hacia adelante y los policías le ayudaron a sortear la nube de fotógrafos camino del matadero.

El juez Luján Olvido ordenó el ingreso en prisión del banquero cuyo envejecido cuerpo y la falsa juventud de su impávida cara intentaban acomodarse en el furgón policial. Su escaso metro setenta de altura y sus delgadas piernas soportaban mal su abultado estómago; sus manos manchadas, por la edad, resaltaban su moreno artificial con el metal de los grilletes.

En cuanto dejó de escuchar el sonido de las voces de los periodistas se atrevió a mirar a través del ventanuco que había en ese camión de reparto de los deshechos de la sociedad. La apertura, protegida por un cristal blindado, era mínima y no le permitió ver nada más que un claroscuro que le anunciaba su futuro cercano. El reflejo de su rostro, estirado y artificioso, le produjo pena. Estaba solo por primera vez en muchos años; acostumbrado a tener ayudantes y sirvientes, se sintió desvalido, anulado y confinado a los brazos del terror carcelario.

—Espero que todo salga bien —murmuró el banquero, recordando las palabras de sus abogados: «Señoría, esto es un disparate judicial».

En el auto judicial «carente de fundamentación jurídica, extemporáneo y parcial», según lo habían definido los letrados del banquero, el juez se había despachado a gusto contra Sánchez Gamonal. Según él, sus actividades estaban destinadas al apoderamiento de los bienes de todos los accionistas del banco. El documento judicial, que ordenaba la detención del banquero, establecía que el proceso se había iniciado por un presunto delito societario para acordar su inmediato ingreso en prisión sin fianza por «estafa y blanqueo de capitales».

La caída no había hecho más que empezar. Eran tiempos de detenciones online, y las imágenes del financiero esposado dieron la vuelta al mundo. Las televisiones, los radios, los diarios digitales y las redes sociales solo hablaban del encarcelamiento del banquero.

*Era trending topic.*

El furgón llegó a la puerta exterior de la prisión. Paró frente a los periodistas. Destrozado, volvió a escuchar cómo gritaban su nombre mientras los clicks de las cámaras fotográficas convertían el eco metálico del receptáculo policial en el martillo de un revólver. Valoró las palabras que su letrado le había dicho nada más conocer su destino, y que le parecían lejanas. Sin embargo, apenas tenían una hora.

—Tranquilo, mañana te haremos llegar ropa.

—Decidle a mi hijo que no se preocupe. Que lo arreglaré —había pedido el financiero. Y en aquel momento se había creído sus propias palabras.

—Joder, Tomás, prepárate para estar una buena temporada encarcelado. Haremos todo lo posible por sacarte pronto. Pero no será inmediatamente —le había contestado el abogado, consciente de que la conversación podía estar siendo grabada por el juez—. Quince días no te los quita ni Dios.

El poderoso presidente del Banco Continental sabía que lo tenía muy difícil y que nada bueno podía presagiarse de aquella detención. Tendrían que hacer mucha labor de comunicación pública y, sobre todo, de presión política, si sus letrados querían ayudarle a escapar del pozo. El plan podía salir bien o mal. Pero había que ponerlo en marcha. Habría que regar con dinero a mucha gente.

La barrera de la entrada de Soto del Real se abrió para que el furgón con el detenido accediera al interior del centro penitenciario. Les seguía el coche de Íñigo Altamira, el abogado

del banquero, que salió del vehículo con las manos vacías. Se identificó en la garita de seguridad y esperó sentado a entrevistarse con Sánchez Gamonal. El letrado estaba valorando pros y contras. Haciendo cábalas para que todo acabase bien. Su preocupación era más que evidente. Hasta que una idea cruzó por su cabeza. En esos momentos arrugó la nariz y las comisuras de sus labios se alzaron. Casi sonrió. Su cliente le había transferido su poder. Ahora era él quien lo tenía. Estaba, por fin, donde quería. Entre las togas de oro del país.

—¿Por qué sonríes? —preguntó el banquero.

Altamira se levantó y se situó frente a su cliente, al que acababan de traer esposado para hacerle la lidia penitenciaria.

—Tómalo con calma.

—¿Qué ha pasado? —inquirió el banquero, que no entendía cómo las elevadas minutas no compraban voluntades.

El letrado se llevó un dedo a la boca; imaginaba que lo estaban grabando. Miró a su cliente pidiéndole cautela. Mide tus palabras, parecía decirle. Sin embargo, fue el propio Altamira el que inició la conversación hablando sin tapujos.

—Ese juez te odia —dijo el letrado.

—Dime algo nuevo.

—Tomás, no es normal. Lo recusamos, y aun así te envía a prisión.

—Sácame ya de aquí. Para eso te pago.

—No es tan fácil como crees —contestó hierático el letrado.

—¿Ah no? —dijo el banquero—. No me jodas, Íñigo. Ya hemos hablado de esto. Y si haces bien tu trabajo nada puede salir mal.

Altamira frunció el ceño. Esas palabras habían sonado a amenaza. A mandato. No creía en la justicia. Tampoco en la bondad humana y por eso había unido su destino al de su cliente, un abyecto comprador de voluntades y cercenador de la letra de la ley. Pero esos asertos eran una clara advertencia. Si caía el banquero, no tendría más clientes.

—Tranquilo. Lo haré. De todas formas te esperan unos presos de confianza en Soto del Real para hacerte la vida mínimamente cómoda —afirmó, servil.

Ramón Tejeda mostraba signos de cansancio. Desde que lo habían nombrado director general de la Policía su existencia se había convertido en un sinvivir. Pero lo soportaba de buena gana. Sabía que era algo temporal y que cuando regresara al mundo de la empresa privada, lo haría con más experiencia, una agenda de contactos voluminosa, y con mucho más dinero.

—¿Estoy bien? —preguntó a su asistente.

—Sí, señor. Está perfecto. En estado de revista —afirmó su cínico jefe de gabinete, Lauro Ibáñez.

Tejeda sonrió.

Minutos antes se había cambiado de ropa. Algo más formal. Repasó su incipiente calvicie frente al espejo y se lustró los zapatos. A sus cincuenta años estaba en el cénit de su carrera política. Ahora tocaba llenarse los bolsillos.

—Venga vamos —le dijo a Lauro Ibáñez—. Ya estoy a punto. Uno, dos, tres, probando —se aclaró la garganta.

Se sentó ante una mesa llena de micrófonos. Estaba agotado pero feliz.

La noche previa había sido muy larga. Había estado muy ocupado, contestando las dudas de empresarios y políticos, que se interesaban por la detención del banquero. Nadie hablaba bien del detenido. Simplemente querían saber hasta dónde iba a llegar la investigación policial. Se había pasado toda la noche respondiendo a solicitudes del ministro del Interior y a las seis de la mañana le comunicaron que, tres horas más tarde, tendría que ponerse frente a los medios de comunicación para dar una rueda de prensa.

—Necesitamos la publicidad —le había ordenado el ministro.

Y obedeció.

Había docenas de periodistas acreditados. Los destellos de los flashes le aturdieron un poco. Un sorbo de café, un sonido gutural para eliminar la carraspera de una noche de tabaco abundante, y ya estaba dispuesto a empezar.

«Dientes, dientes», se dijo a sí mismo (para eso se había hecho un blanqueamiento dental).

—Buenos días a todos —dijo buscando el silencio de los plumillas.

Esperó.

Se sentía incómodo por el cansancio y la presión. Pero estaba saboreando la victoria. O eso creía él. Era un ególatra. Un *egosurfer* que buscaba menciones de su propio nombre en Internet, a diario. Un tecnócrata andaluz reconvertido en político madrileño que disfrutaba viendo su fotografía en los diarios y subiendo sus *selfies* a twitter. Gozaba con aquellos baños de medios y escuchaba resonar su voz con sensaciones similares a las de un orgasmo.

—Me llena de orgullo y satisfacción —empezó sin saber muy bien a quién le había oído antes aquellas palabras—, anunciarles que hoy el Cuerpo Nacional de Policía ha procedido a la detención del maltrecho financiero Tomás Sánchez Gamonal, acusado de los delitos de estafa y blanqueo de capitales.

«¿Maltrecho?», se extrañó al leer lo que otros habían escrito para él. Hizo una pausa y un runrún recorrió la estancia. Esos momentos valían todos los sinsabores de su cargo. La fama, el poder, sentirse escuchado y capaz de cualquier cosa. Una imperceptible sonrisa apareció en su rostro. Tenía un aire de suficiencia impropio para un servidor público. Simplemente se sabía en un

puesto de trabajo temporal. Pronto mandaría en el sector privado. Su boyante cuenta corriente florecería aún más y entraría a formar parte de los elegidos. Esa era su meta y nadie iba a ser capaz de jodérsela.

Iba a retomar el discurso cuando Lauro Ibáñez se acercó por detrás. El director general lo fulminó con la mirada. Sus ojos eran misiles. ¡Quién osaba robarle el plano! Hasta que vio la cara de preocupación de su fiel lacayo y con un pequeño gesto de asentimiento, le autorizó a acercarse.

—Espero que sea importante —le dijo en voz baja, tapando el micrófono para que nadie, de forma furtiva, captase su voz.

Era su mayor pesadilla. Que algún día fuese víctima de lo que se conoce como el síndrome del micrófono abierto y que le dejase con el culo al aire, como a George W. Bush al referirse a un reportero del *New York Times* como «un imbécil de las grandes ligas».

—Que sí, coño —contestó su ayudante—. Es de su socio.

El jefe de gabinete puso frente a él su teléfono y le dejó leer el mensaje. Tejeda miró el móvil y se quedó ojiplático. Releyó dos veces el texto y evaluó, mentalmente, cómo seguir con su parlamento. «Malditos capullos», pensó.

Lo que ocurrió después, meses más tarde, también sería objeto de multitud de especulaciones en las tertulias radiofónicas y en la Fiscalía General del Estado. Porque en lugar de advertir a las autoridades policiales de aquel chantaje, como exigía la ley y su puesto, Tejeda había expulsado a su ayudante con un gesto. Tras recibir ese mensaje, en el que se le decía «olvida tus fanfarronadas», no se lo mencionó a nadie y plegó, poco a poco, los documentos que iba a mostrar a cámara. A sus más allegados les dijo que quiso romper su comunicado frente a las pantallas de televisión, pero que no se atrevió. Tampoco fue sincero del todo, y no les explicó que no quería leer nada que minase su imagen pública. Simplemente, una sonrisa cínica y forzada apareció en su rostro. Improvisó cerrando la boca (el blanqueamiento dental no le había servido para mucho) y se plegó a los intereses de un imputado.

Lo que debía ser una rueda de prensa se convirtió en un escueto comunicado que acabó de forma precipitada. «Putos políticos», pensó. Después de eso dejó de mirar sus fotos en Internet. También lo que se decía de él.



El detective privado Néstor «El Dandi» Sanchís oía el zumbido del televisor en su casa barcelonesa, alejado de la corrupción capitalina. Sin embargo, la noticia de la detención de Sánchez Gamonal despertó algo en el investigador que creía olvidado. Encendió un cigarro viendo cómo los gurús de los medios de comunicación se deleitaban con la caída del banquero. A pleno pulmón, con voces destempladas y gritos malsonantes lo masacraban, empapando la opinión de los televidentes.

Néstor llevaba una temporada avanzando por un túnel negro, aunque parecía que su única preocupación fuese perder la juventud. Apagó con violencia el cigarrillo y se levantó para servirse una copa de vino. Oyó, otra vez, el debate político televisado al entrar en la cocina donde estaba Bibi, su mujer. No dejaba de pensar en los motivos de aquella detención y de su propio descalabro personal.

—Cómo está el patio —dijo ella frente a un plato de ensalada y fruta.

El detective asintió, sin contestar. La miró orgulloso. «¡Qué guapa es!», pensó. Ambos se cuidaban. Su aspecto era importante. Ella joven y bella. Él, cuarentón, consideraba que un profesional debía cuidar su imagen. Era el investigador privado de los poderosos.

—¡Eh! ¿Me escuchas? ¿Hay alguien ahí? —preguntó Bibi, golpeando con el dedo índice la cabeza del detective.

—Sííí. Te estoy escuchando... Me he enterado esta mañana. A primera hora. Afeitándome. Me han llamado desde Madrid.

Por eso se había vestido de gris oscuro. El dandi era fiel a la ropa que le dictaban sus emociones. No seguía las tendencias de moda. Una tela Loro Piana, cómoda y ligera, había sido la elección. Un traje Cifonelli hecho a medida en París. Gris, como el día. Nunca se había considerado guapo (más bien resultón), y desde que conoció a Bibi había perseguido la juventud como jamás se lo había planteado. A medida que cumplía años y perdía pelo y musculatura, realzaba su figura con telas, en pos de una juventud cada día más lejana.

—Pues contesta. ¿No? —dijo ella.

El investigador negó con la cabeza mientras Bibi se preguntaba si algún día le haría caso.

—Eh. Espabila guapo. Siempre me dejas al margen de todo. Tan meticuloso con tus clientes y... tan poco atento con tu mujer —añadió.

Sanchís sonrió sin contestar. Tenía un ojo mental. Algo que le permitía abrir los sentidos a lo que ocurría a su alrededor, salvo al entendimiento femenino. Bebió un sorbo de vino sin apartar la vista de su mujer y de la información televisada sobre Sánchez Gamonal. Con una mirada le sobraba para radiografiar el mundo aunque su mujer lo considerase un bipolar viviente; otros, algo superficial por su querencia a las bellas telas y al mundo del lujo. Era carne de psicólogo. Dinamita ambulante. Su profesión impregnaba como la melaza su vida y lo había convertido en un personaje. Ocultaba al mundo su ser más íntimo, mostrando su perfecta apariencia tamizada por un lenguaje convincente que protegía sus secretos.

—No empecemos, por favor —contestó.

En cuanto lo dijo algo en su cerebro se iluminó. Se alejó de la cocina. Entró en una habitación que había habilitado como despacho y echó un vistazo rápido a sus archivos. «¡Néstor!», escuchó que le gritaba Bibi. Cerró las carpetas y, mientras volvía a la cocina, no pudo

evitar preguntarse si podría ayudar en la defensa de Tomás Sánchez Gamonal. Estaba seguro de que sus abogados acabarían contratando a un detective y él se sabía uno de los mejores en aquel tipo de investigaciones. Sin embargo, se negó siquiera a contactar con los letrados del banquero. Aunque, tal y como acababa de comprobar, aparentemente no tenía ningún tipo de conflicto de interés.

—Por fin —dijo Bibi.

Néstor se acercó al mando del televisor y machacó la tecla subiendo el volumen, más para ahuyentar sus anhelos que las palabras de su mujer.

—¿Has trabajado alguna vez para el Banco Continental?

—No. Jamás —contestó el investigador cuya cartera de clientes se nutría principalmente de grandes multinacionales que lo buscaban para atajar problemas.

—Mejor. Si no ahora tendrías que estar allí. En el meollo. Y todo eso ya lo has vivido.

Néstor desplazó la mirada del televisor, dio un nuevo sorbo al vino y la observó. Tenía razón. Como casi siempre, meditó. Estaba acostumbrado a investigar casos fríos donde el mayor conflicto era el dinero. No llevaba muy bien dar malas noticias, informar sobre pasiones o descubrir infidelidades. Era la razón por la que se había especializado en investigaciones sobre fraude empresarial. Nada de cuernos, asesinatos, autopsias y emociones a flor de piel. Tampoco empresarios encarcelados con la prensa pisándoles los talones. Y desde que había conocido a Bibi se había aplicado las mismas reglas en su vida personal. Antes de catarla había sido la envidia de los golfos de sus amigos. A esas alturas de su vida, su única motivación era dejar atrás un pasado sentimental convulso y dedicarse a su familia. Ni descubrir una conspiración política internacional le motivaba. Demasiadas mujeres habían hecho que sucumbiera al placer de la carne. Hasta que la conoció a ella. Su última oportunidad. Nada, ni nadie, iban a hacer que pusiese en peligro su entorno. Ya se había jugado un matrimonio previo por su bragueta juguetona. No había tetas mejores que las de su mujer. Ni cabeza mejor amueblada. Era su alter ego perfecto.

—En realidad lo echo de menos —dijo Sanchís que aún se desvelaba a media noche creyendo que seguía al frente de uno de aquellos intrincados casos donde su vida corría peligro.

—¿El qué?

—La adrenalina de las investigaciones con cuerpo.

—¿Con cuerpo? ¿Cuál? ¿El de una mujer?

Aquella pulla le devolvió a la realidad. Ella consiguió lo que otras antes habían intentado, sin éxito. Simplemente con inteligencia. Sabiéndolo llevar. Dándole una de cal y otra de arena. Condescendencia y sarcasmo. Aunque ahora que la juventud se le escapaba maduraba la idea de volver a sus correrías adolescentes. Sin embargo, se prometió que aquello no podía ocurrir. Como tampoco volver a buscar el éxito empresarial a toda costa. Se conformaba con mostrarse atractivo y juvenil.

No le explicó sus desvelos.

—No te hagas la lista. Ya sabes a lo que me refiero. Estar allí. Vivir desde dentro la crisis del Continental. Saber la verdad.

—Eso se acabó. Lo prometiste.

—Lo sé. Además, tengo la sensación de que esto es el inicio del fin de la crisis económica.

Su joven mujer, de repente, alzó la vista. Un gesto de incredulidad apareció en su rostro.

—¿Por qué?

—La caída de un banquero es el inicio de la recuperación económica. Si no, el Gobierno no lo permitiría. Los necesita centrados en sanear sus balances. No amedrentados creyéndose en el punto de mira de la justicia.

—Tú y tus verdades absolutas. Tus afirmaciones rotundas. Eso no lo puedes saber. ¿Por qué no te pones unas gafas del revés y te compras una bola de cristal?

—Tiempo al tiempo, amor. Tiempo al tiempo —contestó obviando su comentario.

Sanchís aún no sabía que iba a acabar enterrado bajo una avalancha de problemas por aquella detención.

Habían pasado pocas horas desde el ingreso en prisión del banquero y en la biblioteca de su casa reinaba un silencio similar al de un velatorio. Jorge Sánchez Gamonal, el hijo mayor del financiero, había jugado en aquella estancia, repleta de volúmenes adquiridos a granel en un librero de viejo, en multitud de ocasiones, pero nunca se había sentado en su interior a leer o reflexionar.

Cuando entró en la sala y se sentó en el butacón de diseño sintió el olor de la loción de afeitar de Tomás. Tenía una mesita a su lado donde el mayordomo había dejado un vaso para él. Lo miró y se bebió el whisky de golpe. En vaso corto y sin hielo, como su padre. El calor del alcohol en su gástrico aplacó la ira. Su preocupación era más que evidente. Con su padre en prisión, tenía que ponerse al frente del equipo. Nunca antes había bebido. Y lo hizo. Era su momento. Iba a demostrar que era un perfecto sucesor. El *consigliere* que necesitaban.

Miró a su alrededor. Todo le recordaba a él y necesitaba ser como su progenitor. Vivir y sentirse un Don. Paladear el poder y asumirlo. Sonrió mientras abría un fólter. Extrajo de su interior un paquete, rojo y blanco. Lo observó con miedo, como si tuviera vida. Quitó el celofán protector y jugueteó con el objeto durante unos segundos. Los que le separaban de la presión del mando. Quería ser su padre. En realidad, siempre había querido serlo. Encendió el mechero y el humo entró de golpe en sus pulmones, provocándole un absceso de tos seca. Fue su primer cigarrillo de muchos. El olor a alcohol y nicotina le recordó a su mentor. Y se sintió crecer en ese efluvio, que le repelía.

Abrió la pequeña libreta que este, minutos antes de su detención, le había confiado.

—Guárdala como si fuese oro —le había ordenado.

E hizo lo que tenía que hacer. Las instrucciones habían sido claras. Al primero que debía llamar era al abogado, Íñigo Altamira. Él sabría qué resortes empezar a tocar. Esa libreta era oro puro. Contenía los secretos de media España y las mentiras que creía la otra mitad.

Aquella libreta tenía un solo enemigo: el juez Luján Olvido. Y un único confesor. Él.

El bufete Law & Evidence estaba en la planta décima de uno de los mejores edificios del Paseo de la Castellana de Madrid. A las nueve de la mañana, Íñigo Altamira se apeó del ascensor y se dirigió directamente al despacho más espacioso, situado en una de las esquinas de la planta. Intercambió unos saludos con su asistente, cuya mesa flanqueaba el acceso a la puerta de su oficina, e inició una ronda febril de llamadas telefónicas. Era el momento de cobrarse favores del pasado. Habían detenido a su mejor cliente.

El día anterior había demostrado su capacidad para anticiparse a los acontecimientos. Supo de la detención de Tomás Sánchez Gamonal y le pudo aleccionar en el restaurante Horcher. Se sentía orgulloso por haberse adelantado a la policía. Ni siquiera pensaba en si el financiero estaba sufriendo. Un éxito era lo más importante en la vida de ese letrado. Miró a su alrededor. Las oficinas eran como él: opulentas y carentes de contenido. A sus cuarenta años había conseguido, tras una licenciatura desigual y sin grandes conocimientos de derecho, convertirse en uno de los abogados más prestigiosos de la capital. Su despacho personal tenía dos estancias divididas por una puerta corredera. En una, solo había una gran mesa en la que descansaban los últimos gadgets tecnológicos y una gran pantalla de ordenador. En la otra, estaba su escasa biblioteca, una mesa de reuniones y su baño personal. Se sentía el rey del mundo.

A Altamira, la vida siempre le había sonreído. Desde que acabó la licenciatura en derecho había tenido un éxito inesperado. Dios le había otorgado perspicacia para conseguir cualquier cosa y el despacho de abogados le había permitido dar forma a sus ideas. Su verdadero don natural era también su estigma. Conseguir de la ley lo que esta no quería dar. Si un catedrático entendía que una situación era condenable, el alumno Altamira siempre encontraba el resquicio, aun a costa de la norma, para defender lo contrario. Era inculto pero perspicaz. Eso le había hecho grande como empresario y un iletrado del derecho. Pero había sabido rodearse de ratas de biblioteca que suplían sus carencias formativas.

Colgó el teléfono y sonrió. Se levantó dando un pequeño salto. Alegre, entró en el baño para acicalarse. Se miró en el espejo. Su cabello corto, controlado por la ley de la gomina, era lo único que le quedaba de aquel joven estudiante de derecho. Durante la carrera solo había aprendido a fijarse en famosos abogados del otro lado del charco. Bebía de sus historias y se sabía de memoria las grandes causas judiciales americanas. Pero los manuales de derecho le aburrían soberanamente. En cuarto de carrera aún no había decidido a qué rama de la abogacía se quería dedicar. Hasta que cayó en sus manos el perfil de un abogado argentino. Le apodaban «Mate y Venga». De repente, supo que quería ser como aquel letrado. Alguien que consiguiese excarcelar a cualquiera, por muy abyecto que fuese el delito que hubiese cometido. Su sagacidad y habilidad le ayudarían. Se convirtió en un leguleyo delincuente. Su mente carecía de conocimientos de derecho penal. No necesitaba estudiar los resortes de la doctrina jurídica. No era necesario. La lógica, las pruebas falsas y el dinero suplían sus carencias formativas. Su maldad consiguió el resto.

Escuchó el timbre de su teléfono y volvió a la mesa para que le pasasen la llamada.

—De acuerdo. Pásamelo —contestó.

Escuchó atentamente y, simplemente, ordenó:

—Te espero aquí.

Cumpliendo el plan de ruta preestablecido, la maquinaria paralegal ya estaba poniéndose en

marcha. Se levantó, otra vez. Necesitaba estirar las piernas mientras esperaba la visita más importante de esa mañana.

—Pronto tendré tus cuadros en estas paredes —masculló, pensando en Tomás Sánchez, mientras admiraba su última adquisición pictórica, un Tapies. Pero no era suficiente. Siempre quería más.

El letrado miró absorto a través del ventanal y, desde allí, pudo observar a dos hombres caminando por el Paseo de la Castellana. Era la visita que esperaba. Sabía que sería difícil de tratar. Necesitaba buenas noticias y, sobre todo, soluciones. Aquellos hombres trajeados *low cost* desentonaban en el río de ejecutivos del Paseo de la Castellana. Se notaba que su cuna era diferente a la del resto de licenciados con máster que recorrían el centro de poder de la capital. Eran dos. Siempre juntos. Protegiéndose mutuamente. Pero solo uno accedió a las oficinas de Law & Evidence.

Recibió un mensaje de texto: «Ya estoy aquí».

Altamira respiró profundamente. Cerró los ojos e intentó ordenar sus ideas. Le disgustaba sobremanera sentarse con aquel sudoroso hombre. Pero no tenía más remedio si quería conseguir sus fines. Entonces, escuchó un rumor a sus espaldas y el taconeo audible de una secretaria a la carrera se lo advirtió; y, por fin, el ruido del gozne de la puerta abriéndose le dio la razón. Su fiel ayudante Laura entró y vio a su jefe girado, dejando visibles sus manos cruzadas en la espalda, mirando el paseo madrileño.

Se quedó quieta en la puerta tornasolada esperando una palabra que le diese pie a hablar. Y, allí, observó la buena planta de su jefe; su metro ochenta de altura y un cuerpo atlético que se adivinaba bajo el traje hecho en una de las mejores sastrerías de Londres. Porque Altamira, a diferencia de sus altaneros compatriotas, se vestía en la capital británica y sus ambientes más imperiales y decadentes donde, tras solemnes pórticos neoclásicos, se guardaba el espíritu *british* que tanto le agradaba. Su vestimenta era como su clientela: caprichosa, escogida y acaudalada. El letrado se veía a sí mismo como un artesano de las leyes. Sus trajes, concebidos a partir de decenas de medidas tomadas de su propio cuerpo, se confeccionaban exclusivamente a mano. Igual que sus casos judiciales se cuidaban hasta el más mínimo detalle para conseguir todo aquello que su cliente requiriese, fuese o no acorde a la ley. Solo había un requisito: pagar su abultada minuta.

—Ya está aquí, ¿no? —preguntó sin mirar a su ayudante.

—Sí, señor.

—¿Ha venido solo?

—Sí. Su compañero se ha quedado en la puerta, como usted indicó.

—De acuerdo, hazle pasar —ordenó.

El informe que el departamento de investigación del diario *El Sol Legal* había solicitado sobre Tomás Sánchez Gamonal era muy extenso. Pero estaba cargado de rumores y pocas pruebas: «Nacido hace setenta años, creó una pequeña empresa de construcción en su pueblo natal, a veinte kilómetros de Sevilla. Se supo rodear de políticos y consiguió un contrato de recogida de basuras con el que despegó empresarialmente. De la basura al cielo de los grandes contratos», relataba el informe.

«Con treinta años, llegó a Madrid de la mano de un grupo de empresarios de la construcción y creó una multimillonaria empresa al calor de los planes urbanísticos. Compraba parcelas de terreno no urbanizable a los lugareños a través de empresas no vinculadas a su grupo empresarial, y, cuando tenía cerrada una reparcelación bajo mano, aparecía su empresa de construcción. Era un negocio simple. Comprar a uno y vender a cien. Pero para ello necesitaba la connivencia de los políticos. Era la época del tocho. Todo estaba en venta. Los políticos veían cómo a su alrededor todos se enriquecían. Y no quisieron ser menos. Se unieron al pelotón de la especulación. Y juntos se enriquecieron. Tomás Sánchez Gamonal, pelotazo tras pelotazo, se hizo con un pequeño paquete accionario del Banco Continental.»

El director del diario respiró. Sánchez Gamonal era el claro ejemplo de la España del pelotazo, se dijo. Pero el periodista necesitaba algún dato personal con el que realizar un perfil del banquero. Lindo Suria, su redactor jefe, era el adecuado para profundizar en aquel personaje. Tenía que sacar petróleo de aquellos documentos. El director, cada día más ocupado en los balances de la empresa, había olvidado lo que era una buena investigación. Pero seguía oliendo las noticias y las oportunidades. Y aquella historia lo era. Sabía que estaba frente al gran muñidor de voluntades políticas y no entendía cómo un constructor de medio pelo andaluz se había convertido en el gran Sánchez Gamonal.

Antes de seguir leyendo, gritó:

—Que venga Lindo Suria.

«Tras controlar el banco», relataba el dossier que le habían hecho llegar, «se dedicó a medrar en el consejo de administración para controlarlo». Era la época de la *beatiful people*.

—España es el país donde más rápido se puede hacer uno millonario, decían los políticos —murmuró el director, recordando aquellos años.

«El entonces constructor decidió que tenía que sentarse en las mesas de los grandes negocios. Aquellas comidas donde empresarios y políticos compartían confidencias y comisiones ilegales. Y lo consiguió.»

El periodista se estaba aburriendo soberanamente. Ya no estaba acostumbrado a tratar con datos. Solo con la información tamizada por sus redactores.

—Haz que venga Lindo Suria —reiteró a su secretaria.

Esperó un minuto. Su adjunto apareció en la puerta.

—Dime.

—Pasa, por favor. ¿Te has leído el informe de Sánchez Gamonal?

—Sí —contestó plantado en el umbral, esperando con corrección a que le invitasen a sentarse.

—¿Qué haces ahí como un pasmarote! Siéntate, joder —renegó el director pensando que

aquel adjunto que había heredado era un poco flojo.

Lindo Suria lo miró desafiante. «¡Menudo capullo!», se dijo. «Pronto te joderé y me sentaré yo en esa silla.»

—Perdona. Esperaba a que me autorizases a hacerlo.

«¡Menudo imbécil!», pensó el director. «El muy cretino se cree que me sustituirá y eso no va a pasar. Antes tiene que aprender a vestir. Y a mandar.» Con esos pensamientos en su cabeza le miró. Suria tenía treinta y pocos años. Vestía como un *it boy*. Esa definición la había leído en una de las revistas que editaba el grupo editor de *El Sol Legal*. «¿Y este tipo crea tendencia?», reflexionó el director mientras observaba los pantalones apretados que llevaba su segundo, remangados como si fuese a pescar. «¡Joder! ¡Pero si no lleva calcetines y va con mocasines!»

«¡No te fastidia! Si me está observando. El viejo no sabe ni vestir y encima tengo que pasar su escrutinio.» Se arremangó aún más las mangas de la americana que parecía una segunda piel y dijo:

—Tú dirás.

—¿Otra vez? —renegó el director—. Que si te has leído el informe del banquero.

—Que sí, joder. Ya te he dicho que sí. Pero... si lo que quieres es saber lo que me ha parecido, te lo diré. Es un cabronazo que se desembarazó de su mujer, Elisa, y cambió su forma de vestir. Se buscó una nueva esposa, Verónica, más parecida a una barby tonta sacada de un salón de estética. Un par de fotografías en la revista *Hola* hicieron el resto. Ya formaba parte de la pomada madrileña.

El dossier adjuntaba la fotografía de una mujer joven cuyo metro setenta y cinco de altura dejaba en ridículo al pequeño empresario. Las extensiones de su pelo platino le otorgaban un aspecto marbellí.

—Todo operado. Tetas, pómulos, labios... ¡Todo!

—¿Me dices en serio que esa es tu valoración? ¿Un resumen de la prensa del corazón? —dijo el director pensando que su adjunto era un joven trepa, atildado y necesitado de reconocimiento público. «Este me traiciona a la mínima», se dijo mientras esperaba la respuesta del redactor.

—La actitud familiar de un personaje público es fundamental para comprender cómo se comporta empresarialmente —contestó Lindo Suria—. Si quieres una valoración empresarial te diré que sus primeros escauceos en diversas comidas de negocios fueron tensos. Le miraban por encima del hombro y nadie se atrevía a hablar delante de él con claridad.

—Siempre pasa lo mismo con los *parveuneus* —le interrumpió el director.

«Sí, como contigo capullo», pensó el redactor jefe antes de decir:

—Hasta que, por fin, uno de los antiguos alcaldes andaluces, a los que durante años untó, se convirtió en ministro. Se encontraron en el restaurante Horcher que convirtió en su *sanctasanctorum*. Aquel día, Sánchez Gamonal compartió mesa y mantel con dos consejeros del Banco Continental. El ministro de Fomento entró y se acercó a Sánchez Gamonal, al que dio un ostensible abrazo. Fue su aviso a navegantes: es de los nuestros.

Lindo Suria estaba parafraseando lo que había leído en el informe realizado por una agencia de detectives, en el que también se mencionaba que «nadie supo que fue el propio Sánchez Gamonal quien, al verse desterrado al ostracismo de los grandes negocios madrileños, avisó al ministro para que fuese aquel mediodía a Horcher y montase el paripé. “Acuérdate de todos los favores que te hice cuando eras un pequeño alcalde de provincias”, le había recordado Sánchez Gamonal. Ese abrazo público le abrió las puertas del Olimpo de los negocios. Los consejeros empezaron a considerarlo “uno de los nuestros”, y su teléfono empezó a sonar con invitaciones a



todos los saraos de la capital».

—¿Algo más? —dijo el director, perplejo al comprobar que su adjunto era más acertado a la hora de comentar la moda que la política...

—Sí. Que su mujer se oscureció el pelo y se quitó las extensiones. Y no es tan tonta como se creía.

«¿Es verdad lo que estoy oyendo?», se exasperó el director.

—Empezó a ir de compras con las mujeres del resto de banqueros. Usaba los mismos entrenadores personales y *personal shoppers*. Una tarjeta American Express Centurión, negra como el carbón y exclusiva como los diamantes, le permitía derrochar lo que su marido ganaba con tanta facilidad. Eran una gran familia. Sus hijos compartían colegios y discotecas. Se relacionaban y se casaban entre ellos.

—Sí, sí. La endogamia del poder —le cortó el director, cada vez más molesto.

—Y, por fin, llegó su momento. Un gran pelotazo urbanístico en las afueras de la capital le permitió hacerse con un paquete de control de la entidad bancaria y allí planeó su reinado. Comprar un pequeño banco y convertirlo en un centro donde los grandes empresarios enterrasen su fortuna, oculta del fisco, y donde los políticos pudiesen invertir el dinero negro que conseguían con comisiones ilegales —añadió Lindo Suria, consciente de que estaba poniendo nervioso a su jefe—. Sus peleas con el resto de banqueros fueron sonadas. Pero esa parte de la historia no me la sé.

A partir de ahí, el informe contenía multitud de datos sobre movimientos de capitales a través de sociedades radicadas en paraísos fiscales, sin que constasen los verdaderos beneficiarios de las cuentas bancarias opacas. «En cuanto tocó el cielo de los grandes negocios —rezaba la información—, dejó de salir en las revistas del corazón y se ocultó de los medios de comunicación. Se convirtió en el tapado del poder. Su confesor en la sombra.»

—Me gusta el *low profile*, solía decir cuando un medio le solicitaba una entrevista que él siempre rechazaba —comentó Suria.

—¿Algo más? —preguntó el director.

—Lo que más me ha sorprendido es una de las afirmaciones del dossier: «Suele llevar una pequeña libreta donde se rumorea que contiene el teléfono de los personajes más influyentes del país y sus secretos». ¿Quién la tendrá ahora?

—Haz tu trabajo. Búscala.

Esa misma noche, en otra zona de Madrid, se reunían el juez Lujan Olvido y los policías encargados de la investigación. El restaurante no era de postín, más bien una tasca parecida a una taberna pompeyana. El magistrado, al que le encantaban las intrigas de salón, montó en el mismo lugar tres reuniones concatenadas. Con cinco minutos de diferencia citó al fiscal y a los policías encargados del caso. Sin embargo, la última reunión era la más importante. No quería que se encontrasen ni supiesen los unos de los otros. Pero la emoción de un posible imprevisto pudo con el juez y, en vez de citarlos en lugares o en días distintos, jugó su partida de póker.

Siempre había sido así. Atrevido. Sin sensación de miedo. Desde pequeño se lanzaba el primero, con una tabla con cuatro ruedas que había fabricado con restos encontrados en la basura, por la pendiente del barrio obrero en el que se crió, odiando a los ricos del otro lado de la autopista que separaba la vivienda donde vivía con sus padres, abuelos y hermanos. Estudió becado la carrera de derecho e imitó a aquellos jóvenes pudientes que estudiaban leyes porque no sabían qué hacer con su vida. Él tenía claro su destino y, cuando acabó, entró a trabajar en un pequeño despacho como pasante. Haciendo fotocopias y sirviendo cafés a su jefe y a los clientes que le visitaban, aprendió el lenguaje de los negocios e imaginó una vida mejor, que alcanzó tras diez años de ejercicio como jurista, cuando entró en la judicatura por la puerta del cuarto turno, un curso de formación y un *affaire* con una de las juezas que cortaban el bacalao en el Consejo General del Poder Judicial. Esos fueron sus méritos. Arrojo y atractivo físico. Siempre al límite, con un as bajo la manga.

Citó primero al fiscal Abundio Villar para, ante dos *gin tonics*, discutir la estrategia jurídica del caso.

—¿Cómo va la sobrecarga de trabajo en el juzgado? —preguntó el fiscal mirando a los ojos del juez, para escrutar sus movimientos y comprobar si le iba a mentir.

—Vamos de culo. Cada día hay más instrucciones y menos jueces.

—A nosotros nos pasa lo mismo —añadió el fiscal.

—Lo sé —contestó certero el juez.

—Estoy muy preocupado, Luján —dijo finalmente el acusador público, entrando en materia.

«Y yo. No te jode», se dijo el juez consciente de que había llegado el momento de la verdad. Se mesó el largo y canoso cabello. Tenía un aspecto juvenil pese a haber cumplido los cincuenta años. La chaqueta entallada y los *jeans* ajustados mostraban la parte de narciso que siempre había tenido. Como un buen perfume, no dejaba indiferente y su cuerpo atlético fue, durante años, el deseo prohibido de muchas abogadas que asistían embelesadas a su sala con ganas de perderse de rodillas bajo el estrado.

—¿Por qué? Tenemos una fuente de información irrefutable y vamos a sacar las entretelas de las corruptelas que han realizado los banqueros bajo el amparo del poder político —afirmó el juez Olvido.

—Estoy preocupado por los rumores que corren sobre el caso —reiteró el fiscal.

—¿Qué rumores, Abundio? —inquirió el juez, harto de aquel funcionario.

La pregunta era retórica. El juez también había escuchado lo que se decía en los pasillos de los juzgados. Y no eran precisamente alabanzas a su persona. Desvió la mirada hacia la frente del fiscal, evitando el contacto visual directo. «Está mintiendo», se dijo Abundio Villar. Y atacó:

—No te hagas el tonto. Se dice que todo es una *vendetta* por tu parte contra Sánchez Gamonal —explicó—. ¿De qué lo conoces?

—No lo he visto en mi vida.

De repente, Olvido se frotó las sienes, tragó saliva y se mojó los labios con la punta de la lengua. «El muy capullo estaba mintiendo otra vez. No sabe controlarse», pensó el fiscal.

—Luján, no voy a cubrirte en tus guerras particulares, que no sé cuáles son. Pero yo, como fiscal, dependo jerárquicamente del fiscal general del Estado y mis órdenes son claras.

Aquella frase hizo saber al juez que la acusación pública se iba a desvincular del proceso. La mirada del juez, perdida hacia el infinito, se centró en el fiscal y su lenguaje corporal se alteró. Frotó sus manos, empapadas en sudor, contra la pernera del pantalón.

—¿Cuáles son? —le preguntó el juez, aunque intuía la respuesta.

—No voy a ir de la mano contigo ni con la defensa. Voy a ser imparcial.

—¡No me jodas, Abundio! Sé que has recibido presiones políticas —adivinó el juez.

—Yo no sé qué crees saber. Pero te aseguro que si quieres cavar tu tumba profesional te dejaré hacerlo. Pero no cavaré la mía contigo. Y menos con el tipo de vida que llevas.

«¿El tipo de vida que llevo?», se dijo el juez. «¡Qué sabrá este!»

—¿Es una amenaza, Abundio?

—No. No lo es. Simplemente te advierto que no te voy a permitir matar civilmente a un ciudadano por no sé qué inquina personal. A mí tampoco me gusta Sánchez Gamonal, pero si no puedes probar tus acusaciones solicitaré que lo pongas en libertad.

En cuanto acabó su frase lapidaria, el fiscal, viejo y tripudo —y fiel servidor de la ley—, se levantó de la silla. Dejó diez euros sobre la mesa y se dirigió hacia la salida de la taberna. Ya a solas, el juez aprovechó para hacer una llamada:

—Oye, no vengas. Nos vemos más tarde. Te llamo cuando acabe y te digo dónde quedamos. Pero te lo adelanto, mañana necesito esos documentos para justificar un auto de entrada y registro —le dijo al interlocutor con el que tenía la tercera de las entrevistas de esa noche.

Había cambiado de idea. Sería mejor actuar de forma más prudente para evitar que se encontrasen. El azar estaba bien, pero a veces no había que jugárselo todo a una sola carta, meditó.

Al poco tiempo llegaron los policías. Vestían de forma cutre. Hablaban mal y no tenían educación. Pero eran de su máxima confianza y fieles seguidores de la letra con sangre entra. No le hacían asco a la violencia siempre que la orden llevase la firma de un juez. Y hacían bien su trabajo. Todo muy *low cost*. Barato, de aparente diseño y, en el fondo, con poca calidad.

La mano de cartas le había salido bien y sus interlocutores no se cruzaron. Estaba exultante cuando se sentaron frente a él y, tras los saludos de rigor, el juez, menos condescendiente que con el representante del ministerio público, les dio órdenes claras y precisas para machacar al banquero:

—No se nos puede escapar vivo. Ahora que está en la cárcel necesito que lo hundamos.

—¿Señoría, está usted seguro?

—En los próximos días os daré una orden de entrada y registro para que reventéis un sitio en el que Sánchez Gamonal esconde mucha información. Ya os diré el lugar y la hora. Ojo, porque no quiero ni una sola filtración. Vamos a conseguir la libreta negra con sus secretos —afirmó, bajando la voz.

—Si usted está seguro, nosotros también.

Cerca de la medianoche, se acercó a un despacho donde le esperaba su último interlocutor. Prefería ese lugar en el barrio de los Austrias a un espacio público. Allí se sentía seguro para

poner en marcha su plan maestro, el que le permitiría dejar esa vida de funcionario con un salario precario. Los jueces podían privar de libertad a un ciudadano y eran los mandatarios del orden público, pero sus honorarios no se correspondían con sus responsabilidades. Esa idea cercenaba cualquier tipo de moral en aquel juez, tan distinto del resto.

—El fiscal general ha dado órdenes para solicitar la libertad de Sánchez Gamonal —le comentó el abogado al magistrado.

—¿Cómo lo sabes?

—Alguien me lo ha filtrado desde la fiscalía.

—¿Qué ha salido mal? —preguntó el juez.

—No lo sé, Luján. Pero una cosa es que lo metas en el talego sin pruebas con un auto bien fundamentado y otra es que te despaches a gusto contra uno de los popes financieros de este país —afirmó el abogado.

El letrado bajó los ojos, avergonzado ante su osadía. El juez le miró con asco. Odiaba a las personas débiles.

—Hice lo que acordamos.

—Lo sé, Luján. Pero las formas son muy importantes y tú las has perdido. Pero no te preocupes. Pronto tendré información para impedir que salga de Soto del Real.

—A ver si es verdad. A este lo hundo de por vida —concluyó, amenazante, el juez.

—Yo también lo espero —dijo el letrado, sin mirar a la cara del magistrado.

El juez Olvido había invertido mucho tiempo en aquella investigación judicial. Sabía que frente a él tenía al financiero menos conocido por el gran público, pero que atesoraba los mayores secretos de la pomada madrileña. Nada ni nadie iban a trincar aquella instrucción judicial. Había llegado su momento, aunque sabía que la eclosión mediática podía conllevar muchos problemas. Pero aun así, lo iba a hacer. Era el culmen de su anodina carrera que diseñó años atrás, cuando era pasante de un abogado más cercano a los dictados de Stalin que del libre mercado.

El censor, tan acostumbrado a jugar con cartas marcadas, con el plan en marcha, aprovechó el resto de la velada para saborear su temprana victoria.

—Buenas noches, señorita —le dijo el encargado del casino ilegal en cuanto entró por la puerta—. ¿Su mesa de siempre?

—Sí, gracias.

Y ya, en los brazos de su amada, que le esperaba allí, como muchas otras noches, se sintió poderoso.

—¿Lo has hecho, mi *amol*?

—Sí. El dinero ya es nuestro —contestó el juez.

Francisco Nicolás Montón negó su apellido desde que nació y se dedicó a medrar alrededor de los hijos de los ricos madrileños. Creció en el extrarradio de Madrid y, desde pequeño, aborreció sus orígenes y se fijó en aquellos niños pijos; quería ser como ellos. A los veinte años, había conseguido su sueño. Ser el relaciones públicas de la más famosa de las discotecas de Madrid. Allí se codeaba con todos a los que había admirado.

A las doce de la noche, puntual, llegó al afamado local de copas. Su cara de niño le hubiese impedido cruzar las puertas de muchas discotecas, pero en Mundi Lux era el rey. Sonrió a las jóvenes que aguardaban en la puerta para adentrarse en el escabroso mundo de la noche y ligarse a un adinerado hijo de papá. Sacó a dos de ellas de la cola y las acompañó de la mano al interior del establecimiento y las hizo pasar con él. Eran las elegidas de esa noche. Aquel par de jovencitas, pintadas en exceso, le servirían para desahogar la tensión del trabajo en el almacén. Era su ritual: trabajo, un receso de media hora, «con mamadita incluida, que el sexo es un ejercicio de obreros porque se suda», como siempre se recordaba, y vuelta al tajo.

Apartó las cortinas de terciopelo que separaban la entrada de la sala y le recibió uno de los gorilas del equipo de seguridad. Montón, vestido con téjanos negros, camisa blanca y jersey de pico gris se sintió un gurú de las relaciones públicas. Siempre se había considerado demasiado para un ambiente de chicas con mallas, camisetas cortas, tatuajes y sujetadores a la vista. Era un intento de *borjamary* con cara de pan, poca barbilla, sin cuello y un pequeño defecto en el habla. Pero aun así, sonrió. Todos y todas se pirraban por él y por sus veinte años con una cartera cargada de billetes verdes. Ellas lo poseían gratis. Montón tampoco les hacía ascos a los hombres, siempre y cuando regasen de dinero sus bolsillos.

—Te esperan —le dijo el segurata.

Nicolás alzó los hombros y las manos a modo de interrogación.

—La pureta elegante —continuó el empleado señalando hacia la zona del *privé* de la discoteca.

Miró al fondo de la sala y, en cuanto sus ojos azules se adaptaron a la falta de luz, vio a una mujer en la zona VIP. Le esperaba sentada en un sofá barroco de color plata bebiendo una copa de champagne. Estaba fuera de lugar entre adolescentes. Nicolás negó con la cabeza, se apartó el flequillo rubio de la cara, puso cara de pillo y se acercó.

—¿Nos conocemos? —preguntó.

—Aún no —contestó la dama—. Aunque espero que pronto podamos hacerlo.

Nico alzó las cejas. La miró. «Nunca me he cepillado a una tan mayor», se dijo. Pensó si, acostumbrado a la turgencia de los culos casi infantiles que besaba a diario, podría excitarse con aquella mujer. Ella esperó a que Nico se presentase y, al comprobar que no se lanzaba, decidió levantarse. No era el momento de exigirle modales. Ya habría tiempo de educarlo.

—Encantada —dijo y le plantó dos besos, demasiado cerca de la comisura de los labios del joven.

Él la repasó sin disimulo. Tenía el culo prieto, un pecho inmenso, y una cara angulosa que hizo que su entrepierna despertase. Se sentaron, uno al lado del otro. Nicolás vio en ella dinero, algo que perseguía desde los quince años.

—¿Qué necesitas de mí? —preguntó Montón con una sonrisa.

—Tus conocimientos.

—¿De qué? —contestó con un arrojo propio de la edad.

En esos momentos apareció Lindo Suria. Ella bajó la cabeza ocultando su cara y los dos callaron.

—Hola Nico —dijo el periodista con retintín.

—Hola —repuso Montón.

—¿Nos presentas?

—No —afirmó el joven, tajante. Y se levantó.

Tomó del brazo a la señora y la acompañó a uno de los privados más ocultos para que no volvieran a interrumpirles.

—Deja que me quite a este pesado de encima, que es de la prensa, y vuelvo.

Ella miró de reojo al periodista. «Espero que no me haya reconocido», se dijo. Algo más tranquila sonrió a Nicolás.

—No tardes —le dijo rozándole con la uña la mejilla—. No quiero que se caliente la copa.

Nicolás arqueó las cejas. «¿Qué querrá esta? Seguro que se ha enterado de quién soy.»

—Enseguida vuelvo —aseguró, mientras indicaba a un camarero que rellenase la copa de champagne de su invitada.

—¡Ah! Y tráeme el bolso, por favor, que me lo he dejado en el otro sofá.

—Ahora lo recojo.

El joven Nicolás volvió al *privé*. Discutió con Lindo Suria. Aquello no duró más de cinco minutos. El periodista se marchó gritando: «Pequeño hijo de puta. Eres un gañán». Nicolás se inquietó. ¿Habría reconocido la dama a Suria por sus apariciones televisivas? Supo que aquello no podía volver a ocurrir y se dirigió al *privé* para recuperar las pertenencias de su invitada. A mitad de camino, una de las chicas a las que había ayudado a sortear la seguridad de la sala, le paró. El joven resopló. Quería volver con su elegante visita. Recogió el abrigo y el bolso. Miró la marca. «¡Hermes! Esta tiene pasta», afirmó para sí, complacido por no haberse equivocado al aceptar sentarse con ella. Intentó zafarse de la joven poligonera. No pudo.

—Oye guapo. ¿Vienes al lavabo? —propuso ella guiñándole el ojo.

—Ahora no, preciosa —afirmó—. Dame tu teléfono y ya te llamaré.

—Aquí lo tienes —dijo tendiéndole una tarjeta con su nombre y su teléfono en la que había plantado un beso de un rojo intenso.

—Te llamaré —aseguró Nicolás mientras jugueteaba con la tarjeta—. Por cierto, yo nunca me acuerdo de los nombres de las chicas. A ti te llamaréééé... —Se apartó para contemplarla con perspectiva y comprobar su rasgo más distintivo—. Pecas. Eso es, para mí serás «La Pecas».

Nicolás se despidió de ella con un certero beso en los labios y le miró el culo. «Bien puesto», pensó. «¿A ver las tetas?», se dijo, mirándola sin disimulo. «¡Un buen par! ¡Esta tiene posibilidades!»

—Tú eres Nico, ¿verdad? El relaciones públicas.

Él sonrió y se alejó sin contestar. En cuanto estuvo solo, suspiró. Alzó la mano para hacerle entender a «la dama» que iba a su encuentro.

—Al fin —dijo ella.

—Perdona. Pero tengo que atender a mi público —afirmó Nico con una sonrisa casi infantil—. ¿Qué conocimientos necesitas de mí?

La dama sonrió. Dio dos palmaditas sobre el sofá. Nicolás obedeció y se sentó.

—Me han dicho que eres muy amigo del director general de la Policía.

Nicolás la miró fijamente y afirmó con la cabeza.

—Entre otros —apuntilló, altanero—. Dirijo las juventudes de un partido político.

—También lo sabía —contestó ella.

—Veo que estás bien informada.

—Suelo estarlo.

Nicolás abrió sus ojos, sorprendido y encantado por empezar a ser alguien famoso en la noche de Madrid.

—¿Estás en venta? —continuó ella.

—Depende de para qué.

—Para todo lo que te pida. Piénsatelo bien. Si dices que sí, no hay vuelta atrás.

—¿Y yo qué gano? —preguntó Montón.

—Lujo, dinero, sexo y poder. Lo que todos queremos.

Cuando Tomás Sánchez Gamonal enfiló por primera vez el camino hacia su celda vio a un hombre levantando pesas en el patio de la prisión. El funcionario lo dejó frente a las rejas de su cubil y Antonio Puzzo fue a su encuentro, olvidando su rutina con la halterofilia. El banquero contempló al hombre. Debía medir aproximadamente un metro noventa y sus músculos parecían piedras. Lucía una camiseta de tirantes y chándal. Su temible apariencia acrecentó la sensación de protección de Sánchez Gamonal, que imaginó que era el elegido por Altamira para servirle en prisión. Puzzo era un certero ladrón de bancos, bregado entre tiros y peleas cuerpo a cuerpo.

—Ha llegado el pastoso —se escuchó en la celda de al lado.

—A callar. Es mi protegido —afirmó Puzzo.

Tomás Sánchez Gamonal fue acogido por un grupo de presos de confianza que, convenientemente pagados, iban a facilitarle su paso por el centro penitenciario. Primero en la zona de ingresos; luego en su propia celda. La vida en prisión era lenta. Los minutos parecían horas y únicamente se aceleraba cuando se rompían las reglas; aunque las peleas eran escasas y la seguridad elevada.

—Bienvenido, señor. Yo seré su hombre de confianza mientras dure su estancia en prisión —dijo el rotundo Puzzo.

«Menudo cambio de *consigliere*», meditó el banquero. En su primera mañana entre rejas supo que los periódicos le habían dedicado sus portadas. Le habían descrito como un mago de las finanzas carente de escrúpulos. Los telediarios y los magazines matinales de televisión centraron sus dardos envenenados en la caída en desgracia del banquero. Los tertulianos, antaño a sueldo del Banco Continental, olvidaron su propio pasado para vociferar contra Sánchez Gamonal acusándole de todos los males de España. La crisis, el fraude de la banca, las *subprime*, las hipotecas desmedidas y el crédito exacerbado eran culpa del financiero.

—Un momento —dijo Tomás, alzando la mano para que Puzzo callara.

El televisor de la celda estaba encendido. Vio su imagen y quiso escuchar la diatriba de un tertuliano en un magazine matinal:

—Las pobres familias desahuciadas sin un techo bajo el que dormir y Sánchez Gamonal con vivienda gratuita en Soto del Real. ¡Dónde vamos a parar!

El banquero maldijo a los periodistas y se sentó en la litera. Pensó que los titulares rezumaban inquina: *Sánchez Gamonal, en prisión* o *Banqueros en la cárcel*. Sin embargo, para él, lo más absurdo fueron las consideraciones jurídicas del magistrado Luján Olvido, que estableció, con pocos indicios, que detrás de la compra del Bank Little por parte del Banco Continental, se ocultaba un sobrecoste de cien millones de euros que fueron a parar a los bolsillos del accionista. La prensa, sin embargo, casi no mencionaba sus palabras en su declaración como imputado donde, a juicio de sus abogados, había justificado plenamente la compra del pequeño banco de Miami, que constaba en la memoria de expansión del Continental. Parecía culpable.

—Es una compra estratégica que, simplemente, salió mal —habían dicho sus leguleyos—. No ocultaba ningún tipo de apropiación indebida ni delito societario.

Nadie sabía aún que aquel banco era el germen el pequeño *private bank* que el Continental había creado para ocultar las riquezas de la *beautiful* española.

Al día siguiente, se prometió que se intentaría adaptar a su nueva vida. Había cambiado su



suntuosa vivienda, con una suite de setenta metros cuadrados, por una celda de dos metros cuadrados en la que convivía con su nuevo mejor amigo, Antonio Puzzo. Desde que había llegado a prisión, el financiero había entrado en un estado letárgico que le impedía pensar con claridad. Se impuso ajustarse a su nueva rutina que le resumieron nada más llegar. En una entrevista privada con un terapeuta —«¡Menuda gilipollez!», farfulló el banquero cuando supo el protocolo carcelario—, se le había evaluado psicológicamente.

—Señor Sánchez Gamonal, usted es uno más en esta prisión.. —había dicho el funcionario que lo acompañó, tras el examen psicológico, a su celda.

—Lo entiendo.

—A las 8 de la mañana le abriremos la celda. Usted deberá asearse. A las 8:30 en punto se sirve el desayuno. A partir de ahí, usted puede realizar las actividades del módulo o estar en las zonas comunes. La comida se sirve a las 13 horas. Treinta minutos más tarde deberá regresar a su celda. ¿Lo ha entendido? —El funcionario hizo una pausa para dejar que procesara la información y luego prosiguió—: La cena se sirve en torno a las 20 horas. Y a las 21:30 cerraremos su habitáculo hasta el día siguiente. ¿Lo ha entendido, señor? —reiteró.

—Sí. Gracias —contestó. Sabía que pronto aquellas reglas cambiarían. Al menos para él.

Esa mañana, después de desayunar, volvió a su cubil. Quería estar solo aprovechando que su compañero de encierro había ido al gimnasio. Había uno en cada módulo de aquella mini ciudad carcelaria. Además, había un patio, un comedor, una sala de estar con un televisor y un futbolín, un economato y aulas para los talleres de estudio. El financiero no quería testigos. Tenía cosas importantes que hacer.

Entró en el receptáculo, vestido con unos pantalones vaqueros, camisa y un jersey de cuello redondo gris, con coderas. Su elegancia artificial desentonaba entre tanto chándal, gorra y vestimenta mugrienta. Se paró frente a los barros y observó su celda. A la derecha había un plato de ducha, un inodoro y un lavabo. A continuación, estaba la litera metálica, doble y empotrada en la pared. Al fondo del habitáculo, debajo de la ventana enrejada, había una pequeña mesa de obra con una silla de plástico y, a su lado, un televisor que había adquirido en el economato de la prisión. «Los teléfonos están prohibidos», rezaban las reglas. Por eso tenía derecho a diez llamadas telefónicas semanales y a una visita de familiares, una vez por semana, de cuarenta minutos de duración a través de un cristal y mediante el uso de un telefonillo.

—Usted no puede tener teléfono móvil —le habían dicho al resumirle las reglas de la prisión—. Además, tendrá derecho a dos vis-a-vis por mes de dos horas de duración cada uno. Uno íntimo con su esposa en una sala que cuenta con una cama y un baño, y otro de carácter familiar con su esposa e hijos o padres o hermanos, siempre que puedan acreditarlo mediante el libro de familia.

Tomás había localizado, junto a su ropa, un teléfono móvil con un único número memorizado. En cuanto lo vio, una mueca de altivez apareció en su rostro. Su exceso de autoestima continuaba pegado a su piel. Ni se preguntó quién o cómo le había hecho llegar el teléfono. Simplemente estaba allí porque él se lo merecía. Acababa de aterrizar allí, y aún no sabía que, junto con las drogas, el canuto —como se llama al teléfono en jerga policial— era el elemento más deseado en prisión.

—Vamos, que llamar es más fácil que mear —le había comentado Antonio Puzzo.

Las comunicaciones en prisión eran una moneda de cambio. Los presos recibían ochenta euros semanales. Las llamadas, a las que tenían derecho, se pagaban. Y los trapicheos se hacían vendiendo tarjetas de telefonía de cinco euros. O con paquetes de tabaco. No era extraño ver a algún preso con un fajo de tarjetas de telefonía en el bolsillo. Con ellas, pagaba, cobraba y

compraba a los funcionarios. Como si fueran billetes. Y en esos zocos, Sánchez Gamonal se sentía cómodo.

Se sentó en la litera y, como el pensador de Rodin, reflexionó sobre su actual situación. Se levantó en varias ocasiones, mientras esperaba para poder realizar la llamada telefónica acordada. Meditó sobre la capacidad de su hijo Jorge para sucederle. Lo había educado con dureza, pero su madre le había facilitado todos los lujos y había consentido su carácter blando y condescendiente. Negó con la cabeza. No creía que fuese capaz de actuar como «un Sánchez Gamonal».

De repente, una sonrisa emergió en su rostro. Acababa de idear un plan sucesorio que obligaría a su hijo Jorge a tomar las riendas con dureza. «Si esto no le persuade, no se hará un hombre en su vida», asumió el pope de la banca.

Finalmente, llegó la hora convenida. Tras un mero tono, oyó una voz familiar:

—Te escuchamos. ¿Cómo estás?

—Aguantando. Esto no es tan malo —dijo mintiéndose a sí mismo.

—No tenemos mucho tiempo. Estamos aquí los dos. ¿Cómo quieres proceder? —preguntó su interlocutor.

El único número memorizado en aquel teléfono de contrabando era el de sus abogados del bufete Law & Evidence, que esperarían, a diario, su llamada a las 9:45 horas. El centro penitenciario no contaba con inhibidores de móvil en funcionamiento. En 2008 se había instalado un dispositivo para acabar con los teléfonos de contrabando en prisión y que cortaba la señal de los que se había entrado de estraperlo. Pero llevaba roto más de un año y nadie lo había reparado. «*Typical Spanish*», pensó.

—Sacadme de aquí.

—Padre, yo me ocupo de todo.

—Quiero salir pronto —dijo Tomás.

—El juez va a por ti, papá.

—Ya lo sé. Pero sácame pronto, joder.

—Haremos lo que podamos.

—No. Eso es inaceptable. Tenéis que hacer cualquier cosa. Sea lo que sea. Hasta sus últimas consecuencias. ¿Me has entendido? Caiga quien caiga. Tenemos un plan y hay que seguirlo.

—Lo sé, padre. Soy tu mejor alumno.

El Don dudó. Se había equivocado educándolo. Había conseguido que le mitificase. «Más que conseguirlo, lo busqué ex profeso», se sinceró consigo mismo. Le encantaba comprobar cómo su propio hijo le miraba embobado. Cómo repetía sus palabras e imitaba sus gestos. Había creado un buen consejero y un inequívoco falso jefe. Era un perfecto ejecutor sin capacidad para tomar decisiones. Algo tenía que hacer para cambiar aquello.

—Recuerda que en mi pequeña libreta están todas las respuestas. El secretario de Estado de Justicia me debe muchos favores. Lee y lo entenderás.

—Lo he hecho padre. Íñigo ya le ha llamado. Pronto tendrás noticias, tranquilízate. Ahora tenemos que colgar.

Un silencio se hizo en la línea. El Don se quedó meditando.

—Ejem —escuchó a sus espaldas.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que alguien había observado toda la escena. Miró atrás y, junto a la puerta enrejada, vio a un funcionario fulminándole con la mirada. «La tenencia de teléfonos móviles se sancionaba con treinta días de privación de paseos», le habían informado.

—Oculte eso —le ordenó—. Y acompáñeme, el director quiere hablar con usted.

En cuanto entró en el despacho del director Libermann escuchó su voz grave:

—Bienvenido.

—Gracias.

—El secretario de Estado me ha llamado y tengo órdenes de hacerle la vida lo más placentera posible.

—Gracias, señor director.

—Trátame de tú, por favor. Ah, y no te preocupes por el teléfono. Aquí incluso tenemos a un *twittero*. Pero sé más discreto. Haremos la vista gorda si ocultas el teléfono, como el resto de presos.

La hija del director acababa de ascender en la escala laboral. En cuanto se supo que el banquero iba a recalar en Soto del Real, su hija había recibido la llamada de un *head hunter*. La habían fichado en una de las múltiples empresas de inversiones financieras de la capital. Libermann supo que la fama del banquero era cierta y que la lluvia no mojaba al abrigo de un buen techo. Las empresas de Sánchez Gamonal siempre ofrecían cobijo a sus amigos.

De camino a la celda, el funcionario le dio un consejo:

—Si metes la mano dentro de la taza del váter del chabolo (la celda en jerga penitenciaria), ya en el agua hay un recodo que permite guardar el teléfono. Mete el móvil en un preservativo de los que te han dado en la enfermería y ponlo todo en una bolsa de plástico.

—Muchas gracias —contestó altanero el presidiario Gamonal.

—Deja que te hable de mi sobrina —continuó el funcionario.

Fue su primera falta entre rejas. Y como tantas otras, quedó impune.

La oficina de Altamira era un ir y venir de gente. El letrado la diseñó para momentos como aquel. Estaba calculando dónde iba a colgar sus nuevos cuadros, idénticos —o parecidos— a los del magnate encarcelado, cuando Jorge Sánchez Gamonal entró en su despacho, sin preguntar. Altamira seguía siendo un empleado. Abogado. Pero a las órdenes de sus clientes. Y eso le molestaba. ¡Y mucho!

—Necesito que me acondicione una oficina en el edificio.

—¿Para qué?

—Luján Olvido no se atreverá a ordenar una nueva entrada y registro en el despacho de un abogado. Tengo que ocuparme de los mandatos de mi padre y tu despacho es el lugar más seguro en estos momentos. Ya sabes, la confidencialidad y todo eso...

—De acuerdo. Mi secretaria te dirá donde instalarte.

—No te preocupes, un técnico del banco ya está ocupándose de todo.

Esa misma mañana, el joven sucesor se hizo traer lo último en tecnología. Un miembro de la seguridad del Banco Continental se ocupó de conseguir una red informática independiente a la del bufete. Además, encriptó el disco duro e hizo que los paquetes de información que transmitía al exterior fuesen inviolables. También dejó un botón verde al alcance del nuevo *paterfamilias* del grupo.

—Si usted pulsa este botón, todos los datos desaparecerán por arte de magia —le advirtió.

El joven directivo miró al técnico con incredulidad. Necesitaba una explicación. Y la obtuvo. Había instalado un disco duro especial que era capaz de subir la tensión a todas las memorias *flash* de su interior.

—¿Me quieres decir que literalmente fríe el sistema? —preguntó el nuevo capo.

—Sí, con humo, olor a quemado y todo eso —contestó el informático, con una sonrisa en los labios.

Por último, le dio una blackberry especial.

—Deme su iPhone —le ordenó.

—Ni hablar. Tengo información personal muy valiosa —repuso el joven Sánchez Gamonal.

El informático negó con la cabeza.

—Olvídese del *Candy Crush Saga*. A partir de hoy use solo este teléfono.

Le facilitó un viejo terminal al que le habían sacado el micrófono y la cámara.

—Solo es para el correo electrónico. Y para hablar, use este otro —le indicó el subalterno al joven sucesor—. Ahora ya puede salir al mundo exterior —ironizó el friki informático. «Y deja de mirar páginas porno, pajillero de mierda», pensó tras haber examinado el contenido de su antiguo iPhone.

A Altamira le repugnaba compartir espacio con Jorge Sánchez Gamonal, pero no podía negarse. Por la tarde, algo más calmado, pasó a hacerle una vista de cortesía. Lo encontró con cara de preocupación. El joven leía todo lo que se estaba escribiendo sobre su padre que, bajo su punto de vista, no se parecía en nada a la realidad. Su padre era un dechado de virtudes. Era lo que le habían inculcado. Lo idolatraba y ahora sentía que lo necesitaba más que nunca. No conocía otra cosa. Encendió un cigarro y observó las volutas de humo, mientras se llenaba los pulmones, intentando emular los hábitos de su progenitor que, hasta hacía poco tiempo, le habían resultado

incluso desagradables.

Jorge, más estilizado que su padre, había mejorado la estirpe. Cerraba todos los botones de la camisa. No llevaba cadenas de oro ni se freía con sol artificial. Las gafas, el pelo rubio heredado de su madre y una cara mofletuda e infantil le generaban simpatías entre sus allegados y empleados. Vestía siempre igual. Pantalón gris, blazer azul cruzado y mocasín granate. Así no pensaba por las mañanas. Era su uniforme.

Odiaba la crítica que los medios realizaban de su familia. Sobre todo la que firmaba Lindo Suria en el diario *El Sol Legal*. Los llamaban nuevos ricos y paletos de la construcción enriquecidos. Ante aquellos insultos, el soberbio sucesor juró venganza. Es lo que haría el Don. «Si no puedes con tu enemigo, cómpralo», recordaba haberle escuchado decir.

—Dime —espetó al letrado, al ver a Altamira en la puerta.

—¿Necesitas algo?

—¿Saldrá mi padre pronto?

Altamira fijó sus ojos en los del joven. Empezaba a parecerse demasiado a su padre. «Un energúmeno más», pensó.

—Sí. No te preocupes. Tu padre es inocente —afirmó.

—¿Inocente? —preguntó el *consiguere* incrédulo—. ¿Por qué crees que es inocente?

Ni él lo creía. Altamira lo miró con condescendencia.

—Todos mis clientes son inocentes. Y la libreta negra de tu padre abre muchas puertas. No lo olvides nunca. Además, la gente que acude a este despacho siempre es inocente.

Fue entonces cuando Jorge Sánchez Gamonal vio que quizá sí podía creer en la justicia. Un juez vengativo y un abogado corrompedor de voluntades. El secretario de Estado de Justicia les apoyaba y el director general de la Policía se iba a plegar a su voluntad. Asumió que aquello no podía acabar mal.

—¿Algo más? —preguntó Jorge, altanero.

—Sí. Por favor, no fumes en el despacho. Es ilegal.

Rió. «A la mierda», se dijo. «¿Quién se ha creído que es? ¿No se acuerda de quién soy? ¿Me habla este de ilegalidades? Ya ajustaremos cuentas.» Alzó la mirada con prepotencia y lanzó el humo al aire.

—Adiós —le despidió, mientras observaba cómo el letrado salía del despacho negando con la cabeza sin decir nada.

A solas, sonrió con la pillería de un niño malcriado. Sacó su iPad. Una partidita de *Candy Crush Saga* no hacía daño a nadie.

Pero no le dejaron.

Su nuevo teléfono encriptado sonó. Esa misma mañana, por orden de su padre, había contratado a un sicario. Y le citaba para acordar su venganza. El proyecto Sucesor.

La llegada de Tomás Sánchez Gamonal a Soto del Real produjo muchas envidias entre los presos. Disponía de una celda con televisor y baño en el interior. Y, así, a las pocas horas de instalarse en la prisión, ya controlaba el sistema. Aunque Tomás Sánchez era uno de los recién llegados, se había convertido también en el líder no declarado, al que todos obedecían. Era él quien mandaba en los horarios del patio y en los menús de prisión. No se molestaba jamás en consultar sus decisiones. Sabía que estaría poco tiempo entre rejas, pero no podía dejar de controlarlo todo. No había nada que se escapase de su conocimiento. Nada.

Había ascendido en el mundo de los negocios de igual forma y, en los años noventa, su llegada al sector financiero no fue pacífica. Se rumoreaba que lo odiaban por tener una «cuna de cemento y sudor», recordándole su pasado de constructor. Y los consejeros, representantes de tres familias de banqueros, lo tomaron como una invasión. Nadie sabía qué pensaba realmente aquel hombre. «Hay que acabar con él. ¡Qué tío más cutre!» Esas y otras lindezas aparecían transcritas en la libreta negra de Sánchez Gamonal. Lo que sus enemigos decían de él. A pesar de no tener formación universitaria, prosperó rápidamente entre la élite financiera. Todos los analistas de la época coincidían que aquella veloz ascensión iba a molestar a muchos. El futuro de Sánchez Gamonal era el mando. «Controlará el sistema», en palabras de la familia de banqueros vascos Alfaratxe, que había ayudado a su ascenso a cambio de dinero.

Por todo ello, no resultaba raro que, de forma tan rápida, se hubiese hecho un hueco en Soto del Real.

Esa mañana, tras acicalarse, se sentó en el camastro. Estiró las piernas y apoyó la espalda en la pared. Sonrió. Ni allí enterrado iban a acabar con él, pensó. Miró hacia el lugar habitual. Una esquina del techo. Allí se quedó embobado durante unos segundos.

Clack.

Salió de la celda a las ocho treinta.

Clack.

El sonido de los cerrojos le seguía sobresaltando.

—El recuento —vociferó un funcionario.

El primero de los tres que cada día se realizaban.

En cuanto acabó la rutina se giró al preso que le acompañaba.

—Puzzo, esta es mi lista para el economato. Toma. Ve y tráemelo —ordenó Don Tomás, como se le conocía entre los presos.

Le tendió un papel con sus necesidades diarias: tabaco, Coca-Cola y patatas fritas. «No hay como tener dinero. Hasta en la cárcel tengo sirvientes», pensó con orgullo. Luego, enchufó el televisor y, con un magazine matinal de fondo, recordó aquellos años noventa en los que se realizaron los primeros dossiers sobre su persona. «Es un monigote cuya única virtud consiste en saber cómo comprar voluntades», rezaban las conclusiones de aquellos informes que lo definían como un nuevo rico, hecho a sí mismo al calor de la corrupción política.

Comió solo en su celda, servido por Puzzo, y luego se estiró en el camastro. Cruzó las piernas y encendió un pitillo recordando cómo se produjo su aceptación en el sector bancario: frente a una copa de coñac envejecido en barricas de roble francés. Al final, los magnates habían cedido a la presión de los vascos. Le aceptaron, porque necesitaban su dinero y sus contactos

políticos. Le dejaron jugar a ser uno de ellos durante una temporada y luego le intentaron expulsar del parnaso de los grandes negocios.

Se removió en el camastro de la celda y sonrió al recordar la discusión que tuvieron la noche de su aceptación en la que Alberto Urquiola de Lara le acusó de ser un recién llegado. «Aquí mando yo. Te dejamos operar en la pequeña banca. En la privada. En el fango del capital. Donde debes estar cómodo», había ironizado Urquiola. «¿O no es así? Agua y tierra es tu pasado y tu futuro. ¿Tu presente? Te dejaremos ronronear por aquí.» Pero Sánchez Gamonal no hizo caso. El Continental se dedicó a la banca tradicional y Urquiola enmudeció cuando un sobre llegó a su casa. A su nombre. En el interior había unas fotografías. El y una amante. Y, sujeta con un clip, una tarjeta de visita firmada por Tomás Sánchez Gamonal, presidente del Banco Continental.

Después de comer, el preso de confianza entró en la celda. Retiró los restos de la comida del banquero.

—¿Necesita algo más, Don Tomás? —preguntó Puzzo.

—No, gracias —contestó el banquero.

—¿Puedo hablar con usted?

—Claro, Antonio. Siéntate —dijo señalando la silla de la celda.

—Es mi mujer. Allí fuera no sé si estará desamparada.

Tomás Sánchez Gamonal alzó las cejas. «¿O poniéndote los cuernos?», pensó. Asintió con la cabeza.

—¿Qué necesitas?

—Que alguien la vaya a ver y que la tranquilice. Que le diga que usted me ayudará a salir adelante.

—Bien. Así se hará —aseguró el financiero.

Puzzo lo dejó a solas y Sánchez Gamonal recordó a los Alfaratxe. Ellos fueron sus padrinos. A finales de los noventa, Tomás Sánchez Gamonal fue creyéndose poco a poco un jugador de primera. Vestía, comía, hablaba y negociaba como ellos. Pero no era uno de los suyos. Llevaba marcado a fuego la juventud de su riqueza. Y su rolex de oro y diamantes así lo demostraba. Sin embargo, se hizo con su cuota de poder. El escurridizo constructor pronto serpenteó por el laberinto de las finanzas. Y se ganó un puesto a su lado. Y en cuanto consiguió dos asientos en el Consejo del Banco, empezó a regar de dinero a los cargos intermedios. Sus jornadas de trabajo no acababan antes de la cena sino que volvían a empezar. A diario llevaba a los directivos del banco, a espaldas del consejo, a imponentes hoteles donde *scorts* de lujo, en connivencia con Sánchez Gamonal, se hacían las contradanzas y caían rendidas a los pies de los banqueros. «Los muy imbéciles se lo creían», recordó Don Tomás con satisfacción. Además, aquellos encuentros se grababan. El poder de la información era incluso mayor que el del dinero. Y para eso tenía al entonces inspector de policía Peláez, a quien había conocido en aquella época y con el que había congeniado enseguida. Desde ese momento, sus mundos se unieron de por vida. Él era el encargado de, con los recursos estatales de la policía, proteger sus intereses y de conocer los secretos de todo aquel que se le acercase.

Pronto compró, a nombre de terceros, un despacho cuya llave únicamente la tenían Peláez y él mismo. En su interior se ocultaban los informes y grabaciones que pergeñaba el policía con dinero público. Era un mundo paralelo que podía romper vidas privadas, cambiar votos en los consejos de administración y comprar voluntades políticas. El parnaso de cualquier medio de comunicación.

A principios del año 2000, el Banco Continental pasaba grandes apuros económicos y los financieros tradicionales intentaron echar a Tomás del consejo de administración. Peláez instaló

micrófonos en los despachos del Banco de España, siguió a amantes e investigó las finanzas de todos los políticos y empresarios implicados. De aquella época guardaba una lista de problemas familiares, asuntos de faldas, drogas y orgías. Todo quedó grabado en el *leverage* del banquero. Su libreta negra. Eran tiempos de maletines de dinero negro procedente de recalificaciones y contratos públicos. Sánchez Gamonal conocía los tejemanejes y escuchaba las transacciones con los bróquers de los bancos ginebrinos. Peláez era el ojo que todo lo ve y el oído que todo lo oye. Su jefe, Don Tomás, el fedatario de la información que manejaba a su antojo.

Finalmente, recordó, hubo un acuerdo. El Banco de España permitió que el Banco Continental se quedase con una pequeña entidad de Miami: el Bank Little. Fue en aquella época cuando nombró a su consejero legal, Íñigo Altamira, con quien compartía fines: dinero y poder. Costase lo que costase. Y a ello se lanzaron con desmesura. Los codazos; los navajazos, e, incluso, las puñaladas traperas fueron una pequeña piedra en el camino que la información se llevaba por delante. Consiguieron lo que ambos querían. El poder.

Henchido de ego, veía cómo sus cuentas corrientes aumentaban a medida que lo hacía el control de los políticos y financieros. ¿Su vida personal? De mal en peor. El banquero cambió a su mujer de toda la vida por una rubia que creyó imbécil —aunque se equivocó—, con una gran talla de sujetador que solo le servía para pasearla y sentarla en reuniones sociales donde tenía que quitarle de las manos el champagne para que no le dejase en ridículo. Una morena teñida de rubia que al principio calló y que cuando olvidó el tinte rubio demostró su verdadero ser. Verónica era ambiciosa y más lista que muchos de aquellos empresarios. «En las fotos queda bien», decía el banquero.

Pronto también se distanció de ella y empezó a visitar un local, en los alrededores del Paseo de la Castellana, donde bellas mujeres complacientes, calladas, silenciosas y vestidas con trajes de noche, esperaban su presencia para escuchar sus cuitas y darle todo aquello que en su casa se le negaba. ¿A cambio? Billetes morados que aparecían por arte de magia con cada «papito» y demás falsas lindezas. Aunque tampoco aquel intercambio de fluidos y conversación fútil le llenó. Ni siquiera sus amañados halagos y sus posturitas sexuales le hacían sentir un Supermán. Tomás Sánchez Gamonal tenía todo lo que deseaba. Si no lo tomaba, lo robaba o lo arrancaba. Todo menos el amor.

Aburrido, empezó a acudir a locales de intercambio de parejas. El, obviamente, no iba con Verónica. Llevaba a una dama de pago. Cegado por el morbo, creía que se acostaba con la mujer de otro delante del marido. A cambio le entregaba a su supuesta esposa, catada por todas las lenguas capaces de pagar su precio. No se daba cuenta de que la mayoría de aquellos hombres iban, también, acompañados de meretrices.

Y en una de aquellas fiestas de sexo y alcohol conoció a una joven actriz que le presentó a un empresario barcelonés llamado Ricardo Corbin, que controlaba un grupo de sexo amateur online. Junto a él descubrió los instintos más bajos del sexo en grupo: los carruseles sexuales. Aquellas aventurillas, como las solía llamar el financiero, fueron su perdición y, por culpa de una de aquellas putas con las que celebraba sus éxitos en la capital, le robaron un documento que, más tarde, fue el objeto del primer chantaje que recibió en su vida.

—Buenas noches —dijo tapándose con la manta.

—Buenas noches, Don Tomás —contestó el funcionario—. Es la hora de irse a dormir.

—De acuerdo.

Clack.

Esa noche, encerrado en su celda, fue consciente de que su caída —del cielo de los negocios al suelo de Soto del Real— se había iniciado mientras se subía la cremallera de la bragueta, tras



sus noches de sexo orgiástico con Ricardo Corbin.

Todo por un polvo de pago. Todo por un papel robado.

-Necesito verte —dijo Ricardo Corbin al otro lado del teléfono.

—Hoy no puedo —contestó el detective privado, Néstor Sanchís.

—Hoy. Sin falta. Desde que han detenido a ese banquero de Madrid nos están investigando a todos.

—¿Quiénes sois todos?

—Los clientes del Banco Continental.

—Eso no tiene sentido, Ricardo.

—Sí que lo tiene. Ese banco es una lavadora de dinero y el juez lo sabe.

—De acuerdo. Te veo en un rato.

La entrada en prisión de Sánchez Gamonal había dado mala espina a Ricardo Corbin y por eso había llamado a Sanchís, a quien había citado en la Plaza Francesc Macià. Llegó el primero y le esperó, sentado en una terraza, repiqueteando con los pies en el suelo. Mataba el tiempo con alcohol. Un trago. Otro. Y una raya. Corbin, cuyos negocios estaban al límite de la legalidad, había perdido la cabeza tras la detención de Tomás. Pero no fue el único. El resto del mundillo de los negocios empezó a actuar de forma paranoica. Todo el mundo controlaba sus teléfonos por si estaban intervenidos. Si caía el pope de la banca privada, cualquiera podía acabar en prisión. El banquero llevaba una semana en Soto del Real y había conseguido que las consultas a empresas de seguridad y detectives privados aumentasen de forma vertiginosa buscando micrófonos ocultos. El problema era que, en el caso de Corbin, la paranoia se veía acrecentada por la droga, de la que dependía desde hacía años.

Se había iniciado en el mundo empresarial tras dejar su puesto de concejal en un pequeño pueblo de Galicia. Acusado de corrupción, se le vinculó a las mafias de su pueblo natal. En aquellas noches se aficionó a aliviarse con sexo amateur a través de Internet. El germen de su imperio. Creó un emporio del sexo online que instaló en Barcelona, donde se afincó para huir de su vida de político. Sin embargo, su tarjeta de visita lo presentaba como el consejero delegado de una multinacional de telecomunicaciones con sedes en Madrid y Barcelona y un staff de cuarenta personas que trabajaban, aparentemente, para una empresa de juego online. Tenía cincuenta años, dos matrimonios fallidos y cuatro hijos.

Néstor Sanchís llegó con sigilo y se sentó frente al ex concejal, que le dijo, sin darle tiempo a saludarle:

—Me van a detener.

—¿Qué? Eso es imposible —repuso el detective, con conocimiento de causa.

Sanchís conocía a Corbin desde hacía años. Controlaba a sus amantes y analizaba sus teléfonos. Supervisaba a clientes y proveedores, protegía sus negocios de impagados y fraudes internos. Lo verificaba todo. Realizaba barridos electrónicos en busca de micrófonos y, aleatoriamente, inspeccionaba posibles vigilancias policiales de su persona y su entorno. No había ninguna evidencia que pudiese sugerir una detención.

—Me van a detener hoy mismo —añadió con seguridad.

—Idioteces —contestó Sanchís.

El detective se dio cuenta de que Corbin parecía un perdedor. Vestía un jersey de pico de color granate, una camisa azul Oxford y unos pantalones de pinzas. Remataba el conjunto unos

mocasines negros. Había sido el típico *borjamari* calvo, gordo y moreno de sol artificial. Sin embargo, cada día estaba más deteriorado, por su forma de vida.

—Te lo repito. Me van a detener.

—No digas sandeces, Ricardo. Sabes que controlamos el sistema y no hay ningún elemento que nos haga pensar que eso pueda ocurrir —le contestó Sanchís. «Cojones, soy un profesional. Déjame hacer a mí y no me jodas la vida», quiso decirle el detective.

Ante estas situaciones, «El Dandi» sabía que debía mostrarse inflexible. Se relacionaba de forma diferente en su casa que con los clientes. Frío, calculador y borde en los negocios. Generoso y vital con su familia. Una de sus muchas contradicciones. Desde que cumplió los cuarenta vivía un conflicto interior.

—Me van a detener joder. Es verdad.

—Mira, tío, cuando uses tu nariz para respirar oxígeno y no para volverte un paranoico, te escucharé. Mientras tanto, me voy con mi familia, que no se merece que les prive de mi tiempo por un tipejo como tú.

El detective abandonó a Corbin en cuanto este visitó el baño en dos ocasiones. Le había perdido. Ya no estaba. Pretendía hacerle entrar en razón y no lo consiguió. La droga lo convertía en una persona diferente. Alguien incapaz de escuchar y de mantener un discurso razonable. Lo dejó sentado frente al tercer gin tonic que se estaba bebiendo tras menos de treinta minutos de conversación. Esperaba no volver a verle en mucho tiempo. Pero Néstor Sanchís se equivocaba. Pronto volvería a saber de él.

Sanchís residía en plena Avenida Diagonal de Barcelona. Era una vivienda muy amplia y diáfana, con una estancia principal que agrupaba el salón y la cocina americana. La habitación de matrimonio, que incluía un vestidor (el santuario de sensaciones de Sanchís) y un baño integrado estaba en un extremo, y el otro lo ocupaban sus hijos. La vida le trataba bien. Una familia maravillosa, mucho trabajo y un buen sueldo. Y es que se le consideraba uno de los mejores en su ramo. La había comprado hacía cinco años, cuando conoció a Bibi y aún conservaba una vida enloquecida. Desde entonces, la casa se había convertido en su refugio.

—¿Hay alguien? —preguntó al llegar.

—Sí —contestó Bibi—. ¿Dónde estabas?

El detective no explicó mucho. Estaba acostumbrado a guardar secretos, incluso en su casa. Pero su mujer observó su rostro. Mostraba preocupación. Su profesión no estaba exenta de riesgos. Sabía mucho de los demás. Demasiado. Si detenían a Corbin, su vida se podía convertir en un infierno. Un cambio demasiado brusco que podía amenazar su felicidad, porque significaría mezclarse en investigaciones de las peligrosas.

Por la noche se prepararon para salir a cenar. Era su día. El día de la pareja. La jornada sin niños. Toda la noche para ellos. Sin interrupciones. Ellos y nadie más.

Bibi entró en el baño primero. Desde la cama, y con las noticias de fondo, Néstor vio cómo se desnudaba. Era una mujer impresionante. Las caderas perfectas, las piernas torneadas por una juventud dedicada al ballet, unos pechos generosos y una cara que invitaba a besar, enmarcada por una cabellera larga castaña. Si algo destacaba en su rostro eran los pómulos; resaltaban los ojos color miel que se tornaban verdosos con el reflejo del sol. Una pequeña cicatriz en el labio superior enseñaba al mundo su carácter revoltoso y, en algunos casos, agresivo. Muchas mujeres querrían llorar con sus ojos, pero la vida tampoco la había tratado con dulzura. Un ex marido violento, que le seguía haciendo la vida imposible, había enquistado cicatrices de desconfianza y de inseguridad frente a un mundo que no le ofrecía ningún tipo de certeza. Néstor la ayudó a encontrar el dinero que su ex marido había ocultado para no pagar la pensión de los dos hijos que Bibi había tenido en común con aquel animal. Se enamoraron locamente. Cuando Néstor la conoció, abandonó una vida disoluta al lado de demasiadas mujeres y se alejó de las investigaciones —como la que les permitió conocerse— cargadas de sentimientos. Ahora el detective solo investigaba fraudes financieros. Porque ahora los dos eran uno. O eso creía Sanchís.

—Ya puedes entrar —le ordenó Bibi saliendo de la ducha.

El detective rebufó. Odiaba los mandatos, sobre todo en casa. Pero era algo habitual en Bibi. Una rémora del pasado al lado de un marido *violento* que *únicamente* le dejó deudas y dos pequeños que Néstor quería como propios.

Bajo el agua pudo olvidar, durante un rato, los problemas de su cliente y las exigencias de Bibi. El agua lo arrastra todo. Sanchís se dedicaba a destapar la suciedad de los corruptos mientras protegía a delincuentes de guante blanco de sí mismos. Y su cabeza era un hervidero eterno de inquietudes. Solo en familia conseguía olvidarse de todo aquello.

—¿Me das una toalla, amor?

—Joder Néstor, cógetela tú.

—Vengaaaa. Dámela —pidió el detective, jugueteón.

—Aquí la tienes —contestó cortante—. Todo el día corriendo por los demás y en casa no te puedes ocupar ni de una toalla.

Enfurrñado por la reprimenda, se vistió frente al espejo. Unos *jeans* rectos, una camisa y una americana. Se calzó unos botines con la caña forrada con tweed de lana Harry's y contempló su reflejo para ver si estaba lo suficientemente bien como para acompañar a la mujer más bella del mundo: la suya. Todo en Néstor tenía dos facetas: una laboral y otra privada. Su sumisión a Bibi se transformaba en altanería frente a un nuevo caso. Incluso sus ojos recobraban la expresión cuando miraba a su mujer. Fríos e inexpresivos taladraban a sus investigados. Con ella, lánguidos y cálidos.

—Néstor, estás bien. Deja de mirarte. Pareces una niña —escuchó a sus espaldas.

Casi se desmayó al verla vestida con un mono de seda negra con escote bañera y una americana con las solapas de raso. Su mirada recorrió ese cuerpo, como probablemente harían muchos hombres esa noche. Era perfecta. Unos zapatos salón de *Loboutin* la habían hecho crecer diez centímetros y acercarse al metro ochenta del detective.

—Dame un minuto —contestó, sonriendo con socarronería.

La respuesta llegó con el habitual sarcasmo de Bibi:

—Eres peor que una mujer. Siempre atento a los detalles. ¿Vamos? —le dijo, provocando.

Sanchís sintió la urgencia de salir de su casa y se plantó, con los hombros erguidos, frente al espejo. Asió el peine como si fuera un arma y se miró. Vestido tenía una extraña furia que se correspondía con su estado de ánimo. Ella le estaba esperando en la puerta, mirando cómo acababa de acicalarse. El detective tenía el control en su trabajo, pero frente a ella se sentía inseguro. Necesitaba estar a su altura. Sentir que esos siete años de diferencia entre sus 42 y los 35 de su mujer se atenuaban. Pero era difícil igualar aquella distinción natural.

Fueron a cenar una *fondue* en un pequeño restaurante situado en el barrio gótico barcelonés. A su llegada les atendió una *maître* que insinuaba bajo su ropa un cuerpo de infarto. Los acompañó a la mesa. «El Dandi», zalamero, le agradeció su educada recepción con una mirada coqueta. Una suave colleja le hizo volver a la realidad.

—Tira, mirón —le dijo Bibi con una sonrisa camarada de quien comprende la lucha en la que Néstor se sentía enquistado desde que la conoció. Tenía que olvidar su pasado.

Bibi meditó. Estaba segura de que Néstor guardaba algún secreto, pero nunca habían hablado de aquello.

La noche fue perfecta. Las risas y las miradas cómplices aventuraban un final de la velada entre las sábanas, haciendo el amor. Sus manos se unieron en medio de la pequeña mesa. El acarició, con las yemas de sus dedos, la piel suave de su mujer. La conversación giró en torno a su vida personal, sus hijos e, incluso, la detención de Sánchez Gamonal. Sanchís quiso explicarle las cuitas de su cliente, Corbin, pero desistió. Era su noche. El trabajo debía quedar fuera.

—Déjame tu teléfono móvil. Fie olvidado el mío en casa —le pidió ella en cuanto acabaron el postre—. Tengo que llamar a la canguro.

—Lo he dejado en el coche para que no nos molesten mis clientes —le contestó.

La mirada de Bibi y un beso suave en los labios le confirmaron que le había gustado el detalle. Con los cafés, él descubrió en los ojos de su mujer un signo de pillería que le gustó. Imaginó los besos y la forma en que ella se quitaría la ropa. La miró embobado con una sonrisa en la cara. La estaba imaginando lasciva. Ella se dio cuenta. Tampoco le pasó desapercibido que algún problema rondaba la cabeza de su marido. Por eso sugirió que se fueran a casa. De hecho, lo ordenó. Pero ese mandato no molestó a Néstor, porque sabía lo que significaba.

Salieron de la mano y anduvieron por aquel barrio, en un claroscuro lleno de almas gemelas que soñaban con una noche de amor y placer carnal. La velocidad de sus pasos denotaba las ganas que tenían de llegar a su refugio y comerse en el soportal.

Un joven hindú interrumpió su carrera hacia el vehículo que les iba a llevar a su cama para arrancarse la ropa.

—¿Una rosa? —preguntó con una mirada lánguida, acostumbrado a la negativa de las parejas de mediana edad con aspecto de tener poder adquisitivo. Néstor iba a contestarle que no cuando se encontró con la mirada suplicante del vendedor.

—Dame todo el ramo, por favor —le dijo—. Mi mujer se lo merece.

—Más de lo que te crees —escuchó a sus espaldas, provocándole.

El vendedor, asombrado y agradecido, le tendió el buqué de rosas rojas a Néstor quien, a su vez, se lo entregó a Bibi, cuyo silencio cómplice le agradeció el detalle. Ella se alzó de puntillas sobre aquellos zapatos de vértigo y puso sus manos tras la cabeza para acercarse, una vez más, a sus labios. Le besó apasionadamente y luego sonrió y le abrazó por la cintura, casi empujándole, para llevarle corriendo hacia el coche con una promesa susurrada al oído:

—Esta noche disfrutarás como nunca lo has hecho, mi vida.

Pero no llegaron.

El investigador miró a su alrededor sintiendo que el hambre crecía en su interior. Repasó con la mirada los edificios frente a ellos.

—¿Vamos? —dijo su mujer.

—Un momento, cariño.

Una sonrisa picara apareció en el rostro del investigador, que había localizado un pasaje en uno de los callejones cercanos. La agarró de la mano y la apoyó en un pequeño portalón desvencijado por el paso del tiempo.

—Podías haberte puesto una falda, ¿no? —le susurró al oído mientras le bajaba el mono y la cubría con su propio cuerpo para que nadie viese su desnudez si pasaba por aquel oscuro callejón. Ella cara a la pared. Él, a su espalda.

Fue algo impulsivo. Hicieron el amor. Rápido y excitante. Dos cuerpos en uno con idéntica cadencia de movimientos. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera. Explotó con un gemido que resonó a su alrededor. Se sintió joven, nuevamente. Relajados y con un rubor en las mejillas, caminaron en silencio hasta el vehículo.

Allí, Sanchís descubrió que tenía más de veinte llamadas perdidas. Todas del mismo número.

—¿Qué pasa? —preguntó Bibi.

El investigador alzó la mano pidiéndole silencio.

—Dime —ordenó al interlocutor que tantas veces le había llamado.

—¿Dónde cojones estabas? —le dijo uno de sus contactos en la policía.

—¿Qué coño ha pasado? —masculló el detective.

—Han detenido a Corbin.

En esos momentos odió a su cliente.

Tuvo que dejar a su mujer en casa y se dirigió a la comisaría de policía de la Verneda. Su estado de ánimo pasó de la preocupación al enfado en poco tiempo. Corbin se lo había advertido y él no le había hecho caso. El imbécil de Ricardo Corbin debió entrar en un estado de pánico, provocado por toda la mierda que se había metido por la nariz, en sesiones de sexo orgiástico con profesionales del porno que luego se vendían, en Internet, se justificó el detective. «¡Cómo si fuese amateur!» Pero Corbin tenía razón y él no lo había previsto. Se culpabilizó y sintió como si una aguja le entrase por el ombligo hasta su estómago. Si ayudaba a Corbin a salir de aquel

atolladero, su felicidad podía verse amenazada. Aquella noche la pasaría alejado de su familia e, intuyendo por dónde iban los tiros, no sería la única. Y eso no auguraba nada bueno. Aquella ausencia fue la primera de muchas. Iba a poner en peligro todo por lo que había luchado desde que cumplió la cuarentena.

Francisco Nicolás Montón llegó al Hotel Intercontinental con las manos en los bolsillos y un porte rígido para aparentar más altura de su escueto metro setenta y tres. De madrugada, sus escasos veinte años desentonaban entre los dorados y aquel lujo ampuloso. Entró al lobby por la puerta giratoria con una sonrisa inmensa que dejaban ver sus dientes, algo desmesurados. Llevaba su pelo rubio y ondulado peinado hacia atrás con una fina capa de gomina que le daba un tono brillante y luminoso.

Tomó uno de los dos ascensores y subió hasta la séptima planta. Anduvo por la moqueta hasta la habitación número 714. Llamó a la puerta y, en cuanto esta se abrió, apareció un brazo desnudo de mujer que lucía un reloj de oro y una pulsera *Love* de Chanel de platino y diamantes. Lo tomó de la mano y lo arrastró al interior de la estancia.

Nicolás ni saludó. Se quedó boquiabierto. Aquella suite era mayor que toda su casa. Las mesas, de madera, estaban relucientes y las bandejas de alpaca contenían viandas para un regimiento.

—¿Vienes? —escuchó de fondo.

Miró hacia el extremo de la habitación y la vio desnuda, sobre la cama, con una copa de champagne en una mano y la otra entre sus piernas. Fue una visión mágica para el joven. Todo por lo que había luchado durante años, unido en una misma estancia.

La mullida cama se convirtió en un ring sexual donde la morena y —casi cuarentona— que lo había ido a conocer a la discoteca Mundi Lux lo tumbó desnudo. Exprimió su juventud sin dejar la copa de champagne de Dom Pérignon Rosé hasta que, exhausta, se estiró a su lado y encendió un cigarro.

—¿Has hablado con él?

—Sí. Tejeda me ha prometido que cumplirá con su parte.

—Bien —asintió la dama—. Ahora vete.

El joven alzó la barbilla extrañado. «¿Quién es esta mujer?», se preguntó. No estaba acostumbrado a que lo trataran como un *kleenex*. Se ofendió. Eso solo lo hacía él. Sin embargo obedeció y, de un salto, empezó a vestirse a toda prisa bajo la atenta mirada de la mujer.

—Esto es tuyo —dijo ella, tendiéndole un sobre mientras se incorporaba de la cama sin que sus grandes pechos se moviesen un ápice.

—Gracias —contestó el chaval. Y le dio un escueto beso en los labios a modo de despedida.

«Este tiene futuro», se dijo la dama. Le encantaba la complacencia y el servilismo de Montón. Además, a diferencia de los otros jóvenes que solía instruir, tenía potencial. «Este es para mí», se dijo mientras Montón salía de la habitación con la entrepierna satisfecha y diez mil euros en el bolsillo.



Ricardo Corbin se sentó sobre el duro cemento. Le acababan de requisar el cinturón y todas sus pertenencias. Le aflojaron las esposas frente al enrejado. El funcionario le empujó mientras le ordenaba:

—Adentro.

El ambiente de los calabozos de la comisaría era húmedo y frío. Los huesos le dolían y las articulaciones estaban empezando a resentirse. Las manos le temblaban y sentía la cabeza a punto de explotarle. Tras diez horas encerrado, el mono hizo su aparición. El médico forense indicó que tenía *craving*: una necesidad imperiosa de meterse un tiro de coca por la nariz que reviviese, artificialmente, su cerebro.

—¡Agente! —gritó—. ¡Agente!

Iba a chillar por tercera vez cuando el policía se plantó ante él con los brazos en jarras y aire chulesco.

—¿Qué cojones quieres?

Corbin empezó a llorar. Como un crío pateó hasta desquiciarse. Se tiró de los pelos. Y solo obtuvo una respuesta:

—Mátate si quieres, hijo de puta. De aquí no sales.

Tembló durante una hora más hasta que cambió el turno de vigilantes. Se había convertido en escoria humana. El lo sabía. Y para colmo iba a ser vox populi.

El cambio de turno hizo que un nuevo funcionario, con pinta de necesitar una ducha, un afeitado y unas horas de sueño, se le acercase. Bajó la voz y, casi en un susurro, le explicó que en una hora saldría a ver al médico.

—¿Al médico? —preguntó—. Si ya he ido.

—Sí. Al médico —contestó mientras le pasaba, de estraperlo, dos tranquilizantes—. De parte de Sanchís —añadió, bajando la voz. «Menudo subnormal», pensó el funcionario.

Y es que la visita no era con el médico forense. El detective había movido unos hilos y soltado trescientos euros para verse con su cliente durante unos minutos. Volvía a ser un huele braguetas al uso. Necesitaba saber qué había pasado. Qué había hecho para acabar enterrado en el subsuelo de la comisaría de la Verneda. El funcionario le filtró que, a la mañana siguiente, pasaría a disposición judicial y declarararía ante el juez de guardia. Néstor Sanchís supo que el juez iba a decretar, probablemente, prisión provisional en veinticuatro horas.

—Ricardo, se ha montado una gorda ahí fuera —le dijo el detective en cuanto lo vio.

El yonki ni le escuchaba.

—¿Me has traído un pollo? —le preguntó.

—¿Quién cojones te has creído que soy, tu puto camello? —contestó Sanchís, mosqueado—. Céntrate, cojones, que te vas al talego —le advirtió.

Corbin lloró. Temblaba sin poder parar. Le faltaba su narcótico. Algo peor que la cárcel.

—Me han dicho que mañana por la mañana vas a declarar ante el juez. Tranquilízate y duerme. Yo mientras tanto voy a hacer unas preguntas por ahí —le dijo el detective.

La noticia de la detención de Ricardo Corbin abrió todos los telediarios del mediodía.

La locutora, en primer plano, vocalizaba de forma artificial leyendo el *cue*:

*Un millón de euros de ganancias ilegales al mes por explotar sexualmente, a través de Internet, a una treintena de mujeres de origen latinoamericano.*

La cara de la presentadora mostró signos de desaprobación y asco cuando añadió:

*La policía nacional ha desarticulado una red criminal dedicada a la trata de blancas en nuestro país. Hay once detenidos y en la operación han sido rescatadas diecisiete mujeres. Además, se han realizado seis registros domiciliarios. La policía ha informado que las primeras pesquisas comenzaron en enero de este año a partir de declaraciones de mujeres captadas por la organización. Entre los detenidos se encuentra el ex político español Ricardo Corbin, supuesto cabecilla de la trama.*

El detective asumió que Corbin iba a permanecer más de una noche en los calabozos y decidió hacerle una nueva visita.

—Está desquiciado —le dijo el funcionario a Néstor Sanchís mientras se llevaba al bolsillo otros trescientos euros por dejarle ver a su cliente—. Diez minutos, ni uno más. Me juego el curro.

Sanchís se reunió con Corbin en uno de los despachos junto a los calabozos. En cuanto lo vio, sintió que se estaba viniendo abajo.

—Hola —dijo Sanchís impresionado por el aspecto físico tan deteriorado de su cliente.

Habían pasado cuarenta y ocho horas y su rictus ya había cambiado. Estaba blanquecino, mal afeitado y sus ojeras delataban que los días previos a su detención no habían sido tranquilos. Cuando dos días antes se habían entrevistado, Sanchís ya percibió que había adelgazado algo y su aspecto de *borjamari*, fofo y moreno, se había deformado para iniciar el camino a sus verdaderos orígenes: a aquel niño tirillas, sin amigos, de barrio gallego humilde que vivía enclaustrado, sin luz del sol, en el pequeño cubículo que habían alquilado sus padres en un macro edificio de trabajadores. Aquel día iba enfarlopado hasta las trancas, e imaginó que cuando la policía lo detuvo debía estar en idéntico estado. Se sentía culpable por no haber podido advertir aquel revés en la vida de Corbin. «El se lo ha buscado», se convenció el detective. «Tomó una decisión cuando se metió el primer tiro por la nariz, cuando aceptó su primer soborno siendo concejal y cuando centró su vida alrededor de la pornografía.»

El detective no tenía nada que reprocharse, así que decidió que quizás había llegado el momento de que alguien le explicara cuatro verdades a las que no estaba acostumbrado.

—Sé lo que piensas —dijo su cliente adivinando los pensamientos del detective—. Y sí, estaba puesto cuando me detuvieron.

—¿Qué necesitas? —espetó, seco y cortante, el investigador.

—¿Ni siquiera un cómo estás?

—Ricardo, dejémonos de gilipolleces. ¿Qué necesitas?

El ex concejal hizo un gesto para que se callase y sacó un pequeño papel del bolsillo del pantalón. Tomó un bolígrafo. Creía que aquellos despachos estaban intervenidos con micrófonos. Tenía manía persecutoria, provocada por la coca, que seguía incrustada en su cerebro. Cuando acabó de escribir apoyó el documento en el duro y sucio tapete de la mesa alrededor de la que estaban reunidos.

—Ni hablar —contestó tras leerlo.

El ex concejal había apuntado: «Saca el material de la vivienda secreta».

—Por favor —tartamudeó el preso.

—Te lo dije cuando te conocí. Todo irá bien si me haces caso.

—Pero...

—Te lo dije, joder. Que reconocieses tus limitaciones.

—Ya lo sé.

—Que no vivieses por encima de tus posibilidades.

—Sí.

—Que no llamasess la atención. ¿Y me has hecho caso?

—No.

—Te has creído tu personaje: coches de lujo, restaurantes caros, mujeres de bandera y creyéndote el rey. El puto rey.

Corbin esbozó una media sonrisa.

—Lo era.

—¿Qué vas a ser el rey! Un mero proxeneta digital. Un cutre paletto de pueblo vestido con ropa con muchos logotipos, imitando a los pijos de Barcelona y que solo se siente cómodo en bares cutres del Barrio Chino. Ese eres tú. Y te lo advertí —exclamó el detective. Sabía que aquella investigación lo iba a llevar al camino de la ilegalidad, y eso le aterraba.

Corbin encendió un cigarro. Seguía temblando. Pero el tranquilizante que le había pasado el funcionario estaba haciendo efecto.

—¿Sabes que es una pantera rosa, Sanchís?

—¿El qué? ¿Qué es esto, un juego? ¿Un trabalenguas? ¿Un acertijo? ¿Qué cojones es esto, Ricardo?

El empresario le miró. A los ojos. Con una seguridad absurda. Se empezaba a centrar. Sus manos pararon de moverse. Dejó de transpirar.

—Una pantera rosa es un Tranxilum 50. Y ahora todo lo veo de color de rosa. Me importa todo un comino.

—¿Todo?

—Todo menos esos putos...

Y le dio otro papel: «Los vídeos por favor».

«Menudo egoísta», pensó Néstor. No tenía suficiente con estar encerrado que quería llevarse al detective con él. Pero le daba pena verlo ahí dentro. Evaluó mentalmente los riesgos.

—Déjame pensar —contestó.

—Te lo pido por favor —continuó Corbin.

—He dicho que me lo dejes pensar —contestó Sanchís mientras leía otro de sus mensajes: «Si encuentran los vídeos, este país se quema».

Sanchís meditó lo que acababa de leer.

—Y piensa que las paredes oyen —sentenció Corbin.

—En posición.

—Equipo dos en posición —respondió una voz metálica en la radio del coche camuflado de la policía.

—Adelante, ya ha llegado el secretario judicial.

Una filtración interesada había advertido a la policía de la existencia de un local con una videoteca de filmaciones ilegales. El juez había ordenado una entrada y registro en las oficinas y la vivienda del empresario del pomo. No encontraron lo que buscaban. Por eso habían prolongado la estancia de Corbin en los calabozos.

Sanchís se enteró de aquello en el mismo momento que estaba ocurriendo. Había acordado con uno de sus contactos en los juzgados que le mantuviese informado de todo lo que pasase en el caso. Aún no sabía si iba a aceptar la investigación, pero se sentía en deuda con Corbin. Sin

embargo, había algo en (culo aquello que le desconcertaba. ¿Quién azuzaba al juez para que se tomase tantas molestias con Corbin? ¿Quién sabía la dirección de ese local? ¿Por qué no lo dejaba en libertad? Sanchís aventuró más problemas para su amigo. Además de la vivienda, la oficina y aquel local que acababa de allanar el juez, estaba el apartamento secreto. Aún no lo habían localizado. El detective supo que era cuestión de horas.

Esa madrugada, Néstor Sanchís se desplazó al pueblo costero de El Masnou. Así lo decidió en una reunión larga y tensa en su oficina. Algunas decisiones eran corales. Otras, las tomaba Sanchís de forma unilateral. En aquella ocasión, su equipo se opuso a ayudar a Corbin, pero la decisión estaba tomada. Y nadie se atrevió a contradecir al jefe. Sin embargo, la verdadera lucha la tuvo consigo mismo. Y cedió ante su cliente. En contra de su intuición y de las advertencias de su mujer.

El detective condujo por la autopista hasta la carretera de la costa. Sabía que iba a cometer un delito. Se había vestido para la ocasión. Un pantalón chino negro, un jersey de cuello alto del mismo color y una chaqueta Armani le conferían un aspecto entre un ejecutivo y un ladrón de guante blanco hollywoodiense. El coche iba solo. La cabeza de Sanchís estaba ocupada con su cliente. Necesitaba ayuda y no sabía qué más hacer por Corbin. Ni miraba el retrovisor. Su gente lo hacía por él. Habían acatado las órdenes.

Iban en comitiva. Necesitaba estar seguro de que nadie les seguía. No quería que le encontrasen en la vivienda de un imputado. Si alguien lo hacía, le acusarían de obstrucción a la justicia, de encubrimiento y de destrucción de pruebas.

—Todo en orden, jefe —escuchó por la radio del coche.

Negó con la cabeza y desechó la idea de ser detenido. Respiró profundamente, para tomar fuerzas, e hizo aquello a lo que se había comprometido. Tras aparcar se miró en el espejo del parasol. Se vio viejo. En cambio, dos noches atrás se había sentido un jovencuelo amando a su mujer en plena calle. En cuarenta y ocho horas había perdido todo por lo que tanto había luchado esos dos años: una vida tranquila al lado de su familia.

Bajó del coche, que había dejado lejos de la vivienda secreta de Corbin, y se acercó a paso lento, con las manos en los bolsillos del abrigo. Se creía solo. Sin miradas ajenas, pues sus ayudantes estaban peinando la zona en busca de sospechosos. Esperó, pacientemente, antes de introducir la llave en el bombín de la puerta de entrada. Escuchaba, a través de un pequeño auricular en su oído derecho, las voces de su equipo.

—Por aquí todo limpio, jefe. Vía libre, tienes diez minutos.

A las 2:23 minutos, con la adrenalina galopando por su cuerpo, abrió la puerta del apartamento y entró. Había evitado el ascensor y cuando por fin llegó, lo que observó no le gustó nada. Estaba todo revuelto. Las botellas de alcohol vacías y los restos de cocaína estaban por todos lados. Negó con la cabeza y se dirigió directamente a la videoteca. Alguien se le había adelantado. Allí no había nada. Los vídeos de Ricardo Corbin habían desaparecido.

Y recordó sus palabras: «Si encuentran los vídeos, este país se quema».

Se preocupó. Y mucho. Se sentía inútil. Se le habían adelantado. La policía y el juez habían entrado en la vivienda y en el local clandestino de Corbin. Obviamente no habían encontrado nada. Pero ¿quién conocía aquel piso secreto?

Néstor sabía que el empresario llevaba a lumis a ese local. «Las grabaciones más comprometedoras tienen que estar ocultas», pensó. No iba a ser tan idiota como para dejarlas a la vista de cuatro pederros y pederas que podían apropiarse de los vídeos en un descuido. De repente, una frase de Corbin le sobrevino. «Piensa que las paredes oyen», le había dicho. Se rió a carcajadas. Su cliente era un drogadicto desquiciado. Pero había tenido un momento de lucidez. El

de su última raya de coca.

El investigador salió a la terraza gateando para que desde el exterior nadie le viese. Sacó de su chaqueta una cámara endoscópica que siempre llevaba en ese tipo de incursiones. La pequeña cámara de vídeo, con un largo cable, le sirvió para examinar el interior de las paredes. Encontró un pequeño agujero donde introducir la cámara. Allí estaba. Oculto en la pared había un hueco protegido mediante un sistema hidráulico de seguridad. Sacó los documentos más confidenciales y un disco duro con las imágenes comprometidas. Aquellas que nunca habían formado parte de la videoteca del ex político.

En nueve minutos estaba en la calle.

—Sale.

—Putra madre. Lo tengo.

Un minuto después, un coche situado estratégicamente a ciento cincuenta metros de la vivienda de Corbin arrancó.

El conductor presionó el aparato de manos libres y el sonido de llamada se escuchó a través de los altavoces del vehículo.

—¿Lo tienes?

—Sí, jefe. Lo he filmado saliendo de la vivienda. Entró con las manos vacías y ha salido con una bolsa.

—Buen trabajo. Ese detectivucho ha dejado de ser un problema.

Sanchís llegó a su casa cansado y aburrido de tener que tapar las miserias de ese proyecto de hombre. No paraba de pensar qué había fallado en los sistemas de protección policial y política de Ricardo Corbin para que le hubiesen detenido. La adrenalina de su incursión nocturna empezaba a desaparecer y se sintió desfallecer. Apretó con las manos su barriga y su boca se llenó de vómito. Pero pudo reprimir el absceso.

Diez minutos después recuperó la compostura.

Finalmente entró en su habitación. Miró hacia la cama y vio a su mujer. «Cuánta razón tiene», pensó al recordar todas las veces que le había dicho que se alejase de gentuza como Corbin. La respiración de Bibi era lenta y pesada. Estaba profundamente dormida. Le hubiese gustado poder hablar con ella y explicarle sus desvelos. Ahora que había cometido un delito para proteger al infame de su cliente necesitaba desahogarse con alguien. Acababa de crear su propia cárcel. No podía dormir, a merced del silencio de un cocainómano. Debía encontrar la manera de sacarlo de allí. Fuera de prisión era menos imprevisible que encerrado entre rejas. Allí podía intentar comprar su libertad a cambio de información. Acabaría por entregar a sus antiguos socios, o incluso a él. Lo decidió. Había cometido un error entrando en aquella vivienda y ocultando pruebas. Si Corbin permanecía en prisión, tarde o temprano le vendería. En cuanto no tuviese droga le traicionaría. Hablaría de más.

Tenía que conseguir que saliese del centro penitenciario.

Se sentó frente a la pequeña mesa que tenía en el despacho, donde trabajaba cuando no estaba en la oficina. Los cuadros de Pablo Maeso, el Hockney español, le generaban paz. Pero cada vez lo utilizaba menos. Su familia le reclamaba más tiempo y había aprendido a priorizarles. Hasta aquella noche. Tenía que volver a su esencia. A aquello de lo que escapó. Su vida estaba a punto de supurar, nuevamente, violencia.

Repasó la documentación que había extraído de la vivienda secreta de Corbin: tres carpetas con pocos papeles, entre ellas la documentación de dos sociedades en paraísos fiscales con las que controlaba sus negocios. El primer dossier contenía algunos recibos de pagos a su primera

esposa y diversos números de cuentas de bancos de Panamá y Delaware. Toda aquella información no le servía. «Poco más que un par de delitos fiscales», pensó. Nada sobre los negocios del sexo.

Pasó a la siguiente carpeta. Allí había material más peligroso. Era la de los sobornos. Según aquella documentación, Corbin había pagado a diversos políticos por modificar leyes autonómicas y nacionales a su favor. Había anotaciones de pagos a mujeres y de pequeñas deudas con su camello. Era el expediente que contenía la parte más sucia de la vida y de los negocios del ex concejal. Y lo había hecho sin tomar precauciones; sin la supervisión de sus asesores legales. Se había creído impune frente al mundo y había actuado sin pensar. Pero ni la policía ni el juzgado que lo estaba investigando tenían conocimiento de aquella información. Lo habían detenido, acusado de mantener una red de pornografía y tráfico de mujeres. No por sobornos.

Lo que allí se relataba incomodó a Sanchís, que sintió cómo la tensión volvía a jugarle una mala pasada. Esta vez sí, vomitó.

En cuanto se recuperó, volvió a centrarse en los papeles. No encontró ningún rastro del verdadero secreto de Corbin. Quizás estaría en aquel disco duro encriptado, pensó. Así que conectó el ordenador y el disco, a ver si había suerte. Pero sin una clave de doce dígitos alfanuméricos iba a ser imposible ver lo que contenía. Como no iba a poder conseguirlo aquella noche, decidió descansar.

Se acostó pero no pudo conciliar el sueño. No podía dejar de pensar. ¿Quién había robado en el piso de Corbin? ¿Por qué lo habían detenido? Y lo que más le preocupaba: ¿Irían a por él?

Tomó una decisión: sacar todo aquel material de su vivienda y esconderlo en la caja de seguridad de un banco. Debía proteger a Bibi y a sus hijos.

Al día siguiente, tras una noche en duermevela, con el estómago revuelto y la garganta irritada, ni siquiera se afeitó. Era la primera vez en muchos años que salía a la calle sin su cuidado aspecto. Era un dandi. Sin embargo, aquella mañana ni siquiera se miró en el espejo. No iba a ser la última.

Salió de casa y se dirigió al banco. Caminaba de forma cautelosa, mirando en derredor, comprobando las caras. Temeroso de los desconocidos. Llevaba una bolsa con material sensible. Necesitaba ocultarlo. Enterrarlo. Entró en la sucursal *bancaña*.

—Buenos días señorita —dijo impostando su vieja voz de conquistador.

«Pero ¿qué hago?», se reprendió al comprobar que volvía a su antiguo instinto de cazador. «Un cambio más en su vida.»

—Buenos días.

—Necesito acceder a mi caja de seguridad —le comunicó con tono neutro, intentando dejar atrás la zalamería.

—¿Su nombre, por favor? —preguntó la empleada colocándose el pelo tras la oreja.

—Néstor Sanchís —contestó rindiéndose a los encantos de aquella joven.

—Acompáñeme.

«Donde quieras», fantaseó el detective. Acto seguido, inició una diatriba mental y silenciosa habitual en él. «Pero ¿qué hago? Ese Sanchís ya no existe.» Mientras, la joven ya había salido del aparador que la separaba del investigador y andaba contoneándose, consciente de su atractivo. Sanchís la siguió sin mirar sus caderas, fiel a sus promesas de convivencia marital, hasta una sala abovedada con multitud de cajas de seguridad. La empleada se tocó el labio con la punta del dedo e introdujo su llave en un cajetín. Él hizo lo mismo con la suya y sonrió al verla coquetear.

Sacó una caja alargada y la empleada se apartó —no sin antes posar su mirada fugazmente en él— para otorgarle privacidad. Sanchís guardó los papeles y el disco duro. Repitieron la operación cerrando con dos llaves. Y se marchó. Sin mirarla. Algo más tranquilo. Menos inquieto.

Aunque seguía alerta, anduvo desde la Vía Laietana hasta la Diagonal de forma pausada, algo más ligero y contento. Seguía gustando al sexo débil. «¿Débil?», se preguntó con una sonrisa. Debía pensar sus siguientes pasos, centrarse en lo que se le venía encima. Esa mañana, Ricardo Corbin pasaba a disposición judicial para declarar ante el juez. Habían transcurrido las 72 horas de rigor. Sabía que tenía que tomar una decisión. Ahora que el vídeo estaba a buen recaudo podía empezar a presionar a algunas personas para que su cliente saliese de prisión y ambos estuviesen a salvo.



Los periodistas ocuparon sus puestos frente a la salida de los calabozos barceloneses. Sabían que estaba a punto de aparecer. Alguien les había alertado de la salida de Corbin esposado. «Va a ser una imagen preciosa», habían anunciado los policías que custodiaban al empresario.

Pero la comidilla entre los periodistas era otra. Mientras esperaban a Corbin, empezaron a discutir sobre los verdaderos motivos del arresto de Sánchez Gamonal. Había algo que no cuadraba en la detención del banquero. Corría el rumor de que todo se debía a una supuesta inquina personal del juez Luján Olvido. Y cada vez sonaba con más fuerza. El «tán tán» de la selva.

Jordi Esquirol, corresponsal de *El Sol Legal* en Barcelona, discutía con un compañero de la televisión regional sobre Sánchez Gamonal. Vistos desde fuera eran casi gemelos. Parte de una cuadrilla de amigos. Tejanos ajustados, camisa por fuera, barba de dos días, pelo largo y tabaco de liar, siempre a la vista.

—No me jodas, tío. Ese banquero es un nuevo rico.

—Lo sé, Jordi. Lo sé. Pero aquí hay algo más. Mucha tela que cortar.

—¡Venga ya, tío! Es un financiero que se creyó que el mundo era suyo. Y lo esquilmo.

—¿Y los políticos, qué?

—Pues más de lo mismo. Son carne de la misma ternera. Unos solomillo, otros cuarto trasero y otros somos restos para hamburguesa. Pero te aseguro que en este tema hay mucho más de lo que vemos. Es la punta del iceberg.

—¿Qué quieres decir?

—Jordi, de lo que te voy a explicar ni mu, ¿eh? Te lo digo en serio.

—De acuerdo.

—No, joder. Júramelo. Dame tu palabra que no se lo dirás a nadie. Me juego un exclusivón —afirmó el periodista de televisión.

—Que sí. De verdad. Que yo no digo nada —contestó el plumilla de *El Sol Legal*—. Venga desembucha. Soy una tumba.

—Nos han dicho que el banquero es más inocente de lo que creemos. Que todo es una venganza del juez de Madrid.

—Venga tío. Eso son rumores.

El reportero televisivo se encogió de hombros.

—Si tú lo dices...

—¿De dónde vienen esos rumores? ¿De Madrid o de Barcelona? —preguntó Esquirol.

—Y eso qué más da.

—Si vienen de Madrid hay que ponerlos en cuarentena de antemano —afirmó el periodista de *El Sol Legal*—. Si son de aquí —explicó, refiriéndose a la Ciudad Condal—, te empiezo a escuchar.

—Son de allí. Pero son fetén.

—Dispara.

—Nos han dicho desde el Ministerio de Justicia que van a abrir un expediente sancionador al juez.

La afirmación dejó perplejo a Esquirol.

—¡No me jodas! —exclamó al fin.

—Sí. Seguro al mil por mil.

—Bueno ya veremos —empezó a rumiar el redactor—. Me voy a fumar otro pití y a enterarme de cuándo sale Corbin.

—Ni una palabra, ¿eh?

—Que no joder. No te preocupes.

El periodista se apartó del grupo y llamó a Lindo Suria, adjunto a la dirección de *El Sol Legal* en Madrid:

—Hola jefe.

—¿Ya ha salido Corbin?

—No, aún no. Estamos esperando. Te llamo por otro tema.

—Tú dirás, chavalín —dijo el adjunto a dirección desde su pequeña mesa en la redacción madrileña.

—Aquí hay muchos rumores sobre la detención de Sánchez Gamonal. Se dice que puede ser una vendetta del juez.

—No te preocupes. Un mero rumor. Como muchos otros —repuso Lindo Suria—. Sánchez Gamonal es un chorizo. Tengo aquí un dossier completo de su vida y no tiene desperdicio. Chantajes, maletines, putas, espías... Vamos, la parafernalia habitual. No es inocente. Eso te lo aseguro.

—Me han dicho de buena tinta que es posible que Justicia le abra un expediente disciplinario al juez.

—¿Qué? Eso no tiene sentido —indicó Suria.

—Por eso te llamo —afirmó Esquirol.

—De acuerdo. Y, por cierto, estate atento por ahí. Me han dicho que la detención de Corbin está relacionada con Sánchez Gamonal.

El periodista catalán acababa de ganar unos puntos con el jefe. «Espero que en el próximo expediente de regulación de empleo me salve de la quema», pensó el periodista, consciente de que Suria ya actuaba como si fuese director del diario.

En Madrid, Lindo Suria meditó cuál sería el siguiente paso a seguir. Apuntó en un papel el nombre del periodista catalán. «A este lo mantengo en plantilla por mis narices. Es un buen elemento», se dijo. Luego cerró la puerta y llamó a Íñigo Altamira.

—El señor Altamira no se puede poner en estos momentos —dijo la eficiente secretaria de Law & Evidence—. Está reunido.

—¿Le puede decir que me llame, por favor? —pidió el periodista—. Soy Lindo Suria.

—¡Eh, Jordi, que ya sale! —avisaron al redactor.

—¿Ya?

Apagó el cigarro y fue corriendo hacia el corrillo de compañeros.

—¡Señor Corbin! ¡Señor Corbin!

El ex concejal salió con dos policías a su lado. Llevaba la cabeza agachada y la mirada clavada en el suelo. No le habían permitido taparse la cara. Alguien quería su exposición pública a toda costa. Tenía la sensación de ser una moneda de cambio.

—Le recomiendo que ni hable —le sugirió un policía al detenido, que bajó aún más la cabeza.

—¡Señor Corbin! ¿Es verdad que es usted un proxeneta? —preguntó Jordi Esquirol con una sonrisa.

Corbin se paró de golpe. Alzó el rostro y miró directamente a Esquirol.

—¿Y tú un hijo de puta?

—Le he dicho que se calle, joder —le ordenó el policía—. Anda, suba al furgón que nos vamos. ¡Malditos señoritos de provincias! —masculló el madero que odiaba la incontinencia verbal.

Directos a prisión.

Para Íñigo Altamira el día se presentaba difícil. Jorge Sánchez Gamonal se había plantado en su despacho y, en forma de orden verbal, le había marcado la hoja de ruta que su padre había establecido. Nada podía fallar. Y libreta negra en mano, le había hecho saber los nombres de los empresarios de la comunicación y los políticos que había que presionar. Se sentía un recadero.

—Con guante de seda —le dijo el joven sucesor.

—Tu padre querría otra cosa —afirmó el letrado.

—Son nuevos tiempos, Altamira. Pocas palabras, adjetivos escogidos y sobrentendidos. Ni exabruptos ni amenazas.

—De acuerdo —contestó el abogado.

—Tus próximos pasos son comunicación pública y presión política.

—¿Cómo quieres plantear la comunicación? —preguntó Altamira.

Jorge Sánchez Gamonal sonrió.

—Por ahora, *low profile*. Compra páginas de publicidad y luego les haces saber a los medios lo mucho que invertimos en ellos. En cuanto se den cuenta del dineral que se juegan, mi padre pasará de la portada al interior.

—¿Y con los políticos?

—Ordenes claras, sin ambigüedades. Usa mi nombre si es necesario. Hazles saber quién tiene la libreta negra y quién conoce sus secretos.

Altamira asintió con la cabeza.

—¿Por quién empezamos?

—Por el jefe de la oposición y por el secretario de Estado de Justicia.

Altamira llevaba dos horas reunido en su despacho con alguien que había entrado por la puerta de servicio. Nadie había visto quién era. La reunión era lo suficientemente importante como para bloquear la agenda del letrado y permanecer en el más absoluto de los anonimatos. Nadie les podía molestar.

—¿Eres imbécil? —se oyó en el despacho, provocando que las administrativas se mirasen unas a otras, sin comprender qué estaba ocurriendo.

El grabado de las Meninas realizado por el afamado pintor valenciano Manolo Valdés, que colgaba de las paredes, debió cobrar vida para taparse los oídos. Y es que los gritos se oían por toda la oficina. A través de los atornasolados cristales, su fiel asistente vio la sombra de un hombre alto, calvo y con barba. Intentó fijarse en algún detalle más, pero no pudo determinar quién era. Su voz le sonaba y sus movimientos le parecían familiares. «Tiene que ser alguien conocido», pensó.

No se equivocaba.

La reunión era entre Altamira y Nando Asunción, el secretario general del partido en la oposición. El político tenía sesenta años y llevaba metido en el partido desde la juventud. Sin casi formación, había medrado desde las bases hasta llegar a controlar el aparato. Formaba parte de lo que algunos denominaban «casta». Era el mayordomo de los banqueros y del resto de la aristocrática clase empresarial. Lo cierto es que, tras muchos años viviendo de lo público, había sabido convertir en privados muchos de los intereses de la nación.

Altamira había empezado las rondas de contactos siguiendo las órdenes estrictas del

*paterfamilias*. Los Sánchez Gamonal empezaban a cobrarse favores del pasado. Asunción había recibido cientos de miles de euros para financiar las campañas electorales del partido durante años.

—Eres un hijo de puta —le gritó el político al abogado.

—Calmémonos, por favor. No quiero montar un espectáculo en mi despacho —dijo bajando la voz.

—De acuerdo. Pero creo que ya he hecho mucho. Ya me he mojado por él en demasiadas ocasiones y lo que me pides es una temeridad.

—Claro, Nando, claro. Sé que lo que te pido tiene sus riesgos. Pero te lo agradeceremos en el futuro.

El político sonrió.

—¿Quién? ¿Tú? —preguntó Asunción con desprecio—. Porque, tal y como están las cosas, Tomás podrá devolver pocos favores entre rejas. ¿Aún no te has dado cuenta de quién soy? En tus paredes cuelgan litografías y grabados. ¡Papel! En las mías obra original. Oleos de Miró, Dalí y Picasso. Los mismos que tiene tu jefe.

—Sí, yo lo haré —contestó con rotundidad el letrado—. Yo personalmente te lo agradeceré.

—Tú no eres nadie, Altamira.

El abogado se dio cuenta de que su persona no generaba ningún tipo de presión política. «Aunque pronto lo haré», pensó, convencido de que en breve sería el nuevo capo. «Poco a poco, esos y otros cuadros serán míos.» Enfurruñado, sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta.

—Perdona un segundo, Nando. Tengo que hacer una llamada. —Esperó unos segundos y, en cuanto su interlocutor contestó al teléfono, saludó—: ¿Jorge? Hola, soy Íñigo. Mira estoy con nuestro amigo Nando Asunción. —Durante unos segundos calló, para escuchar lo que le decían al otro lado de la línea—. Sí, claro. Tranquilo. La línea es segura. Muy bien. De acuerdo. Se lo digo —afirmó, mientras clavaba la mirada en el político.

Nando Asunción permaneció en silencio y con los ojos abiertos mentando a la madre del letrado y acordándose de todos sus muertos.

—¿Era Jorge Sánchez Gamonal? —preguntó el jefe de la oposición.

—Sí, Nando. Me ha dicho que te agradezca, de su parte y de la de su padre, lo que has hecho por ellos.

Una sombra de temor apareció en la cara del político.

—Íñigo, tú sabes que por Don Tomás hacemos lo que sea preciso.

—Fue un gesto muy cortés de tu parte llamar a Ramón Tejeda y parar las rueda de prensa —señaló, consciente de que había sido él quien había avisado al director general de la Policía.

—De nada hombre. A mandar... —masculló—. Pero la verdad es que no fue fácil. Cuando me localizasteis ya había empezado a largar con esa lengua viperina que tiene —dijo con una sonrisa cínica en su rostro—. Pero su eficiente asistente le hizo llegar mi mensaje.

—Jorge me dijo que si podías hacerlo te estaríamos eternamente agradecidos —mintió el abogado.

En verdad, las palabras de Sánchez Gamonal hijo habían sido:

—Dile a ese hijo de puta que pare la rueda de prensa del director general. Son amigos personales, aunque sean de partidos distintos, y tienen negocios en común.

Tejeda y Asunción tenían una empresa en comandita que se dedicaba a la seguridad privada. Colocaban sus vigilantes en organismos oficiales y se enriquecían a su costa. Obviamente, la empresa estaba registrada a nombre de un testaferro cuyo nombre conocía Peláez y, por ende, la libreta de Sánchez Gamonal.

—Si no lo hace, empezaré a filtrar información sobre los dos —fueron las últimas palabras del sucesor.

Era el momento de cobrarse los secretos que su padre había atesorado permitiendo que algunos servidores públicos chorizos utilizasen su banco para guardar las pingües ganancias que obtenían vendiendo favores políticos.

—Por cierto, ¿quién tiene la libreta de Tomás? —preguntó Asunción antes de abandonar la sala del despacho de abogados.

—Jorge, su hijo —contestó Altamira.

—Hazle saber que como salga algún secreto lo haré responsable directo.

—¿Estás seguro?

—Sí. Lo estoy. El niño no es su padre.

—Lo haré. Tranquilo. Se lo diré al *niño*, como tú lo llamas. Le gustará saber tu impresión sobre él.

—No te la juegues, Altamira. Sigo siendo un reputado político y tú un pelele del derecho y de tus clientes.

Altamira sonrió. La información es poder.

El juez Luján Olvido se situó frente a la comitiva judicial. Hacía tiempo que no se veía a un juez a pie de calle en una entrada y registro. Las imágenes evocaban a un joven Baltasar Garzón aterrizando el 13 de junio de 1990 en el Pazo de Bayón para detener a Loureano Oubiña. Sin embargo, la vivienda del distrito histórico madrileño distaba mucho del espectacular pazo medieval gallego.

El piso estaba situado en una cuarta planta de un edificio sin ascensor. Los agentes policiales, que días antes compartían copas con el magistrado, eran el fiel reflejo de la tensión de las operaciones con cariz mediático y demasiados claroscuros para ser legales. Subieron por la sucia escalera con las armas de fuego desenfundadas. Tras ellos, un cerrajero, el secretario del juzgado y el propio Luján Olvido que, al ponerse al frente de la operación, dejaba claro que no le importaban las habladurías ni los chismes sobre su imparcialidad.

—¿La tiramos abajo, señoría? —preguntó uno de los policías a Luján Olvido.

El juez miró la puerta. «¡Menuda mierda de sitio!», se dijo. El piso, que no medía más de cien metros cuadrados, estaba alquilado a una sociedad gibraltareña. El dueño era un ciudadano chino vinculado a las mafias de falsificación de música pirata.

—Adelante. Háganlo.

La puerta parecía una simple lámina de madera, pero era solo en apariencia, pues tras ella se ocultaba una puerta maciza con un sistema de seguridad impresionante. Habían traído a un cerrajero, pero al final decidieron entrar a lo bruto. Se salió de los goznes y, cuando se despejó la nube de polvo, pudieron contemplar lo que había en el interior. Una capa gris cubría el piso, excepto en algunas zonas donde se veían huellas cuadradas en las que el parquet asomaba brillante.

—Alguien almacenaba aquí cajas, señoría.

—Ya lo veo, joder —contestó el juez contando los huecos donde el polvo no se había podido posar—. Había siete cajas.

—Por poco, señoría —dijo el agente policial al cargo de la operación, a quien el propio juez había escogido—. Los discos duros huelen a chamuscado. Alguien se ha ocupado de borrar sus huellas antes de dejar el sitio.

El juez miró a su alrededor e hizo un recuento mental. El despacho era austero. Una mesa, dos sillas —una de ellas rota—, un sistema informático de última generación, un armario archivador y más de siete sensores de alarma. Aquello parecía un almacén de contabilidad clandestino. Cinco cámaras de vídeo se ocupaban de registrar todo lo que ocurría.

—¿Quién coño sabía esto? —preguntó tras echar al cerrajero del piso.

—¿El qué?

—¿Qué mierda va a ser? —espetó, contrariado, el juez—. ¿Quién sabía que se iba a producir una entrada y registro?

—Nadie, señor. Usted, nosotros tres, el secretario del juzgado, el fiscal y el cerrajero.

—Investiguen al puto cerrajero. ¡Alguien se ha ido de la boca! Quiero saber si ha tenido ingresos extra, si tiene cuentas bancadas en el Continental y hasta de qué color lleva los calzoncillos.

—Pero, señoría... Las cajas pudieron desaparecer hace tiempo, cuando usted decretó la prisión de Sánchez Gamonal. Y el sistema informático lo han dejado. Simplemente han fulminado

los discos duros.

—También han borrado las huellas dactilares —añadió otro de los agentes al que el juez masacró con la mirada.

—Es igual. Háganlo —ordenó Luján Olvido.

En cuanto la información se hizo pública, las redes sociales se mofaron de Luján Olvido. «El juez estrella detiene a una mesa y una silla con tres patas» fue el comentario más retuiteado. Se crearon muchos memes con la imagen del juez vestido como un científico loco con el pelo chamuscado. Fue el más parodiado del día. Y no lo iba a perdonar. Alguien le había avergonzado. Y él estaba acostumbrado a tirarse pendiente abajo para frenar en el último momento. No concebía caerse, y menos aún despeñarse ante una multitud.



Verónica Expósito era lo suficientemente lista como para hacerse la tonta. Más de lo que nadie podía imaginar. Una superviviente. El resto, pura fachada. Era un estereotipo —rubia y tonta— de lo que algunos hombres deseaban para sentirse superiores. Con treinta y pico años, los últimos al lado de Sánchez Gamonal, había aprendido a no ser ella misma. Actuaba. Simplemente sabía lo que esperaban de ella.

Desde el momento en que detuvieron a su marido, ella se había convertido en una apestada. Sus amigas habían dejado de llamarla. Los *brunch*, las sesiones de té en hoteles de lujo y las compras en sesiones privadas en las mejores tiendas de Madrid desaparecieron.

«Me las pagarán. Esas golfas lo pagarán», se repetía.

Sus tetas operadas, la perfección que el bótox otorgaba a su cara, sus pómulos mejorados y sus labios hinchados con ácido hialurónico que sus amigas tanto habían ensalzado, se tornaron en su contra. Ya no era una dama. Las mujeres del resto de banqueros la empezaron a llamar «charna», «choni», «barby» o «poligonera». Se mofaban de sus pechos llamándolos globos infectos. Su cara pasó de ser divina a estar paralizada y sin expresión. Sus pómulos eran idénticos a los de algún travestí y sus labios pasaron a ser los de una chupa pollas. Esa última reflexión, las grandes damas de la sociedad madrileña la decían *sotto voce*, llevándose la mano a la boca y con cara de monjas pediéndose en una mesa. Siempre la habían odiado porque sus maridos solían devorarla con la mirada. Verónica Expósito era, en realidad, la lujuria con patas.

Al principio, vio el encierro de su marido como una suerte de salvación. Una alegría que no tardó en marchitarse. Deprimida, se sirvió de vergas y alcohol. Pero aquello duró lo poco que tardó en olvidar a su marido. Necesitaba su chute de *socialité*, que sus amigas la volviesen a aceptar. Habían hecho que se sintiera la vergüenza de la alta sociedad y se pensaba vengar de todos ellos. Dos noches de lujuria con un joven fueron suficientes para calmar su acalorado cuerpo y luego llegó el declive, el encierro y la dejadez. Todo aquello se iba a acabar.

Dos días antes, había tomado la decisión en la peluquería. «Nueva rica, braguetazo, golfa o mantenida», habían sido los comentarios más bondadosos con su persona. Nadie la pudo llamar inculca o tonta. No lo era. Había escuchado aquellos rumores mientras leía las revistas del corazón y de moda calculando sus siguientes pasos. Madurando su venganza y riéndose de todos aquellos que no la creían lo suficientemente lista como para sobrevivir sin un hombre a su lado. Necesitaba un vis-a-vis con su marido, pero más adelante.

Intuitiva y perspicaz, se sentía de nuevo una mujer de altos vuelos. Y nadie se lo iba a impedir. Pero por respeto al recién nombrado sucesor, Jorge Sánchez Gamonal, le había informado de sus próximos movimientos. «Ahora mi hijo es el *paterfamilias*», le había dicho el banquero a su mujer antes de ser detenido. El abogado de la familia, Íñigo Altamira, estuvo complacido en ayudarla y en convencer a Tomás de que aquella idea era lo más conveniente para todos.

Verónica no lo había olvidado. El plan lo había tomado prestado de un programa de noticias de la CNN: *Breaking News*. Necesitaba un impacto mediático que la devolviese al centro del mundillo de las *celebrities*.

Ramón Parias entró esa mañana en el plato de un magazine matinal. Se había vestido con un traje azul marino y unos mocasines negros. La corbata era demasiado chillona y la camisa blanca

generaba un plano quemado por los focos televisivos. Se había educado en colegios del Opus y su familia era de los Parias de toda la vida. Pero nunca había aprendido a vestirse. Estudió en el bar de la universidad y aprobó más de una asignatura por la intercesión de su padre, un afamado abogado matrimonialista de la Transición. Su padre había hecho escuela con los primeros divorcios de la alta sociedad española con la legalización del divorcio en 1981. Los catedráticos siempre le recordaban al joven Ramón Parias el universalismo de su padre, su elegancia con trajes de tres piezas y su eterna pipa humeante en los labios. Pero tras el recuerdo, siempre llegaba el reproche: «Ramón, ¿cuándo se centrará usted para honrar a su padre?», solían decirle.

Acabó la carrera en seis años —uno más de lo normal— y se integró en el despacho paterno. Ramón Parias era, en la actualidad, un desconocido especialista en derecho matrimonial y lo iban a entrevistar en el magazine matinal más visto de nuestro país.

Los técnicos de sonido le colocaron el micrófono y esperó pacientemente a que el regidor le diese entrada en el plato. Lo acomodaron en la mesa central, al lado de la presentadora que ni le miró porque estaba leyendo la escaleta del programa. Parias bebió un sorbo de agua y, por fin, la presentadora, rubia y lista como el hambre, se dio cuenta de su presencia.

—Encantada de conocerle, señor Parías —le dijo.

—Ramón, por favor, llámame Ramón —contestó, inseguro.

Sabía que no podía fallar. Así se lo habían hecho saber.

—Pues encantada, Ramón.

—¡Atención! —se escuchó—. ¡Silencio! Tres, dos, uno y ya estamos dentro.

—Buenos días —saludó la locutora—. Esta mañana nos acompaña el abogado de Verónica Expósito, esposa de Tomás Sánchez Gamonal, con una noticia muy importante. Se la explicamos en unos minutos.

Verónica Expósito estaba pegada a la pantalla del televisor en su mansión madrileña. Elegante, sentada en su gran sofá blanco de piel, se sentía como nueva. Se había superado a sí misma. Iba a conseguir, con la sabiduría del pueblo, lo que otros jamás conseguían con años de estudios. «Tengo que enseñarle a vestir», se dijo mirando en pantalla a su abogado. «*Breaking News*», se repetía riéndose de todas y de todos. «Ahora es mi momento», se dijo. Iba a circuncidar a su marido.

—¿Me quiere decir que el banquero se quedará en la más absoluta de las ruinas y su mujer será la propietaria de todos los bienes de Sánchez Gamonal? —preguntó la locutora a Parias, para acabar la entrevista.

—Efectivamente —explicó el abogado—. Salvo lo donado en vida a sus descendientes, Verónica Expósito pasa a ser la dueña y señora de las propiedades del banquero, tras el acuerdo de divorcio que Tomás Sánchez Gamonal ha firmado en la prisión de Soto del Real.

La noticia ocupó todos los medios de comunicación. El banquero se quedaba en la ruina porque traspasaba sus bienes a nombre de su mujer. Y todo se conocía en directo. Por cortesía de los medios de comunicación. Una nueva puñalada en su caída a los infiernos.

El teléfono de Verónica Expósito volvió a sonar.

En su despacho, Júnior vio las noticias con un pitillo en los labios. Dio un trago al elixir amarillento que tanto adoraba su padre. En vaso corto y con hielo. Y luego la maldijo.

—¡Hija de puta! ¡Nos ha traicionado! —gritó—. ¿Quién se cree que es?

Pensaba vengarse. Verónica le había informado que se iba a separar, pero nunca que lo haría en público, humillando a su padre. Si en aquellos momentos hubiese sabido que no era la última traición de su madrastra, todo habría cambiado.

Tomás Sánchez Gamonal paseaba de un lado al otro de la celda cada vez más inquieto. El día anterior había firmado los documentos de divorcio, siguiendo los consejos de Altamira. El letrado le hizo ver que si le daban dinero, Verónica jamás hablaría sobre la familia. El banquero había claudicado y su ya ex mujer se quedaba con tres viviendas y las cuentas corrientes del matrimonio. Algo más de siete millones de euros. Algún potentado sabría darle a Verónica Expósito lo que ella necesitaba, pensó el financiero. Seguridad, solvencia y prestancia. A cambio, ella ofrecía imagen y poco más. Para el banquero, Verónica representaba el paradigma de la estupidez. El patrimonio familiar quedaba a salvo en manos de los hijos de Sánchez Gamonal. Las acciones del Continental y del resto de empresas se habían ocultado en una sociedad radicada en un paraíso fiscal. Oficialmente, era un insolvente más.

Había pasado un solo día desde que firmó los papeles del divorcio pero la sangre aún le hervía. No sabía perder, aunque lo hubiese pactado.

Por fin llegó la hora. A las 9:45 de la mañana hizo su llamada de rigor. El teléfono sonó en Law & Evidence. Ahora le tocaba interpretar a él. Necesitaba que Altamira pensase que odiaba a su mujer.

—Buenos días, Tomás —contestó Altamira.

—Ni buenos días ni leches.

—Cálmate, joder.

—¿Que me calme? No me jodas. He visto hace media hora al abogaducho de la zorra de mí, ya, ex mujer en televisión.

—Ya es un hecho. Vuelves a ser soltero —dijo el abogado.

—Sí. Estoy cada día más solo.

—Tomás, es lo mejor. Verónica no te quería. Es imprevisible. Todo el día borracha y de compras. Es lo mejor que te podía pasar.

—¡Tú qué sabrás! —gritó el banquero, que seguía algo celoso al imaginársela en los brazos de otro rechoncho y envejecido empresario.

—Pronto tendrás buenas noticias. Aquí fuera tus antiguos amigos te *apoyan*.

Sánchez Gamonal ni escuchó. Estaba obcecado.

—¿Te has ocupado de ella?

—¿De Verónica?

—Claro. ¿De quién coño va a ser? —repuso Sánchez Gamonal.

—Sí, lo ha hecho Peláez. El problema ya ha desaparecido. No molestará más —sentenció Altamira.

—¿Estás seguro?

—Sí. Tu ex mujer ya no es un problema.

—Eso espero. Esa zorra no puede disfrutar de mi dinero. La quiero lejos. Y si no está —dijo interpretando su papel de marido despechado— mucho mejor para todos. No podrá hablar.

Todo era una pose. Un tablero de ajedrez donde debían aprender a mover ficha. El rey, la reina y el resto, sus peones. Sánchez Gamonal seguía necesitando a Verónica. Por eso la había citado a un vis-a-vis a espaldas, incluso, de su hijo Jorge.

Tirso Andújar, el fiscal general del Estado, era un hombre enjuto y gris. Sin embargo, había ascendido en la carrera fiscal de forma vertiginosa. Fue el primero de su promoción. Compaginó la carrera de derecho con trabajos de tarde en el taller mecánico de su padre. Fue el delegado de su curso y destacó por su visión ideológica de la ley.

Tras un periplo como fiscal de sala y teniente fiscal de la Audiencia Provincial de Sevilla accedió, a mediados de los años noventa, a ser fiscal jefe de Andalucía. Los letrados lo definían como un talibán. Y, cuando los de su cuerda política llegaron al poder, fue nombrado fiscal general del Estado.

Su nombramiento lo celebró en familia junto al secretario de Estado de Justicia, que era magistrado de carrera. Eran amigos desde la infancia. Habían estudiado juntos leyes y sus vidas habían seguido caminos paralelos. Ambos se prepararon las oposiciones que sacaron con el número uno y dos de su promoción. Solo al final sus vidas académicas se separaron. Uno optó por la carrera fiscal y el otro por la judicial. Pero tenían algo más en común: convergían políticamente. El actual secretario de Estado de Justicia había sido su valedor en el partido político que los había nombrado. Ambos tenían claro que desde su puesto tenían que proteger a sus compañeros de militancia. Y no solo a ellos.

Andújar creía en la independencia del poder judicial, pero también sabía que su puesto era jerárquico. Como fiscal general del Estado ostentaba la jefatura superior del Ministerio Fiscal y lo representaba en todo el territorio español. Impartía, a diario, órdenes e instrucciones al resto de sus compañeros. Él marcaba el criterio de actuación de arriba abajo.

Durante su carrera profesional había acatado muchas órdenes de los antiguos fiscales generales. Ahora se sabía el nuevo jefe. Se sentía a gusto mandando. Y le hizo jurar al secretario de Estado de justicia, su amigo de la infancia, que no interferiría políticamente en sus decisiones. La noche en la que celebraron su nombramiento fue la única vez que su amigo había cumplido la promesa. A partir de entonces, todas las santas mañanas, a las diez en punto indefectiblemente, recibía una llamada telefónica con las sugerencias del día. Era algo humillante para él.

—Tirso, amigo mío —empezó, como siempre, el secretario de Estado—. Necesito tu ayuda.

—Lo sé, secretario. Pero creo que merezco algo más de tu parte. ¡Somos amigos!

—En política no hay amigos, amigo mío —contestó con sarcasmo el político—. Y la detención de Sánchez Gamonal ha abierto la caja de los truenos.

El Secretario de Estado le explicó sus intenciones, y Andújar escuchó atentamente.

—De acuerdo. Si me lo pides, lo haré.

—Llámale y queda con él. Que sepa quién manda. Y ese eres tú, amigo mío —añadió el secretario.

Tirso Andújar recibió órdenes de todos los miembros del Gobierno. Sabían que si controlaban el proceso penal podrían salvar de la quema a su amigo el banquero. Ese que tanto sabía de todos ellos.

Por eso hizo llamar a Abundio Villar, el fiscal encargado del caso Bank Little, que llegó puntual al edificio de la calle Fortuny de Madrid. Tras unas breves presentaciones, se sentaron ante un café, una jarra de zumo de naranja recién exprimido y unas pastas. Las mismas que se recibían en todos los ministerios, secretarías de Estado, direcciones generales y demás

organismos gubernamentales. El servicio de catering lo tenía asignado una empresa que, desde la sombra, controlaba el propio Sánchez Gamonal.

Andújar escrutó al fiscal Abundio Villar y se dio cuenta de por qué caía mal. Era seco, mal encarado y le gustaba joder la vida a la gente. «Algo intrínseco a su profesión», se dijo. Acusaba a los malos. Desentrañaba su vida, escudriñaba sus secretos y los sacaba a la luz. Y le gustaba. Tenía fama de duro y no se plegaba a los designios de los jueces. Pero con el fiscal general fue un lameculos. Ambos mantuvieron las formas. «¡La jerarquía obliga!», había musitado Villar, antes de sentarse.

—Señor, encantando de conocerle —dijo Villar al fiscal general.

—Ya era hora, la verdad. Pero como tú puedes imaginar, es muy difícil conocerlos a todos.

—Lo entiendo, señor.

—Te he llamado para darte las gracias por haberme mantenido informado del caso Bank Little a través del fiscal jefe.

—Faltaría más, señor —contestó Abundio Villar.

—Me gustaría conocer cuáles son tus percepciones y tu visión del tema, por favor.

—Señor, creo que es un tema sobredimensionado. Sin querer entrar en el fondo del asunto, para no aburrirle —explicó Villar consciente de que no estaba allí para dar una clase de derecho —, le diré que considero que existe una clara manipulación de la competencia por parte del juez Luján Olvido para hacerse con el tema y que, posiblemente, responde a algún tipo de actuación revanchista por su parte.

—Entonces... —meditó Tirso Andújar antes de hacer la pregunta—: ¿Son ciertos los rumores que corren?

—Creo que sí, señor. Desde la fiscalía nos opusimos a la entrada en prisión preventiva y hemos solicitado la excarcelación del señor Sánchez Gamonal, pero el juez no nos hace caso.

—Ya veo —dijo sin sorpresa el fiscal general.

—Es más. El ridículo que ha hecho al realizar una entrada y registro para encontrar una mesa y una silla con tres patas pasará a los anales de los disparates judiciales.

Aquello dio pie a comentar otras anécdotas y dislates judiciales, hasta que Abundio Villar empezó a impacientarse.

—¿Necesita algo más de mí, señor?

—Sí. Saber qué piensa usted hacer —espetó el fiscal general, desenmascarando los motivos de aquella reunión.

—Si usted no ordena lo contrario, creo que debemos recurrir las decisiones del juez en la Audiencia Provincial para que un tribunal independiente deje en la calle a un ciudadano imputado de forma manifiestamente injusta.

Lo que propuso el fiscal fue que un tribunal superior al de Luján Olvido dictase una resolución que permitiese al banquero salir de la cárcel. Ambos estuvieron de acuerdo. Finalmente, cuando Villar iba a abandonar el despacho, se paró un instante y se quedó mirando a su jefe, cuya astucia era más que sabida.

—Por cierto, no me ha dicho qué piensa usted de Luján Olvido.

El fiscal general del Estado meditó su respuesta. Nunca hablaba mal de un juez en público. Y quiso seguir fiel a sus principios. Sin embargo, Abundio Villar vio en su cara un mohíno. Estaba incómodo. Y, a bocajarro, le preguntó:

—¿Es corrupto?

—Dejémoslo en arbitrario —afirmó el máximo representante de la acusación pública. Y le explicó una nueva historia.

«¿Otra batalla de Brúñete?», se dijo Abundio Villar. «¡Qué habré hecho yo mal en la vida!»

—Siendo un joven juez de provincias, Luján Olvido tomó un taxi. «Al Palacio de Justicia», ordenó al chófer que, haciéndose el chulo le contestó: «Será al Palacio de la Injusticia, ¿no?». Olvido ni contestó. Simplemente, al llegar al palacio hizo que lo detuvieran por supuestas injurias contra los tribunales militares. Según el juez, en aquel tribunal provincial se agrupaba la justicia militar.

—Coño...

—Así es Luján Olvido —sentenció—. Cree que las leyes no existen. Cree que solo existe justicia si él la imparte. Y para ello, si es necesario, retuerce la ley. Por no hablar de sus relaciones con abogadas...

En cuanto Villar abandonó el despacho, Andújar llamó por teléfono al secretario de Estado de Justicia. El mensaje que transmitió fue escueto:

—Ya está hecho. Pediremos la excarcelación de vuestro amigo —dijo, remarcando el pronombre posesivo.

Tomás Sánchez Gamonal no necesitó rellenar el impreso solicitando un vis-a-vis íntimo con su ya ex mujer. En el mismo módulo donde residía había una celda con cama, acondicionada para que los presos se comunicasen, de forma íntima, con sus parejas. Los vis-a-vis estaban muy solicitados y la lista era interminable, lo que impedía a los reclusos realizarlos con la frecuencia deseada. El banquero se saltó todos los controles y Verónica Expósito no fue ni si quiera cacheada.

Entró en la celda pisando fuerte. El sonido de sus zapatos de Manolo Blahnik se escuchaba con la firmeza de las trompetas de una banda militar. Secos, sonoros y grandilocuentes. El banquero la esperaba sentado sobre el camastro, empequeñecido y envejecido, con la cabeza gacha. Avergonzado por su situación e iracundo por el desplante público de un divorcio televisado.

En cuanto la vio se dio cuenta. Había dejado de ser la sumisa Verónica; ya no era su muñequita rubia complaciente. Su porte, su mirada, su suficiencia eran diferentes. Parecía como si nunca la hubiese conocido. Era una extraña para él. Incluso su tono de voz había cambiado. Verónica Expósito había sido engullida por una morena poderosa y segura. Se sintió viejo. La había hecho llamar para pedirle un favor al que ella, sin más, accedió. La reunión duró unos escasos diez minutos y, tras concederle lo que él quería, le dijo:

—¿Algo más, Tomás?

—No querrás... Ya que estamos aquí los dos juntos...

—Ni lo intentes.

—Pero...

—Te lo digo de verdad. Aléjate. Cuando te detuvieron, me volví loca. A los pocos días sufrí una depresión y me quedé encerrada en casa tres días... Ahora vuelvo a ser yo. Y te quiero lejos. Otra cosa son los negocios. Te ayudaré.

Y se fue, tal y como llegó. Pisando fuerte. Había llegado el momento de tomar las riendas del negocio.

El juez Luján Olvido estaba cansado. Desde hacía días no se fiaba de nadie. En cuanto entraba en su despacho sentía que su carácter cambiaba, que su cuerpo se ponía en tensión. Solo deseaba que llegase la noche, salir de aquel despacho cutre desde donde impartía justicia y olvidarse del maldito día que decidió dedicarse a la judicatura.

Cerró con llave su pequeño despacho y ni siquiera se despidió de los funcionarios que le acompañaban a diario. Los consideraba parte del teatro que tanto le dañaba. «Aguanta», se decía a diario. «Pronto acabará todo esto.» Durante un largo año se había preparado para ese momento. «La venganza se sirve fría», se había repetido cada mañana. Pero parecía que no le estaba saliendo como había pronosticado.

En cuanto abandonó la Plaza de Castilla, suspiró, aliviado. Paró un taxi.

—Arranque. Al centro —ordenó.

—Pero ¿dónde exactamente? —preguntó el taxista.

—Arranque le he dicho. Ya le diré dónde.

Le hizo dar vueltas sin sentido por Madrid. Necesitaba saber que nadie le seguía. Cambió hasta en dos ocasiones más de vehículo y, por fin, llegó a un pequeño bufete de abogados en la antigua Cava Baja madrileña. El barrio de los Austrias.

Allí le esperaban, por segunda vez en pocos días.

Horacio Simenón recibió al magistrado en la puerta de su despacho. Era el abogado de la Asociación Limpieza contra la Corrupción (ALCC). Tenía algo más de cuarenta años. Acabó la carrera de derecho por la Universidad a Distancia, mientras trabajaba en un restaurante de comida rápida. Era inseguro y tímido, aunque había tenido que aparecer en muchas tertulias televisivas para explicar la postura de la ALCC, habitual acusadora popular en los casos más mediáticos.

El caso Bank Little se había iniciado con una querrela de la ALCC. La denuncia, presentada ante el fiscal general del Estado, se despachó en el juzgado que dirigía Luján Olvido, quien reclamó la competencia, pues en aquel momento estaba llevando una instrucción judicial contra Tomás Sánchez Gamonal por delitos conexos.

—Buenos días, señoría.

—Serán tardes —dijo el juez Olvido mirando su reloj. Eran las dos del mediodía.

—Como digas —afirmó el letrado sin querer llevarle la contraria.

Simenón cruzó la pequeña sala de estar hasta su oficina donde se sentó frente a una vieja mesa de madera. Ante él lo hizo el magistrado, incómodo y sin saber cómo sentarse en aquella silla desvencijada.

—Horacio, vamos al grano. O me traéis algún documento que acogote a ese mierda o tendré que ponerle en libertad —exclamó Luján Olvido, tras unos breves prolegómenos hablando de la vida y del tiempo.

—Señoría, no es el momento. No lo puede poner en libertad. Tenemos a una fuente que nos va a dar documentación del origen y destino de los fondos usados para la compra del Bank Little.

—Está todo en marcha. Si no lo fastidias en el último momento, podemos conseguirlo.

—Espero no hacerlo —afirmó el letrado con una gota de sudor en la frente.

—Eso no es suficiente, Horacio. Debes conseguirlo, no solo intentarlo. ¿O no te acuerdas de su cara? Aún recuerdo su rostro blanquecino cuando le dije: «Señor Sánchez Gamonal, ¿sabe de



qué se le acusa?» Y luego lo envié a prisión.

Olvido rió.

—Es que se lo merece —comentó Horacio.

—Lo sé. Pero él, en realidad, ni imaginaba que lo enviaría a prisión cuando tú solicitaste su ingreso inmediato.

Horacio asintió con la cabeza y bajó la mirada para no cruzarse con la del magistrado.

—Y ahora necesitamos algo más. ¿Qué tienes? —preguntó Luján Olvido.

—Documentos.

—¿Qué tipo de documentos? —inquirió el juez, consciente de que algunos abogados estaban acostumbrados a vender humo.

—Señoría, documentos bancarios que acreditan que Sánchez Gamonal se lucró personalmente con la compra del Bank Little.

—¿Bancarios?

—Sí. El número de cuenta suizo —concretó, por fin, el abogado de la acusación popular—. Tengo una fuente que me va a facilitar la documentación.

Luján Olvido no sabía de quién estaba obteniendo información aquel abogado. La ALCC era famosa por involucrarse en todos los casos mediáticos que afectaban a la corrupción en España y por tener multitud de fuentes de información. La denuncia que interpusieron era directa y clara: «El Banco Continental, tras la compra del Bank Little, se ha convertido en el decimotercer banco más grande de España, pero su importancia no se debe a su tamaño, sino a sus conexiones con la cúpula del poder. Es el banco que usa la élite madrileña para realizar sus inversiones. Lo controla personalmente Tomás Sánchez Gamonal, considerado el banquero de los poderosos y el protector de la fortuna personal de los mayores inversores patrios y los políticos corruptos». Y como conclusión afirmaba que para comprar Bank Little Sánchez Gamonal «desvió dinero irregular del Banco Continental, que acabó en sus cuentas bancadas personales».

—Que no sea una cagada como la información del piso franco.

—Hubo un chivatazo. Estamos seguros.

—Pues controlad la información de vuestro despacho —advirtió el juez.

—Luján, de aquí no ha salido información.

—Solo sé que la burda estrategia procesal que hemos puesto en marcha se nos puede ir a la mierda si hay filtraciones —aseguró el juez.

—Ya lo sé. El banquero es un chorizo. Tú y yo sabemos que la razón está de nuestro lado. Se ha llevado los cien millones.

—Lo sé. Pero yo soy juez. Tú representas a una asociación muy conocida y nos estamos ocultando. Por algo será.

Simenón se encogió de hombros.

—Porque las pruebas se han obtenido de forma irregular. Solo por eso —repuso el letrado.

—Lo que tú digas —espetó el juez, mientras se levantaba para marcharse. Le esperaba su noche. Su gran noche—. Pero si algo sale mal, yo no me comeré el marrón.

—Usted está tan pringado como yo.

—Mira, Horacio —dijo el juez mirando al atribulado letrado—, yo sigo siendo un magistrado y tú un abogadito. —Y para que quedara claro juntó sus dedos para mostrar algo pequeño—. Aquí mando yo. Tú, obedece en silencio y deja las amenazas para tu mujer, que ya me han dicho que eres un calzonazos.

—¿Qué? —exclamó Simenón con asco levantándose como si tuviera un resorte.

El juez le miró y puso su dedo, en forma vertical, frente a sus labios.

—¡Cállate y escucha! —ordenó—. Los hombres, cuando nos vestimos por los pies, estamos acostumbrados a mandar. Y tú, por lo que yo sé, eres un mandado. ¡Sigue así! Consigue esos documentos y cuídate.

El abogado miró al juez incómodo y asombrado. Ni le replicó.

—Y, ahora, si no te importa, tengo cosas que hacer. Tú consigue esos documentos y acabemos con Sánchez Gamonal. ¡Buenas noches!

Jorge Sánchez Gamonal nunca olvidaría la primera lección que recibió de su padre. Fue el día de su decimoctavo cumpleaños. Se encontraban en la vivienda familiar y, tras una cena de celebración, se encerró con él para instruirle en lo que sería su futura vida. Desde que Tomás dejó su Andalucía natal había tenido que ordenar varios asesinatos y, consciente de que Jorge algún día ocuparía su puesto, escogió su cumpleaños para enseñarle lo que sabía.

Habían pasado diecinueve años desde aquel día, y ahora le tocaba poner en práctica aquellas sabias lecciones de vida. Salió de la oficina, en dirección al Hotel Palace, rumiando cómo llevar a cabo la orden que Tomás Sánchez Gamonal le acababa de dar por teléfono:

—Tienes que matarlo.

Encendió un cigarro esperando para entrar en el coche. Se había acostumbrado a escuchar sus mandatos y acatarlos. Nunca había volado solo. Ahora tenía que hacerlo. ¿Cómo se mataba a un hombre por encargo sin ser descubierto? El *consigliere* sabía que si su padre había dado la orden es que se podía hacer. Y él ya lo había intentado en el pasado. Aunque tuvo que abortar la misión.

Bajó la ventanilla del coche y ordenó al chófer que lo llevase a su cita. Recordaba perfectamente aquella conversación. Fue la primera vez que su padre perdió una hora de su escaso tiempo hablando con él. Antes de aquella noche, jamás le había dirigido la palabra más allá de los cinco minutos de rigor o de la palmada en el hombro para indicarle que lo estaba haciendo bien. Pero aquella eterna hora en la que le ilustró sobre su futuro como el sucesor de los Sánchez Gamonal la recordaba con una mezcla de temor reverencial y alegría, pues fue la primera vez que sintió que su padre lo tenía en cuenta.

—En México, por ejemplo —le había explicado su padre por aquel entonces—, necesitas tener a un sicario en plantilla. Se convierten en tu brazo armado y las órdenes se dan semanalmente. En otros países, los asesinos a sueldo cobran más porque son encargos puntuales. Y sus objetivos más habituales no son otros hampones, sino amas de casa, por encargo de sus maridos. Las razones abundan: cobrar herencias, seguros de vida, lograr el divorcio o huir con la pelandusca de turno. Y esas son precisamente las razones que debes evitar si no quieres acabar en la cárcel. Son crímenes pasionales. Y un Sánchez Gamonal nunca se deja llevar por las emociones —había sentenciado el *paterfamilias*.

—Sí, padre —había respondido, obediente.

—Hijo mío, piensa que vas a dirigir un imperio. Y lo tienes que hacer con mano dura. Cuando llegue el momento tendrás, incluso, que matar. Nunca por amor, nunca guiado por las emociones, nunca a una mujer, nunca a un cura...

«Nunca» resonaba en la cabeza del joven sucesor, sin siquiera poder asumir lo que estaba escuchando de boca de su mentor. Entonces le odió. Ahora seguía sus designios.

—Nunca contrates a un latino, tampoco a un español. Los del Este son los mejores. Nunca lo contrates dos veces. Si falla, no intentes repetir la operación. ¿Estás tomando nota mental de lo que te digo? —preguntó su padre.

Aquella noche también fue la primera en que su padre le pegó.

Pam.

—¿Me estás escuchando y tomando nota de lo que te digo? —le volvió a preguntar tras darle

una sonora bofetada.

—Sí, padre —le contestó sin inmutarse tras el golpe—. Cuando llegue el momento, lo haré bien.

—El sicario tiene que venir en avión o en tren. En clase turista y con pasaporte falso. Que compren el billete en metálico. Y tú les pagarás en mano. Siempre a través de un abogado. Nada de transferencias y, sobre todo, que nunca te conozcan personalmente. No tienen que estar en España más de dos días. Después deben marcharse a su país. Si todo sale bien el cuerpo no aparecerá y nadie se enterará de nada.

—¿Es que el asesinato perfecto existe papá? —le había preguntado aquella noche.

—Sí, hijo mío. Y los Sánchez Gamonal si hacen algo, lo hacen bien.

—¿Y cómo sabré que es perfecto?

—El crimen perfecto es el que queda impune. Todos los crímenes sin resolver son crímenes perfectos.

—Entonces la perfección criminal no existe. Solo las investigaciones policiales imperfectas. Fallos policiales o fallos en la instrucción judicial, negligencias u omisiones —dedujo el joven.

—Te olvidas de un motivo —le dijo Don Tomás.

—¿Cuál padre?

—El que no se investiga porque a nadie interesa que se haga. Puedes anticipar una gran cantidad de probabilidades, pero no puedes luchar contra el azar —le advirtió—. Es muy difícil prever circunstancias inesperadas. Un testigo de última hora, una muestra biológica microscópica, una microfibra de tu ropa o una huella olvidada... Es imposible preverlo todo. Por eso lo único que puedes hacer es pagar a un tercero y mantenerte alejado del lugar del crimen.

—Así lo haré, padre.

—Y, sobre todo, controla a la policía. A los estamentos judiciales y a los políticos. Si a ellos no les interesa, no habrá culpable.

Pero algo había salido mal en el plan perfecto de su padre. Porque ahora estaba en la cárcel y le tocaba a Jorge ser el cabeza de familia. Aquella fue su primera conversación real, la más importante de su vida y la que marcó su destino. Aquella terrible experiencia supuso el inicio del fin del joven Sánchez Gamonal. En una hora creció y maduró. Fue el depositario de los secretos de la familia y el ejecutor de sus órdenes.

El hombre que esperaba a Jorge Sánchez Gamonal en el Hotel Palace era ruso. Su verdadero nombre era Eric Yurikov y se había formado en la policía secreta de la Unión Soviética. Fue reclutado por el Centro, como popularmente se conocía al KGB, cuando era todavía un niño. Combatió en las calles de Moscú como responsable de operaciones especiales y contrainteligencia, y durante todas sus misiones había demostrado poseer un don notable. Era sanguinario, pero jamás dejaba nada al azar.

Durante años, los servicios de inteligencia rusos se sirvieron de Yurikov para controlar a otros espías alrededor de todo el planeta. Cuando su jefe, el coronel Kryukov, utilizó recursos de este organismo para apoyar el intento de golpe de Estado contra el presidente soviético y el KGB se disolvió, él se había convertido en sicario.

Yurikov había regresado a Moscú seguro de que se labraría un nombre entre las mafias rusas. Pero, finalmente, sus mejores clientes fueron los bufetes de abogados de su ciudad natal. Amedrentaba a testigos, cobraba deudas y mataba a cualquiera que molestase a sus clientes. Uno de aquellos encargos llevaba el nombre de Jorge Sánchez Gamonal. Yurikov no había podido ejecutarlo, pero había realizado un plan tan detallado que deslumbró al financiero. El sicario nunca dejaba nada a la suerte. Lo diseñaba todo con la pulcritud de los servicios secretos

comunistas. Incluso le había facilitado un detallado informe de los movimientos diarios, de los lugares que frecuentaba la posible víctima y del sitio donde había decidido llevar a cabo el asesinato.

Ahora, mientras Jorge Sánchez Gamonal accedía a la suite del Hotel Palace que había reservado, el ruso, el hombre que iba a llevar a cabo su venganza, le esperaba en la puerta. Le sacaba dos cabezas al financiero y tenía una mandíbula tan cuadrada que atemorizaba a cualquiera. Su cara parecía un diamante recortado y sus ojos azules resaltaban sobre su blanquecina piel. No llevaba tatuajes ni cadenas de oro. Su edad era un misterio, aunque debía rondar la cincuentena.

Jorge alargó la mano para dársela a Yurikov, pero este ignoró el gesto. Sin embargo, pudo fijarse que los músculos de su cuello eran tan brutales como los de sus brazos, que se intuían bajo la ropa.

—Siéntate —le ordenó el asesino.

El financiero, temeroso, obedeció sentándose en uno de los dos butacones de la suite. El otro lo ocupó el sicario.

Jorge Sánchez Gamonal evaluó frente al sicario las posibilidades del nuevo encargo. Explicó a Yurikov todos los datos que conocía y acordaron cómo y cuándo lo llevarían a cabo.

—¿Sabe usted que ha cometido una equivocación de principiante al recurrir a un mismo sicario dos veces?

—Lo sé —dijo, recordando las enseñanzas de su padre.

—De acuerdo entonces —afirmó Yurikov—. Déjeme unos días para analizar los datos y evaluar el terreno. Y espero que esta vez no aborte la misión, como con Sistiago.

—No se preocupe. Yo no soy mi padre.

—Y ya le informaré de las fechas para que pueda usted marcharse de Madrid. Preferiblemente fuera de España. Así nadie podrá comprometer su coartada.

Jorge asintió. Un año atrás, con su padre y Altamira habían viajado a Londres, donde tenían que permanecer durante los días previos y posteriores al asesinato de Hernán Sistiago. Tenía que ser una estancia agradable, de placer. Incluso tuvieron tiempo de ir a una histórica tienda de Savile Row, Herny Poole, a comprar unos trajes. Pero después, todo se torció. Y es que Altamira decidió confesar el mayor error de su vida.

Lo hizo la noche antes a la fecha marcada para acabar con Sistiago, cenando en la terraza del restaurante Angler ubicado en la azotea del Hotel South Palace.

—Llevo un tiempo pagando al demente de Sistiago.

—¿Qué? ¿Sin mi conocimiento? —se indignó el banquero.

—Sí.

—En metálico... Supongo.

—Siempre. Salvo en una ocasión... —reconoció, acojonado, el letrado.

—¿Por transferencia bancaria? ¿Eres idiota o qué? —explotó.

Jorge supo en aquella fatídica cena que los secretos de la compra del Bank Little se conocían fuera del círculo de la familia.

—Me dio veinticuatro horas para hacer el pago y yo estaba en Miami haciendo gestiones para el Bank Little. No tuve más remedio que hacerlo para que mantuviese la boca cerrada —se justificó Altamira—. Sabía demasiadas cosas y no podía permitir que se hiciesen públicas. Era la época en la que estábamos negociando con el Banco de España y se nos hubiesen tirado encima. Urquiola y el resto de banqueros hubiesen aprovechado esa circunstancia para arrebatarnos el Continental.

—¿Y cómo coño te chantajeó? ¿Qué sabía? ¿Cómo se enteró? —le espetó el banquero.

—Sistiago trabajaba para el bufete. Era uno de los encargados de analizar los datos de la compra del Bank Little. Lo envié a Miami a realizar la auditoría legal.

—Pero ¿cómo supo el sobreprecio?

—Alguien en el Bank Little le dijo que el precio real de la compra era de cien millones menos pero que en los documentos oficiales se tenía que hacer constar la cifra de trescientos millones de euros.

—Meros rumores —dijo Jorge Sánchez Gamonal mientras su padre le fulminaba con la mirada por interrumpir la conversación.

—No fueron rumores. Alguien le enseñó un e-mail mío indicando cuál debería ser el precio de compra oficial y cuál el real. El resto lo imaginó Sistiago solito.

—¿Y por qué no me informaste? —preguntó el banquero.

—Me dio miedo. Sé que no aceptas los errores y aquel fue inmenso. Además, me hizo saber que mantendría la boca cerrada si le pagaba y eso hice.

—De acuerdo. Ya veremos cómo podemos solventar este problema. Jorge —ordenó a su hijo —, llama a nuestro hombre a España y dile que aborte la operación Alcalá.

El banquero y sus hombres le daban un nombre a todas las acciones ilegales que realizaban. El Bank Little fue el proyecto Nimio y el asesinato de Hernán Sistiago la operación Alcalá. Así se aseguraban que si alguien escuchaba sus conversaciones no supiese de qué hablaban. Órdenes de Peláez.

Aquella noche, Jorge y Tomás descubrieron que, diez años después de comprar aquel pequeño banco que se convirtió en la mayor lavadora de dinero negro de España, había alguien que sabía que se habían apoderado de cien millones de euros del Banco Continental y que lo habían justificado con la compra del Bank Little. Alguien que llevaba meses chantajeando a su abogado sin que ellos lo supiesen.

Por eso, también supieron que tendrían que acabar con Íñigo Altamira y este también imaginó que, tarde o temprano, llegaría la orden. Aquella fatídica noche londinense se abortó la operación Alcalá y fue el principio del fin de la mayor sociedad criminal que había assolado España. La que habían creado el banquero y su abogado. Y, ahora, su hijo la pretendía perpetuar.

—Guardaremos la bala en la recámara. Sabiendo lo que sabemos no podemos matarlo. Altamira sería el primer sospechoso. El dinero deja más rastros que la sangre. Es más fácil hacer desaparecer un cuerpo que las entradas y salidas de dinero. Habrá que encontrar otra manera —decidió su padre.

Aquella noche, Jorge Sánchez Gamonal había sentido el sabor de la sangre en su boca y no pudo ejecutar a aquel chantajista. Lo había dejado escapar por los miedos de su padre y porque, por aquel entonces, era un pelele en manos de su mentor. Y había acatado las órdenes. Tuvo que llamar por teléfono para comunicarle a Yurikov que la misión quedaba abortada.

Así fue como Hernán Sistiago salvó la vida.

Y ahora, un año después, mucho más afianzado, con un cigarrillo humeante entre los dedos, se volvía a sentar con Yurikov para ordenar un nuevo asesinato. Y esta vez tenía que llevarse a cabo. No podía fallar. Necesitaba sentir el poder de acabar con la vida de un ser humano. La sensación de ser Dios. Poder dar y quitar la vida. El máximo sueño de quien se creía tocado por la barita divina. Su emancipación.

—Te he hecho venir para poner en marcha el proyecto Sucesor.

Y, por fin, llegó la citación oficial a Soto del Real. Luján Olvido requería al centro penitenciario que condujese al preso Sánchez Gamonal a su presencia. Ya era demasiado tarde. Demasiado tarde para los dos porque ya nadie creía a Luján Olvido. Todos los abogados repasaban sus dictados y preparaban querellas por prevaricación<sup>2</sup> y, aun así, había querido seguir adelante con aquella instrucción judicial. Tampoco el banquero lo tenía fácil. Tras varias semanas en prisión, había perdido peso y parecía más pequeño y encorvado.

A las ocho de la mañana, Sánchez Gamonal llegó a bordo de un furgón policial que aparcó en el garaje de los juzgados de Plaza Castilla. El edificio del tribunal era feo e incómodo. Un lugar cuya sensación de abandono y de desastre organizativo era patente. Y cuyo reloj parecía haberse parado hacía un siglo. Un sitio que odiaban los trabajadores, los abogados y los periodistas que lo visitaban. Los carteles escritos a mano que indicaban juzgados que ya no existían con folios manuscritos obsoletos. Dentro, la cosa empeoraba. Los ascensores se colapsaban y los juzgados estaban disgregados. El de Luján Olvido estaba en la segunda planta, donde dos policías llevaron esposado a Tomás Sánchez.

Habían pasado quince días desde su detención en prisión preventiva, pero, por mucho que Altamira y su ejército de abogados lo solicitaran, la libertad no acababa de llegar. Aquel retraso parecía algo interesado. Sin embargo, el magistrado lo justificaba con el colapso del juzgado y la inexistencia de un informe policial completo sobre la investigación de la compra del Bank Little.

La tardanza del informe policial era justificable ya que la unidad de investigación de delitos económicos estaba saturada. Además, aunque trabajaban bien, empezaban a creer en la inocencia de Sánchez Gamonal. Había muchas lagunas en la instrucción judicial y no había pruebas contra el banquero. Tenían un culpable pero no había manera de demostrar que lo fuera. La sensación en la unidad de investigación de la policía era que el juez les había dado un culpable —Tomás Sánchez Gamonal— y una teoría: se ha apoderado de cien millones de euros en la compra del Bank Little. Pero poco más. No había pruebas. Ni una. O, por lo menos, no las hubo hasta esa comparecencia judicial.

Luján Olvido estaba en su despacho acabando de preparar la comparecencia cuando se enteró de ese revés. Se sintió traicionado. ¿Y si la filtración de la entrada y registro había salido desde la policía? ¿Se habían vendido? ¿Había órdenes políticas? ¿Se estaban moviendo los abogados de la defensa para cambiar el rumbo del caso?

A las once de la mañana, con todas esas preguntas martilleando su cerebro, el juez Olvido compareció en el estrado de la sala de vistas y ni siquiera dio los buenos días. Para el banquero había sido una alegría enterarse el día anterior de que, posiblemente, iba a quedar en libertad. Minutos más tarde, entró esposado, acompañado por la Guardia Civil y lo dejaron en una silla colocada en medio de la sala, tras un micrófono. «Suerte», le susurró el policía. El banquero asintió con la cabeza. Sus aires de prepotencia y su comportamiento egocéntrico le hacía odioso a los ojos de los presentes.

Frente a él, en el lado de la defensa, se encontraba Altamira con un par de abogados júnior de Law & Evidence. Al otro, sin equipo, el fiscal Villar y Horacio Simenón.

—Antes de empezar será mejor que deje claras un par de cosas. No pienso admitir contestaciones impertinentes del imputado ni interrupciones por parte de los abogados —dijo con

una sonrisa bellaca, saboreando lo que iba a ser su venganza. Y añadió—: Bienvenido, señor Sánchez de Gamonal.

—Buenos días —contestó Tomás, chulesco.

—¿Por qué compró usted el Bank Little, señor Sánchez Gamonal?

—El Banco Continental necesitaba crecer y su consejo de administración creyó que era la mejor forma de hacerlo. —Se calló durante unos segundos para que se entendiera la magnitud de la operación—. El Bank Little era un banco pequeño y necesitábamos un *private bank* que canalizase las inversiones de los más pudientes de nuestro país.

—Le repito, señor Sánchez Gamonal, ¿por qué compró usted el Bank Little?

—Señoría, mi representado le acaba de contestar —interrumpió Íñigo Altamira.

—Cállese, letrado. Esto no es un juicio americano por mucho que hayan cámaras grabando. ¿Hubo un sobreprecio, Don Tomás?

—No. No existió ningún tipo de sobreprecio en la compra del Bank Little —contestó Gamonal, displicente—. Fue una operación legal de principio a fin.

—El fiscal tiene la palabra —dijo Luján Olvido.

—Señoría, esta fiscalía solicita la inmediata puesta en libertad de Don Tomás Sánchez Gamonal ante la falta de pruebas, si quiera de indicios —expuso Abundio Villar—. Si hubiese querido destruir pruebas ha tenido tiempo suficiente para hacerlo.

—¿Algo más? —preguntó el juez con la seguridad de quien tiene un as en la manga.

—Y, para colmo, la policía no ha podido realizar investigación alguna. No hay pruebas —bramó el fiscal.

—Señoría —interrumpió Altamira—, además existe una recusación contra usted, por su parcialidad en este caso y su animadversión contra mi cliente.

El juez miró al fiscal con desprecio. Ambos representaban intereses contrapuestos. Después dirigió su mirada hacia el abogado y una sonrisa irónica a Sánchez Gamonal. Le hubiese gustado gritar a todos: «¡Idos a la puta mierda! ¡Aquí mando yo pedazo de gilipollas!», pero mantuvo la compostura y simplemente contestó:

—La acusación popular tiene la palabra.

Horacio Simenón, abogado de la ALCC, se acercó al micrófono para iniciar el interrogatorio del acusado. Vestía un traje comprado en un gran almacén. Uno entre muchos. Estaba nervioso. Quizá más que el imputado. Al coger el vaso para beber, la mano le tembló. Sabía que tenía que seguir un guión que había pactado con el juez. Conocía el final de antemano, pero lo tenía que hacer bien. Había muchos intereses en juego. Jugaba en casa aunque no notase el aliento de la afición. Sabía que la mayoría de los jurisconsultos de la sala no le iban a recriminar su actuación.

—Señor Sánchez Gamonal, buenos días —empezó, con voz temblorosa—. Nos ha dicho usted, a preguntas de su defensa, que no existió sobreprecio en la compra del Bank Little. ¿Es así? —preguntó, aunque sabía la respuesta. Debía ganar tiempo para soltar la bomba en el momento preciso.

—Exactamente.

—¿Considera usted que la compra por trescientos millones era justa y el precio adecuado? —inquirió, y el banquero asintió con la cabeza con claros signos de aburrimiento. Simenón siguió —: ¿Y puede existir algún tipo de documento oficial que contradiga dicha cifra?

—No. Rotundamente, no —respondió el financiero—. ¿Quién se ha creído usted para contradecirme? —dijo, y Simenón abrió los ojos con desmesura porque no entendía su actitud. Se lo estaba poniendo fácil. A su vez, Altamira escrutó al compañero letrado. «Este tío tiene algo que no me cuadra», se dijo. Miró sus zapatos, que estaban sucios, al igual que su corbata. Y el traje



era de los baratos. Sin embargo, algo en su camisa le llamó la atención.

—Menudos gemelos —dijo Altamira en voz alta, con el micrófono abierto.

—¿Perdone? —preguntó el juez.

—Nada. Nada, señoría. Me he equivocado —se excusó el abogado mientras observaba los gemelos Bvlgari del letrado de la ALCC. Imaginó cómo se los había comprado.

Simenón ni se dio cuenta. Estaba tan inquieto que no escuchaba a su alrededor. Y habló:

—Señoría, aportamos en esta vista un correo electrónico del despacho de abogados Law & Evidence ...

El silencio se hizo en la sala.

—¿Señoría, esto es inconcebible! ¿Desde cuándo se pueden aportar documentos de los despachos de abogados emitidos bajo la más estricta confidencialidad? —exclamó Altamira, exaltado.

—Señor Altamira, deje acabar a la acusación popular. Aún no sabe ni qué documento va a aportar. ¿O sí? Lo único que hemos escuchado todos es que existe un correo de su despacho de abogados. Y, además, su cliente ha alimentado mi curiosidad al provocar al abogado de la acusación retándole a contradecirle —dijo el juez.

—Señoría —continuó el letrado de la acusación popular—, aportamos un correo electrónico entre el señor Altamira y Hernán Sistiago, antiguo empleado de ese despacho, donde se indica con claridad que existe un sobreprecio en la venta del Bank Little.

Durante veinte latidos, Sánchez Gamonal quedó paralizado por lo que no había visto venir y estaba seguro que iba a ocurrir.

—¿Conoce usted la cuenta bancaria con denominación Belcky en Suiza? —preguntó Simenón, consciente de que en Suiza existían aún cuentas numeradas, cuya revelación se penaba con la cárcel.

—N... No —balbuceó el banquero blanco como el papel, mientras suplicaba con la mirada a su abogado para que lo sacase del atolladero.

—¿Ha empleado usted alguna cantidad en metálico por valor de cuatro millones de euros para comprar su última vivienda? —remachó Horacio Simenón.

—No —repuso el financiero, que no entendía que le hiciese una nueva pregunta sin haber contestado a la anterior. «¿Se piensa que voy a incriminarme? Pues que se joda», se dijo, creyendo que había recuperado el control.

Horacio Simenón sonrió para sus adentros. «El muy imbécil ha caído en la trampa.» Una pregunta para generar seguridad, dos golpes bajos, otra para provocar confianza y un *uppercut*. Así le había enseñado su catedrático de derecho penal en la universidad. A distancia, sí. Pero con tutorías. Y faltaba poco para comprobar si, como siempre, aquel juego funcionaba.

—Entonces... Señor Sánchez Gamonal, usted siempre ha actuado siguiendo la legislación bancaria vigente, ¿no?

—Por supuesto —contestó el banquero.

Y, por fin, el abogado de la Asociación Limpieza contra la Corrupción supo que el conejillo había entrado en la trampa. Solo quedaba la traca final:

—Señoría, estamos en disposición de aportar unos documentos bancarios que prueban que Tomás Sánchez Gamonal es el beneficiario de la cuenta bancaria en Suiza denominada Belcky, de donde salieron cuatro millones de euros para comprar su vivienda y cuyo saldo se inicia con una aportación de cien millones de euros, exactamente la misma cifra que se desvió de la compra del Bank Little. Y como hemos comprobado en esta vista, el imputado, con sus negativas y pequeños balbuceos, ha confirmado lo que todos en esta sala creemos —dijo de carrerilla para añadir—:

que es culpable.

—¿Los puede aportar? —quiso saber el juez, orgulloso al comprobar que todo estaba saliendo según lo previsto. Había dejado correr el rumor de la inminente puesta en libertad del banquero. No había realizado ningún desmentido. Le apetecía disfrutar viendo la cara de un Sánchez Gamonal, aterrado por volver al presidio. Ese había sido el plan: hacerle creer que salía en libertad y masacrarlo. Y lo había conseguido. Aunque asustar a aquel banquero era solo la primera parte del plan del juez.

—En estos momentos solo podemos aportar la nota del registro de la propiedad de la compra y un informe confidencial de un despacho de abogados suizo que nos informa sobre la cuenta y su beneficiario —expuso el letrado Simenón.

—Señoría, esto ya es el colmo. ¿Un despacho de abogados suizo? Eso no es ningún documento fehaciente a los efectos de este proceso —afirmó Altamira.

—Eso lo determinaré yo, letrado.

—En los próximos días aportaremos copia de los originales de las cuentas bancadas —dijo con voz trémula el abogado de la ALCC que había pasado, en un segundo, de héroe a villano.

El juez miró a Simenón para recordarle que se jugaba su carrera si no aparecían esos documentos.

—Señoría —saltó Altamira—, esto es inaceptable. Son meros rumores y promesas de futuro. Señoría, exijo la puesta en libertad inmediata de mi cliente.

—Cállese de nuevo —espetó el juez—. ¿La acusación popular tiene algo más que indicar?

—No, señoría —respondió Simenón.

—Tiene usted dos días para aportar los documentos —indicó el juez mirando fijamente a Simenón—. Pasemos entonces a la vistilla.<sup>3</sup>

—¿Qué? —se indignó Altamira—. ¿Una vistilla? Pero si no hay ninguna prueba en contra de mi cliente. Y, además, ya está en prisión.

El magistrado miró unos papeles y levantó la mirada hacia el fiscal.

—¿Podemos empezar con la vistilla? —añadió, como quién oía llover.

—¿Una segunda vistilla? Pero si usted ya hizo una para enviarlo a prisión preventiva. Ahora no necesita realizar otra. Esto es ilegal —le recordó el fiscal Villar.

—Pues la hago porque así lo considero y si no le parece bien, recurra usted, señor fiscal —le provocó el juez.

—Con la venía, señoría —dijo el abogado de la ALCC—. En nuestra opinión ha quedado probado que se han incumplido todos los controles en la compra del Bank Little y todo ello para apoderarse de cien millones de euros. No ha quedado acreditado en ningún caso que la operación del Bank Little se hiciera legalmente, sino más bien de una forma preconcebida para apoderarse del dinero de los accionistas del Banco Continental. Es más, esta parte considera que existen pruebas que tienen que llegar a esta instrucción y si Sánchez Gamonal sale en libertad puede proceder a destruirlas. Y esta parte podrá demostrar de forma fidedigna que el sobreprecio acabó en una cuenta bancaria numerada Suiza cuyo beneficiario es el señor Sánchez Gamonal.

Altamira se llevó las manos a la cara. Parecía desquiciado. No entendía nada. Primero los rumores de libertad. Luego el ataque sangrante en la sala y ahora una vistilla para mantenerlo en prisión. «¡Un cúmulo de nulidades!», meditó con una sonrisa irónica en los labios. Luján Olvido lo miró de forma condescendiente. Bostezó. Notó vibrar su teléfono en el bolsillo. Lo miró. Era un *whatsapp* del abogado Simenón. Estaba a su lado pero no se podían ni mirar. Tenían que mantener las apariencias. El juez lo leyó. «Dame dos días y tendrás los documentos aquí.» El juez, casi de forma imperceptible, asintió con la cabeza y añadió:

—Señor Altamira, usted hoy ha vuelto a plantear que yo tengo que abstenerme de pronunciar dictámenes sobre su cliente y me ha vuelto a recusar. Yo tengo criterios asentados y si tuviese los mínimos visos de que yo hoy fuese a prejuzgar me abstendría. Pero como no es así, la medida que voy a adoptar es mantener a su cliente en prisión provisional durante dos días. Si la acusación popular en ese tiempo no aporta la documentación oficial que acredite las cuentas en Suiza decretaré su libertad inmediata.

Ala mañana siguiente, los medios de comunicación empezaron a acusar al juez de abuso de poder. Altamira había iniciado una campaña para acabar con la imagen del magistrado y lo estaba consiguiendo. El equipo de comunicación había mantenido muchas reuniones los días previos y sustentado diversas teorías conspirativas que estaban tomando fuerza en las redacciones de los diarios más importantes del país.

Sin embargo, se olvidaron de las redes sociales que siguieron masacrando al banquero. En principio, el grueso de la información que se transmitía era anodina. Pero, a última hora de la mañana, alguien tuvo acceso al vídeo de la declaración judicial de Sánchez Gamonal y lanzó un tweet con una imagen del banquero, sentado y sudoroso, frente a un juez imponente y seguro de sí mismo. Además, el internauta se preocupó de señalar todas las marcas de la vestimenta de Tomás, incluyendo el precio. Pronto se tornó viral.

El contratiempo provocó una reunión de urgencia en el despacho de Law & Evidence. Altamira llegó a la conclusión de que aquello no modificaba el plan inicial, pero Jorge Sánchez Gamonal se mostró más pesimista. Haber ganado la batalla de los medios de comunicación, pero no de las redes sociales no era lo que se había acordado, dijo. Había que hacer algo para desviar la atención. Necesitaban un muerto.

Néstor Sanchís estaba almorzando con Bibi cuando recibió el tweet. Desde hacía días se ocupaba casi a escondidas del caso de Ricardo Corbin. Intentaba descubrir qué se ocultaba tras su detención. El problema era que otros casos —cada vez menos— permanecían, en carpetas de color amarillo tituladas con el nombre del cliente y del investigado, encima de su mesa. Los tenía que despachar cuanto antes para centrarse, de lleno, en la investigación de su cliente más famoso.

En la mesa, ante un café *ristretto*, escuchó la llegada de un mensaje a su teléfono móvil. Lo abrió y empezó a reír ante la atenta mirada de su mujer.

—¿De qué te ríes?

No contestó. Simplemente le pasó el teléfono con la imagen de Sánchez Gamonal en pantalla.

—Menudo número de tío —comentó—. Con cualquier cosa de Zara hubiese ido mucho mejor.

—Sí. La verdad —dijo el investigador admirando la perspicacia de su esposa.

—No se puede ir a un juzgado mostrando tanta opulencia cuando se está siendo acusado por robar dinero —afirmó Bibi.

«¡Qué razón tiene!», pensó Sanchís.

—Alguien debería crear una empresa dedicada a educar a los procesados. Enseñarles cómo vestir, cómo comportarse, qué decir y, sobre todo, cómo decirlo —consideró Sanchís.

—¡Que se jodan! Quién la hace la paga —añadió su mujer—. Si con pasta ya se libra, solo hace falta que les pongas las cosas más fáciles.

—Bibi, todo el mundo tiene derecho a la mejor de las defensas. Y el teatro judicial tiene mucho de psicología y de saber estar. Algo de lo que las mujeres sabéis mucho.

—¡Y una mierda! Hay gente que solo merece estar en la cárcel. Como ese cliente tuyo... ¡Corbin!

Néstor se encogió de hombros.

—¿Qué tiene que ver eso ahora?

—Lo veo venir, Néstor. Vas a ayudar a un drogadicto que se dedica a la trata de blancas.  
El detective negó con la cabeza.

—No seas injusta, amor.

—Bueno. Dejémoslo. No quiero ponerme de mal humor. ¿Vendrás a cenar hoy?

—No, cielo. Tengo una reunión con un cliente.

—Bien. Me voy a duchar. Nos vemos por la noche —se despidió su mujer.

«¿Tanto se me nota la tensión?», se preguntó mientras se ponía la chaqueta para salir a la calle. Tenía que conseguir sacar a Corbin del atolladero judicial. Si no, la bomba le explotaría en las manos.

Pí. Pí.

Ramón Tejeda sonrió en la sede de la Dirección General de la Policía al ver la foto que le acababa de enviar Nicolás Montón por *whatsapp*.

Ramón Tejeda: Si. Nos vemos esta noche.

Nicolás Montón: ¿Traigo a mis amigas?

Ramón Tejeda: Si, claro.

Nicolás Montón: Trae pastillitas azules. Las vas a necesitar.

Ramón Tejeda: Cojonudo. Jajajaja

Nicolás Montón: ¿Te has acordado de arreglar lo de Don Tomás?

Ramón Tejeda: Si. Claro. Luego te explico.

El joven Nicolás sonrió e hizo una llamada de teléfono. Acababa de ganarse otros diez mil euritos.

—¿Hola?

—Hola, pequeño casanova —contestó la dama.

—Mi amigo me ha dicho que el mensaje ya está enviado.

—Ummm. Perfecto. ¿Guando nos vemos?

Nicolás sonrió.

—Tú dirás. Llevo días sin saber de ti.

—Repito —dijo ella—. ¿Cuándo nos vemos?

—¿Placer o trabajo? —preguntó el joven aprendiz de político.

—¿Trabajo regado con champagne?

—Mañana. Hoy he quedado con Ramón para pagar su interés por tus amigos con dos de mis amiguitas.

—¿Y cuándo tendré yo una fiesta con esas amigas tuyas y contigo? —coqueteó ella.

—Pronto.

Francisco Nicolás Montón sonrió imaginándose una noche entera en los brazos de tres mujeres. No imaginaba que su caída también había empezado.

Jorge Sánchez Gamonal entró con calma en la sala del Hotel NH que había contratado el bufete de Altamira. Los clicks de las cámaras de fotos y los codazos entre los periodistas de televisión le siguieron hasta que se sentó. Estaba tranquilo. Su porte atildado y su cara aniñada le otorgaban credibilidad. El joven Don había aceptado dar una rueda de prensa multitudinaria para defender el honor de la familia. Le acompañaba Íñigo Altamira. Ambos disfrutaron de su momento de atención. Se acreditó a cincuenta medios de comunicación incluyendo a diversos periodistas del denostado sector del *cuore*. Todo estaba medido. Había memorizado el discurso y realizado un detallado guión de las posturas —sonreír sin reír, contestar con calma, mirar a los ojos del periodista que realizase la pregunta, ser asertivo y permanecer recto en la silla— que les debía llevar al estrellato de las redes sociales. Alguien se ocuparía de azuzar twitter y de mantener un discurso global para el gran público.

—Les hemos citado a esta rueda de prensa para informarles que mi padre, Don Tomás Sánchez Gamonal, saldrá en los próximos días de prisión y que tanto la familia, como sus asesores jurídicos, se están planteando seriamente iniciar un proceso judicial contra el juez del caso, Luján Olvido, por diversos delitos de prevaricación.

Un murmullo general recorrió la sala. Todo estaba saliendo como se había planificado hasta que la prensa del corazón dio la campanada.

—¡Perdone, señor! ¡Perdone! ¿Me puede atender?

Nadie hizo caso a la periodista del corazón. Indignada, se levantó y pegó un grito para llamar la atención. Aquello molestó sobremanera al hijo del banquero, que la fulminó con la mirada. El gestor de comunicación, contratado por la entidad bancaria, no tuvo más remedio que dar la palabra a aquella periodista.

—¿Es cierto que el divorcio de su padre es falso y que se ha hecho simplemente para poner a buen recaudo su patrimonio? ¿Es verdad que han planeado un convenio de divorcio irreal para eludir futuras responsabilidades económicas?

—No hay más preguntas —sentenció Altamira.

—Hija de puta —farfulló el hijo del patriarca.

—Cállate —le cortó Altamira tapando el micrófono—. No hay más preguntas —sentenció.

Jorge Sánchez Gamonal apuntó el nombre de la chica. Ya tendría tiempo de ocuparse de ella. Desde hacía días, se sentía como el departamento de recursos humanos de una gran empresa. ¿Te portas bien? Un trabajito. ¿Te portas mal? A la puta calle. «Tengo que hablar con mi padre», se dijo. Pensaba hacerle entender que los tiempos habían cambiado y que las batallas se ganaban en los medios de comunicación y en las redes sociales. Que era innecesario que su madrastra les dejase en ridículo frente al mundo. Necesitaba su propio espacio. Tomar sus decisiones. Dirigir. Y Verónica Expósito parecía un problema que, simplemente, debía eliminar.

Con el paso de los días, Sanchís tenía cada vez más claro que debía dedicarse de lleno a la investigación de Corbin. Quería desembarazarse de todos los casos antiguos de forma presurosa. Tenía en mente volver a las investigaciones calientes.

Acabó el día en casa, viendo en televisión la opereta rosa de la familia Sánchez Gamonal. «¿Cómo se les ha escapado la prensa del corazón?», se dijo. Había algo en aquel caso que le sonaba extraño. «Si han conseguido controlar a todos los medios... ¿por qué no al sector del cuore?» Instintivamente, Sanchís se enfrentaba a todas las noticias como si se tratara de una de sus investigaciones. Y una de las primeras normas frente a una crisis como la del Continental era controlar a los medios.

Néstor olvidó, por un momento, la televisión y se centró en su propio trabajo. Tenía que comprobar los vídeos de un seguimiento que había hecho su equipo de investigadores. Era un caso de infidelidad. «Odio estos temas», se dijo. Le parecían sórdidos y una pérdida de tiempo. Pero todo estaba cambiando en su vida y ya no sabía decir no.

—No entiendo como alguien contrata a un detective para saber si su pareja le es infiel — comentó Sanchís, de pasada, a su mujer.

Bibi frunció el ceño.

—Si lo cree es porque lo es —le espetó—. Y, por cierto, ¿por qué has aceptado una investigación familiar?

—A veces no tengo más remedio que realizar este tipo de encargos. Me ha llamado Mike Hoffmann, un detective inglés. Tenía un compromiso. Una directiva de una multinacional india le ha pedido, como favor, seguir a su marido que está en un viaje de negocios en Barcelona.

—¿Y? ¿Qué ha pasado? —preguntó Bibi, que nunca se interesaba por las investigaciones empresariales.

Néstor la miró y sonrió. Las bajezas humanas despertaban curiosidad en todo el mundo.

—Nada: que el capullo indio le ha dicho a su mujer que se venía a España por trabajo y se ha instalado en el Hotel Vela con otra.

—Menuda novedad. Un hombre poniendo los cuernos —repuso Bibi.

Miró a su marido con picardía. Tras dudar unos instantes, preguntó:

—¿Tienes fotos?

Sanchís miró a su mujer incrédulo y negó con la cabeza.

—¿Qué pasa? Tengo curiosidad —se defendió Bibi adivinando los pensamientos de su marido—. ¿Es este? —le dijo mientras miraba, por encima del hombro del detective, la pantalla.

Se sentó junto a su marido y tomó el ordenador para repasar las fotos.

—Sí, lo es —contestó el investigador.

—Pobre tía. Estoy segura de que ya se debía oler algo. Simplemente ha necesitado corroborarlo. ¿La legislación inglesa es como la española, que ni se inmuta si uno de los dos de la pareja es infiel?

Néstor frunció el ceño.

—No te entiendo.

—Veamos. Tú siempre me has dicho que realizar un seguimiento en España para demostrar una infidelidad es absurdo porque aquí el divorcio no es culpable y la ley no penaliza la



infidelidad en una separación —dijo mirándole fijamente—. ¿Y en el Reino Unido? Es que si no es así, no entiendo cómo alguien se gasta el dinero siguiendo a su pareja para comprobar si le es infiel. Ella antes de contratarte ya sabe si su marido lo es. Si la mira embelesado. Si no lo hace. Si la besa. Si mantiene el mismo deseo sexual. Si la atiende. Si la protege. Ahí está la clave. No en cuatro fotos con otra en la calle. Y, sobre todo, si mira, de forma furtiva, a otras mujeres...

Sanchís hizo ver que no la había escuchado. Sabía que las palabras de Bibi arrastraban un poso de reproche.

—Perdona un segundo —dijo Sanchís al oír el sonido del móvil. «Salvado por la campana», pensó, mientras contestaba—: *Hi, Mike. How areyou? (...) Ok. Bye.*

—¿Era tu cliente? ¿Qué te ha dicho?

Sanchís empezó a reír. Mantenía delante de Bibi muchas conversaciones al día y nunca le preguntaba nada. Era un pacto tácito. El mantenía el secreto de sus clientes, pero esta vez ella se moría de curiosidad. Y todo por unos malditos cuernos, se dijo.

—Sí, era Mike Hoffmann, el detective inglés. Y me ha preguntado si les hemos podido filmar en alguna situación de *intimacy*. O entrando en la habitación.

—¡No te jode! ¿Qué se creen, que esto es África? ¿En un hotel de cinco estrellas de Barcelona y pretenden que los filmen en la habitación?

—No es exactamente eso, cariño. Se les podría intentar filmar por los pasillos del hotel caminando hacia la habitación. No creo que fuese muy legal, pero se puede intentar. El problema es otro. La mujer quiere evitar justificaciones absurdas.

Bibi asintió con la cabeza.

—La entiendo. No debe ser la primera vez que le pasa algo similar y las excusas deben haber sido variadas. Que si una compañera de trabajo. Que si una amiga. Que si no hay nada. Que si estás loca... Y quiere cerrarle la boca para siempre. Por eso volvemos a la pregunta inicial. ¿Es culpable el divorcio en el Reino Unido?

—El adulterio en el Reino Unido, como en el resto de Europa, ha dejado de ser algo penado. Solo los americanos siguen manteniendo sanciones penales para los adúlteros. En veintiún estados norteamericanos se sigue sancionando como comportamiento criminal con penas que van desde los diez dólares en Maryland a un año de cárcel, sustitutivas por multa de quinientos dólares en Carolina del Sur. En Europa hemos ido despenalizando el adulterio. Sin embargo, en el Reino Unido se sigue usando para obtener un divorcio rápido por comportamiento indecoroso y para condicionar a los jueces en materia financiera.

—No me jodas. ¿Una cana al aire se paga con penas criminales?

—Sí. Es así —dijo el detective.

—Quiero decir...

—¿Sí? —preguntó el detective—. ¿No consideras ilegal echar una cana al aire?

—Y o no he dicho eso. T ú hazlo y te corto las pelotas —le advirtió ella mientras sonreía—. ¿O ya lo has hecho? —se burló, frunciendo los labios.

El detective volvió al tema principal, pues no le gustaban los derroteros que estaba tomando la conversación.

—Me decías que el adulterio debía tener algún tipo de represión en el Reino Unido para que este seguimiento tuviera sentido, ¿no?

—Exacto. Es que si no, no tiene sentido contratarte. Le engaña y le dice que está solo en Barcelona y está con una mujer, que duerme en su habitación, con la que comparte comida... Y eso es fundamental. Nadie comparte comida de un plato si no tiene intimidad o confianza con la persona. ¡Nadie! Y en esa foto que me has enseñado están compartiendo una ensalada frente a dos

vasos de vino.

Néstor sonrió.

—¿Sabes lo mejor? —le dijo el detective mirando a su perspicaz mujer—. El detective que tengo haciendo el seguimiento me dijo: «Néstor, nadie invita a una tía a una botella de champagne si no tienen un lío».

—Menudo Holmes tienes contratado. —Rió a carcajada limpia—. Precisamente eso no tiene importancia alguna. Puede invitarla a champagne para llevársela a la cama o para celebrar un negocio. Pero compartir una ensalada del mismo plato... Ese matrimonio ya estaba roto.

De repente, aquel comentario le dio una idea. Estaba seguro de que la televisión se equivocaba con el divorcio de Sánchez Gamonal. Nadie se divorcia de su pareja porque lo arresten. El matrimonio ya debía estar en las últimas. Ella, simplemente, había aprovechado la situación para materializar el divorcio. ¿O realmente tenían razón los que decían que era un teatro? ¿Y si ella tenía un amante? «*Chi lo sa*», se dijo.

—Por cierto, ¿qué edad tiene ese infiel?

—Cuarenta y dos años —contestó Sanchís, sin pensar—. ¿Por qué?

Bibi frunció el ceño. Néstor la miró. Imaginó lo que venía. «Quiere guerra», pensó. No pudo rehuir el enfrentamiento.

—Cuarenta y dos años... —dijo dejando la cifra en el aire.

—¿De qué me estás hablando? —preguntó el detective.

—La edad, Néstor. Es la edad del infiel.

—Menuda idiotez —afirmó el investigador, aunque sabía que se había abierto la caja de los truenos—. Y si lo fuese, ¿qué?

—Lo he mirado en google. La edad más común de los hombres infieles es la de cuarenta y dos años. Precisamente la misma que tienes tú.

—¿Otra estadística absurda de las tuyas? ¿Esta vez también está basada en algún estudio de alguna universidad americana? ¿Y qué tiene que ver ese indio conmigo?

—Tu forma de mirar, Néstor. Tu lejanía. Tu forma de observar a las mujeres con las que te cruzas. La manera en que les sonríes. La forma en que les hablas...

Néstor se levantó de la silla, ofendido.

—Y una mierda mi forma de mirar. El día que te conocí el resto de mujeres dejaron de existir para mí —gritó—. No quiero volver a oír ese tipo de insinuaciones. Me molestan. Eres la única mujer en mi vida.

—¿Ahora mandas en lo que puedo o no decir?

—Déjame en paz, Bibi. De verdad. Llevas buscándome desde hace días. Al final lo has conseguido.

—Entendido, Néstor. Yo no he dicho nada, ¿de acuerdo? Solo intentaba hablar contigo de tu comportamiento. Me preocupa. Quería simplemente mostrarte mis dudas y mis preocupaciones. Es lo que siempre me pides. ¿Diálogo, no? Y ahora esto. Lo siento, ya lo viví en mi anterior matrimonio. El mismo tipo de dialéctica. La misma displicencia...

—No me jorobes, amor. Y no compares. Tu ex era un cerdo violento y maltratador. Yo no. Y jamás te seré infiel.

Néstor se acercó a ella para abrazarla y para pedirle perdón. Bibi le apartó.

—Déjame. Ni te acerques.

Fueron cuarenta y ocho horas tensas. Horacio Simenón no dejó de llamar a su contacto durante esos días, pidiendo que le aportase la documentación prometida sobre las cuentas suizas. Pero no la consiguió. Luján Olvido tuvo que aceptar la derrota y ceder a la presión. Habían transcurrido dos días desde la vistilla judicial y no podía echarse atrás.

El juez se sentó en su despacho, pluma en mano. Era el momento de la verdad. Se sabía acorralado. La acusación popular había fallado en sus predicciones. El había dado su palabra. Aunque no le gustase, firmó. Había hablado con Horacio y aún resonaban por la estancia los gritos que había proferido:

—Si alguien me está traicionando lo pagará. Y muy caro. ¿Me has escuchado, Horacio? No sé quién me está haciendo la cama. Pero lo descubriré. Y cuando lo haga no cejaré hasta enterrarlo en los peores calabozos de este país. Me prometiste esos documentos y ahora tengo que poner en libertad a ese ladrón.

Emitió un auto de libertad provisional.

Tomás Sánchez Gamonal usó esas dos jornadas para ordenar sus ideas. En cuanto saliese en libertad todo debía volver a la normalidad. Al *low profile* público. Pensaba que Jorge lo estaba haciendo bien. Pero casi veinte días al frente del emporio económico, tomando decisiones en solitario, habían sido suficientes. Necesitaba supervisión y el Don estaba dispuesto a retornar a la primera línea de los negocios. Sin dar la cara.

Pero ¿cómo obligar a un joven sobreprotegido por su madre a madurar? Había sido Verónica quien había dado con la solución en el vis-a-vis. «Júnior necesita perder ciertos escrúpulos», le había dicho. A punto de salir de la cárcel y con Luján Olvido en el punto de mira de los medios de comunicación, solo quedaba poner en marcha la idea de Verónica para recuperar el control del Banco y de su vida.

Tomás Sánchez Gamonal salió tal y como había entrado en prisión. Sin nada. Regaló su ropa al resto de presos. Incluso el televisor. En sus manos solo llevaba una copia del auto que certificaba al mundo que era libre. Provisionalmente.

—Pero libre —le dijo Altamira, que le esperaba a la salida a bordo de un vehículo anodino que le habían facilitado desde el Banco Continental—. ¿Adónde vamos?

—Tú, no lo sé. Yo, al Hotel Intercontinental. Necesito una ducha, ropa limpia y un corte de pelo.

El camino fue eterno. En silencio.

—Hablamos esta noche —se despidió el financiero que llevaba treinta largos días escuchando música atronadora. Necesitaba un baño de sales.

Bajó del coche. Era un momento tenso. Su primera aparición en público. Tenía que hacer el *check in* en el hotel donde ya había estado con anterioridad. Dar su nombre, firmar los documentos y mirar a la cara a un empleado. ¿Cómo reaccionaría al verlo? Para su sorpresa, como si nada hubiese pasado.

—Bienvenido de nuevo, señor Sánchez Gamonal —saludó el joven—. Su secretaria ha enviado una maleta con ropa que ya le hemos dejado en su suite. Disfrute de su estancia.

Esa noche cenó con su hijo, su abogado y el asesor en comunicación. Buenas palabras, claves de futuro, golpes en la espalda y abrazos fraternales. Eso fue todo lo que ocurrió. Se durmió con la

promesa de que la prensa le iba a dejar en paz.

Al fin, volvía a ser libre.

En cuanto se despertó, recordó que tenía que dirigirse a su antigua casa para recoger algunas cosas. Los días en prisión le habían afectado tanto al físico como al ánimo. Pero las sábanas de lino del hotel, su colchón de crin de caballo y la amplitud de la suite lo habían dejado como nuevo. La sensación de libertad era magnífica. Casi se sentía bien. Había jugado y creía que había ganado.

En vez de tomar un taxi anduvo un rato. Necesitaba respirar al aire libre. Por la calle, vestido con aquel traje que su mujer le había comprado, se sentía otra vez él. «Mi ex mujer», se dijo. «Tengo que recordarlo. No puedo fallar quedando en ridículo. Nada de cariño, ni cielo. Simplemente, Verónica. Mi ex», pensó mientras recordaba la conversación con su hijo Jorge la noche anterior. Sabía que pronto Verónica dejaría de ser. En mayúsculas. Los pactos a los que había llegado con ella en su visita a la prisión eran puros negocios.

Pasó frente a una cafetería y, en el último momento, decidió no entrar. Se sentía reconfortado por su recién recobrada libertad. Pero su mente no dejaba de calibrar los efectos perniciosos del impacto judicial y mediático de su detención. Quería enviarlo todo a la mierda. Pero no podía. El exceso de endeudamiento del grupo le obligaba a refinanciar sus deudas. Y sus colegas, los banqueros, no se lo pondrían fácil. Además, ya no era invisible. Había dejado de ser un empresario de bajo perfil mediático. Se sentía observado y escuchaba cuchicheos a su paso. Andaba de forma calculada. Medía sus zancadas. Contaba para sus adentros y buscaba una cadencia regular. Pero sentía los ojos del gran público clavados en él y por eso aceleró su caminar mientras escuchaba tras de sí susurros de desaprobación.

—Hijo de puta —escuchó—. Chorizo. Cabrón.

Se tensó y apretó, una vez más, el paso. Entre aquellas caras con las que se cruzaba veía algunas de complicidad y otras de compasión. Esperaba que aquello fuese temporal y pronto pudiese recobrar la sensación del anonimato. Para ello, necesitaba que la prensa se olvidase de él y de las noticias relacionadas con el Bank Little. Por suerte, los medios se habían centrado en el juez y no en él. Todo parecía estar controlado por los gestores de la comunicación que Íñigo Altamira había contratado bajo la supervisión de su hijo.

Pero no todos los medios habían podido ser acallados por Jorge. Tomás había boicoteado el plan de comunicación de su propio equipo.

Esa mañana, Verónica Expósito le recibió en el salón de la vivienda. Tomás se abalanzó hacia el sofá y consiguió mirarla fijamente a los ojos sin sentirse avergonzado. Entonces ella ordenó al mayordomo que los dejase a solas. La puerta quedó cerrada.

—¿Cómo estás? —preguntó ella escrutando el aspecto del financiero.

—¿Por qué me has dejado? Vuelve conmigo. —No se veían desde su visita a prisión. Parecía aún más joven. El pelo moreno la hacía más dura. Más segura de sí misma. Y eso le excitó. Parecía otra—. Hazlo.

—No —contestó de forma seca, sin mirarle a la cara.

—Te lo suplico, Vero.

—He dicho que no —repitió, mirándole por primera vez a los ojos.

Aquel tono le molestó. No estaba acostumbrado a recibir negativas. No entendía cómo ella era capaz de separar lo personal de lo profesional. Habían hecho un pacto. «Por el bien de todos», le había dicho ella en su visita a Soto del Real. ¿Por qué ahora no se plegaba a sus necesidades?

—Vuelve conmigo. Te lo mando —ordenó, poniéndose en pie. Tenía que recuperar el control.

—¿Qué? —se burló Verónica, dejando de jugar con su cabello recién peinado, tintado y

arreglado. Miró de arriba abajo a su marido y empezó a desternillarse de risa—. Por favor... ¿En serio? No me hagas...

Ni siquiera pudo acabar la frase porque no podía dejar de reír. El se quedó de pie, indignado ante aquel desaire. Quería hablar pero no pudo. Sería, Verónica recuperó la compostura y miró a Tomás Sánchez Gamonal. Perfectamente sentada y con su vestido de Dior recompuesto, volvía la señora.

—Tomás, tú ya ni pinchas ni cortas. Eres un tío mierda. Un picha floja. Acordamos que Júnior sería el jefe.

—Maldita seas —masculló el empresario fuera de sí.

—Lo que quieras, cari. Pero tú a mí no me tocas ni con el palo de una escoba. Ya tengo quién lo haga. ¡Y mucho mejor!

—Zorra.

—Sí. No te lo puedes ni imaginar. He recuperado todos estos años. Por fin me siento una mujer. Gracias por esta temporada de lujo y caprichos. Pero ahora ya tengo a alguien que me toque. Por fin tengo un buen amante.

—Y mi pasta —añadió el financiero. Después, se controló, aunque notó cómo se tensaba, cómo le venían unas ganas indescriptibles de abofetearla. Pero no lo iba a hacer. Jamás. A una mujer nunca.

—Sí. Y tu pasta. Al fin lo tengo todo. Dinero, lujo y un amante que me hace sentir una mujer. No un viejo tripudo que se cree que tengo un agujero donde descargar sus frustraciones.

Sánchez Gamonal sintió que no tenía por qué escuchar aquellas ofensas. Se marchó con la risa de su ex mujer de fondo. Salió de su casa con un maletín repleto de documentos. De camino a Law & Evidence, llamó a su secretaria.

—Hasta nueva orden, viviré en el Hotel Intercontinental. Coordínelo usted con el establecimiento —ordenó a su empleada.

«¡Qué cojones!», gritó horas más tarde en la habitación del hotel. Estaba hablando con Altamira por teléfono. «¡Son una panda de incompetentes! ¡Imbéciles!», dijo, al comprobar la ineficacia que acababa de demostrar la empresa de comunicación contratada por el letrado. Nadie sabía cómo, pero se había filtrado que había ido a visitar a su ex mujer, se justificó Altamira.

—Es falso. Su divorcio es falso —escuchó decir a la mañana siguiente en televisión.

Todos los magazines y programas del corazón, tanto de televisión como de radio, se hicieron eco de la noticia. Se dudaba del banquero, pero no por su actuación en la compra del banco, sino por haber engañado al pueblo, resumió algún medio. Le acusaban de ser un mentiroso.

—Sus abogados llevan días enviándonos burofaxes para que no hablemos de esta información que ya conocíamos —dijo el presentador de otro magazine matinal de radio—. ¿Qué dirán ahora al ver la fotografía?

Los medios le acusaban de un gran pecado moral sin ningún tipo de repercusión jurídica. Sin implicaciones penales. Parecía que aquello fuese peor que las acusaciones de haber robado a los accionistas del Banco Continental. La serie fotográfica únicamente mostraba al banquero entrando en la vivienda de su ex mujer Verónica Expósito. Le acusaron de haber instrumentalizado un falso divorcio para proteger sus bienes.

Sin embargo, la prensa del corazón tituló: «*Sánchez Gamonal y Verónica Expósito se dan una segunda oportunidad*». Otro malentendido en la vida de Sánchez Gamonal. Otro desafortunado titular que hizo crecer a Júnior, cada vez más independiente y resolutivo. El personal de servicio de la vivienda de su madrastra también le informó de la desagradable discusión de esta con su padre. Si mi padre es un capullo, pensó el joven sucesor, debo ser yo

quien dirija el emporio familiar.

Por eso, Jorge Sánchez no fue a la oficina esa tarde. Se acercó a un pueblo de las afueras de Madrid y cenó a solas con Dimas Arias, un analista del Centro Nacional de Inteligencia (CNI). Su plan no solo fue considerado brillante por el espía, sino que, además, le dio varias informaciones y sugerencias fundamentales que le sirvieron para mejorarlo. «Si es tal y como dices, no tengo ninguna duda que tienes que dirigir tú el Banco Continental», le dijo Arias. Altamira y Peláez tenían los días contados como empleados de su familia. Con las copas, Jorge le hizo una oferta de trabajo que Dimas Arias no podría rechazar. Sin embargo, se dieron unos días para pensarlo y poner en orden el incipiente plan del joven sucesor.

Al día siguiente, Altamira estaba esperando a Tomás Sánchez Gamonal en la puerta del despacho. Era el momento de hablar. Ya no podían posponer más la charla que había evitado en el coche saliendo de la prisión o frente al consultor de comunicación durante la cena de la noche.

—A mis brazos, amigo mío.

—Déjate de leches, Iñigo. ¿Por qué coño has tardado casi un mes en sacarme del talego? —exclamó el banquero tras cerrar la puerta.

Altamira respiró profundamente y se concentró en no saltar a la primera de cambio. Estaba cansado de aquel tono prepotente de su cliente, que parecía haber olvidado ya que había caído en desgracia él solito. El no era su esclavo ni tenía por qué soportar que lo trataran como tal. El era un igual. Y lo iba a demostrar. Pero todo a su tiempo, se dijo, mientras sonreía e intentaba calmar a Sánchez Gamonal.

—Mira, yo soy tu abogado de cabecera. Y hemos hecho todo lo posible e imposible para sacarte de allí.

—Sí. Pero el que se ha comido la prisión soy yo, y tú, que ideaste la operación, estás aquí tan tranquilo —dijo, consciente de la acusación que iba implícita en sus palabras.

—Tomás, creo que no es el momento de que nos dividamos. Tenemos que mantener una postura unívoca. Tenemos una misión común —dijo con voz serena. Pero para Sánchez Gamonal su contención estaba fuera de lugar. Le sonaba a condescendencia. Y él seguía creyéndose el poderoso banquero español.

—Déjate de verborrea meditada. Esto no es un juzgado. No tienes público y esto tiene que acabar. Este juez es un hijo de puta. ¡Quiero que acabes con él!

—Tomás, no creo que sea el momento. Hay que dejar actuar a los abogados penalistas. Yo, además, influenciaré en los estamentos políticos y en los medios de comunicación para que nos ayuden.

—Acaba con él. Acaba con ese juez —ordenó, iracundo.

—Tiempo al tiempo, Tomás. Tranquilízate —afirmó el abogado consciente de la cantidad de dinero que aquel maldito banquero le iba a pagar. Debía mantener la calma, encontrar al contacto que pudiera frenar aquella crisis.

—Sácame de esta, o caeremos juntos Iñigo —dijo el banquero, esta vez sí, amenazando directamente a su abogado.

Al oír aquello, Altamira decidió que debía poner fin a aquel chantaje. Sin embargo, disimuló y templó sus nervios. «Las decisiones nunca se deben tomar en caliente», se dijo. Necesitaba un plan. Algo que abochornase a ese banquero en lo profesional, pero sobre todo en lo personal.

—Mira, amigo mío —empezó a decir el letrado—, el juez te odia. No sabemos qué piensa hacer. Pero es así. El problema es que no se puede decir públicamente que el juez no es imparcial. Es mejor que lo digan los medios de comunicación y no nosotros. Nos hemos limitado a recusarlo y él no ha aceptado nuestro criterio.

—Pues yo ya lo he hecho —contestó creyendo que el letrado desconocía cuáles habían sido sus declaraciones *off the record* a los medios de comunicación.

—Lo sé —repuso Altamira, mientras le enseñaba el diario *El Sol Legal*—. Y, Tomás, mis órdenes eran claras. Nada de hablar con la prensa. De tu hotel al despacho. Y no solo no me has

hecho caso, sino que ayer fuiste a ver a tu ex mujer —dijo, remarcando la palabra ex—, y has quedado como el culo.

—¿Tus órdenes? ¿Desde cuándo tú me das órdenes a mí? —exclamó el banquero.

—Mira, es igual —le cortó el abogado—. Tenemos que investigar al juez y saber qué información tiene contra ti. Además, necesitamos saber cuál es su estrategia, sus testigos y las pruebas que tiene.

—Pues hazlo —ordenó el banquero.

—No es tan sencillo.

—Contrata a un detective y ofrécele lo que quiera —propuso el banquero dejando claro que aquello era prioritario y no iba a escatimar en gastos—. O habla con Peláez. ¡Pero deja de poner pegas a todo! ¡Joder! Se nota que no eres empresario.

—Déjame ver qué puedo hacer —mintió el abogado, que no pensaba contratar a ningún detective, mientras se levantaba de la silla, indicando que la reunión había acabado, y calculando mentalmente las horas invertidas en aquel caso.

Al ponerse de pie, se alisó las perneras del pantalón y estiró con delicadeza el faldón trasero de la americana. Todo en orden. El banquero lo miró. Examinó todos aquellos gestos y se rió para sus adentros. Él no necesitaba hacerlo. En cuanto llegase al hotel se desvestiría y algún sirviente dejaría su ropa como recién comprada. En eso también se diferenciaban. El no tenía que ocuparse de los detalles. Solo pensar, mandar y conseguir sus propios fines. El dinero le permitía olvidarse de veleidades mundanas.

Tomás permaneció unos instantes en silencio. «Espero que Olvido no se desvíe más del camino», pensó. Empezaba a estar cansado de todo aquello. Entonces se levantó también de la silla.

—Hazlo —dijo el banquero.

—Lo haré, no te preocupes. Además, es necesario saber quién más está dándole información al juez.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Tomás mientras un gesto de preocupación aparecía en su frente—. ¿Sistiago?

—No lo sé —contestó el abogado—. Aún no lo sé. Pero algo se nos escapa. Me parece que ese juez tiene un plan alternativo. Algo que nos puede hundir en la mierda.

—¿Aún más?

—Fuiste tú el que decidió no acabar con Sistiago —le espetó Altamira.

—Y tú quién dejó rastros de un pago. ¿Te acuerdas?

El letrado frunció el cejo.

—Me acuerdo. ¿Cómo olvidarlo?

—Pues arréglalo de una vez, Íñigo. Sin Sistiago no hay nada que pueda dar al traste con el plan. Si se le ocurre salirse del guión la hemos jodido.

Tomás Sánchez Gamonal entró en el despacho que, desde el inicio de la crisis, ocupaba su hijo Jorge. Al verle, se levantó y se fundieron en un largo abrazo. Luego Júnior apagó el cigarrillo mientras su padre le observaba. Más bien escrutaba sus movimientos. Parecía un examen.

—¿Desde cuándo fumas?

—Es una larga historia, papá.

—Ahora no tengo tiempo. Necesito el despacho. Pero me gustaría conocer esa historia —añadió con un amago de esperanza—. «Aún no está todo perdido», pensó.

—Claro, papá. Siéntate.

—A solas —ordenó—. Necesito reunirme con alguien, sin espectadores.



Jorge Sánchez Gamonal salió a regañadientes. ¿Qué se había pensado su padre? ¿Qué le podría dar y quitar sin más el poder? Recordó que tenía que telefonar a Dimas Arias para saber si aceptaba dejar el CNI y convertirse en su brazo armado.

Al poco rato, llegó un alto dirigente de la patronal madrileña. El banco de Tomás se había convertido en el centro de blanqueo de dinero en las operaciones de compra venta de políticos y contratos públicos. La reunión se presentaba tensa. El dirigente, antaño a sueldo del banquero, no venía a interesarse por su salud o por su estado de ánimo. Quería saber qué documentos podía tener el juez y cuál iba a ser la estrategia de Tomás para defenderse. «¿Quién se ha creído que es este para exigirme explicaciones?», se dijo el banquero.

—Dile a tus jefes —dijo, refiriéndose a los políticos que lo habían puesto al frente de la patronal— que ese juez tiene que abandonar la judicatura.

—No es tan fácil, Tomás.

—Por su bien, que lo hagan —le advirtió—. Que empiecen a dar la cara por mí públicamente o me llevo a todo el mundo por delante.

A las nueve de la noche, tras varias reuniones, el banquero odiaba haber salido de la cárcel. Encerrado, se sentía alejado de la presión mediática y política. Había vuelto a la vida real y en pocas horas ya estaba desquiciado. «Allí por lo menos no tenía que ocuparme de nada», masculló para sus adentros.

Y por si aquello fuera poco, antes de que pudiera salir del despacho se presentó Altamira, que se quedó observándole desde el umbral de la puerta. Tomás, sin chaqueta, con la camisa arrugada y la corbata desanudada.

—¿Podemos hablar? —preguntó el letrado.

—Pasa Íñigo, es tu despacho.

—No digas eso. Esta es tu casa.

El banquero ya no tenía ganas ni de replicarle. ¿Su casa? Ya no tenía ni casa. Se había ido a vivir al Hotel Intercontinental mientras se adecuaba a su nueva vida de divorciado.

—Te quería hablar del tema de Barcelona.

Discutieron, largo y tendido sobre la necesidad de volcar a los medios de comunicación en contra de Ricardo Corbin. Era lo que necesitaban, un empresario en la picota. Mientras masacraran al financiero catalán se olvidarían de Sánchez Gamonal. Además, con Corbin en prisión, el secreto de Tomás estaba a salvo. De repente, tenían un nuevo enemigo.

—Adelante. Es todo tuyo —afirmó el banquero.

—No es tan fácil. Corbin ha contratado a un detective para ayudarle. Y nos puede traer problemas.

—¿Qué detective?

—Néstor Sanchís —contestó el abogado.

—¿El sibarita? —exclamó el banquero—. Eso son malas noticias. Dile a Peláez que lo arregle. Él sabe cómo hacerlo. La libreta negra tiene algunos datos sobre su pasado que nos pueden ayudar.

—Ya está en ello desde hace tiempo —repuso el letrado.

En cuanto Altamira se quedó solo en la oficina, llamó a aquellos hombres que le habían visitado hacía un mes. Estaba iracundo. Odiaba a su cliente; pero no tenía más remedio que aguantar sus impertinencias si quería embolsarse una enorme cantidad de dinero por la gestión de su defensa. Además, tenía algo en mente que le podría retirar de por vida y deshacerse del banquero. «En cuanto pueda, le doy una patada en el culo a este advenedizo de mierda», pensó. Acto seguido una sonrisa apareció en su cara.

Y así fue como el abogado de Tomás Sánchez Gamonal se acercó a un pequeño armario, sacó un móvil del doble fondo y le ordenó a Peláez que pusiese en marcha una operación contra Corbin y Néstor Sanchís. El propio Peláez declararía posteriormente que había sido Altamira el que le había dado la orden para acabar con el detective. Pero era solo su palabra contra la del abogado, porque la llamada se había hecho con un teléfono prepago cuya tarjeta SIM se había destruido.

Después de colgar, el policía llamó a uno de sus hombres y le dijo:

—Adelante. Hacedlo. Corbin y Sanchís son historia.

La redacción de *El Sol Legal* estaba en pleno ajetreo. A las 22 horas, los diarios de tirada nacional entraron en la rotativa e iniciaron su impresión. La portada era sencilla, pero directa, y citaba las palabras de Sánchez Gamonal en una entrevista exclusiva: «*Quiero un juez imparcial*».

Fue un titular fácil y nada arriesgado. Había obviado a sus fuentes de información y puesto en boca del financiero lo que como periodista tenía corroborado por otros medios. La fotografía de la portada mostraba al banquero en una foto de archivo. Rejuvenecido, formal y sentado en su oficina. El subtítulo no dejaba duda alguna sobre la incontinencia verbal de Sánchez Gamonal: «He sido injustamente acusado y ahora este lo pagará».

Lindo Suria miró el primer ejemplar. Se sintió orgulloso.

—¿Señor Altamira? —dijo tras marcar un número de teléfono especial que le había facilitado el abogado.

—Sí, Lindo. Dime.

—Tengo en mis manos la portada de mañana.

—¿Y bien?

—Ha salido como usted quería.

## **SEGUNDA PARTE**

*(Seis meses después)*

Septiembre, 2014

Tras varias jornadas entrenando a un imputado para el inminente juicio, la preparadora estaba agotada. No solo porque el cliente fuese difícil de lidiar, sino porque, además, llevaba unas noches ajetreadas con su nuevo *toy boy*, su juguetito sexual. Desde su divorcio, se sentía una pantera, una depredadora de juventud. Carne. Un mero intercambio de fluidos. Ella ayudaba a esos jóvenes y a cambio los usaba, los exprimía y los dejaba tras obtener su propio placer. Aunque en algunos casos, como con Nicolás Montón, lo hacía por dinero.

Técnicamente la preparadora no existía. Ningún abogado confirmaría que la habían contratado para preparar declaraciones y falsear testimonios. Ahora únicamente contaba con una pequeña oficina que había acondicionado como una sala de vistas real. Se ocupaba de crear un teatrillo judicial para que los imputados más famosos y acaudalados se aclimasen a una vista oral. Controlaba el sistema judicial. Si lo hacía era por algo. Tal vez porque esos letrados se fiaban de su perspicacia y de su pasado, aunque no supiese nada de derecho.

El día del juicio en el que declaraba como testigo Néstor Sanchís se acercaba, y uno de sus mejores clientes, una de las togas de oro de la capital, le había encargado la preparación de su cliente más famoso, imputado en aquel proceso. Un necio con sonrisa deslumbrante, y bronceado artificial.

Acusado de delitos económicos, había desaparecido con millones de euros y ahora le tocaba comparecer ante la Audiencia Provincial de Madrid. Se jugaba quince años de cárcel. Su abogado nunca perdía, y por eso la había contratado. Ella nunca iba a permitir que lo condenasen. Costase lo que costase. Era una de sus primeras experiencias. Sin embargo, le avalaba que siempre conocía los dictados judiciales antes incluso de que los jueces los hiciesen públicos.

Aquel proceso iba para largo. Se enfrentaba al Ministerio Fiscal y a un grupo de abogados que ejercían la acusación popular. Las pruebas en su contra eran abrumadoras. Llevaba muchas jornadas de preparación, pero el cliente no parecía reaccionar.

—¿Recuerda las reglas?

—Sí, señora —dijo el imputado mirando fijamente a Bibi, que hacía las veces de juez en una sala ambientada como un tribunal.

—¿Se apropió usted de los millones provenientes del saqueo previo del Bank Little?

—Déjeme que le explique señorita...

Bibi relajó el rostro y lo miró fijamente. Confundido, el cliente sintió una pulsión que le hizo saltar como un resorte de la silla y lanzarse a sus brazos. Creyó que aquella mujer —como muchas otras antes— había sucumbido a los encantos de su cartera.

Zas. Le abofeteó.

—Pero ¿tú de qué vas? —se indignó el cliente tocándose la cara enrojecida.

—¿Qué de qué voy? ¿Eres imbécil? Volvamos a empezar —le interrumpió la preparadora—. Le he dicho hasta la saciedad que debe usted contestar de forma certera. Empezando por una afirmación o una negación y sin circunloquios. ¿Es tan difícil contestar así?

—Pero que he dicho...

—Ha empezado a decir: déjeme que le explique... ¡Pues no! Así no se debe contestar —gritó.

El cliente se encogió de hombros. Frente a aquella imponente mujer no sabía qué decir. Unos

segundos después habló:

—¿Y cómo se hace?

—Simplemente diga: No, señora. No me he apropiado de dinero alguno proveniente del Bank Little —le explicó, sin entender cómo aquel hombre, versado y educado, podía ser tan sumamente estúpido—. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señora.

—Por favor, antes de contestar a una pregunta debe tener usted claras las siguientes cuestiones: ¿He entendido la pregunta? ¿Sé la respuesta? ¿Recuerdo la respuesta? ¿Cómo debo contestar?

—Entonces me está diciendo que debo seguir el guión que me ha marcado el abogado, ¿no? —contestó aquel hombre.

Bibi le miró. Suspiró. No entendía cómo la gente usaba el pronombre posesivo para referirse al abogado defensor. Algo absurdo. Los abogados eran profesionales liberales. No atendían a señorías ni a jefes. Pero la gente se empeñaba en considerarlos suyos. Como a los médicos. Algo circunstancial que generaba seguridad en el enfermo y en el acusado.

—Su abogado, su equipo de detectives y yo misma —replicó desesperada.

—Lo que sea. ¿Debo contestar ciñéndome al guión?

—¿Tanto le cuesta entenderlo? ¡Exacto! Hemos preparado un listado de doscientas posibles preguntas y sus doscientas respuestas. Escuetas, sencillas y directas. A partir de ahí, no invente.

—Sí, señora.

—¿Me ha entendido? Jamás improvise y nunca se salga del guión. Si necesita ayuda, mire a su abogado, tóquese el nudo de la corbata y él sabrá que hacer. Emitirá una protesta en la que le dé la pauta de la respuesta o pedirá un receso para ir al baño o lo que sea. Simplemente no improvise —insistió la preparadora—. E intente contestar relajado y tranquilo.

—Sí. Y decir la verdad.

—¡No! ¡Eso nunca! La única verdad es la que le hemos escrito en el cuestionario. No hay ninguna otra verdad.

«¡Por fin!», susurró para sí misma en cuanto el cliente desapareció. Necesitaba un baño con sales. Y salió disparada. Llegó a un pequeño *loft* que había comprado en Madrid con el acuerdo de separación. Minimalista. Con detalles femeninos. Una gran bañera y una inmensa cama. Dormía sola. Siempre sola. Sus amantes nunca cruzaban la puerta. La recogían y la dejaban frente al portalón. Aquellos jóvenes solo le podían dar placer carnal y sumisión. Ya iba siendo hora que fueran ellos los que se sometieran.

En cuanto se divorció, supo que tenía que hacer algo con su vida. Se reinventó. Sus dotes para preparar declaraciones y falsear testimonios, su observación y su conocimiento de los métodos de investigación policiales, aprendidos en sus carnes, la hicieron famosa. Ese mismo magisterio era el que aplicaba con sus jóvenes estudiantes. Les enseñaba a tratar a una dama. A abrirle la puerta y apartarle la silla. Si algo no soportaba de los torpes niños eran sus precarios modales; su falta de caballerosidad. Y de eso ella también sabía mucho. Y quería que sus discípulos trataran a sus novias con la delicadeza que se merecían. No era la única cosa en la que les instruía.

—El cuerpo de la mujer es un gran desconocido para ti —les solía explicar la primera vez que los llevaba a la cama—. Si quieres hacerme feliz, olvida las prisas. Controla tu respiración y tus deseos. Entiende mi cuerpo. Mi deseo está en mi cerebro y tienes que activarlo. Igual que la sangre llega aquí —les decía agarrándolos de la entrepierna—, la mía tiene que pasear por mi cerebro. Regarlo de sangre y de deseo. Entonces me podrás poseer.

Aquellos jóvenes no entendían su *master class*. Se lanzaban a su sexo con prisas. Y siempre los paraba. Los frenaba. Hacía que la mirasen. Se tocaba delante de ellos. Les enseñaba las partes más recónditas del placer. Ella disfrutaba de su premura y sus ganas de aprehender. Luego ya no le servían. Querían charlar. Ella no. Le aportaban poco o nada. Y después de uno venía otro, hasta que los devolvía a la jungla, a los brazos de chicas de su edad a quienes harían disfrutar como nunca nadie lo había hecho. Y todo, gracias a ella. La preparadora. Salvo con Francisco Nicolás Montón. El era un negocio.

Bibi se estaba convirtiendo en una catedrática del sexo y del procedimiento judicial. Ambos tenían puntos en común. La presencia, la puesta en escena y la preparación en ambos terrenos eran fundamentales. Y ella los dominaba. Retorcía la ley como a aquellos chavales. La conducía por derroteros desconocidos. Y cuando llegaba el momento justo, el culmen del acto, soltaba la bomba. Eso mismo iba a hacer en el proceso judicial que tenía en marcha.

Tras llenar la bañera, dejar una botella de champagne a mano y encender una vela, se deslizó en el interior del agua caliente y jabonosa. Necesitaba relajarse. Sus manos recorrieron su piel con suavidad, hasta que el placer llegó en forma de gemido. Luego se sumergió por completo y aguantó la respiración durante unos segundos. (Inundo ya no le quedaba más aire, sacó la cabeza de golpe y se regodeó en la sensación de volver a respirar. Se sirvió otra copa de champagne y se sintió sola. Echaba de menos a su familia. Pero todo había cambiado. No había vuelta atrás. Debía derrotar a Néstor Sanchís.

Mayo, 2014

Néstor «El Dandi» Sanchís aprendió a vestir con clase viendo las películas de Cary Grant y Sean Connery. Se había criado en una familia de la clase media barcelonesa en la que aprendió que las modas pasan rápidamente. Por eso, desde muy joven decidió que su vestimenta sería atemporal. Odiaba la necesidad de seguir las tendencias que dictaban las revistas de moda. Era un verdadero amante de lo exquisito y un detractor férreo de lo temporal. Admiraba la calidad y escogía cuidadosamente las piezas que entraban en su armario. Tenía un traje para cada ocasión, pues era la mejor tarjeta de visita que podía tener. Su mujer, Bibi, era el claro ejemplo de la belleza atemporal y de la elegancia. En cuanto la conoció, supo que sería su socia. Su compañera de vida.

Aquella mañana se reunía con un empresario catalán del sector farmacéutico. Quería pasar desapercibido pero sin dejar a su interlocutor indiferente. Cuando los empresarios quedaban con un detective, lo que esperaban era un ser desaliñado y sin clase. Pero los precios de las investigaciones de Sanchís eran como su porte. «Nada de superfluos colores llamativos ni complementos altisonantes», se dijo paseándose sin más ropa que unos calzoncillos bóxer de lino blanco frente al vestidor.

Eligió un conjunto de un traje azul marino cosido a mano y una camisa azul cielo. Una corbata lisa del mismo color que el traje remató el conjunto. Sin embargo, faltaba lo más importante: los zapatos. Frente al zapatero desechó los Oxford *semi-brogue* con puntera y la línea de las orejas con perforaciones marcadas y contrafuerte en el talón. Se decantó por unos clásicos *plain* con sus obligados cinco pares de agujeros y con un fino respuntado en la puntera.

Aquella reunión era importante. Frente al espejo comprobó el resultado.

—¡Perfecto! —exclamó.

El traje sastre y la camisa, ambos cosidos a mano en la Camisería Langa de Madrid, le daban una elegancia especial. Y esa era la imagen que quería dar. En una época donde el *loto cost* era el estilo, incluso en el sector como el suyo marcar la diferencia era imprescindible. Existían multitud de informadores comerciales y detectives que, simplemente, vendían datos. Pero la empresa de Néstor Sanchís ofrecía verdadera información con la que tomar decisiones empresariales de calado. Era el aristócrata de su sector.

En tiempo récord, Sanchís consiguió que el empresario accediera a sus honorarios y a sus condiciones para llevar a cabo una investigación sobre la falsificación de patentes farmacéuticas.

—De acuerdo —dijo el cliente.

—Pues me pongo en marcha.

—Necesitamos demostrar que están copiando nuestra patente —explicó el empresario con un aire de misterio impropio en los empresarios.

—Lo sé. Tranquilo. Te he dejado un plan de trabajo.

—Ya lo he leído, gracias. Pero es muy ambiguo. ¿Cómo lo vas a hacer? ¿Cómo la última vez?

Sanchís no contestó. No tenía por qué desvelar su estrategia. Además, era mucho más seguro para su cliente. Nada de operativos detallados por escrito. Y menos si tenía que retorcer un poco la legalidad para conseguir la información.

—No querrás que te lo cuente con todo detalle, ¿verdad? —preguntó el detective.

—Pero dame un poco de *feedback* —pidió el cliente, que quería sentirse un poco como James Bond formando parte de una investigación.

—No. Es mejor que no. Simplemente lo sabrás cuando tengas el resultado final. Contactaré con ellos desde mi agente en la India. Les propondré realizar una compra de una partida grande de productos. A partir de ahí, haré lo que tenga que hacer.

—¿La India? —quiso saber el directivo.

—Sí. Es un mercado floreciente de falsificaciones de patentes. Los malos se sienten seguros negociando con empresarios de allí. La gente desconfía de sus vecinos, no de la gente que vive lejos. Y no se dan cuenta de que Internet ha convertido el mundo de la investigación en algo global.

—Tú mismo. Lo dejo en tus manos.

—¿Lo ves? Al final lo que quieres es un resultado. Cuando menos sepas de los medios mejor para ti.

Se sorprendió a sí mismo al escuchar lo que acababa de decir. Ese último mes le había cambiado. Las precauciones, los miedos y la necesidad de una vida tranquila habían desaparecido. Volvía el Sanchís ególatra y esquivo. El detective poco escrupuloso. Resultados ante todo. ¿Riesgos? Los necesarios. ¿Amor y familia? Algo secundario. Y se autoconvencía de ello: «Vivimos de esto y un cliente me necesita». Era todo lo que necesitaba para equivocarse.

Los presos fumaban desde el alba. Se drogaban para compartir algo, huir del miedo y para no caer en la desesperación. La oscuridad de la cárcel les convertía en sombríos seres que soñaban con ser libres. Y Corbin, cada día más marchito, necesitaba ayuda. Desaliñado y envejecido, andaba renqueante, como un coche viejo. En la cárcel, pronto ocupó su espacio al lado de otros adictos, quienes le usaban para conseguir drogas. Era el tipo al que todos engañaban y presionaban para que aflojase algunos billetes. Lo masacraban a collejas y a humillaciones varias, pero él lo soportaba. Todo por un tiro químico en su cerebro.

Néstor Sanchís llegó a la prisión. Se identificó y pasó los controles de seguridad. Nervioso e inquieto se sentó frente a Corbin. Les separaba una mampara de plástico que les alejaba todavía más. Hacía tiempo que la droga los había desunido de por vida. Y ahora le visitaba en la cárcel, el destino natural de los adictos. Esa mañana Bibi le había dicho que se olvidara de él. Pero no le había hecho caso. En cuanto salió de la multinacional farmacéutica fue a visitarlo.

—¿Cómo estás? —preguntó el detective.

—Jodido. Muy jodido.

Le miró. Entendía su preocupación. Estaba enterrado en vida, como el resto de los presos del mundo. El porte del investigador frente a la decrepitud de su cliente acrecentaba las diferencias.

—Necesito que me ayudes. Quiero descubrir quién me ha metido en el talego y por qué —dijo de un tirón el ex concejal con manos temblorosas—. Para eso te tienes que sincerar. Necesito saber la verdad.

—¿Qué verdad? —contestó Corbin.

—¿Dirigías una red de tráfico de mujeres?

Esa era la cuestión. El quid de todo. ¿Las contrataba para que las filmasen y ya está? ¿O compraba su sexo a cambio de dinero? La línea divisoria entre el proxenetismo y la mera actividad empresarial era tenue. El detective necesitaba saber si su cliente la había cruzado.

—¿Tú también te lo has tragado? —gritó el presidiario mirando a su amigo—. Nadie me cree.

—¡Joder, Ricardo! Las drogas, el alcohol, las putas. Dos y dos son cuatro. Te has convertido



en un pelele de ti mismo. Y en ese estado todo es posible...

—Pues no. Simplemente creé un grupo de amigos aficionados a los carruseles sexuales.

Un silencio férreo se hizo en la sala. Había desembuchado su secreto. Así, sin más.

—¿A qué? —preguntó, extrañado, Sanchís, que cada día se sentía más mayor. Ya no sabía ni qué perversiones existían en su país—. ¿Qué cojones es un carrusel sexual? —inquirió el detective, que sabía que existían prácticas sexuales raras como el *bukkake*, *fisting* u orgías varias, pero que nunca había oído hablar de aquello.

—Se trata de una sociedad secreta que simplemente busca el contacto sexual desinhibido. Funcionamos con pulseras que los clientes reciben a la entrada de las fiestas.

Un fugaz brillo de preocupación apareció en los ojos de Sanchís. Si aceptaba ese caso estaría asumiendo un riesgo claro. Debería bucear en un mundo que no le era del todo desconocido: el del sexo. El nunca había pagado por favores sexuales, pero había enterrado su juventud —y un primer matrimonio— entre las sábanas de demasiadas mujeres. Y cuando inició su relación con Bibi, el pacto de fidelidad fue la primera de las premisas que ella puso. ¿Sabría mantener la bragueta subida? Además, estaba su pequeño secreto. El que nunca había desvelado a Bibi.

—¿Y cómo contactan entre ellos? ¿Al azar? —preguntó, consciente de que iba a aceptar la investigación.

—Si te parece, por arte de magia.

—Deja la ironía. No es el momento. —Le extrañó que Corbin se fuera por las ramas. Algo ocultaba—. Necesito saberlo todo, Ricardo. Es importante.

El presidiario negó con la cabeza. Un leve rubor apareció en sus mejillas, pero pronto recobró su fingida seguridad.

—¿Te refieres a lo que pasaba dentro de la fiesta?

—Dentro y fuera.

—Contactaba con ellos personalmente por mensaje de texto. Una vez dentro de la fiesta, los contactos son de forma aleatoria, en función del color de sus pulseras. Nadie sabía con quién se iba a acostar. Así la adrenalina fluye incluso antes del sexo.

—¿De forma aleatoria? —se extrañó el detective.

—Sí. No quería que se repitiesen los encuentros. Para eso ya tenían cada uno a sus parejas. Todo debía ser sorprendente. Inquietante. Como una novela. Intrigante. —expuso con orgullo—. ¿Me entiendes?

El detective no lo hizo. Pero asintió. Quería que se expusiera. Corbin se dio cuenta.

—¿Me comprendes o no? —preguntó displicentemente.

—Si te refieres a que, como en las novelas, todo tiene que ser una revelación —empezó a decir, cansado de aquel juego—, sin dar tregua al lector, sin concederle el mínimo respiro para que se enganche a la trama...

—¡Eso es! Nunca lo hubiese dicho así. Pero me encanta. Eso es lo que pretendía. Que nunca supiesen cuándo ni quién. Que lo descubriesen por sí mismos.

—¿Y no podrías haber escrito una novela?

El preso bajó la mirada y poco a poco se sinceró. Corbin aportaba las chicas y concretaba el lugar de encuentro. Siempre era el mismo grupo. Unos diez hombres, ricos y adictos al sexo. Ricardo les daba las indicaciones de la reunión 24 horas antes, y nunca faltaban.

—Era acojonante —explicó el empresario del sexo—. Deshacían agendas, engañaban a sus familias y viajaban al lugar donde les habían citado.

—¿Cuántas chicas había? —preguntó el detective.

—Siempre el doble del número de hombres. Ellos con máscaras. Y ellas tenían que estar dispuestas a concederles todos sus deseos. Fuese lo que fuese. Eso sí, solo durante doce horas.

—¿Quiénes participaban?

—Néstor, aquí no te voy a dar nombres —dijo señalando con un gesto el locutorio de la prisión—. Lo único que te puedo decir es que asistían seis grandes empresarios, dos políticos, un juez y un policía.

—¿Me estás diciendo que existe una sociedad secreta que une a gente para participar en orgías?

—Es algo más, Néstor. Para esta gente vale todo. No es un mero placer basado en el desconocimiento del *partenaire* y el desenfreno. Entre ellos se protegen del exterior con dinero, modificaciones legislativas, protección policial y judicial. Valía todo.

—¿En qué mierda te metiste? —inquirió apesadumbrado el investigador, intentando ocultar el desprecio que sentía en aquel momento por él.

—No lo sé, Néstor.

Durante un instante, se quedaron en silencio. Sanchís esperaba una revelación. Corbin, que el detective se fuese. Decidió hablar para sacárselo de encima.

—Nunca hubieron problemas salvo en una ocasión...

Sanchís arqueó las cejas.

—¿Qué problema?

—Una de las chicas tuvo una complicación con un empresario. Se organizó un follón.

—¿Cómo se llamaba la chica?

—No lo recuerdo. Iba muy puesto.

—¿Y qué pasó?

—Tampoco lo recuerdo. De verdad, Néstor. No te engaño.

El detective se levantó. No se fiaba de él.

—O me dices la verdad o no te puedo ayudar.

Sanchís sabía que los abogados no necesitaban saber la verdad para defender a sus clientes. Pero los detectives la necesitan para saber a qué atenerse. A ello les obligaba, incluso, su propio estatuto legal.

—Alexa Tatroo. La chica se hacía llamar así.

El detective necesitaba ordenar sus ideas. Por eso decidió dar un paseo por un parque cercano, para meditar las palabras de su cliente. Necesitaba alguien con quien hablar. Algo difícil para quien vive de guardar secretos. Sanchís nunca había tenido un *sparring*. Ni nunca lo tendría. Su único contrapunto, su anclaje con la vida, solo lo encontraba en Bibi. Pero su fidelidad al cliente iba más allá. Nada de confianzas. Ni con su mujer, aunque esta vez quizás haría una excepción.

Bibi estaba en casa tomando un café cuando Sanchís llegó. Al ver el rostro de su marido cuando se sentó en el sofá del salón, supo que tenía algo que decirle. Vio en sus ojos que necesitaba ayuda, pero supo que no la iba a pedir. Parpadeó dos veces, suspiró, y desechó la idea de pegarle la bronca. Se levantó y anduvo de un lado a otro por la casa, cerrando y abriendo cajones, esperando a que Néstor se decidiese a hablar. Finalmente, se sentó a su lado y esperó, en silencio.

—He ido a verlo.

—Eres idiota, Néstor.

—Lo sé, pero necesitaba hacerlo.

—Eres maravilloso —se corrigió—. Generoso, desprendido, inteligente y amigo de tus amigos. Pero todo el mundo te usa y te masaca. Te exprimen. Y aun así, tú sigues adelante hasta que consigues resolver el problema. Eres buena persona, y eso, tarde o temprano, te pasará factura.

—Cuatro ojos ven más que dos —cambió de tema el investigador.

No le gustaba escuchar críticas sobre su personalidad.

—¿Qué quieres decir, que por fin vas a compartir conmigo tus avances?

—No —contestó enfurruñado—. Sería traicionar a mi cliente.

—¿Traición? Esa palabra se hizo para definir a los que te rodean.

Un hachazo en toda regla.

—¿Qué idiotez es esa? —se indignó el detective.

—Tu vida siempre ha estado rodeada de traiciones, chantajes emocionales y mentiras. Y no creo que Corbin sea diferente —replicó Bibi.

—Mi vida ha estado rodeada de mierda. Veo la mierda de la vida. Limpio la mierda de mis clientes y busco la mierda de sus enemigos. Pero no creo que me hayan traicionado. Es más, desde que te conocí no me he enfadado jamás.

—Hasta que Corbin volvió a tu vida.

Durante un instante, guardaron silencio. El supo que había sido un error sacar el tema; no entendía su trabajo. Pero ahora ya era demasiado tarde.

—Por cierto, ¿cómo ha ido con él?

—Me ha mentado.

—Siempre has dicho que si un cliente miente al contratarte es mejor no llevar su caso.

—Sí.

—¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé.

—Por eso has venido a verme. ¿Quieres saber lo que pienso?

—Sí —contestó, aunque sabía que si la dejaba hablar, acabaría escuchando cosas que no le gustaban. Oiría la verdad, y no estaba acostumbrado.

—Que España es un país de mentirosos.

Sanchís asintió, sin hablar.

—¿Por qué crees que Corbin te ha mentido? —preguntó Bibi.

—No lo creo. Lo sé. Lo he visto en sus gestos, su voz, su cuerpo.

—¿Qué eres, un polígrafo andante? —se burló.

—No. Simplemente un investigador experimentado. Creo que en su detención hay implicaciones políticas relacionadas con el sexo.

—Eso sí me interesa —dijo con picardía Bibi—. ¿Políticos has dicho?

—Sí.

—Pues si hay políticos implicados, que dimitan. Y tú, aléjate. Sabes que te acabará salpicando. Esos solo miran por su poltrona y su seguridad personal. Y se llevan por delante a cualquiera. Caiga quien caiga.

—No me hagas reír. Aquí nadie dimite. En Estados Unidos dimiten en cuanto sale a la luz pública un escándalo de corrupción o de contenido sexual. ¿En España?

—Sí, ya lo sé. Se cuentan con los dedos de una mano. Eso lo sabemos todos. Pero ¿adónde quieres llegar?

—Dos años, un mes y veintidós días. Es el tiempo que transcurrió entre el estallido del caso Watergate y la dimisión del presidente Richard Nixon. Y no fue ni el primero ni el último de los escándalos que ha vivido La Casa Blanca con la mentira en el epicentro del proceso.

—Sí y ahora me hablarás de la becaria y el presidente —dijo ella. Una sonrisa picara apareció de nuevo. El resto de su cara mostraba preocupación. Si su marido se enfangaba en la charca de los poderes públicos acabaría manchado. Con toda seguridad—. Todo eso me parece genial, Néstor. Mucha doble moral. Golpes de pecho y políticos llorando en pantalla y pidiendo perdón. Pero ¿adónde quieres llegar?

—Simplemente quiero saber por qué me ha mentido Corbin.

—Es sencillo. Con la poca información que yo sé... Solo puedo imaginar que hay alguien importante involucrado. Si no, hablaría para salir de la cárcel. Solo te tienes que preguntar a quién protege. Qué oculta y por qué.

Nicolás Montón desconocía los motivos de su inquietud, pero desde que aquella mujer apareció en el Mundi Lux supo que sería su perdición, algo que quedó confirmado cuando aceptó sobornar al director general de la Policía. Sus instrucciones eran tirar el sedal y esperar. Lanzar la mentira se le daba bien. Esperar, no tanto. Nicolás llevaba semanas negociando con Ramón Tejeda y le fascinaba la idea de conocer los secretos de los que dirigían, sentir el placer del chantaje, sobre todo sabiéndose protegido por sus conocimientos. Hacía algo más de quince días habían quedado con «La Pecas» y ella había llevado a Ramón Tejeda al límite. Montón sonrió recordándolo desnudo, sentado en un sofá de la suite de un hotel, con aquella chica bailando a su alrededor *You can leave your hat on* de Joe Cocker. Pero no había dejado que la catase. Sabía que la ansiedad por hacerlo iba a ser su carta para conseguir que el plan saliese como debía.

Esa mañana, la preparadora de juicios le había llamado para que, al fin, pusiese en marcha el plan. Ella había alquilado un chalet en la Moraleja y había dispuesto todos los elementos para que la velada fuese un éxito: alcohol, juguetes sexuales y el álbum de *Dirty Dancing*. Montón, debía conseguir las mujeres.

—Esa amiguita tuya, la Pecas o como se quiera llamar, tiene diecisiete años y en diez días va a alcanzar la mayoría de edad. Tiene que ser esta noche —le había dicho.

Pasó el resto de la mañana con los preparativos de la fiesta, algo inquieto. No sabía qué decisión tomar. ¿Traicionar a Tejeda o a ella?

El timbre sonó. «Las chicas ya están aquí», se dijo. Era el momento de tomar la batuta.

—Bienvenidas —saludó tras abrir la puerta.

Eran cinco. Todas con un mismo perfil. Delgadas, bonitas y con ansias de ganar dinero para poderse comprar ropa o realizarse una operación de estética.

—¡Party! —gritó una.

Todas se unieron al unísono:

—¡Partyyyyyy!

—Vale, vale. Sí, tenéis razón. Hoy aquí habrá un buen festival. Poneros cómodas. ¿Os habéis vestido con la ropa interior que os hice llegar?

—Sí —contestaron a la vez.

—Pues venga, a trabajar —ordenó—. Allí os he dejado las bebidas y unas pastillitas por si queréis ver las estrellas.

Todas se marcharon a olvidarse de sus vidas para pasárselo bien. Nicolás aprovechó para tomar del brazo a «La Pecas» y llevársela a la piscina para hablar con ella a solas. La miró. Era preciosa y tenía un cuerpo virginal de infarto. Algo chabacana, pero perfecta para sus intenciones.

—Es tu noche —anunció—. Aquí tienes quinientos para cada una de tus amigas y dos mil para ti.

«La Pecas» sonrió. No se había equivocado con Nicolás. Su fama de generoso le precedía.

—Quiero que te llesves al amigo Ramón a la habitación del fondo —dijo señalando el primer piso desde el exterior de la casa— y que te lo calces. Haz que se vuelva loco. Cuando llesves treinta minutos con él y esté bien sudado entraré yo en la habitación.

—¿Y qué ocurrirá?

—Nada, tranquila. Ya verás como entonces se marcha. Y cuando estemos a solas, será

nuestra noche —afirmó, y le dio un beso en los labios.

—Genial.

La noche transcurrió según lo previsto. Alcohol, música, drogas, jóvenes desnudas bailando y Ramón Tejeda en una habitación, a solas, con «La Pecas» y su pastillita de viagra. Hasta que Nicolás los interrumpió.

—¡Ramón, deja a esta zorra! —exclamó tras abrir la puerta y encontrarlo montándola a cuatro patas. «La Pecas» estaba llorando, tal y como habían pactado.

—¿¡Qué cojones haces aquí!?

—Me acabo de enterar que es menor de edad.

—¡Mierda! —espetó el director general de la Policía mientras se ponía a toda prisa la ropa. Todo quedó filmado.

«Los tengo pillados a los dos», pensó Nicolás, orgulloso, sin saber que su idea, tiempo después, casi le llevaría a la muerte. Había ideado enviarle el original del vídeo a la preparadora y quedarse con una copia, a la que añadiría un extracto de vídeo previo donde se la veía ordenándole poner en marcha un plan para chantajear a Ramón Tejeda.

—Pecas, ven aquí —le dijo a la joven Nicolás.

—¿Lo he hecho bien?

—Genial. Ahora dúchate y ve a la habitación, que vamos a continuar tú y yo la fiesta.

Mientras tanto, hizo la llamada de teléfono prevista.

—Ya lo tengo.

—Perfecto.

—Por cierto, me ha pedido que le ayude con la tasación de unas obras de arte —explicó Francisco Nicolás.

—Eso también déjalo en mis manos —contestó la preparadora de juicios.

Poco después de cenar, Bibi se puso a leer y Néstor Sanchís se encerró en el despacho que tenía en casa. No sabía exactamente qué tenía que hacer para localizar a Alexa Tatto. Planteó la investigación en un papel, como siempre. Escribir le ayudaba a poner las ideas en claro. Y las primeras horas eran fundamentales. La información se obtiene rápido o, difícilmente, se obtiene. Y el detective lo sabía. Por eso puso en marcha toda la maquinaria. Con sus fuentes alerta, acabaría sabiéndolo todo. O eso creía.

Descubrir un secreto —y todo el mundo tenía uno— le producía una sensación de poder indescriptible. Ya había tomado una decisión. Iba a volver a las investigaciones calientes y a su vida de trajes oscuros y tragedias humanas.

—Gracias —dijo a su interlocutor—. Te debo una cena.

Había llamado a un amigo guardia civil. El alias Alexa Tattoo aparecía en las bases de datos policiales. Un par de llamadas. Un par de favores y ya había una pista. Pero no era la única. En una base de datos de actrices como también aparecía su ficha. Y se la hicieron llegar por correo electrónico. Junto a una fotografía y un número de teléfono móvil:

*Alias: Alexa Tattoo.*

*Procedencia: Chile*

*Nombre real: Luisa Emilia Cuculiza*

*Residencia: España*

*Edad: 24 años (10 de enero de 1990).*

*Años en activo: 2008/2014*

*Color de pelo: Rubia.*

*Color de ojos: Marrón.*

*Altura: 1,70 cm.*

*Peso: 72 kg.*

*Medidas: 110-68-91*

*Pecho natural: Sí.*

*Tatuajes: Rosa en el brazo derecho, un pequeño ángel en el culo, gran tatuaje en el cuello de un cráneo con alas, y tatuaje en la espalda de dragón.*

*Piercings: Lengua, ombligo, ambos pezones y clítoris.*

La imagen, agregada al correo electrónico, era insultantemente explícita. Mostraba a la chica tumbada, de frente, abierta de piernas, masturbándose bajo un ridículo texto: *Papi hasme tuya*. Se pasó la noche investigando en Internet a la actriz. Y eso le llevó a tener que ver demasiadas imágenes, videos con diversas prácticas sexuales que no lograba comprender, como el *dogging*, donde la excitación se producía observando a gente practicar el sexo en lugares públicos, o asfixias sexuales donde se obtenía el placer cortando la respiración. No se imaginaba haciendo nada de todo aquello con Bibi. El sexo con ella era real. Se conocían y, simplemente, buscaban el placer mutuo en el roce de la piel. La pasión y el amor hacían el resto.

El siguiente paso sería contactar con ella. Aunque no sabía si hacerlo por la hora que era, al final se decidió. Y, de madrugada, llamó al teléfono móvil que le habían facilitado. Esa chica debía ser más fácil de localizar por la noche que durante el día, se dijo para justificar la

imprudencia horaria. Debía ser un ave nocturna.

—Buenas noches —dijo el detective—. ¿Es usted Alexa Tatoo?

—¿Quién lo pregunta? —contestó una voz latina cascada de tabaco y alcohol.

—Mire, me llamo Néstor. Soy un amigo de Roberto Corbin.

Un silencio se hizo en la línea.

—Sí, dime.

—Necesito verte y hablar contigo.

Tras una breve conversación, la actriz accedió. Al día siguiente se vería con ella en un bar de la Ciudad Condal.



Luisa Cuculiza, alias Alexa Tadoo, vivía en España desde hacía siete años. La actriz había dejado su Chile natal, donde dejó a su madre y hermana para buscar una vida mejor. Allí había conocido la pobreza. Aquí, la maldad. Tenía dieciocho años cuando Corbin la puso a trabajar en su empresa.

Eran poco más de las once de la mañana cuando entró en el bar Zúrich de la barcelonesa Plaza de Cataluña. Llevaba un vestido corto blanco que marcaba sus curvas y unos zancos coloridos que intentaban estilizar sus piernas. Su mirada perdida y su continua sonrisa hicieron sospechar al detective que algún tóxico recorría las venas de aquella mujer.

En cuanto la vio, Sanchís se levantó y le hizo una señal sutil con la mano, avergonzado de que alguien pudiera pensar que tenía algo que ver con él. «Si me viese Bibi...», se dijo el detective.

—¿Nos conocemos? —preguntó la actriz.

—No. Me acordaría —mintió el detective.

Néstor Sanchís llevaba trabajando para Ricardo Corbin muchos años. Jamás le había dicho a nadie en qué consistían los asuntos que realizaba para él cuando los dos compartían una despreocupada forma de vida. Néstor era el seductor, Corbin se limitaba a pagar por el sexo. Hasta una noche en que Sanchís decidió alejarse de su cliente.

Aquella velada, el detective había decidido asistir a una fiesta que el empresario daba en su apartamento de El Masnou. Corbin había invitado a varios amigos y a algunos policías que le prestaban protección a cambio de unas propinas. A Néstor no le pareció buen plan pero asistió. A priori, le encantaba seducir a mujeres. Pero allí la seducción no existía: era sexo de pago. Sanchís sintió que a Corbin la vida se le estaba yendo de las manos. Al detective le gustaba conocer a gente que nunca volvería a ver y el juego de no saber si una mujer caería rendida a sus pies. No concebía las cosas fáciles ni pagar por algo así. Para él, solo los besos robados tenían valor.

La noche anterior, en cuanto vio la foto de Alexa Tadoo, supo que aquella *starlette* era una de las chicas de pago con las que Corbin había regado aquella noche de hacía más de un año. El detective comprendió que Corbin había organizado aquella fiesta para captar adeptos. Por su parte, él se limitó a consumir el tiempo, sin pena ni gloria, hasta que decidió marcharse.

—¿Nos sentamos? —preguntó Sanchís.

—Claro —contestó ella mientras repasaba al detective.

Esa mañana se había vestido un poco más sport de lo habitual para una jornada laboral. Era el mes de mayo. Los días de frío invierno habían pasado y, a diferencia de la mayoría de los caballeros, que seguían escogiendo colores similares para cualquier estación, «El Dandi» Sanchís se había decantado por un traje príncipe de Gales y una camisa de hilo azul claro. Se volvía a sentir joven. Aunque allí sentado, frente a la actriz porno, se sintió fuera de lugar.

Sanchís no sabía cómo afrontar la conversación. Por suerte, ella empezó sin más.

—A Ricardo Corbin lo conocí por casualidad. Una compañera de Chile nos puso en contacto. Le mandé unas fotografías mías desnuda y, poco tiempo después, viajaba a Barcelona.

Sanchís asintió con la cabeza y no dijo nada.

—Con todos los gastos pagados, ¿eh? —añadió ella—. Fue mi primer casting. Y mi primer polvo —sonrió—. ¿Sabes? La primera vez que tuve una relación sexual completa fue con Ricardo

en su casting.

—¿Eras virgen? —se extrañó el investigador.

—Sí. El sexo no me llama la atención y ahora lo detesto. Aunque sea mi modo de vida.

Algo le decía que estaba mintiendo, pero calló y la dejó seguir.

—Ricardo se volvió loco. Me llamaba a todas horas. Me pagaba, claro —comentó Luisa un tanto avergonzada—. Enloqueció conmigo. No me dejaba tiempo libre. A todas horas me hacía rodar, y el poco tiempo que tenía sin trabajo también lo pasaba con él. Comidas, cenas y todo lo demás —afirmó la actriz.

—¿Hace mucho que no le ves?

—Al menos seis meses, desde que me despedí de la empresa.

—¿En qué consistía tu trabajo? —le preguntó Sanchís, consciente de que no era una trabajadora más. Las páginas webs de las empresas controladas por Corbin tenían más de dos millones de visitantes diarios, y aquella mujer protagonizaba muchas de las películas descargables.

—Solíamos rodar tres escenas diarias —le explicó.

A medida que la escuchaba se sentía peor. Parecía que Ricardo Corbin había organizado una red de mujeres que ofrecían su cuerpo a cambio de dinero. Y todo aquello podía confundirse fácilmente con el tráfico de esclavas.

—En la primera, normalmente tenía relaciones heterosexuales. En la segunda, para que descansase del ejercicio me solía masturbar, y en la última tenía que simular que era lesbiana. —Miró al detective y su cara parecía pedir una explicación—. Nunca me han gustado las mujeres —le aclaró—. Tampoco los hombres, la verdad. Odio el sexo.

Sanchís pudo imaginar su tormentosa existencia. Era un trabajo duro, sobre todo si aborrecía las relaciones sexuales. Su desdicha debía ser extrema. Y la compadeció. Odió a su cliente. Luisa le explicó que en un mes cobraba mil quinientos euros grabando escenas de sexo, y más de diez mil acompañando a Ricardo y sus amigos en orgías multitudinarias. «Ya estamos llegando al meollo de la cuestión», se dijo Sanchís. A partir de esos momentos debía medir sus palabras. Escoger los adjetivos y guiar la conversación.

—¿Orgías?

—Sí. Con sus amigos y clientes. Algo asqueroso. Pero él se enamoró. Era muy celoso conmigo. Incluso me hizo seguir por un detective —le contó sin saber que Sanchís era investigador. Simplemente le había dicho que era un amigo de Corbin.

—¿Y cómo sabes que te hizo seguir por un detective? ¿Lo detectaste? ¿Cómo? —exclamó. Ella se encogió de hombros. Sabía que para que siguiera hablando, debía hacer que se sintiera importante. Que creyese que la consideraba tan espabilada como para detectar a un investigador y añadió—: Quiero decir si los viste, si te diste cuenta que te seguían. Porque hay que tener muy buen ojo para darse cuenta que te controlan.

—Sí. Eran unos chapuceros. La verdad.

Sanchís asintió con la cabeza.

—¿Y te han seguido en otras ocasiones?

—No lo sé. Siempre hay hombres raros a mi alrededor. Cuando salgo de fiesta todos quieren invitarme a una copa. Todos me piden el teléfono. Yo, obviamente, no se lo doy. Simplemente, les apunto alguna web donde aparezco. Me gusta imaginármelos deseándome a solas, en sus casas. Porque a mí, salvo con pasta, nadie me toca. El sexo me da asco, desde siempre, como te he dicho.

—¿Y cómo supiste que te seguían?

—Ricardo sabía demasiado de mí. Cosas que yo nunca le decía, él las sabía.

Sanchís bebió de forma pausada y se preguntó por qué Corbin no le había dado más datos sobre ella si sabía tanto. Solo un alias. Sabía que Ricardo tenía más secretos de los que creía, pero que le mintiese no le gustaba.

—A veces, me pedía que fuese con otras chicas a sus fiestas privadas. Somos muchas las que hemos empezado a rodar porno por la crisis —comentó como si tal cosa—. Los productores como Ricardo nos pagan doscientos euros por escena y luego las cuelgan en Internet.

—Te entiendo —afirmó Sanchís.

—¿Qué cojones me vas a entender? Si a una la filmaron después de que firmara el contrato puesta hasta las cejas de coca —le confió—. Al día siguiente llamó a la empresa cabreada para que quitasen la escena de Internet.

Sanchís hizo un esfuerzo para que su rostro no lo delatara. Sabía que la chica decía la verdad porque conocía el caso. Lo había investigado y fue la gota que colmó el vaso y lo que lo separó del mundo de Corbin definitivamente.

—¿Y quién solía ir a esas fiestas privadas? —preguntó.

—No lo sé. Iban tapados con caretas. Solo te puedo decir que eran unos depravados. Consumían más coca que todas nosotras juntas y querían hacer de todo. Cuanto más asqueroso, mejor. —Llevó las manos a su cara y bajó la voz explicándole multitud de experiencias que hubiesen traumado a cualquiera.

Sanchís la escuchaba cada vez más incómodo. Cuando ella acabó el relato, insistió:

—Pero ¿no reconociste a nadie?

—No. Muchas de las chicas decían que reconocían la voz de tal o cuál político.

—¿Y tú? —insistió.

—Solo una, la de un hombre que estaba en casi todas las fiestas. Era una voz que no podré olvidar nunca, porque temblaba cada vez que la oía.

—¿Y cuándo te diste cuenta de quién era? —presionó el detective por enésima vez.

—No en las fiestas. Fue en otra ocasión.

Empezaba a cansarse de la escurridiza Alexa. Cambió su estrategia.

—¿Cuándo?

Luisa no contestó. Se levantó con alguna dificultad, miró al detective con una sonrisa picara, le lanzó un beso y le dio la espalda para dirigirse al baño.

—Mierda —masculló Néstor mirando la hora. Tenía que acompañar a Bibi al médico y se había olvidado—. «Me va a matar.»

Luisa volvió al momento. Tenía las pupilas dilatadas y estaba espirituosa.

—Por fin —dijo el detective.

—Ya estoy aquí —afirmó bajando la voz—. ¿Tú sabes cómo empezó Ricardo en ese negocio?

Sanchís se encogió de hombros. El únicamente conocía su biografía oficial. Corbin, tras su detención, había dejado la política y había empezado en el mundo de las empresas de Internet. Entonces, Luisa se inclinó sobre la mesa, para dejar a la vista su generoso escote. El detective no pudo evitar mirar y ella sonrió, satisfecha. Le explicó que Ricardo se había aficionado al porno amateur. Pronto descubrió que en Estados Unidos, esa clase de porno se hacía por escenas, situaciones que duraban entre diez y veinte minutos y que se comercializaban como, ahora, una canción en *itunes*.

—Corbin decidió que había que prescindir de maquilladores, técnicos de luces y de los actores y actrices profesionales. Prescindió de todos ellos y, con dos actores amateurs y un

técnico de cámara, empezó a comercializar porno barato y por escenas. Supo daros a los hombres lo que queráis en vuestro anónimo despacho, frente al ordenador, con vuestro mejor amigo en la mano y en la otra el ratón —sentenció la chilena.

Néstor asintió. Había leído en algún sitio que en Estados Unidos aquello era tan común que un abogado de Nashville, en Tennessee, acusó a Apple de la ruina de su matrimonio porque el navegador lo llevaba, sin él querer, hacia la pornografía.

—Todo eso es muy interesante, Luisa. Pero a mí me gustaría saber cuándo supiste que aquel habitual de las orgías de Ricardo era un hombre muy conocido.

—Escuché su voz —dijo.

—¿Sabes cómo se llama? —preguntó Néstor Sanchís, consciente de que si esta vez no obtenía respuesta, tiraría la toalla.

—Escuché su voz, esa voz que tanto me aterraba... —explicó, balbuceando.

—Pero ¿dónde? —insistió.

—En la televisión —respondió, cerrando los ojos.

Sanchís se dio cuenta de que ya no podría sacarle nada más en el estado en el que estaba. Apuntó su número de teléfono en una servilleta y la metió dentro del bolso de la chica. El no tenía alma de enfermero.

Volvió a casa caminando, dando vueltas a lo que acababa de hablar con Alexa. Al entrar en el piso y no encontrar a nadie, recordó la visita al médico de Bibi y la llamó para disculparse.

—Hola, cariño. ¿Dónde estás?

—Néstor, ya sabes que estoy en el médico y no puedo hablar —respondió Bibi, cortante.

—Perdona, he estado reunido con un cliente y se me ha ido el santo al cielo.

Un silencio en la línea advirtió al detective de que iba a tener problemas. Bibi pensó: «¿Y ahora me miente?»

—Perdona, de verdad —añadió el investigador—. Era una reunión importante.

—Adiós, Néstor.

La línea se cortó. Néstor la había cagado, y no sabía hasta qué punto.

Aquella mañana, Sanchís estaba cabreado consigo mismo. No había conseguido la información que necesitaba y la rabia se reflejaba en su rostro. Por eso decidió ponerse su traje de la suerte, un traje cruzado de color oscuro que casaba perfectamente con su estado de ánimo. Nunca le había fallado. Y tampoco lo iba a hacer ahora, pues justo en aquel momento, sonó el teléfono.

—¿Néstor?

—¿Sí, dígame? —preguntó, al ver un número desconocido en la pantalla.

—Te llamo desde una cabina. Ayer me quedé sin batería. Suerte que apuntaste tu teléfono en una servilleta.

—Ah, dime Luisa —contestó como si aquello no tuviera importancia.

Sanchís sintió cómo el pulso se le aceleraba. Aún quedaba alguna esperanza de conseguir la información que necesitaba.

—Ayer no te quise contestar, pero lo cierto es... —empezó a decir poco acostumbrada a la verdad. Le costó hablar. La noche anterior había sido difícil, pero había tomado una decisión—. Voy a dejar esta vida —le dijo, con la voz entrecortada por el llanto—. Y creo que lo mejor es ayudar a Ricardo. Es mi primer paso para rehabilitarme. No mentir.

—Aja...

—Ricardo se enamoró de mí —prosiguió—. Incluso me prometió que dejaría a su esposa. Es con el único hombre que he sentido algo en la cama. El único. Y no dejó a su mujer. Me lo prometió pero no lo hizo.

—Como todos —farfulló el detective, sarcástico.

—¡Oye, tú! Yo jamás había sentido nada en la cama. Ni con hombres ni mujeres. Pero Ricardo tenía algo que encendía mi deseo. Me mojaba con solo tocarme. Pero el hijo de puta de Corbin no la abandonó.

El detective frunció los labios. Algo en aquel discurso le parecía falso. No imaginaba a Ricardo como un potro, ni se creía su fama de buen amante. El Corbin que él conocía era egoísta, no podía ser un buen *partenaire* sexual. Aun así, dejó que siguiera hablando.

—Cada día discutíamos más.

—Como todas las parejas —repuso el detective, meditando sobre su propia relación.

—Pero no las parejas de amantes. Los amantes no discuten. Folian. Por eso me vengué de él.

—¿Cómo te...?

—¿Cómo me vengué? —afirmó ella—. Dilo sin miedo y con todas las sílabas: ven-gan-za.

—Eso mismo —contestó Sanchís—. ¿Cómo lo hiciste?

—En uno de los últimos carruseles sexuales le di a uno de los clientes habituales mi teléfono.

—¿Y dónde está la venganza? ¿Qué chorrada es esa?

—Las chicas jamás podemos quedar con los clientes sin máscaras, a solas o fuera del carrusel. Nunca. Es la primera de las reglas.

—¿Y a quién se lo diste? —preguntó el detective—. ¿Con quién quedaste?

—El problema no es con quién era. Sino lo que hice.

«¿Qué cojones hizo esta loca?», se preguntó Néstor. Pero no tuvo tiempo de saberlo, porque la línea se cortó.

Esperó durante diez eternos minutos dando vueltas alrededor de la habitación. Creía que había vuelto a perder a la informadora, cuando el teléfono sonó.

—Te llamo desde el teléfono de una amiga. Me he quedado sin monedas.

—De acuerdo. Pues dime entonces. ¿Qué hiciste?

—Quedé a cenar con el cliente. Fuimos a un hotel y nos pasamos la noche follando. No le cobré.

—¿Eso es todo? ¿Por qué cojones le tiene que importar a un señor casado que su amante, que trabaja como puta, se encame con otro y no le pague?

En cuanto dijo aquello se arrepintió. La línea se quedó en blanco.

—¡Mierda! —gritó el detective tirando el teléfono al suelo—. ¡La he cagado!

Se desabrochó la americana. La humedad de sus axilas había mojado la camisa. Se la quitó mientras se maldecía una y otra vez. Se había equivocado. Abrió la puerta para fumar un cigarrillo. Pero no tuvo tiempo ni de encenderlo, porque el teléfono volvió a sonar.

—Perdona —dijo Sanchís, nada más contestar al teléfono.

—Eres un imbécil —le gritó Alexa—. Un hijo de puta y un cabrón con pintas.

—Perdona —repitió, sin saber qué más podía decir.

—Todos sois iguales. Creí que no me ibas a juzgar. Sí, soy puta. ¿Y qué? ¿Te crees que no me arrepiento todos los días? Los tíos como tú os creéis que nos prostituimos por vicio. Y no, joder. Es por hambre. ¿Me oyes? Por hambre... —sollozó.

—Lo siento mucho.

—La verdad es que me siento fatal. Lo que hice no estuvo bien.

—¿A qué te refieres Luisa?

Ella rió. Le gustaba oír su verdadero nombre.

—No estoy acostumbrada a dormir con nadie. Esa noche con el cliente a mi lado no podía dormir y me desvelé. Al no estar acostumbrada a pasar la noche en compañía, no podía conciliar el sueño... —se repitió la joven.

—¿Y?

—Le robé unos documentos.

—De acuerdo... —respondió Sanchís.

—Esa misma tarde Ricardo me llamó histérico. Me dijo que si había robado a una persona muy poderosa, que si era un zorrón... ¿Te lo puedes creer? Me decía que le había sido infiel. El muy hijo de puta consideraba que si follaba con otro cobrando no le ponía los cuernos. Pero gratis, sí. Vamos, como un chulo de mierda —gritó desconsolada.

Sanchís no sabía cómo asumir todo aquello. Mantuvo un medido silencio. Quería que siguiese hablando. Y no quería fastidiarla otra vez hablando de más.

—Finalmente acordamos que le daría los documentos para que él los devolviese a su legítimo dueño.

—¿Y?

—No tengas tanta prisa, madero —contestó la chilena.

—Oye, que yo no soy madero... Eso son los policías. Yo soy detective privado —dijo Sanchís, consciente de que la chica le había calado desde el principio.

—Pues eso. No tengas tanta prisa, pasma privado.

—¿Y qué pasó?

—Pues que no se los di. Que se joda... —espetó la actriz—. Y esa tarde apareció un matón y me sacó los documentos a guantazos. El muy cabrón.

—Lo siento.

—Pues yo no. No lo siento. Que le den por el saco al chulo putas de tu cliente y al matón que me envió —soltó con desprecio—. Que por cierto, era un poli.

—¿Cómo se llamaba al que le robaste la documentación? —preguntó Sanchís que ya imaginaba la respuesta y suponía que el matón lo había enviado él y no el ex concejal.

—Tomás Sánchez Gamonal.

«Por fin», se dijo el detective. Ya había obtenido la respuesta que necesitaba.

—Y el poli se llamaba Peláez, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Me dedico a eso, Luisa. A saber de la gente.

—Por cierto, ¿sabes que eres muy atractivo? —dijo Alexa Tatóo.

Sanchís se sintió halagado, pero no era el momento. No solo porque lo que ahora importaba era descubrir qué había pasado con Corbin, sino porque sabía que las cosas con Bibi no iban bien, y no podía añadir más leña al fuego.

—¿Qué ponía en los documentos, Luisa?

—Si quieres te doy una copia mañana, que ahora tengo que dormir la mona. Pero mucha importancia no debían tener, porque le hice llegar a un juez unas fotocopias y no hizo nada contra Sánchez Gamonal.

—¿A un juez? —se interesó el detective, que empezaba a ver cómo todas las piezas del puzzle encajaban.

—Sí. A ese del que habla la tele, El que ha dejado en libertad a Tomás.

—¿Lujan Olvido?

—Sí, ese. Odia a Tomás. A muerte. Me dijo que lo enviaría a la cárcel de por vida. Que le había hecho algo en el pasado y que lo pensaba apartar de la sociedad.

—¿Y qué dijo cuando leyó los documentos? —preguntó con inquietud Sanchís.

—Dijo que no decían mucho. Que con eso no lo podía detener ni una hora. Pero que ya encontraría algo contra él. Que no se moriría antes de acabar con su carrera de banquero.

—¿Y eso cuándo fue?

—Hace meses. Casi un año —dijo ella, con rabia.

El detective negó con la cabeza al escuchar la inquina voz de Alexa Tatóo. Su aversión al género masculino parecía no limitarse a Sánchez Gamonal o Ricardo Corbin. «De los traidores, traiciones. De las putas, putadas», advirtió el investigador. «Y quién traiciona una vez a un hombre por dinero lo vuelve a hacer», meditó, consciente de que tenía que alejarse de aquella mujer.

La redacción de *El Sol Legal* estaba patas arriba. Continuamente llegaban rumores sobre la parcialidad del juez. El asesor de comunicación contratado por Altamira estaba haciendo muy bien su trabajo y había conseguido darle la vuelta a la situación. Tomás Sánchez Gamonal pasó de verdugo a cordero degollado. Pero una nueva noticia sobre Ricardo Corbin rompió la escaleta de todos los programas de comunicación. Tenían una nueva exclusiva con la que abrir los telediarios. El caso Bank Little, poco a poco, pasaba a un segundo plano.

Como Néstor Sanchís ya estaba investigando las relaciones entre el caso Bank Little y la detención de Ricardo Corbin, se sentó frente al televisor de su vivienda, dejó los documentos que estaba leyendo en la mesita del comedor y miró la pantalla esperando la noticia. El presentador anunció, antes de la publicidad, que esa noche tenían unas imágenes impactantes que ofrecer a los televidentes. El detective aprovechó para servirse un vaso de vino y encender un cigarro sin imaginar lo que estaba por venir.

Cuatro minutos después el presentador volvió a aparecer y dio paso a dos noticias que se convirtieron en una clara amenaza para el detective. La primera cercenaba la vida de su cliente.

Corbin aparecía desnudo, junto a cuatro mujeres, en una cama redonda. La voz en *off* anunciaba:

*La policía nacional ha recibido un material audiovisual anónimo que muestra al ex político Ricardo Corbin en una orgía con cinco mujeres. Corbin fue detenido el pasado mes de marzo por dirigir una red criminal dedicada a la trata de blancas en nuestro país. En estas imágenes, facilitadas por el Ministerio del Interior en exclusiva a esta cadena, el político aparece con cinco de las diecisiete mujeres rescatadas por la policía nacional a las que esclavizaba la red dirigida por el ex político.*

Los medios de comunicación se dedicaron a hacer análisis pormenorizados de los fotogramas. Se deleitaban mostrando la cara narcótica de Corbin. Cada detalle era una nueva noticia sin importar el daño que hacían. El reportaje acabó de rematar al político sacando a la luz su verdadera personalidad. Y pasó a ser *trending topic*. Sánchez Gamonal dejó de ser tendencia. Su pasado volvía a la palestra. Lo habían detenido en los años noventa por aceptar sobornos de la mafia gallega de la droga a cambio de la modificación de diversas leyes que afectaban a los bienes requisados a los capos, explicaban los informativos. Los cambios legislativos preveían que dichos bienes revertsiesen en el fisco en cuanto existiese una sentencia condenatoria. Los narcos aceptaban la prisión, pero no la pobreza. Por eso, contrataron a un equipo jurídico de lobistas que sobornaron al político para evitar esas modificaciones normativas. Corbin nunca pudo ser condenado. La justicia le absolvió, pero no la sociedad. El tiempo había tapado el pasado, pero ahora que estaba de nuevo en el ojo de mira, servía para echar más leña al fuego. Nadie decía que fue absuelto de aquellas investigaciones. Tampoco lo contrario.

Y la segunda de las noticias, por orden de importancia, también tenía relación con el detective que miraba el televisor sin dar crédito. Alguien se le estaba adelantando. Supo que alguien vinculado a la familia Sánchez Gamonal estaba desplegando una cortina de humo. «Alguien me la está jugando», se dijo a sí mismo. Tenía la mente en la prisión y Corbin cuando la segunda noticia apareció. Supo al instante quién había entrado en el piso de su cliente. Y supo que



iban a por él.

Ring, ring.

—El puto teléfono. Ahora no, joder —gritó el detective—. Dígame —contestó de mal humor.

—Soy yo.

—Ah, perdona, Bibi. ¿Dónde estás?

—En casa de una amiga.

—¿Has visto las noticias?

—Sí, por eso te llamo. ¿Me necesitas?

—No, tranquila.

—¿Estás seguro, Néstor? —preguntó Bibi.

—Sí. Sé quién está filtrando toda esta basura, el comisario Peláez. Estoy seguro.

—¿Quién es ese?

—Es una historia muy larga. Es un tío de la mafia policial que busca algo, y con el abogado de Sánchez Gamonal, un tal Íñigo Altamira, están haciendo luz de gas para que su jefe desaparezca de los informativos. Y creo que Ricardo tiene algo que ellos quieren.

—¿Y qué buscan? Estoy preocupada.

—No lo sé aún. Algo que vale demasiado. No sé qué es. Pero no voy a cejar hasta saberlo. Me he interpuesto en su camino por alguna maldita razón y me envían una advertencia.

—¿Y quién les ha dado estos vídeos?

—El policía, seguro. Debe haberlos entregado de forma anónima a las televisiones.

—¿Esto nos pone en peligro?

—¿A quién?

—A mí y a los niños —contestó Bibi, preocupada y cansada del trabajo de su marido. Era una clara advertencia: «Tú no me preocupas. Te lo has buscado. Solo me importan mis hijos».

Sanchís entendió el mensaje y el rictus de sus labios lo hicieron patente.

—No. Tranquila. Vo-so-tros —dijo remachando cada una de las sílabas— estáis a salvo.

Colgó el teléfono de malhumor. La segunda de las noticias del día había mostrado una de las fotografías de Sanchís saliendo de la vivienda de Corbin. No se le reconocía, pero él sí lo hizo. La imagen, con su rostro difuminado, iba acompañada de la siguiente información: «*La policía también busca a este hombre que fue visto días después de la detención de Ricardo Corbin recogiendo pruebas y destruyéndolas para proteger al político en una vivienda oculta que tenía en la población barcelonesa de El Masnou.*».

—Menuda mierda de día —farfulló el detective.

Maldiciendo para sus adentros, fue al pequeño despacho instalado en su casa. Y lo que vio acabó por hundirle aún más. Encima de su mesa había un sobre cerrado. Estaba dirigido a él y en el remite aparecía la caligrafía de Bibi. Néstor lo miró inquieto y lo abrió con ansias. Era una simple fotografía. Suspiró. No entendía qué significaba aquello.

Bibi se había tomado una foto. Desnuda. Sentada en un *chaise longue* con las piernas cruzadas y los brazos tapando su pecho. Quería darle algo con lo que captar su atención, sin estridencias ni sexo explícito. Era erotismo y *glamour* puro. Solo piel y un brillante en su dedo. El solitario con el que el detective le pidió matrimonio y que llevaba tiempo sin ponerse, aunque él no se había dado ni cuenta. Con aquella imagen Bibi intentaba tocar a su marido, hacerle una pregunta sobre su futuro. El detective debía encontrar una respuesta a su «*chi lo sa*».

Sanchís la rompió. No supo entender el mensaje. Simplemente, creyó que le provocaba; que le requería. No comprendió que ella estaba desnudando su alma, poniéndola a su disposición; que se desvestía frente a él; que lo necesitaba. Y no reaccionó. Simplemente creyó que era una

despedida. Algo con lo que él podría recordarla. Y si ella quería separarse no le apetecía tener ningún recuerdo. Lanzó los pedazos a la basura.

Se sentó. Abatido, reflexionó. No podía seguir arriesgándose. Muchos empresarios lo habían hecho con anterioridad creyéndose impunes ante la ley, y casi todos habían acabado entre rejas. «¿Seré el siguiente?», se preguntó. «¿Si Steve Jobs viviese, estaría en la cárcel?»

—No —contestó en voz alta.

Por mucho que le acusasen de vulnerar leyes *antitrust*, el ex consejero delegado de Apple estaría en libertad, al igual que Sánchez Gamonal. En cambio, si él no tenía cuidado, podría acabar entre rejas. Y no pensaba hacerlo.

Ricardo Corbin se sentó en el camastro de su celda. Acababa de ver las noticias en la sala de televisión de la Modelo. Miró a su alrededor. Estaba hundido, perdido. Se sentía un inútil y no veía salida alguna a esa situación. Sin familia, sin amigos, sin negocio y sin capacidad para controlar sus adicciones, se encomendó a un Dios cada día más lejano. Recordaba su infancia, al calor de la regla de los curas de la iglesia de la aldea gallega donde se crió. ¿Qué le dirían? ¿Qué le recomendarían? Que rezase. «Seguro», se dijo. Pero ningún Dios salvador le podía ayudar a salir de aquella cárcel de la vida salvo que se plegase a los intereses de Tomás Sánchez Gamonal.

No le había explicado a Sanchís la verdad. El financiero asistía a sus carruseles sexuales y él blanqueaba su dinero en el Banco Continental. Además, el día anterior un preso le había hecho llegar un claro mensaje: «Olvídate de lo que sabes». Tampoco había informado de ello al detective.

Supo que era el momento. Puso la silla al lado de la litera. Erguido, vestido con unos tejanos sucios y una camisa arrugada por fuera de los pantalones se quitó las zapatillas. Se subió en el asiento y lo hizo. ¿Qué pasó por su mente? Nadie puede saber qué piensa un suicida. O ni siquiera si lo hace.

El cuerpo de Ricardo Corbin fue descubierto, en estado de semiinconsciencia, por otros reclusos a primera hora de la mañana. Estaba al borde de la muerte, pero un hálito de vida surgía de su cuerpo. Se había ahorcado utilizando hilo dental, con el que había unido los flecos trenzados de una fregona. A su llegada a la prisión, estaba protegido por el programa de prevención de suicidios. Sin embargo, le habían retirado el protocolo hacía tres días. Alguien dijo que había mejorado.

Entró en coma.

Era un mediodía frío en pleno mes de mayo. Sanchís estaba recostado en un incómodo sillón de polipiel junto a la cama de hospital donde Corbin se recuperaba. Llevaba allí dos días. Solo. Nadie había ido a ver al político. Pero la noche del segundo día alguien llamó. Su interlocutor desconcertó al detective. Era el juez Luján Olvido:

—Tengo que ir a Barcelona. ¿Nos podemos ver a las dos en el hospital donde está internado Corbin? —le había dicho.

Al día siguiente, puntual como un reloj, el juez llamó a la puerta y, tras pedir permiso, entró. Néstor observó a aquel hombre de pelo largo canoso que desprendía una fuerza que desentonaba con su vestimenta desenfadada.

—Necesito hablar contigo —indicó al detective—. Al aire libre.

Néstor Sanchís se despidió de las enfermeras y de los policías que custodiaban la habitación de Corbin. Se sentía inquieto por el intento de suicidio del ex concejal. Necesitaba estar con él, pero las noticias que habían aparecido en la prensa le obligaban a hablar con aquel juez. Era el vínculo entre el caso Bank Little y Ricardo Corbin.

Una vez en la calle, se quedaron de pie, uno frente al otro, sin hablar. Tras unos instantes algo incómodos, Néstor decidió romper el hielo:

—¿Y a él... cuándo le conoció?

Era una pregunta trampa. La había formulado de tal manera que pudiera referirse a cualquiera. Pero necesitaba saber hasta qué punto el juez pensaba ser sincero.

—¿A Ricardo? No lo conozco —contestó.

Hacía fresco, así que decidieron dar un paseo. La temperatura cambiaba a diario. Y esa mañana se había despertado fría. El detective miró al juez que andaba con las manos en los bolsillos. Se le notaba ansioso.

—¿Qué les une a Ricardo y a usted, señoría?

—Luján, por favor. Llámame Luján —le dijo.

Se hizo un silencio. Le costaba hablar. Sanchís consideró la diferencia educacional y de clases entre él y Ricardo Corbin. No se veía ningún vínculo entre los dos. Pero sabía que existía. A esas alturas, Néstor creía que el magistrado tenía algún tipo de relación pasada con Tomás Sánchez, y que ambos conocían a Ricardo Corbin.

—Está mejor. Se recuperará —le informó. Sanchís veía la culpabilidad del juez en su rostro y no entendía los motivos. Creía que la detención de su cliente era una advertencia para que él no investigara la relación entre Corbin y el caso Bank Little. Pero quizás estaba equivocado.

—Ya lo sé. Me han mantenido informado sobre su salud —comentó Olvido.

—Necesito saber qué te une con toda esta historia —espetó el detective.

—Una mujer.

El juez se llevó las manos a la cara, con preocupación. Luego miró fijamente al detective. Sanchís supuso que quería hablar pero no sabía cómo hacerlo. Ya había empezado, pero no sabía seguir. Estaba exponiendo su vida secreta a un detective. Le hizo entender que no le iba a traicionar y que, en parte, desahogarse le ayudaría a sobrellevar la culpa. Pero la tensión se notaba en la cara. Sanchís necesitaba una cerveza, así que señaló un bar y se dirigieron allí. Entraron sin mirar a los parroquianos. Pidieron las consumiciones y esperaron, sin hablar, a que el

camarero se marchase. De repente, la puerta del bar se abrió. Un grupo de desconocidos entraron con gran sigilo. Creyendo que quizá los estuvieran siguiendo, decidieron salir de allí y proseguir la charla en otro lugar.

Durante el paseo, Sanchís fue controlando la zona para comprobar que nadie estuviera vigilándoles, mientras el juez le explicaba sus secretos. Incluso los que implicaban delitos. Luján Olvido, poco a poco, parecía tranquilizarse. Se dirigieron al pequeño restaurante 9 Reinas de la calle Ganduxer. Ofrecía la mejor carne de Barcelona y tranquilidad para charlar, comentó el detective.

—¿Por dónde iba? —preguntó Luján Olvido frente a una copa de vino tinto—. ¡Ah sí! Ya me acuerdo. Alexa Tatoo me hizo llegar un documento que había robado a un cliente de Corbin.

—Eso ya lo sabía.

—Pues hay que hacerla callar. Si te lo ha dicho a ti, se lo dirá a más gente.

—Yo no puedo hacerla callar, Luján.

—Mira. —Empezó a alzar la voz—. Gracias a esa puta reabrí unas diligencias de investigación que ya tenía cerradas contra Sánchez Gamonal. Ese documento me permitió inculpar al banquero y encerrarlo.

—¿Reabrir?

—Sí. Yo le había investigado por diversos delitos societarios en el pasado. Pero no pude procesarle. Y tuve que archivar provisionalmente el caso. Cuando Alexa me dio ese documento, reabrí la instrucción.

—¿Solo con ese documento? —se sorprendió el investigador.

—Sí. Pero hice que alguien lo aportase a la causa. No podía desvelar que el origen del mismo era una prostituta y que había sido robado. La ALCC denunció a Sánchez Gamonal con aquel documento y yo asumí la competencia de la causa.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó Sanchís.

—Saca de circulación a Alexa Tatoo. No me puedo permitir este escándalo. La prensa ya está acusándome de parcialidad y ahora solo me faltaba esto. Y te puedo jurar —alzó la voz con la gravedad de los grandes asuntos de Estado— que yo no tengo nada contra Sánchez Gamonal. Es, simplemente, un imputado más. Alguien que ha cometido un delito y debe pagar por ello. En eso se basa la labor de un juez. Perseguir los delitos y a los delincuentes. No existe ninguna *vendetta* ni todas las tonterías que están diciendo los medios de comunicación azuzados por los abogados del banquero.

—No puedo hacer eso —contestó sin querer pensar realmente lo que podía significar «sacarla de circulación».

—A cambio, yo ayudaré a Ricardo. Hablaré con mis amigos jueces en Barcelona. Descubriré qué acusaciones hay contra tu cliente y conseguiré su benevolencia. Para eso he venido. He estado esta mañana en la ciudad de la justicia y me han prometido ayudar a Corbin. Tú saca de circulación a esa chica y yo me ocupo de que tu amigo salga libre de esta acusación.

Sanchís miró al juez. No creía que la justicia se pudiese comprar y vender. Negó con la cabeza y se llevó un trozo de solomillo a la boca.

—Y, de paso, haré que archiven esas diligencias que te han abierto por obstrucción a la justicia. Fue una idiotéz entrar en su piso, de madrugada, y ocultar pruebas.

El detective arqueó las cejas. Las imágenes que habían aparecido en televisión no indicaban su nombre, pero, en cambio, ese juez sabía que había sido él. Alguien le había traicionado. Y sintió miedo.

—Te juegas la licencia —le indicó Olvido.

—Lo sé —repuso apesadumbrado—. Jugué y perdí.

Sabía que el juez tenía razón. Si le condenaban perdería su licencia como investigador. Algo que le imposibilitaría ganarse la vida y cuidar a su familia.

—No todo está perdido, Sanchís. Te puedo ayudar.

—¿Cómo?

—Te repito. Mis amigos, los jueces catalanes, pueden archivar la causa por falta de pruebas. Sin condena, no pierdes tu licencia.

—Déjame pensar —dijo tras dar un sorbo al vino.

—No. Ahora o nunca —le advirtió el magistrado.

—Veré lo que puedo hacer —concluyó Sanchís, consciente de que, en el fondo, había perdido.

Quizá sí tendría que hacerla desaparecer. Su futuro estaba en juego.

El director del diario *El Sol Legal* recibió la primera de las llamadas.

—Sí (...) De acuerdo (...) Lo he entendido (...) ¿Y de lo mío qué?

El grupo de comunicación contratado por Altamira ya no tenía capacidad para controlar a los medios y, por eso, la presión subió de tono. Alguien desde el Gobierno les había hecho saber que ya no solo estaba en juego una campaña de publicidad. Y pusieron sobre la mesa la negociación de las licencias televisivas.

—¿Cuándo saldrá el decreto? (...) Sí, de acuerdo (...) Mañana en portada (...) ¿Qué quieres que digamos exactamente?

Las comisiones que antaño había pagado el Banco Continental empezaban a recoger sus frutos. Fue, nada más y nada menos, el jefe de gabinete del presidente del Gobierno quien realizó la ronda de llamadas, y con quién hablaba ahora el director del diario. Había que desactivar al juez y ayudar a Tomás Sánchez Gamonal. El banquero había dado esas órdenes a través del jefe de la patronal, y el político las cumplió.

—Tienes razón (...) Ha sido una injusticia lo que se le ha hecho a Don Tomás (...) Hay que rehabilitar su nombre (...) Le ayudaremos, tranquilos (...) Necesitamos al menos una licencia de televisión (...) Ah, gracias. ¿Cuánto? (...) ¿dos cientos mil en la próxima campaña de comunicación institucional? (...) Perfecto. ¿De qué ministerio? (...) ¡Ah, de acuerdo! ¿De una dirección general? Maravilloso.

Todo estaba en venta. Todo tenía un precio, y la defensa de Tomás Sánchez Gamonal valía una licencia de televisión y una campaña institucional de publicidad en *El Sol Legal*.

—Así lo haremos (...) Menudo hijo de puta (...) Tienes razón (...) Sí, mañana en portada y media página de opinión pidiendo la sanción e inhabilitación del juez (...) Sí. Luján Olvido es un vendido (...) ¿No se sabe a quién se ha vendido? Tranquilo, eso es lo de menos (...) Sí, vamos a por él (...) ¡No jodas! ¿Es de buena tinta? De acuerdo. Piensa que nos jugamos una querrela (...) Bien, bien. La información es fetén. Gracias.

Al día siguiente, los titulares de la prensa defendían a Sánchez Gamonal y atacaban a Luján Olvido. Cada medio con su estilo, pero todos siguiendo órdenes de Moncloa. *El Sol Legal*, además, dedicó una página entera a la biografía del magistrado. El titular era explícito y con una clara intención de humillar: «*El juez adicto al sexo*».

El artículo indicaba que Luján Olvido formaba parte de un grupo secreto cuyo ideario sexual convertía a las mujeres en esclavas. «*El juez asistía de forma gratuita a bacanales aportando, como contraprestación, a conocidos empresarios amigos suyos que derrochaban sus fortunas en esas noches de desenfreno carnal. El gestor de la locura sexual era Roberto Corbin, en prisión por trata de blancas*», remachaba el artículo.

Y el Consejo General del Poder Judicial no tardó en abrir unas diligencias de investigación para inhabilitar al juez. La suerte estaba echada.

Néstor Sanchís leyó la prensa ante un café *ristretto* y una botella de agua AguaZero en su oficina. Se apenó por Luján Olvido. Este le había dicho que no conocía al ex concejal. El detective ya no sabía qué creer, ni en quién confiar. Esa mañana se había vestido para reconciliarse consigo mismo. Llevaba unos días nefastos y necesitaba mirarse en el espejo y sentirse único. Por eso, se puso uno de sus mejores trajes de Mariano Rubinacci, solo reconocible a los ojos de los más educados *gentlemen*. Unos zapatos *bespoke* Saint Crispin's hicieron el resto. Aunque aquella ropa no iba a parar las sorpresas que le deparaba el día.

Una llamada interrumpió su plácida mañana. Un número largo, con muchas cifras, le indicó que alguien le buscaba desde un banco o desde la redacción de un diario. Decidió contestar.

—Dígame —contestó con sequedad.

—¿Néstor Sanchís? —preguntó una voz conocida.

—Sí. Dígame.

—Soy Lindo Suria.

—¡Ah! Hola, dime.

—¿Cómo te va todo?

—Bien, bien. Dime —repuso con recelo.

—¿Tienes como cliente a Ricardo Corbin?

«Mierda», se dijo el detective. «Ya lo saben.» La prensa le había hecho grande. Ellos habían alabado su trabajo, su estilo y lo habían convertido en alguien poderoso. Sabía que estaba en deuda con ellos, pero no quería convertirse en protagonista de la noticia. En su camino hacia la gloria había creado muchos enemigos. Si la prensa iniciaba una campaña contra su persona, esos enemigos se lanzarían a por él. Tenía que evitarlo.

—¿Por qué lo preguntas?

—Ummm, una pregunta como respuesta es siempre una afirmación —dijo el periodista.

—Por ahora, ni confirmo ni desmiento.

—Solo quería ayudarte —repuso Suria—. Y tu respuesta me dice más de lo que crees.

—¿De verdad?

—Y, de paso... busco una noticia.

—La sinceridad es un buen comienzo —contestó el detective.

—Entonces, ¿es tu cliente?

—Si lo fuese... ¿me ayudaría mucho tu información? —quiso saber Sanchís.

—Tanto como decirte que sé por qué Corbin está en la cárcel y quién ha ordenado su detención.

Un silencio momentáneo le permitió meditar. Pros y contras. Información por información. Un juego habitual con unos límites difíciles de marcar. Cuánta información facilitar y cuánta esperar recibir. Una negociación tácita en toda regla. Ambos debían ceder para recibir. El detective defendía los intereses de su cliente y el periodista una supuesta verdad que comunicar a la comunidad de lectores de *El Sol Legal*. Sanchís cedió. Era el momento.

—Sí. Es mi cliente —confirmó el detective.

—De acuerdo. Pues Corbin está en la cárcel porque alguien necesitaba sacárselo de en medio. Quitarlo de la circulación. Molestaba.



—¿Quién lo ordenó? —preguntó el investigador.

—¿Me conseguirás una entrevista en exclusiva?

—Joder, Suria. Pides mucho.

—Quid pro quo.

—Lo intentaré —prometió Sanchís.

—De acuerdo. Una fuente policial me ha dicho que Luján Olvido está tras la detención de Corbin.

—¿Qué? —exclamó el detective entre risas.

—Lo digo en serio. Luján Olvido iba a las reuniones sexuales de tu cliente.

—Eso no es así. Ambos lo han negado —dijo.

Enseguida se dio cuenta de que había hablado de más.

—¿Has charlado con el juez?

—Pasa palabra.

—Bueno. Como quieras. —Suria hizo una pausa—. Lo que te puedo decir es que Tomás Sánchez Gamonal chantajeó a Corbin y al juez con filtrar unos vídeos de aquellas reuniones si Luján Olvido no archivaba una causa previa al Bank Little.

Sanchís meditó las palabras del periodista. Aquella información cuadraba en parte. Sanchís sabía que Luján Olvido abrió una causa previa contra Sánchez Gamonal que tuvo que archivar provisionalmente. Esa era la certeza constatable. Luego la reabrió e inició el caso Bank Little. El resto parecía un bulo.

—No me cuadra —contestó, finalmente, el detective.

—No me jodas, Néstor —exclamó Suria, consciente de que iba ganando—. Parece que Corbin fue el que le entregó al juez unos documentos comprometedores sobre Sánchez Gamonal.

—Eso no es así, joder. Los documentos se los dio una actriz como que se acostó con Sánchez Gamonal. Le robó los documentos que le facilitó al juez —le confió Sanchís manteniendo en secreto el nombre de Alexa Tatoo—. Lo que me dices es absurdo. Si Ricardo le facilitó a Olvido los documentos... ¿para qué sacarlo de en medio? ¿Para qué la cárcel?

—Porque se echó atrás. Usó a uno de sus empleados para hacérselos llegar y luego, tras la visita de un policía, se desdijo. Llamó al juez y le explicó que se trataba de documentos falsificados.

El detective guardó silencio unos segundos.

—Me parece muy rebuscado. Pero lo investigaré.

—De acuerdo. Nos mantenemos en contacto. Por cierto, ¿sabes que tu respuesta «ni confirmando ni desmintiendo» es una estratagema legal que usa la CIA?

—Lo sé —sonrió.

—Se llama respuesta Glomar —le informó el periodista—. En Estados Unidos, desde los años sesenta, se implantó la necesidad de dar información cierta a las cuestiones que cualquier ciudadano pudiese exigir al Gobierno. Pero la ley causó muchos quebraderos de cabeza a las agencias como la CIA o la NSA. Una contradicción: guardar secretos y tener que informar. Por eso buscaron lagunas y subterfugios. Y tu respuesta, *neither confirm nor deny*, forma parte de esas excepciones.

—A veces es muy difícil no mentir cuando uno se debe a su confidencialidad.

—Lo sé. Y es ahí donde quería llegar. A la guerra fría, a las venganzas y chantajes y a la búsqueda de información y la contra información —dijo, con un retintín en la voz que no le pasó desapercibido al detective—. Pues bien. En los años sesenta los rusos perdieron un submarino y, al más puro estilo de *A la caza del octubre rojo*, los americanos desplegaron un operativo de

búsqueda. Pero se encontraron con un problema, porque estaba a cinco mil metros de profundidad. ¿La orden? Recuperar el submarino costase lo que costase. En la guerra fría todo valía. Y aquel submarino contenía muchos secretos. Y para Estados Unidos era tan fundamental encontrar el submarino como no ser descubiertos en el intento. Para ello necesitaban una maniobra de distracción.

—Te empiezo a entender...

—El presidente Nixon encargó a la CIA toda la operación. Debían construir un barco que simulase trabajos de minería submarina para extraer manganeso, al que llamaron *USNS Hughes Global Marine Explorer*. *Global Marine... GloMar...* Hasta que un redactor del *New York Times*, llamado Seymour Hersch, se enteró y...

—Te voy pillando. Un rico, un gobierno, un periodista... Me suena.

—Si a eso le añades una labor de rescate de un secreto y una maniobra de distracción... ¿Me vas pillando, Sanchís?

Néstor sonrió y repiqueteó con los dedos sobre la mesa de su despacho, algo inquieto.

—Continúa con la historia.

—Pues bien, el proyecto secreto del *GloMar Explorer*, su tapadera y su misión de rescate se filtraron y el director de la CIA, William Colby, tuvo que ponerse en contacto con el periodista para que retrasara la publicación del artículo hasta que las labores del *Explorer* hubieran finalizado.

—¿Y pudieron parar a la prensa?

—Un tiempo, la verdad. No te voy a engañar. Pero no llegó al año —le confió el periodista.

—En España el año se habría convertido en una eternidad...

—Tienes razón. La CIA tenía un dilema. La ley le obligaba a dar una respuesta pública y veraz. Por otro lado, revelar cualquier detalle de la operación dejaría sin efecto todo el trabajo secreto. Tenían que emitir un comunicado, pero no podían mentir ni revelar ningún secreto de Estado. Y la CIA reunió a sus mejores analistas y llegaron a una conclusión. Contestar, sin mentir y sin comprometer la seguridad del Estado.

—¿Y de ahí la respuesta Glomar?

—Sí. Fue algo así como. No podemos confirmar ni desmentir la existencia (o no existencia) de la información requerida, pero, hipotéticamente, si dichos datos existieran, el objeto de esa materia está clasificado y no puede ser revelado.

—Gracias, Lindo.

—Gracias a ti por tu sinceridad confirmando que Corbin es tu cliente. Y ahora vete con mucho cuidado. Me parece que el que tiene algo similar a ese submarino eres tú.

Colgaron. Sanchís supo que le estaban utilizando. ¿Quién? Aún no lo sabía.

Cualquier esperanza de poder tener una mañana tranquila se esfumó en cuanto Luján Olvido llegó a su despacho. Ya en su primer año frente al juzgado se había dado cuenta de que era imposible trabajar con tanto funcionario a su alrededor. El espacio era pequeño con una simple mesa, un archivador, dos sillas y multitud de sumarios agrupados en el suelo que lo hacían aún más claustrofóbico. Pero vestido con la toga negra con puñetas parecía otro. Se transformaba. Aunque aquel día no surgía el mismo efecto. La preocupación que había mostrado al hablar con Sanchís se había tornado en rabia. La vida le estaba poniendo a prueba. Arrugó el entrecejo en cuanto su teléfono sonó. ¿Quién osaba interrumpir su trabajo?, pensó. Dejó el lápiz con el que corregía las sentencias que previamente había dejado escritas y miró el teléfono. El nombre de su nuevo amigo apareció en pantalla. Contestó.

—Buenos días, Néstor —saludó.

—Me has engañado.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso? —repuso el juez mientras se sacaba la toga y su voz decrecía.

—Tú estás tras la detención de Roberto Corbin —espetó el detective.

—Eso no es cierto, Néstor.

—Y una mierda. Me lo acaban de confirmar.

—Te juro que no es verdad —dijo empezando a sudar mientras se encendía un cigarrillo. Algunas leyes eran absurdas. No iba a dejar de fumar y menos en una situación como aquella.

—Lo comprobaré, pero como sea verdad, iré a por ti —le advirtió el investigador con rabia.

—¿Me amenazas? —se burló, chulesco, el magistrado.

—Tómalo como quieras. Por ahora prefiero pensar que la información es errónea. Pero si me has engañado, prepárate.

El detective colgó. Acababa de amenazar a un juez. No podía hacer otra cosa que empezar a investigarlo. Sabía que era un terreno peligroso. Vulnerase o no la ley, el resto de la magistratura se sentiría atacada. Si algo salía mal, nadie le salvaría de una condena segura. En España, siempre había sido más seguro investigar a un PEP <sup>4</sup> que a un magistrado. Algo impensable para los sajones, que lo primero que hacían al ser juzgados era conocer qué pensaba, qué sentía y con quién cenaba la persona que iba a dictar su sentencia.

La oficina de investigación de Néstor Sanchís era un espacio diáfano, con pocas puertas y mucha luz. Las mesas de los detectives se agrupaban en un bloque central. Solo el despacho de Sanchís estaba separado del resto para darle más confidencialidad. Normalmente había un bullicio de voces que daba vida al lugar: discusiones, planteamientos y soluciones para lidiar con las investigaciones. Pero solo «El Dandi» sabía para qué se necesitaba la información y conocía todos los datos. El resto únicamente tenía acceso a una parte de lo que allí se cocía. El principio básico era que si muy pocas personas conocían los detalles de una asignación, el riesgo o probabilidad de que dicha información pudiera ser comprometida o que cayera en manos de la oposición se reducía.

Sanchís, tras discutir con Olvido, se levantó de la silla y cerró la puerta de su despacho. Volvió a la mesa y abrió el ordenador para entrar en una red privada que había ido creando con los años. Siempre había sabido que la información es poder y había hecho construir una base de datos, a la que solo él tenía acceso, con multitud de referencias de fuentes públicas... y no tan

públicas. Movi6 el cursor y, tras hacer un par de búsquedas, encontró lo que necesitaba. El currículum del juez, su historial personal y otros datos. Pero necesitaba encontrar algo más. Sabía que si accedía a las sentencias que había dictado Olvido esos años tendría la respuesta. Necesitaba hacer bien su trabajo si quería salir de aquel pozo.

Leyó los datos sobre el juez de una manera frenética. Hacía mucho tiempo que no se sentía así. Aterrorizado por una condena segura, tenía que empezar a pensar en sí mismo. Dejar la generosidad adquirida al lado de Bibi y volver a su egoísmo profesional. Era su familia o él. Y no tuvo dudas. Tomó el teléfono y marcó.

—Luisa, tengo que verte —dijo el detective.

—¿Para qué, huele braguetas?

—Para hablar —contestó Sanchís, sin inmutarse ante el comentario.

Sabía que aquella mujer era un inconveniente. Recordaba las palabras del juez: «Sácala de circulación». Si lo hacía, no lo imputarían. Eso había dicho el juez y le dio un voto de confianza. Había tomado una decisión.

—¿Cuándo? —preguntó ella.

—En treinta minutos donde la última vez.

—De acuerdo.

—Mejor en una hora —propuso el detective recordando que tenía que ir al banco a buscar el disco duro encriptado con la verdadera videoteca del empresario. «Aquella que podría quemar el país», se dijo parafraseando a Corbin. Ya suponía lo que contenía. Ahora tocaba comprobarlo. La conversación con Suria le había hecho pensar que en aquel aparato estaba la solución a todo.

Era su submarino soviético, pensó.

—Yo voy para allí. No tardes. Ya sabes que en cuanto empiezo no paro.

—¿En cuanto empiezas a qué?

—En cuanto me pido la primera copa. Luego ya no hay marcha atrás —dijo Alexa Tatoo, para provocar al investigador.

Sanchís salió a toda prisa de la oficina.

—¡Taxi! —gritó en la calle frente a su despacho. Al entrar, le ordenó al conductor que corriera.

No podía perder tiempo. Lo había planeado todo al milímetro. La ruta. A qué hora iría ella. A qué hora debía llegar él. Todo. Nada debía salir mal. Tenía un plan para eliminar el problema y conseguir la ayuda judicial para la absolución de Corbin y, de paso, la suya. «Tengo que hacerlo», se repetía, una y otra vez. «No pueden condenarme. No puedo perder mi licencia. Mi forma de vida.» Antes de reunirse con ella, tenía que pasar por la sucursal bancaria y recuperar el disco duro que le había entregado Corbin. Sabía que lo que pensaba hacer le pondría en peligro. Le habían llamado desde el banco para informarle de que había alguien haciendo preguntas sobre su caja de seguridad. Por la descripción, Sanchís supo que era el comisario Peláez.

En el taxi recreó, mentalmente, los recorridos de la actriz. Con anterioridad, la había hecho seguir por los detectives de su despacho y conocía sus rutinas. «Ella saldrá mientras yo entro en el banco. Tengo cinco minutos para coger el disco duro», elucubraba mentalmente. «Llegaré justo al mismo tiempo que ella. Luego, zas.»

Alexa vivía en la Avenida del Paralelo de la Ciudad Condal. De ahí al bar Zúrich había unos dos kilómetros y medio. Le iba a tomar unos treinta y cinco minutos. El tiempo justo para que todo saliese de forma adecuada. Y no se equivocó.

Alexa Tatoo salió de su casa. Iba con cuñas, un corpiño que realzaba sus curvas y una minifalda que dejaba ver el final de su prominente trasero. Andaba como un pato. Se había vestido

así para gustar al detective. Hacía tiempo que había asumido que todos los hombres eran iguales.

Hizo el mismo recorrido que siempre. Era una mujer de costumbres. Cogió la calle Manso hasta la Ronda Sant Antoni. En el barrio de Ciutat Vella se sentía como en casa. Al llegar a la calle Tallers, resplandeció.

—¡Guapa! ¡Tía buena! —le gritaban desde los bares, en las esquinas.

Sonrió. Era lo que más le gustaba de aquella ruta: sentirse deseada. Con cada piropo se crecía un poco más. En la calle Pelayo, a pocos metros del bar Zúrich, se paró en un escaparate. Andaba distraída, zalamera, canturreando sin mirar a su alrededor, distraída en escuchar los comentarios de los hombres.

Pero el último halago no lo pudo oír.

Un monovolumen frenó con un chirrido. Alexa se giró, arrancada de golpe de la ensoñación en la que estaba perdida desde que había salido de casa. Como en los últimos tiempos, había estado pensando en lo que haría con todo el dinero que le habían prometido. Entonces, la puerta lateral del Lancia Voyager se abrió. Clac. El sonido metálico de la puerta. Y desapareció en la oscuridad del vehículo. Luján Olvido ya tenía lo que quería. Alexa Tatoo no llegó a su destino. Era historia.

No sucedió como la dama lo había planeado. Eso le incomodó. Poco después de la fiesta que habían organizado para Ramón Tejeda, Nicolás Montón la llamó mientras estaba en la peluquería. A ella le sorprendió el tono de voz del joven. Pese a su educado trato había algo que no le gustaba.

—«La Pecas» me ha pedido más dinero. Ha visto a Tejeda en las redes sociales y ha adivinado que ese vídeo es una bomba contra él —explicó Nicolás Montón. Dejó unos segundos de silencio y añadió—: Por cierto, ese tipo es un obseso de twitter y de su imagen...

—Déjate de idioteces —contestó la preparadora de juicios. Le pidió a su peluquera que la dejara a solas un momento y masculló, en voz baja—: ¿Cuánto quieres?

—Yo nada —contestó el joven—. Es para ella...

—¿Cuánto?

—Cien mil más.

—Los tendrás —dijo, y colgó.

Acto seguido, la estilista se le acercó para continuar con su trabajo para oscurecerle el cabello. Ella alzó la mano para que le permitiese un nuevo momento de soledad.

—Como usted mande, doña Bibi —dijo la peluquera.

Bibi meditó durante unos segundos y, finalmente, se decidió. Llamó a Tomás Sánchez Gamonal.

—Tenemos un problema.

Desde hacía dos días, en el despacho del detective se respiraba un silencio extraño. Néstor había desaparecido y nadie sabía por qué. Esta vez, Sanchís ni siquiera había compartido un pedazo de información. Nada. Los había dejado a oscuras y eso les ponía nerviosos. La única que sabía dónde estaba el jefe era su secretaria, a la que había llamado tras la desaparición de Alexa para indicarle dónde estaría durante los siguientes días.

Sanchís se había instalado en el Hotel Presidente, en la Avenida Diagonal de Barcelona. Se había dado a sí mismo dos días para averiguar quién estaba detrás de la desaparición de Alexa Tattoo. Había reservado la habitación a nombre de una tercera persona y ni siquiera había hecho el *check in*. Ya lo habían hecho por él. Simplemente tomó el ascensor y subió a la suite. La misma que iba a ocupar las siguientes cuarenta y ocho horas.

La espaciosa y nada pretenciosa suite era perfecta. Luminosa, amplia y, sobre todo, solitaria. Puso el cartel de no molestar en el paño exterior de la puerta. Él, y solo él, cruzaría el umbral de aquella puerta. Estaba dividida en dos estancias. En una había una gran cama y un baño. En la otra, una pequeña sala de estar con una mesa de trabajo. Hasta allí había trasladado un nuevo equipo informático que conectó con un sistema inalámbrico portátil. Creó su propia red privada encriptada. Así podría trabajar con seguridad.

Sentado ante el escritorio encendió el ordenador. Hizo crujir sus dedos y se dispuso, como un pianista ante su piano, a teclear.

—Allá vamos —se animó, abriendo una libreta y el capuchón de una pluma con la que iba a tomar notas de sus descubrimientos.

Se conectó a Dark Web, una internet oculta que sustentaba la información que los buscadores no indexaban. La pornografía, la venta de drogas, el terrorismo y el sicariato tenían su paraíso en la red profunda. Y Sanchís sabía cómo usarla. A través de la red TOR —la abreviatura del proyecto *The Onion Router*, cuyo principal objetivo era el desarrollo de una red de comunicaciones superpuesta sobre Internet—, accedió al oscuro y clandestino mundo de la información confidencial. El maestro del detective en aquellas lides había sido un veterano investigador, conocido como Hack, al que Sanchís había ayudado en el pasado.

El investigador privado dedicó esos dos días a estudiar al juez Luján Olvido. Se concentró de tal forma que olvidó los problemas del exterior. Incluso su más que segura imputación por haber ayudado a Corbin a destruir pruebas o su probable separación matrimonial. Los pocos minutos que se permitió descansar solo pensó en Alexa Tattoo. Había desaparecido y no sabía quién la había secuestrado, aunque sospechaba que había sido el juez.

—¡Por fin! —exclamó el segundo día.

En un servidor oculto encontró lo que buscaba. Todas las sentencias dictadas por el juez Luján Olvido. Algunas se encontraban en Internet. Otras en buscadores jurídicos. Sin embargo, a través de TOR, accedió a todas. Leyó detenidamente aquellos documentos y algo le hizo sospechar. «Tengo que comprobarlo», se dijo imaginando la respuesta. Dudó si hacerlo. Su teléfono estaba, posiblemente, intervenido. Creyó que la línea del hotel sería más segura.

—Soy yo —dijo a un policía de confianza.

—¿Desde dónde me llamas?

—No te preocupes. Es una línea segura. Te llamo desde un hotel.

—Tú dirás —contestó su fuente de información policial.

—He encontrado un número de placa. Necesito saber a quién pertenece.

Ese número de placa aparecía como el instructor policial de muchas de las diligencias de investigación que acababan en el juzgado del juez Olvido.

—Dime el número.

—200715.

Escuchó teclear al otro lado de la línea.

—¡Coño! —exclamó su contacto.

—¿Qué pasa? —preguntó Sanchís.

—¿Sabes de quién es?

—Me lo puedo imaginar —contestó el detective, con voz preocupada.

—Ten cuidado. Esa placa es del comisario Peláez en persona. Es un mal tipo. Tira rápido de pipa. No se detiene con nada —le informó su confidente policial.

—Me lo imaginaba. Gracias.

—Agur.

Ya podía abandonar su plácido retiro. TOR no era infalible y había informaciones que se tenían que conseguir a la antigua usanza. Necesitaba ver, en persona, a uno de sus contactos. Definitivamente había dejado atrás su plácida y tranquila vida.

Tenía la sensación de que le observaban. Por eso había acordado reunirse con su contacto en pleno corazón de la ciudad. Los seguimientos en zonas con callejuelas empedradas eran más difíciles de llevar a cabo sin ser detectados. Necesitaba conseguir la información de forma segura y, por eso, mientras se dirigía hacia el lugar del encuentro, no podía bajar la guardia. Debía saber si alguien lo estaba vigilando.

Cruzó la ciudad desde la comercial Avenida Diagonal hasta la Gran Vía, callejeando por el ensanche barcelonés. Miraba, de reojo, en cada escaparate por el que pasaba intentando controlar si alguien le seguía. Estaba incómodo. Llevaba mucho tiempo fuera de aquel circuito y echaba de menos la tranquilidad que no sabía si volvería a tener. En cuanto llegó a Las Ramblas lo recibió una multitud de turistas que abarrotaba el centro de la ciudad, entre estatuas humanas, flores y ladronzuelos de poca monta. Giró por la calle Hospital y, allí, se sumergió en esa nueva ciudad surgida de los lugareños venidos de otras culturas que se habían asentado en la vieja ciudad amurallada. Diversidad de colores, de idiomas y religiones se unían en aquellas calles. Los comercios con rótulos ininteligibles sustituyeron a los sobrios carteles de las tiendas centenarias. Las carnicerías islámicas y los locutorios resaltaban en los abigarrados edificios, callejuelas mal pavimentadas y edificaciones irregulares que provocaban un juego de oscuridad donde el acogimiento y el misterio emanaban de sus pequeños portalones, El barrio de El Raval había sucumbido a su propio significado. Deformado del árabe *rabad*, era un arrabal suburbial donde, entre bazares de baratijas, emergían antiguos edificios góticos como el Hospital de la Santa Creu o comedores sociales nacidos a los pies de las parroquias, como la de San Agustín.

Cruzó el barrio a paso ligero, sin dejar de comprobar a cada segundo si le seguían. El pavimento dejó paso a una zona asfaltada y de nueva construcción, coronada por un gigantesco gato de Botero. La ciudad perdió, de nuevo, su contemporánea reconstrucción y emergió en la frontera del transgresor teatro de El Molino, un espacio casi virginal, enterrado a los pies del viandante, del que surgía la iglesia donde Néstor Sanchís había jugado siendo un niño. La iglesia de San Pablo del Campo.

Se plantó ante la puerta, que daba paso a un espacio en forma de cruz griega, en cuyo magnífico claustro se reclinaban los mosenes en sus mañanas de oración. Los arcos trilobulados



descansaban sobre unas columnas simples, cuyos capiteles mostraban representaciones historiadas como la de Adán y Eva, la serpiente y la fruta prohibida. Todo aquello de lo que se quería alejar.

En el interior estaba su camello, el que le iba a vender la información que necesitaba, sentado en un banco de madera al fondo de la iglesia. Sanchís se sentó a su lado y ni siquiera lo miró. Era alguien que tenía grandes contactos en el mundo bancario. «El Dandi» necesitaba los movimientos de la tarjeta de crédito del magistrado. Y los consiguió. Claro que lo hizo. Tras una breve charla y un intercambio de sobres, se hizo con ella. Cuando el detective se iba a levantar, su acompañante le dijo:

—Ten cuidado. El pavo es un juez.

—Lo tendré, tranquilo —contestó Sanchís.

—Por favor, destruye los papeles en cuanto los leas.

—Lo haré —mintió. «La información es poder», se dijo. Aunque existía determinada información que se convertía en un riesgo con solo conocerla. Aquella pertenecía a ese segundo escalafón.

Acto seguido salió de la iglesia y volvió a toda prisa a su vivienda. No quería ir por la calle con aquellos datos. En cuanto llegó, se encerró en el despacho. Tomó el sobre con miedo y lo abrió por la parte del remite, rasgándolo con un pequeño abrecartas. Había dos páginas dobladas por la mitad. Las examinó detenidamente. «Mierda», se dijo. El extracto no le servía para nada. No había casi movimientos. Algún pago en un restaurante de poca cantidad, un parking público, una compra en un centro comercial y la compra de unas entradas para el cine. «Un gasto y un riesgo inútil», pensó. Su intuición había fallado. Había cometido un delito comprando aquellos datos para nada. El mercado de la información era muy caro y ese tipo de consultas debía ser puntual. Alguien se arriesgaba poniendo su clave para acceder a la información y el código penal era claro: se trataba de un delito de revelación de secretos. Algo que los periodistas de investigación, los detectives, los abogados e incluso los policías hacían a diario accediendo a ese tipo de datos para obtener respuestas certeras a sus preguntas. Un abogado le había dicho en una ocasión:

—Yo nunca pregunto si no sé antes la respuesta.

Y eso era lo que buscaba el detective privado: respuestas. Pero aquel extracto de movimientos crediticios no le había aportado nada.

Abrió el cajón de su escritorio y escondió aquellos papeles junto al disco duro que había recogido del banco y aún no había podido estudiar. Luego entró en la moderna cocina, se preparó un café Nespresso y se encendió un cigarrillo. Se tranquilizó. Nadie le había seguido.

Horacio Simenón se sintió empequeñecer al entrar en aquel despacho. Era todo opulencia. El deseo de cualquier estudiante de derecho aficionado a las películas americanas. Un sueño que él había dejado de perseguir años ha. Altamira lo recibió en mangas de camisa. Las iniciales de su nombre bordadas en el pecho parecían escupirle su temprano éxito empresarial. Los tirantes, de color verde, resaltaban su estilizada figura y reprochaban la falta de estilo del propio Simenón.

—Horacio —dijo con una sonrisa—, ¿cómo te va todo?

—No tan bien como a ti —comentó mirando aquel derroche de dinero en decoración.

Simenón notó que Altamira le observaba con desdén. Se sintió un insignificante abogaducho cuya máxima ocupación era interponer denuncias en nombre de una asociación, mediatizando el uso perverso de la ley.

—¿Cómo le va al letrado de la acusación popular? —ironizó Altamira.

Simenón negó con la cabeza.

—He hablado con el juez Olvido y está muy nervioso.

—¿Por qué? ¿No quería detener a Tomás? Pues se lo he servido en bandeja. ¿O no es así?

—Sí, Íñigo. Pero el juez Olvido está muy nervioso.

—No me jodas, Horacio. Os he dado toda la estrategia. Os facilité de antemano la documentación. Te he pagado una minuta más que generosa...

—Sí, Íñigo. Si yo no me quejo. Solo te digo...

—Solo faltaría que te quejases —le interrumpió—. Te he pagado doscientos mil euros por tus servicios y tu silencio. Te he dado toda la documentación para hundir a Tomás Sánchez Gamona y esos gemelos de Bvlgari que llevabas el otro día en el juicio los debes haber comprado con mi dinero. ¿O no? Porque me sorprendió comprobar que te habías gastado mi dinero en algo tan poco insignificante. Sé que tienes problemas económicos.

—Es que Luján... —intentó decir. Calló al ver el desprecio en los ojos de su interlocutor.

—Ni Luján ni pollas, macho. Ese tipo odia a Tomás. Tuvo que sobreseer el primer caso que abrió contra él y le he dado todas las armas para reabrir el tema y masacrarlo. Envidia todo lo que representa Sánchez Gamonal y ya ha conseguido lo que quería. Publicidad y dinero. Ahora le toca apartarse.

—Ya, pero...

—¡Qué me escuches coño! Le ha metido en el talego, le ha vilipendiado en la prensa y lo ha hundido. ¿Qué más quiere ese jodido juez?

—Necesita algún documento oficial de las cuentas bancarias de los paraísos fiscales en los que guardó el dinero y que yo anuncié en la vistilla. Dice que si no los consigue, acabará él en prisión, por mucho que lo haya puesto en libertad.

—No me puedes pedir eso. Esa documentación me afecta personalmente a mí y a Law & Evidence. Yo organicé la estrategia de la compra del Bank Little para Tomás.

—Lo necesito, tío. Si no, al final nos empapelará a todos. Si se da cuenta de quién es mi fuente de información, se va todo al carajo. Además, ese detective... ¿Cómo se llama? Ah sí, Néstor Sanchís. Ese cada día está más cerca.

—No me estarás amenazando, ¿verdad? Y del detective ya me he ocupado yo.

Simenón se levantó cansado de mirar hacia arriba. Ya estaba cansado de la chulería del

lobista.

—Solo te estoy advirtiendo. Quiero esos papeles y tú me los vas a dar —le espetó. Sonrió—. «¡Cómo mola! Le he plantado cara a Íñigo Altamira», se dijo.

—¡Eres un hijo de puta! —soltó el aristocrático letrado, harto de que todo el mundo le tomase por alguien insustancial y se atreviese a ningunarlo. Que lo hiciese Nando Asunción tenía un pase; los Sánchez Gamonal porque se creían sus dueños; pero que lo hiciese un abogado de tres al cuarto no lo podía soportar.

—No soy yo quien ha traicionado a un cliente.

Sonrió. «Eso duele ¿eh?», pensó Simenón. «Ahí te he dado. En toda la cara. Zasca.» Vio como Altamira se tensaba. Se le acercó apretando los puños.

—Vete, niñato. Vete de aquí. Nadie insulta a Íñigo Altamira.

—¿Ahora hablas en tercera persona? ¿Como Aída Nizar? Anda. Siéntate. Calmémonos —dijo Simenón, algo asustado al ver la rabia en los ojos de Altamira—. Necesito solo los papeles. Luego tendrás tu ansiada venganza.

—Mira, pelele de las narices. Nadie viene a mi despacho a decirme qué hacer, y menos para amenazarme.

—Perdona, Íñigo. Te lo digo de corazón —mintió Simenón—. Estamos muy nerviosos. El proyecto se nos está yendo de las manos. Te lo pido... No, mejor, te lo ruego. Consígueme esos papeles para Luján y todo habrá acabado.

Altamira lo cogió del hombro y lo acompañó hacia la salida. Abrió la puerta y se acercó a él. En voz baja le dijo:

—Te lo daré, pero como me entere que el juez Olvido sabe de nuestra, como te diría, relación... Te fulmino.

La segunda semana de investigación casi había llegado a su fin y Sanchís no tenía nada sustancial. Sin embargo, eso iba a cambiar en los próximos días. Tras desayunar, hizo la maleta para tres días de viaje. Necesitaba llevarlo todo en un *trolley*. Mayo era un mes caluroso en Miami y debía empaquetar ropa formal e informal. Al fondo puso el pijama y unos pantalones sport. Los zapatos, guardados en fundas de felpa, y el neceser en los laterales. En la parte de arriba las camisas. Con los calcetines, gemelos y bañador relleno los huecos. Las corbatas las envolvió en papel cebolla y, finalmente, puso dos americanas y sus pantalones, con la abotonadura hacia arriba, perfectamente plegadas y dentro de una bolsa de plástico con la que hizo un pequeño vacío. El resto lo arreglaría con la plancha del hotel.

—¿Te marchas? —preguntó Bibi, que acababa de aparecer a sus espaldas.

—Sí. A Miami.

Al ver la mirada de amargura en el rostro de su mujer, supo lo que se le venía encima. Había estado tan ocupado que ni siquiera había tenido tiempo de pensar en ella. La mirada de su mujer le adelantó sin ni siquiera tener que escuchar lo que estaba por llegar, la gran bronca. La separación.

—¿Y cuándo me lo ibas a decir?

—Perdona, cariño. He tomado la decisión en el último momento. Un viaje relámpago. Tengo que comprobar algo.

—¿Sobre Corbin? —dijo con los brazos en jarras y mucho retintín.

—Sí —confirmó—. Si todo sale bien, creo que podré sacarlo de la cárcel.

—¡Y a mí qué coño me importa ese tío! —gritó Bibi—. ¿No crees que me deberías haber informado de un viaje así?

—Perdona, pero ha sido algo repentino.

—No, Néstor. Últimamente soy el último mono en esta casa. Tus clientes y tus investigaciones son más importantes que tu familia. Lo primero el trabajo. Lo segundo los clientes y lo tercero...

—Eso no es así.

—Y lo tercero tú mismo. Eres un egoísta, cabrón.

—Te estás pasando —le advirtió el detective.

—¿Qué? Encima. No te jode.

—Bibi...

Sanchís cerró los ojos y respiró. No podía perder los nervios. Ahora no. Sin embargo, Bibi no iba a dejar pasar aquello.

—Me importa poco lo que tú pienses. Poco o nada. Alguien que solo piensa en sí mismo no merece ni ser escuchado. Estoy cansada de ti. Me aburre vivir a tu lado. Eres un desconocido. Ya no sé con quién estoy casada.

—Aún no he podido ni hablar. Ni explicarme.

—Te lo repito: me importa un carajo lo que pienses. Vete, Néstor. Pírate a Miami. Pero cuando vuelvas ya no estaré aquí.

—¿Qué?

—Ni los niños.

—Estás sacando de contexto todo esto. Me voy por trabajo. No me voy de fiesta.

—Me importa una mierda. Como si te piras con tres zorras. Seguro que lo estás deseando.

—Bibi... —suplicó, alargando las vocales—, no digas idioteces.

Se acercó a ella para intentar abrazarla. Calmarla.

—Déjame en paz. Ni me toques —le espetó.

Sanchís se apartó. La miró fijamente a los ojos y negó con la cabeza.

—Lo dicho. Si sales por esa puerta no vuelvas. Date por separado.

—Dicho y hecho, Bibi. Ya lo tienes. Tu ansiada libertad —contestó dando un portazo.

A bordo del taxi, camino del aeropuerto barcelonés, Sanchís pensó que Bibi se había equivocado al convertirle en el blanco de su rabia. Mientras miraba el techo interior del vehículo, se dio cuenta de que había cometido un error al no haberla informado de su viaje, y ahora eso se había vuelto en su contra. Pero eso no quitaba que el comportamiento de Bibi hubiese sido exagerado. Néstor sabía que había sido arrogante defendiéndose de ese modo, pero ella no se había quedado corta. «Es más, fue Bibi quien inició la pelea», se dijo. Él, en vez de seguirla y de buscarle las cosquillas, debería haber bajado el tono. Era lo que solía hacer. Pero aquel caso le estaba apartando de su verdadero yo. Acusar a Bibi era lo fácil. Debía buscar la manera de congraciarse. Sabía que ella nunca le iba a pedir perdón. Su pasado al lado de un ex marido violento le hacía ver las relaciones de forma diferente al resto del mundo.

Ella, a solas en su casa, se sirvió una copa de vino mientras por los altavoces de su vivienda resonaba No voy a cambiar. Tarareando la canción de Malú («No te puedo creer. Ya ni quiero creerte. Te olvidaste de mí. Me tenías enfrente. Esta idiota se va. Voy a cambiar mi suerte. Ya no temo tu voz, tú, tú me has hecho más fuerte») empezó a deshacerse del alma de Sanchís.

Sanchís tomó un avión al aeropuerto de Barajas. Imaginaba que Bibi estaría escuchando alguna canción de Malú, maldiciéndole. Él se sintió desesperar oyendo, a través de los auriculares de su iPod, a Ed Sheeran «*And, baby your smile's forever in my mind and memory; I'm thinking 'bout how people fall in love in mysterious ways; maybe just the touch of a hand; Well I'll continue making the same mistakes; Hoping that you'll understand*».<sup>5</sup>

Y tras doce horas y treinta y cinco minutos de viaje, llegó a Miami a las 15:20, hora local. Se hizo llevar por un taxista al mejor hotel de la ciudad. Aún le quedaban unas horas antes de su reunión y las necesitaba para adaptarse al horario. Tenía que ordenar su mente. En Miami había tantos hoteles que era fácil confundirse. Eligió el SLS de South Beach. Meditabundo, ni se fijó en el paisaje. Seguía dándole vueltas a la discusión con Bibi. «Ya he llegado», le escribió, con la esperanza de que quizá pudiera arreglar la situación. No hubo respuesta.

El taxista recorrió el trayecto a toda prisa, o eso le pareció a Sanchís, imbuido en sus tóxicos pensamientos.

—Ya hemos llegado señor —dijo el conductor tras aparcar.

—Gracias —contestó Sanchís distraído, fascinado ante la fachada del hotel—. «Es ideal: estilo, lujo y sofisticación. Una maravilla para los sentidos», pensó.

El investigador descendió del coche y respiró profundamente dejando que el olor salino impregnara sus pulmones.

—¡Qué maravilla! —exclamó—. Lástima que tenga que trabajar.

No pudo evitar pensar en Bibi y se perdió, una vez más, en sus oscuras diatribas.

—El mozo le acompañará a su habitación —le informó el recepcionista en un *spanGLISH* más que aceptable.

El detective asintió mientras contemplaba, anonadado, la grandeza del establecimiento, que tan bien combinaba el sabor latino y la cultura europea, bajo un clima caribeño frente al mar. En medio del vestíbulo, Sanchís se detuvo. Tenía la sensación de que alguien le observaba. Una mujer

pasó frente a él. El detective se sonrojó. «¡Qué bellezón!», pensó. Parecía una modelo. Sus ojos se cruzaron. El investigador creyó ver un pequeño gesto de asentimiento. Un breve saludo que él desechó negando con la cabeza.

El botones lo acompañó hasta el ascensor del edificio más alto de South Beach, que había sido restaurado, remodelado y resucitado por el genio del rey de la noche, Sam Nazarian.

—Le hemos puesto en la suite *Signature* —le informó el mozo mientras tecleaba en el panel del elevador.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó el detective, que ni siquiera escuchaba las explicaciones del empleado.

—¿Quién, señor?

—Nadie. No se preocupe —disimuló.

La habitación estaba en la última planta, en una esquina que daba al sur y al oeste. Néstor se dirigió directamente al ventanal desde donde se podía ver la playa y el centro de Miami. Observó el despejado cielo azul y respiró. Se giró y comprobó que el diseño innovador de la habitación, con armarios y puertas en un envejecido blanco, sin cajones ni asideros, proporcionaban una sensación de mayor amplitud. Se quitó la americana y se estiró en la cama, cubierta con ropa de lino. El frescor apaciguó la humedad del aire del Caribe. Echaba de menos a Bibi. Le envió otro mensaje: «Te echo de menos».

Tampoco recibió respuesta.

Mientras el detective estaba en Miami, en España todo seguía igual. Las intervenciones de Ramón Tejada en los medios siempre terminaban entre copas y festejos a las que sus compañeros de partido se sumaban con entusiasmo, lo que contribuía a que su ego desmedido se nutriese de aquellos halagos. Esa tarde, había aparecido fanfarroneando, en un alarde de boca floja, sobre la detención de una organización criminal de sicarios del Este, y por la noche salió a festejarlo a un puticlub.

Nicolás Montón, como por arte de magia, apareció en el local donde el director general y sus compañeros celebraban el día.

—Señor Tejada, este joven dice que le conoce —informó un policía que, junto a otros tres, permanecía apostado en el exterior del lupanar para proteger la imagen pública del director general.

Ramón salió a su encuentro.

—Está bien. Dejadlo pasar —indicó el jefe de la policía española.

Se sentaron en un sofá de piel cuarteada que había en un rincón apartado. La poca luz del local les ofreció la intimidad necesaria.

—¿Qué quieres? —preguntó el político mirando a Montón.

—No pintan bien las cosas, Ramón. «La Pecas» quiere denunciarte a los medios de comunicación.

—Hazlo como quieras, pero esa niña tiene que callar la boca —le advirtió.

—Lo sé. Lo he intentado todo. Pero dice que para callarse quiere, al menos, veinticinco mil euros. Ni uno más ni uno menos.

Ramón Tejada frunció el ceño.

—Tú no tendrás nada que ver en todo esto, ¿verdad?

—Obviamente, no —contestó el joven Nicolás.

—De acuerdo, Entonces te haré llegar el dinero. Mientras tanto, que permanezca calladita. O algo malo os pasará a los dos —concluyó, mientras indicaba a los policías que acompañaran al joven a la calle.

En cuanto Tejada se quedó a solas, una manada de chicas ligeras de ropa y algo pasadas de quilos se acercó a él. Tiraron con insistencia de su ropa para llevárselo a un privado donde tratarían de ponerlo cachondo para quitarle el dinero. Pero él se las sacó de encima. Tomó su teléfono e hizo lo que llevaba varios días pensando. Negó con la cabeza en silencio consciente de que estaba a punto de verse involucrado en un escándalo sexual con una menor. Algo que le podía arruinar su paso a los negocios privados.

—Nando, tenemos problemas.

—Ya me he enterado.

—¿Cómo? —quiso saber el director general de la Policía.

—Alguien en tu partido lo ha filtrado a la oposición creyendo que te íbamos a masacrar.

—Mierda —exclamó Tejada.

—Sí —afirmó Nando Asunción—. Pero tranquilo, ya hemos puesto a trabajar a los servicios de inteligencia contra Francisco Nicolás Montón.

—¿Qué servicios de inteligencia? —preguntó—. ¿A los míos? ¿O al CNI?

—Déjalo, Ramón. No sabes de los tuyos ni de los otros. Esto ya es política y te queda grande. Déjalo en mis manos y tú dedícate a quedar guapo en las fotos y a pasártelo bien con tus putitas.

Nando Asunción colgó y jugueteó con los pelos de su barba. Tenía que zanjar su sociedad con Tejada. Era demasiado vulnerable. «Los Sánchez Gamonal me ayudarán», pensó.



Néstor Sanchís solo tenía tiempo para una ducha rápida. Le esperaba su contacto en Florida, Bred Spade, un antiguo agente de la CIA reconvertido en *private investigator* tras veinte años al servicio del Gobierno. Spade había estado destinado en Panamá, Argentina y Ecuador. Su último destino, Venezuela, le había dejado tan mal sabor de boca que se reconvirtió al sector privado. Sin embargo, conoció a una cubana que le arrastró a la *Little Cuba* americana. Pronto empezó a recibir encargos de investigaciones sobre empresarios españoles que detraían su capital al fisco español. Abrían cuentas en Miami a nombre de fundaciones que radicaban en paraísos fiscales. Todo con el beneplácito de abogados especialistas en derecho fiscal. Los bancos americanos hacían la vista gorda pero guardaban la información que Spade, con la ayuda de Sanchís, le proporcionaba: quién era el último beneficiario de aquellas cuentas opacas, cómo había realizado la fortuna y qué riesgos asumía el banco dejándoles evadir a aquellos españolitos sus impuestos, eran las preguntas más comunes que ambos detectives contestaban.

Se habían citado en el restaurante del hotel. Sanchís llegó primero. Esperó en la barra a su acompañante. Se había vestido con una americana cruzada, estilo Kent, de color crudo. El pantalón gris, la camisa azul claro y unos tirantes coloridos hacían que se sintiera aclimatado. Miró a su alrededor. Sintió que se confundía con el resto de comensales. Estaba pletórico. Y, de repente, la vio otra vez. Aquella mujer con la que se había cruzado en el vestíbulo del hotel estaba allí, cenando con otra chica.

La joven buscó al detective con la mirada, pero él la rehuyó. Se sentía incómodo, como si estuviera defraudando a Bibi. Le escribió otro mensaje: «¿Estás bien?» Tampoco hubo respuesta.

Sabía que iba a pagar cara aquella decisión. Pero la vida de Corbin dependía de aquel viaje. La vida de un hombre a cambio de su propia felicidad. Se estaba debatiendo con sus propios pensamientos cuando alguien le sobresaltó.

—*Welcome to Miami.*

—Bred, ¿cómo estás?

Le miró. No había cambiado desde la última vez que se vieron. Parecía un marine cincuentón aferrado a una juventud que se desvanecía.

—Muy bien amigo mío. ¿Y tú?

—Bien, gracias —añadió mientras se fundían en un fraternal abrazo.

—Debe ser algo importante si te has desplazado hasta aquí.

—Sí, lo es. Hablemos después de cenar, si te parece. Me muero de hambre.

Juntos, con una sonrisa en la cara, se dirigieron a la mesa, en el centro del salón, al lado de la dama misteriosa que reía con su amiga.

—Guapa mujer —dijo Bred.

—Sí, la verdad.

—Y te mira.

—No digas tonterías, amigo mío —comentó sonrojado—. Eso es imposible.

Las miradas de la bella y exótica joven eran atrevidas. Directas. Certeras. Y provocaron la inquietud del detective. Finalmente, Sanchís se atrevió y la miró. Ella se tocó el pelo y le observó fijamente. El detective desvió la mirada.

—¿Cenamos? —preguntó Spade haciendo que Sanchís se centrara nuevamente.

—Claro —contestó.

—Elige tú, que conoces la carta. Ya sabes que mi paladar está acostumbrado a demasiadas *burgers*.

El detective americano se dejó guiar. El chef era un cocinero español y la mezcla de sabores de la carta funcionaba por su base ibérica.

—De acuerdo. Pido yo —asumió el español, riendo.

Degustaron gazpacho con langosta, una ensalada de judías baby japonesas con burrata y secreto ibérico. Y de postre arroz con leche. Hablaron de lo divino y de lo humano. De cómo veían el futuro de la profesión de detective y de las diferencias culturales. Las vecinas de mesa ya habían perdido el sentido del ridículo. Miraban con verdadera desfachatez.

—Néstor, esta noche triunfas.

—No me jodas Bred. Que estoy casado.

—Y a siete mil quinientos kilómetros de distancia...

—Déjalo —le cortó el detective—. Como te decía —quiso ganar tiempo mientras echaba un ojo furtivamente a la desconocida—, en España los detectives sirven para arreglar problemas.

—En Estados Unidos para prevenirlos —comentó el antiguo agente de la CIA—. Mi mayor volumen de negocio se centra en investigaciones *due diligence*. Adelantando futuros problemas sobre la diligencia en los contratos. Hacemos investigaciones previas sobre futuros empleados, directivos, clientes y proveedores. Diligencias de comprobación necesarias para tener un buen clima laboral y empresarial. Y evitar pleitos.

—Nosotros seguimos a la antigua usanza. Resolviendo problemas. Nos buscan cuando la mierda les llega al cuello. Localizamos testigos, pruebas ocultas, empleados infieles y socios desleales.

—Si se hiciesen investigaciones preventivas, los casos de fraude disminuirían sustancialmente —afirmó con rotundidad el ex espía—. Vuestro problema es que como a los socios y clientes os los presentan amigos de amigos os fiáis. Nosotros, aunque contratemos a un hermano, le investigamos.

Sanchís se rió. Spade tenía razón, pensó. La risa del detective se confundió con la risa de la mesa de al lado. Miró de soslayo y se encontró con la mirada de aquella mujer.

—Si te parece, hablemos del tema —propuso Sanchís, inquieto.

—¿Negocios en la mesa? ¿No prefieres en el bar?

—Hablemos aquí mismo —dijo Sanchís rompiendo la regla no escrita en los negocios entre investigadores: no hablar en salas con mesas cercanas. Pero Sanchís quería quedarse. No perder de vista a aquella preciosidad—. Si te parece bien, claro.

—De acuerdo.

—Tengo un problema. Quizá si lo hubiésemos investigado de forma previa ahora no habría que gastar tantos recursos para arreglarlo.

—Explícate —pidió el norteamericano.

La reunión fue larga. Néstor puso al día a Spade. Un cliente de su agencia estaba en prisión acusado de tener una red dedicada a la trata de blancas y un juez le podía ayudar a excarcelarlo. Para que le ayudase, Sanchís tenía que descubrir un fraude empresarial en la compra de un pequeño banco de Miami que se había convertido en el más poderoso *private bank* de España, le explicó. Durante sus investigaciones había detectado que un policía que trabajaba para los dueños del banco le había hecho seguir y tenía unas fotografías de él destruyendo pruebas sobre Corbin y las habían filtrado a los medios de comunicación. Le habló también de Alexa Tatto y de su desaparición, y de la advertencia que le había hecho Lindo Suria sobre la existencia de políticos

intentando crear una cortina de humo alrededor del caso Bank Little.

—Además hay algún vínculo entre Corbin y el Banco Continental —le confió Sanchís al detective americano—. Aún no sé cuál. Pero lo averiguaré.

Tras soltar toda la historia, respiró. Aprovechó que Spade estaba rumiando cómo ayudarle para mirar la mesa contigua. La misteriosa mujer seguía allí. Se tocaba el pelo sutilmente. Buscaba sus ojos de forma casi imperceptible, en un juego no verbal del que él era el único destinatario. Y, de repente, se levantó alisándose la falda por detrás, tocándose la nalga, apuntando con la parte interna del tobillo hacia él.

—¿Lo has visto? —preguntó el antiguo espía.

—¿El qué?

—Te ha vuelto a mirar. Creo que quería que la siguiesses al baño.

—No me jodas, Bred. No digas tonterías. Venga, se acabó por hoy. Camarero, la cuenta, por favor.

—OK, yo también estoy cansado. Nos vemos mañana —dijo Spade. Y añadió, con picardía —: Aunque me parece que tú lo que quieres es quedarte a solas con esa mujer.

—No digas sandeces, amigo mío.

—Bueno, es igual. Es tu vida —comentó, encogiéndose de hombros—. De todas formas, creo que ya tengo una idea de cómo ayudarte a buscar la información que necesitas. Déjame unas horas y mañana te digo cuál es.

Se despidieron en la puerta del hotel. Un abrazo, un hasta mañana y un guiño de ojos. El americano creía que Sanchís iba a sucumbir a los encantos de aquella belleza que no le sacaba ojo. El español, sin embargo, se marchó a la habitación. Sin mirar atrás. Ni se quitó la ropa y, estirado en la cama, llamó a España. Tenía la esperanza de que Bibi le contestase. La llamó tres veces seguidas. El soniquete de la línea en espera le desquició. «Contesta, coño», masculló. Pero no lo hizo. Creyó que la estaba perdiendo y, como se sentía solo y no iba a poder dormir, rumió cómo matar el tiempo. Se quitó la americana y se sentó en la cama. Estaba demasiado inquieto. Tenía demasiadas ideas en su cabeza. Finalmente, se levantó y entró en el baño. Se acicaló y decidió bajar al bar del hotel.

Conocía lo suficiente de bares para darse cuenta que en aquel *cocktail bar* de estilo inglés clásico se ligaba más que bebía. Cuero, madera y latón. Se acomodó frente a la barra. Señaló un vaso. El camarero le entendió y le sirvió un whisky. Sentado en el taburete, con la copa en la mano, se sintió cada vez más solo. Miró a su alrededor. Había parejas que reían, profesionales que intentaban cerrar un negocio y otros tan solitarios como él, acomodados en sus mesas o en la barra robando minutos a las horas de soledad, esperando que alguna mujer se interesase por ellos.

—*Good night* —escuchó a su espalda.

Era una voz de mujer, suave y melodiosa. Aquellas dos palabras le erizaron la piel. Se dio la vuelta. Allí estaba ella: alta, morena, con el pelo corto y una tez café con leche. Vestía de forma elegante. El vestido dejaba ver unas piernas potentes y, sobre todo, unos tobillos de jinetera que le excitaban. Los zapatos Jimmy Choo la alzaban a más del metro ochenta de altura. A su lado, Sanchís se sintió pequeño.

—*Hi. Are you lonesome tonight?*

—Sí, la verdad —afirmó Sanchís repasándola de arriba abajo.

—Te he visto cuando has entrado en el hotel —dijo la desconocida, mirándole fijamente.

—Y yo a ti.

—Me alegro, porque llevo toda la noche llamando tu atención y parecía transparente.

Sanchís señaló con la barbilla su dedo anular derecho.

—Me llamo Ginger. Encantada —se presentó, sin atender a la señal inequívoca que le había mostrado el investigador.

Se acercó a él, de forma zalamera. Su cuerpo desprendía un calor que parecía chocar con la frialdad del español.

—¿Español? —preguntó.

—Sí —contestó el detective, cada vez más incómodo.

—Entonces te daré dos besos —susurró—. Si te parece bien, claro. —No esperó la respuesta. Muac muac. En la comisura de los labios. Sanchís la miró fijamente y luego desvió nuevamente los ojos hacia su dedo anular—. Yo también —añadió la belleza latina.

—¿Tú también, qué?

Ella alzó un dedo de su mano izquierda. Un aro de oro resplandeció bajo la luz de la lámpara de latón que pendía sobre la larga barra de madera con su *mise en place* de acero.

—La vena de este dedo —explicó mientras lo alzaba— va directamente al corazón. Por eso lo llevo ahí. Tú debes ser muy frío. En la derecha...

—Ya sabes. Las tradiciones españolas.

—Te lo repito. ¿Estás solo? Si lo estás, me gustaría acompañarte con una copa...

No acabó la frase ni esperó respuesta. Hizo un gesto al camarero, quien le sirvió una copa. Luego se giró hacia Sanchís. Sus movimientos eran suaves y elegantes, pero su mirada era mercenaria.

—A tu salud —dijo alzando la copa y llevándosela a los labios.

—Mira, de verdad. Eres una mujer preciosa, pero creo que esta noche no tengo ganas de juegos.

—¿Estás seguro? —preguntó con aire chulesco llevando su mano a la cadera y ladeando el culo para que su cuerpo se pegase a la ropa.

—Perdona, pero ni tú eres una turista despistada ni yo un estúpido —espetó el detective, que había reconocido la profesión de Ginger.

—No te entiendo —contestó la mujer.

—Mira. Sé lo que buscas y yo esta noche necesito estar solo. No sexo de pago.

Ginger se ofendió. No estaba acostumbrada a que la humillasen y aún menos que la trataran de prostituta. Pero el detective recordó cómo seguía la canción. *Do you miss me tonight?* Y, sí, realmente echaba en falta a una mujer: la suya. Se bebió de golpe el líquido del vaso y se encerró en la habitación. Supo que quizá la había perdido. Para siempre. Pero podía reconquistarla. Y enredarse con una Ginger no era la solución. Por muy buena que estuviese. Que lo estaba.

Néstor Sanchís no durmió bien y a las cinco de la madrugada ya estaba despierto por el *jet lag*. Naufragó por los canales hasta que encontró un programa llamado *Cheaters*. Era una especie de *reality* donde detectives privados de verdad perseguían a maridos infieles y destapaban sus mentiras ante sus mujeres y la audiencia. «Te es infiel con la cuidadora de tus hijos. En tu propia casa», le decía el conductor del programa. La escena mostraba al detective, la desquiciada esposa cornuda y un cámara de televisión que les seguía frente a la casa matrimonial. De noche. Aquel era el momento culmen, pues iban a confrontar a la mujer con su marido. Un escrache en toda regla.

—Le vamos a interrogar. Le preguntaremos por qué te ha hecho esto. No tiene escapatoria. ¿Estás bien? —preguntaba el presentador.

—Sí. Vamos —contestaba la cornuda.

Sanchís se incorporó, encendió un cigarro y observó la tragicómica imagen. El detective, junto a la mujer despechada, subiendo las escaleras de la vivienda. Ella corriendo, histérica. El detective intentándola controlar, sin conseguirlo. De repente, la esposa engañada entraba, de forma violenta, en la habitación matrimonial gritando: «Cabrón».

—*What's the hell is this* —se escuchó de fondo al marido infiel, que gritaba desde la cama, desnudo.

La amante, mientras, se apresuraba a vestirse, avergonzada. Y en un claro y cristalino español la mujer engañada gritaba:

—Hija de puta.

Sanchís estaba boquiabierto. No se podía creer aquel drama humano retransmitido a toda América. Entendió por qué odiaba ese tipo de investigaciones. Debía volver a los casos fríos. Olvidar las pasiones.

—Coño. Qué fuerte —dijo Sanchís sin acabar de creerse que aquella parodia de su profesión no estuviese guionizada.

Cuando se hartó de ver aquella farsa, miró el teléfono para comprobar la hora y para descubrir que Bibi seguía sin contestar. A las ocho ya había desayunado y se había preparado para el largo día que le esperaba.

A la nueve en punto su teléfono sonó. Era Bred Spade, que le hizo saber que había conseguido una buena pista.

—Comeremos con Tim Falciani, un empleado de la SEC, el regulador del mercado de valores norteamericano.

—Cojonudo. Eres un genio. ¿Dónde nos vemos?

—¿Te va bien el *Joe's Stone Crab*?

—Genial —contestó Sanchís, que recordaba perfectamente la especialidad del restaurante: patas de cangrejo de los cayos de Florida.

—¿A las doce te va bien?

—Sí.

—Sé puntual. Recuerda que en el *Joe's* no se puede reservar.

Tras una aburrida mañana, Sanchís caminó las escasas dos millas que separaban el hotel del restaurante. Aprovechó para pasear por *Ocean Drive*, donde comprobó que se hacían realidad

todos los tópicos de Miami: cuerpos esculturales patinando por el paseo marítimo, playas de ensueño, cócteles tropicales, música latina a todo volumen, y edificios con estilo art decó. A su derecha había bares, clubes y restaurantes; a su izquierda estaba la playa de arena blanca. El aire era asfixiante y el cielo parecía pintado; se sintió en una película. Aceleró el paso a la altura de South Pointe Dr. y, al fin, vio el cartel del restaurante. Entró en el local cansado por la caminata bajo el sol.

—Aquí —le gritó Spade.

Llegaba tarde, pero eso le había permitido a Spade poner al día a su contacto. Estaban sentados a una mesa esquinera del local y sobre el mantel de cuadros descansaba una bandeja con patas de cangrejo. Una vez presentados, el detective americano tomó la iniciativa.

—Necesitamos el expediente de la compra del Bank Little.

Falciani negó con la cabeza.

—No, Sam. Sabes que no puedo. Lo tengo aquí. Conmigo. Lo hojeas y me lo devuelves. Pero no os daré ninguna copia.

—Lo necesitamos de verdad —intervino Sanchís. Se enfadó consigo mismo. Era impropio de él suplicar y Falciani, que se dio cuenta, le miró fijamente.

—Y yo mi puesto de trabajo. ¿Cuánto crees que me puede caer por darte esta información?

—No lo sé, la verdad.

—Cinco años en prisión.

—Pero si en este país toda la información es pública —dijo Néstor.

—No toda.

Sanchís abrió los ojos al oír aquella frase. Si el expediente incluía información confidencial, probablemente fuera de la que le interesara. Si no, ¿por qué iba a correr peligro el puesto laboral de Falciani?

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Hay e-mails privados.

Sanchís sonrió. Había dado en el clavo.

—Los necesito. Es fundamental. ¿Estás de acuerdo que un hombre no puede estar en la cárcel, de forma injusta, por un par de normas?

Negó nuevamente con la cabeza.

—No. No te los daré.

—Hay mil maneras de obtener la misma información de forma legal —le interpelló Spade para apaciguar los ánimos.

—Lo sé. Y muy lentas.

—La información legal y la rapidez están reñidas, Néstor —le advirtió su amigo.

—Si lo entiendo, de verdad que lo hago. Pero la necesito. Es la vida de una persona o la pulcritud en la obtención de la información.

En aquel momento, Falciani se levantó. Sonrió a Spade y fulminó con la mirada a Sanchís.

—Yo me voy al baño —indicó—. Tardaré unos quince minutos. Estoy mal de la tripa y me tengo que lavar las manos.

Sanchís sonrió.

—De acuerdo —contestó Spade, asintiendo con la cabeza.

—Por cierto, dejo aquí el expediente. Sam, vigílalo, por favor. Ah, y estamos en paz —sentenció, dándole a entender al detective americano que aquello que había hecho por él en el pasado ya estaba saldado.

En cuanto desapareció de su vista, el americano se giró hacia Sanchís.

—Saca la cámara.

—No llevo.

—Ni yo. Es igual, uso el móvil. Y en cuanto llegue al despacho imprimo las imágenes. En papel podremos examinarlo juntos. Ahora vete. Ya me despediré de él.

Sanchís se levantó. Miró a su amigo y le dijo, antes de partir:

—¿Qué hiciste por él?

—En la CIA le investigamos por vender información. Y le ayudé a quedar impune.

—¿Qué te dio él a cambio?

—Obviamente información. Igual que hoy. Ni más ni menos.

—Gracias. Nos vemos en tu despacho.

Esa tarde, en el austero despacho del detective americano, pudo comprobar toda la documentación del expediente. Los dos investigadores se sentaron alrededor de una pequeña mesa de juntas. El americano sin chaqueta. Sanchís impoluto. Dos formas de vestir. Dos personalidades. Dos nacionalidades. Una sola forma de trabajar.

Los informes, jurídicos y económicos, las ofertas públicas de adquisición y demás papeleo fue lo primero que leyeron. El americano le iba pasando los papeles a Sanchís, quien los leía con ansias. De repente, Spade se quedó mirando un documento y sonrió:

—*Well, here it is.* Creo que esto es lo que buscas —dijo tendiéndole un documento.

Al ver la cara de su amigo, Néstor comprendió que había encontrado lo que buscaban. Muchos de los papeles que se habían aportado a la SEC tenían poco valor para sus fines. Pero aquel que le acababa de dar su colega era otra cosa. Lo leyó detenidamente y se dio cuenta de que, por fin, había descubierto la verdad. Meses después de la compra, alguien había solicitado por correo electrónico información sobre la adquisición del banco. Y un empleado del regulador lo había imprimido y lo había dejado dentro del expediente.

—¡Por fin! —exclamó el detective español golpeando con un dedo el documento—. En este e-mail un tal Hernán Sistiago, ex abogado de Law & Evidence, solicita información sobre la compra de Bank Little.

—No jodas, como decís los españoles. ¿Y qué más dice el documento? —preguntó el ex agente de la CIA mientras miraba por encima del hombro del detective español.

—Simple y llanamente que el precio de compra oficial del banco que se comunicó a la SEC estaba inflado artificialmente. Alguien se embolsó ilegalmente cien millones de euros. Luján Olvido tenía razón.

Toda la planta duodécima del Hotel Silken Puerta América de Madrid estaba vacía. Las doce suites desocupadas. Solo en una había luz. Jorge Sánchez Gamonal recorrió los pocos metros que separaban el lobby de la planta de la suite que había reservado su asistente. «Sin miedo», se dijo mientras abría la puerta con sigilo.

El sicario Yurikov estaba de espaldas mirando una de las fotografías que ocupaban las paredes.

—Me encantan estas fotos —dijo el caucásico en cuanto percibió su presencia.

—Son de un artista japonés. Se llama...

—Nobuyoshi Araki. Lo sé. —La cara del joven financiero mostró su sorpresa—. No se olvide nunca que aunque me dedique al ajuste de cuentas siempre me documento antes de ir a un sitio.

—Entonces, ¿no conocía al fotógrafo?

—No, la verdad. Pero tengo los planos del hotel, el diseño de las doce plantas, el ático y el sótano. Sé cómo entrar y cómo escapar. Me documenté antes de venir. En algún sitio leí que las fotografías, que por cierto son preciosas a pesar de ser tan explícitas, eran de este japonés.

—Para Araki, la fotografía es amor y muerte —apuntó Sánchez Gamonal—. Como usted.

—Se equivoca nuevamente, joven. Mi vida es muerte. Sin amor.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del financiero.

—¿Nos sentamos?

Yurikov no respondió. Simplemente se sentó en uno de los sillones de piel negra que había junto a la ventana de aquella maravillosa habitación y esperó a que el joven banquero se sirviera una copa y se acomodara frente a él. Jorge, intentando mostrar tranquilidad, encendió un cigarrillo y, copa en mano, observó a su alrededor. La suite tenía dos puertas: por la que había entrado y otra que daba a la habitación contigua. Había un inmenso ventanal frente a él y, a su izquierda, la cama y el baño. Nadie podía entrar ni salir sin que Yurikov le pegase un tiro, meditó el joven. Entonces se sentó, dio una calada y le preguntó:

—¿Tiene el informe?

—Sí —contestó seco y cortante el ruso—. El proyecto Sucesor se puede llevar a cabo —afirmó moviendo la cabeza de arriba abajo, con lentitud estudiada.

El sicario le tendió un dossier que Sánchez Gamonal asió con inseguridad. Lo leyó detenidamente. Luego asintió con la cabeza y dejó los papeles sobre la mesa. Había realizado un seguimiento detallado del juez Olvido. Conocían todos sus movimientos, lo que permitía poner en marcha el plan para matarlo. Casi nada de lo reportado sorprendió al *consigliere* Sánchez Gamonal.

—Este juez lleva una vida rutinaria —dijo el empresario.

—Perfecta para asesinarle —comentó el sicario.

Sus propiedades, movimientos bancarios y demás información económica tampoco revelaban nada sorprendente. Sus movimientos de la tarjeta de crédito eran anodinos.

—Es perfecto. Un blanco fácil para usted, Yurikov. Mi padre estará impresionado —afirmó meditando sus últimas palabras—. Yo también.

—Cuando se lleve a cabo. Los preparativos de un ataque son importantes. Pero el trabajo



solo acaba cuando la vida desaparece. Mientras tanto, no deben estar ustedes impresionados.

—Por cierto, en el informe del seguimiento no veo nada de su vida nocturna —comentó el joven.

—Tal y como usted me pidió, solo lo he seguido durante el día.

Jorge ignoró las palabras del sicario y volvió a tomar los papeles para seguir estudiándolos, concentrándose en el anexo fotográfico. Todo era igual de anodino, hasta que encontró algo que llamó su atención. Una fotografía, de las pocas que había.

—¡Esta sí es buena! —exclamó el joven sucesor.

—Parecen tomadas por Araki, ¿verdad? —dijo Yurikov.

El sarcasmo del sicario volvió a descolocar a Sánchez Gamonal, que lo miró fijamente.

—Así es —contestó, mientras se recordaba una y otra vez que, como aquello fallase, su padre le iba a matar a él—. Espero que acabe como ha empezado.

El ruso se encogió de hombros.

—Entonces, ¿lo mato?

—No —repuso Jorge—. Prefiero que lo haga otro.

Cerraron el acuerdo con un apretón de manos. El sucesor empezaba a sentirse cómodo en el papel de Don. El joven financiero había unido su destino al de un sicario. Se había saltado todos y cada uno de los consejos que su padre le había dado. Yurikov no debía perpetrar el asesinato. Solo planearlo. Otro lo haría por él. Era lo único que había respetado de las enseñanzas que años atrás le había regalado su padre.

El redactor jefe de *El Sol Legal*, Lindo Suria, cada día estaba más afianzado en la redacción. Los últimos años los había dedicado a lanzar su marca personal, ajena al diario. Preparaba su salto a los medios. Tertulias, debates y, sobre todo, su blog de moda: *el conjunt diario*. Se vestía pensando en lo que subiría a Internet, las poses que pondría en su blog personal de estilismos y en la fama que iba a adquirir. Esa mañana se había puesto unos tejanos ajustados, cuya entrepierna destacaba como la de un torero, una camisa floreada y sus eternas zapatillas deportivas Converse.

Las oficinas del diario eran algo anticuadas. Una amalgama de redactores en el centro, en pequeños cubículos, y a su alrededor los despachos de los jefes. Los dos más grandes los ocupaban el director y Lindo Suria. Sin embargo, el joven redactor prefería la adrenalina de la redacción. Paseó entre los periodistas preguntando qué informaciones estaban trabajando y, al cabo de un rato, se sentó al lado de una joven de la sección de sociedad. Estaba charlando animadamente con ella cuando le interrumpieron.

—Lindo, al teléfono —le gritó su secretaria.

—Ahora no, joder.

—Es importante.

—Voy —contestó el redactor jefe.

A los pocos minutos salió de su despacho sintiéndose el rey del mundo. Tenía la portada del día siguiente. Saltaba. Daba brincos.

—¡Vamos a quemar papel! —exclamó—. Mañana agotamos la edición.

Un corrillo se hizo a su alrededor. Era el más buscado. Se sentía cada vez más cerca de la dirección del medio.

Abrieron la portada con una noticia sorprendente y una fotografía maravillosa: el juez Luján Olvido y el abogado de la acusación de la Asociación Limpieza contra la Corrupción, Horacio Simenón, comiendo juntos en un lujoso hotel. El texto derrochaba adjetivos y mucha opinión. «*Vendetta*», titularon.

Alguien había grabado parte de la conversación.

El juez y el abogado se habían confabulado para enviar a la cárcel al banquero que, según el rotativo madrileño, era inocente de todos los cargos.

Spade recogió a Sanchís en un monovolumen inmenso frente al hotel. Tomaron la ruta 41 hacia el este hasta la ruta nacional 826 dirección norte y Néstor pudo admirar la belleza del recorrido hacia el aeropuerto internacional de Miami. Llegaron con tiempo de sobra y pudieron charlar ante un *café latte* en una mesa de un *Starbucks*.

—¿Cuántos años tiene tu mujer?

—Algunos menos que yo —dijo el detective sin querer revelar su propia edad.

Spade sonrió.

—¿Y cómo os va?

—Bien, la verdad.

—¿Lleváis mucho casados?

—Algo más de tres años, aunque nos conocemos desde hace más —explicó Néstor incómodo.

—¿Tenéis hijos?

—No. Bueno. Mejor dicho, sí. Ella dos, de un matrimonio anterior, y yo uno, también de una relación previa. No necesito tener hijos con ella para sentirla mía.

—Estoy seguro.

—Lo cierto es que soy muy feliz —mintió, sin poder evitar sentir una punzada de amargura al recordar la última discusión con Bibi— y he disfrutado todos y cada uno de los minutos de estos últimos años. Me ha cambiado la vida a mejor. Dejé los casos peligrosos. Me centré en las investigaciones frías.

—¿Investigaciones frías?

—Sí. Las que se ocupan solo de disputas económicas. Sin emociones. Sin riesgos. Y la vida me va mucho mejor. Incluso gano más dinero.

—Estoy seguro de que eres feliz.

—¿Por qué lo dices? —preguntó el detective español.

—Nadie, en su sano juicio o sin estar enamorado, hubiese rechazado a la mujer de ayer.

Se dieron un abrazo y se despidieron.

En lugar de volver a Barcelona, Sanchís se dirigió a Madrid. Tras leer los documentos de Falciani había hecho algunas llamadas. Había decidido que su familia podía esperar unos días más y había concertado su siguiente cita. Aquella investigación estaba acabando con él, pero tenía que encontrarse con Sistiago.

Llegó a Barajas a las 7:40 de la mañana del jueves 29 de mayo. Cansado y con la ropa arrugada no se sentía él mismo. Necesitaba una ducha: agua, jabón, afeitado y, sobre todo, un traje en condiciones. Por eso, la noche anterior había solicitado a su secretaria que le hiciera llegar al Hotel Urban un porta trajes que siempre guardaba en la oficina, con la muda.

A las 9:30, frente al espejo de la habitación, escrutó su aspecto. Vestido con un pantalón gris, blazer azul marino y camisa rosa sin corbata, todo de Scalper's, se sentía, de nuevo, atractivo. Elegante pero desenfadado.

La ocasión no requería formalidades.

A las diez en punto entró en el Glass Bar, situado en los bajos del hotel. Rodeado de vidrio y presidido por una lámpara de araña de cristal importada de Marruecos y con sillas transparentes,

era un espacio ideal para sentirse especial. Aquel local estaba hecho para ver y ser visto. Se dio cuenta de que aquel no era el mejor lugar para pasar desapercibido. Había quedado con Hernán Sistiago, el antiguo empleado de Íñigo Altamira en Law & Evidence, y necesitaba anonimato. Le envió un mensaje de texto: «Te espero en la terraza».

Subió en el ascensor y allí, junto a las tumbonas de la piscina, se sentó a esperarle. Mientras, observó las increíbles vistas sobre el *skyline* de la ciudad.

—¿Néstor Sanchís?

—Sí. Soy yo. Hernán Sistiago, ¿no?

—Sí. Encantado —contestó el abogado dándole la mano.

Hernán Sistiago fumaba sin parar. Llevaba el traje manchado y una camiseta desgastada bajo un jersey de pico que tenía encima varios años. Tenía una nariz prominente y el pelo deslavazado.

El detective había preparado la reunión minuciosamente. Conocía los aspectos públicos y privados del abogado. Su dirección, sus dos matrimonios fallidos, su condena por impago de la pensión de sus hijos y, sobre todo, las causas judiciales que tenía abiertas: una por los sablazos que había dado a sus amigos de juventud y otra por una denuncia de sus vecinos, clamando por los fétidos olores que salían de su apartamento. Antes de convertirse en un chantajista había estafado a todos los que le rodeaban. Y eso lo había dejado en la ruina y solo.

Sistiago, como todos los chantajistas cuando acudían a una reunión, nunca sabía si iba a cobrar o a ser detenido. Para Sanchís, quien se dejaba chantajear tarde o temprano se enfrentaba a su enemigo. Aun así iba a incumplir su promesa.

—¿Para qué me has citado? —preguntó el abogado.

—Tengo este documento —anunció mientras le tendía el papel que mostraba el e-mail que había enviado a la SEC.

—¿Y?

—Hernán, yo no estoy aquí ni para juzgarte ni para investigarte. Tengo un cliente en prisión cuya libertad depende de Luján Olvido. Simplemente necesito la documentación de la compra del Bank Little y poder sentarme con él para que me ayude a negociar la libertad de mi cliente —dijo sin explicarle sus sospechas sobre el juez.

Sistiago encendió un cigarro, hurgó entre las uñas de sus manos y miró a Sanchís sonriente.

—Todo tiene un precio.

—¿El tuyo cuál es?

—Cien mil —respondió el chantajista con una sonrisa maliciosa.

Sanchís hizo una mueca de desagrado. Tardó en contestar.

—¿Cien mil euros?

—Sí. Ni más ni menos.

—¿A cambio de qué? Necesito, al menos, una prueba de que la información es buena.

—Aquí la tienes —dijo mientras colocaba sobre la mesa una carpeta de color manila.

Sanchís abrió el dossier lleno de lamparones. Leyó de forma pausada sus páginas. Aquella información incriminaba a Sánchez Gamonal en el robo de cien millones de euros en la compra del Bank Little. No había dudas. Era culpable. Luján Olvido inocente. No había *vendettas* ni mentiras. En aquel instante supo que tenía que ayudar al magistrado. La prensa se había cebado con él sin razón. El banquero era culpable. Cuando acabó de leer se dejó llevar por la pasión de lo que acababa de descubrir.

—¡Sí! —exclamó.

Sistiago sonrió. «No sabe negociar», se dijo. Aquel gesto de victoria bien valía los cien mil. Ya no podía regatear. Debería haber puesto cara de póker, menospreciar la información y poner un

precio sensiblemente inferior. Pero no lo hizo. El detective se lo quedó mirando.

—¿Y qué más obtendré si te pago esos cien mil euros?

El letrado apagó con fuerza el cigarrillo con la punta de su zapato y observó a Sanchís.

—¿Las cuentas en paraísos fiscales donde ingresaron los cien millones?

—¿Las tienes? —preguntó extrañado el detective.

—Sí. La copia original de la cuenta Belcky. Nada de informes de abogados suizos. La copia verdadera de la cuenta y sus movimientos —contestó Sistiago.

—¿Cien mil? —quiso asegurarse Sanchís.

—Me han estado pagando doscientos mil al año por mantener el pico cerrado —dijo el letrado, arrepintiéndose al momento de lo que acababa de decir. Miró al detective y este arqueó las cejas.

—¿Altamira?

—Sí. Íñigo Altamira en persona. Incluso dejando rastros, mediante una transferencia bancaria.

—¿Y qué pasó para que se acabasen esos pagos? —preguntó el investigador asumiendo que Altamira no podía ser tan chapucero.

—Nada. Simplemente que le pedí un millón de euros por destruir los documentos y se negó. Pero ese es otro tema, Sanchís. El precio es de cien mil euros o nada. Sin ofertas. La época de los pagos con espejitos quedaron en la conquista de América. Cien mil o nada.

—De acuerdo. Mañana tendrás los cien mil —le aseguró el detective.

Al escuchar aquello, Sistiago se sintió renacer. «Menudo golpe de suerte.» Había acordado con Horacio Simenón, abogado de la ALCC, que le facilitaría aquellos mismos documentos por nada. Cero euros. Y ahora les sacaba un rendimiento. Quería vengarse de Altamira aportando el dossier sin contraprestación alguna y ahora aparecía un detective privado y pagaba por ellos.

—En cuanto reciba el dinero tendrás la documentación de la cuenta Belcky —informó al detective.

Mientras tanto, Sanchís tenía los papeles que demostraban que el Bank Little había costado doscientos millones de euros. Los movimientos de los otros cien millones habían ido a parar a una fundación en un paraíso fiscal cuyo beneficiario era el banquero Sánchez Gamonal. Y todo se había hecho con la firma y la aquiescencia de Law & Evidence.

—Salgo yo primero —propuso Sistiago—. Ahora solo falta que nos vean juntos y se me joda el *business*.

—De acuerdo.

—Nos vemos mañana, campeón. Ahora puedes hundir la vida de Don Tomás y de Altamira. Ahí lo tienes todo —dijo señalando los papeles—. Y si lo haces, me sentiré feliz.

—Yo no quiero hundir la vida de nadie. Solo sacar a un inocente de la cárcel.

Solo. Tal y como había empezado todo aquello. Estaba solo. Frente a él una visión tenebrosa de un Madrid cubierto de bruma. Escuchó los mensajes de su buzón de voz y estudió el correo electrónico antes de salir del hotel. Se dirigió a un bar cercano para pensar cuáles debían ser sus siguientes pasos.

—Un café *ristretto* y un agua sin gas fría —pidió Sanchís al camarero chino que regentaba el local, mientras cogía la prensa del día de la barra.

El bar estaba medio vacío. Olía a calamares, tortilla española y cerveza. Parecía el típico bar genuino de Madrid. Una foto antigua mostraba la historia del local y de su fundador, un castizo barrigón y bigotudo español. Sin embargo, ahora lo regentaban un par de asiáticos.

—Póngame un pincho de tortilla, por favor.

No tardaron en servirle. Ni siquiera había acabado de leer los titulares de la portada de *El Sol Legal*. Dio un bocado a la tortilla. Precocinada. «Qué mala», se dijo. «La crisis se ha llevado lo mejor de nuestro país.» El día anterior, en el avión de vuelta de Miami, había visto la fotografía de Olvido y Simenón. La portada de esa mañana era aún más evidente: «*Lujan Olvido a punto de ser suspendido*».

Salió de aquel bar atufando a aceite quemado. Buscó un rincón solitario y llamó por teléfono.

—Hola, Néstor. ¿Cómo va todo? —contestó el juez al ver el nombre del detective en la pantalla del teléfono móvil.

—Bien, bien... Oye, ¿nos podemos ver?

—¿Ahora? —preguntó el juez.

—Sí.

—Imposible.

—¿Y mañana por la mañana? —propuso Sanchís.

—No sé... Pero si es urgente, sin problema. ¿Te importa acercarte tú? Es que no conduzco. Nunca me he sacado el carné de conducir. Soy un desastre —reconoció el juez.

—Claro señorita, sin problemas. ¿Dónde quiere que nos veamos?

—¿En Plaza Castilla?

—De acuerdo, me acerco yo. A las once si le va bien. Tengo una cita previa a las diez.

—Nos vemos ahí —se despidió Olvido.

Sanchís aprovechó la tarde para visitar la tienda del sastre bilbaíno Lander Urquijo en Madrid. Necesitaba sentirse bien. Pero antes, contactó con un detective de su despacho para que cogiera el coche y condujera hasta Madrid con los cien mil euros en metálico.

—Ponlos en un sobre grande, en billetes de quinientos —le había dicho Sanchís a su empleado, recordando a un político al que tenía fotografiado recogiendo un sobre idéntico de las manos de un empresario, cliente del detective, al que chantajearon a cambio de conseguir una licencia.

A la mañana siguiente, a las diez en punto, Sistiago entró en el sobrio bar inglés del Hotel Wellington. Alpaca, cuero y un olor profundo a madera. Sanchís había optado por sentarse en una mesa arrinconada. No quería que le viesan con aquel mendigo del derecho.

—Aquí tienes la información.

—Tus cien mil.

—Pocos parecen, la verdad.

—Doscientos billetes de quinientos. Ordenados. Nuevos y planchados. Ya deberías estar acostumbrado.

Aquellas palabras retumbaron en la cabeza de Sistiago, pero ni se inmutó. Había escuchado comentarios peores.

—¿A qué estoy acostumbrado, campeón? —preguntó.

—A mover dinero en metálico. A tener billetes en casa. Ocultos del fisco. Del mundo. Viviendo sin tarjetas. Sin vida.

—¿Cómo lo sabes?

—Todos los chantajistas vivís así.

Con la información en su poder, Sanchís se acercó a los juzgados de Plaza Castilla. Faltaban cinco minutos para las once y la puerta estaba cerrada. En aquel momento, Luján Olvido en persona la abrió, y del interior salió una joven abogada, arreglándose la toga, con las mejillas encendidas. Miró a Sanchís con ojos pillos. «¿No habrá tenido suficiente?», se preguntó el investigador al sentirse deseado.

—Néstor, buenos días —dijo atribulado el magistrado.

—Perdona por haber desconfiado de ti, Luján —espetó, sin más, el detective.

—¿Por qué lo dices? —preguntó el juez, extrañado ante aquella afirmación.

—Creí que actuabas contra Sánchez Gamonal por venganza. Y ahora sé que no es así.

Un silencio invadió la estancia. El magistrado evaluó mentalmente si Sanchís estaba siendo sincero o, simplemente, tendiéndole una trampa.

—Por fin alguien me cree —contestó al fin—. Pero tranquilo. Eres el único en toda España que lo hace —dijo señalando *El Sol Legal*.

—Ya lo he leído. Pero te traigo algo que te ayudará.

—¿Una vida plagada de éxitos... y mujeres? —repuso con una sonrisa burlona.

—Algo mejor, señoría. Algo mejor...

El juez le miró con cara de sorpresa. «¿Algo mejor?», se preguntó, al ver el sobre que le entregaba Sanchís. Lo abrió con premura. Casi como un niño pequeño rasgando el envoltorio de un regalo de Navidad. Miró el documento. Cuando acabó levantó la vista. Clavó sus ojos en el detective y volvió a releer el documento.

—Coño —exclamó Luján—. Esto es la cuenta Belcky.

—Así es.

—Gracias, Sanchís. Te debo la vida. Con esto podré demostrar que todo lo que he venido sustentando hasta la actualidad es cierto —casi sollozó, con una mezcla de inquietud y felicidad, mientras abrazaba al detective.

—No te preocupes. Ha sido un placer. Pero ahora me gustaría que cumplieses tu palabra y

ayudases a que tus compañeros de Barcelona suelten a Corbin.

—Por cierto... —dijo el juez, de repente bajó la voz y con un susurro añadió—: Gracias por deshacerte de Alexa Tatio.

Le guiñó un ojo, pero el detective abrió los ojos mostrando su extrañeza y se quedó a cuadros al oír eso. ¿Había hecho mal en confiar en el juez?, se preguntó.

En cuanto Sanchís abandonó la estancia, Luján Olvido cerró con llave la puerta del juzgado e hizo una llamada. Le temblaban las manos. Su rostro cambió del amable Luján al temido Juez Olvido.

—Ya que tú no sirves ni para mantener la acusación he tenido que moverme yo —abroncó a su interlocutor que ni siquiera pudo saludarle.

—¿Qué quieres decir?

—Ya tengo la documentación sobre la cuenta Belcky —le dijo a Horacio Simenón.

En esos momentos el letrado supo que Hernán Sistiago le había traicionado, ya que era el único que tenía una copia de aquellos documentos bancarios. Meditó si acudir a la Fiscalía General del Estado y reconocer su connivencia con el juez Olvido. Maduró la idea y llamó a un médico con el que llevaba años pergeñando informes periciales que le habían servido para defender a muchos de sus clientes, aduciendo psicopatías y adicciones que jamás habían tenido.



El comisario Asdrúbal Peláez nació en los extrarradios de Madrid y acabó dirigiendo la brigada de delitos económicos de la policía. Era bajito y pesaba más de cien kilos. Su cabeza, como una bola de billar, reflejaba con claridad su suficiencia. Vestía trajes que ni siquiera tapaban sus camisas estiradas al límite de reventar los botones.

Estaba en el bar de una gasolinera a las afueras de Madrid. Sentado a una mesa solitaria, controlaba el local y la gente que entraba y salía. Formaba parte de un grupo de la élite policial vendido al poder del momento. Realizaba informes de investigación *ad hoc* para atacar al partido político de la oposición o a cualquier otro que hiciese peligrar al mandatario temporal. Era un tipo peligroso que era mejor tener de amigo que de enemigo. Tiraba fácil de pipa y se le había visto amenazar con su pistola reglamentaria para conseguir datos. Chantajes, presiones y coacciones eran su sistema de vida.

Había ganado millones al lado de Sánchez Gamonal controlando los datos que, posteriormente, aparecían en la libreta negra que siempre llevaba el financiero y que tanto temían en la sociedad madrileña.

Levantó la mano en cuanto Lindo Suria, vestido con una chaqueta de camuflaje, entró por la puerta. Sonrió al ver cómo el periodista se tapaba la boca y la nariz con un pañuelo, atacado por los olores del bar de carretera.

—Aquí tienes —dijo Peláez a Lindo Suria en cuanto este se sentó.

—¿Qué es esto? —preguntó tras coger el *pen drive* que le entregaba el policía.

—Luján Olvido y su muerte —contestó el comisario mientras se levantaba de la mesa.

—No jodas. ¿Y qué es?

—Imágenes de sus juerguecitas en los carruseles sexuales de Ricardo Corbin y de alguien más.

—¿Alguien más? ¿Quién?

—Tomás Sánchez Gamonal.

—¿Qué? No me jodas, Peláez. Si es tu jefe.

El policía se encogió de hombros. El tampoco entendía los motivos por los que Altamira le había ordenado publicar aquellas imágenes en las que el banquero aparecía en posturas claramente incómodas y vergonzantes.

—Tú simplemente publícalo. O mañana tu novio —le advirtió— y tú, veréis en Internet vuestras mejores posturas en la cama.

—A Nico ni lo mentes —masculló el periodista.

Altamira estaba cada día de mejor humor. Se sentía el nuevo pope. El rey de las esferas del poder. A la misma hora que Peláez se reunía con Lindo Suria, él lo hacía en el Hotel Palace con Nando Asunción. El jefe de la alternativa de gobierno. A la vista de todo el mundo. Era un claro reclamo comercial. Todos los empresarios que veían al jefe de la oposición se paraban a saludarlo. Y junto a él estaba Íñigo Altamira, con ganas de gritar al mundo que era el mejor consejero de la ciudad. El letrado miró a su alrededor. El Palace era un lugar cargado de historia, de lujo y glamour; de cultura, de moda, de arte y, sobre todo, de lobistas. Un lugar imprescindible en la capital en el que siempre ocurría algo y donde siempre se veía a alguien.

Altamira se sentía poderoso. Su interlocutor no tanto. Divagando ante un café y unas pastas,

Asunción empezaba a cansarse. «¿Cuándo irá al grano?», se preguntó, tras mirar su reloj por segunda vez en escasos minutos. Altamira se dio cuenta.

—¿Qué necesitas, Íñigo?

—Hablar de Luján Olvido —dijo, al fin—. ¿Te importa si vamos fuera?

—Bien, andemos —contestó Asunción.

Dieron una vuelta alrededor del hotel hablando en voz baja, casi susurrando. Al volver al establecimiento se despidieron con un apretón de manos y la mirada fija. De repente, el político abrazó al letrado para susurrarle al oído:

—De acuerdo, lo haremos.

Y así fue. El político era expeditivo. Tenía tantos frentes abiertos que se había acostumbrado a materializar cada una de las decisiones al momento. Odiaba postergar las soluciones y, por eso, corrió a su oficina en la sede de su partido político e hizo las llamadas que Altamira le había exigido en nombre de los Sánchez Gamonal.

Ese mismo mediodía, el jefe de la patronal de los empresarios y diversos políticos del partido del Gobierno y de la oposición solicitaron que el Consejo General del Poder Judicial sancionase a Luján Olvido y lo apartasen de la judicatura.

—Ha jugado con un honrado empresario que no tiene por qué rendir cuentas de sus actividades privadas y su vida personal —comunicó la patronal.

—Ha utilizado los poderes públicos para chantajear a un banquero iniciando un proceso injustificado e injusto —comentaron los cargos públicos.

Acababan de dar una vuelta de tuerca más en el garrote vil de los medios al cuello de Luján Olvido.

La comisión disciplinaria del Consejo General del Poder Judicial propuso apartar al juez instructor del *caso Bank Little* durante doce meses y siete días, y sancionarle con una multa de nueve mil euros por diversas faltas, ninguna relacionada con dicho caso, informó la web de *El Sol Legal*, tras haber publicado esa misma mañana imágenes del vídeo, facilitado por el comisario Peláez, en el que aparecían Tomás Sánchez y Luján Olvido en una orgía.

—¡Hijos de puta! —gritó el juez en su despacho—. No me voy a amedrentar por una panda de jueces politizados. ¡El vídeo es falso!

Esa misma noche escribió un auto que se haría efectivo a la mañana siguiente. Había solicitado a la Interpol que confirmase los datos que Néstor Sanchís le había entregado extraprocesalmente. Iba a faltar a su palabra. Le había prometido al detective no hacerlos públicos, pero necesitaba un golpe de efecto que le devolviese la iniciativa en el proceso judicial. Cuando hubo acabado de redactarlo llamó al detective. «Ha arruinado el plan original pero se lo debo», se dijo.

—Buenas noches, señorita.

—Hola Néstor. Te llamo para informarte que mañana voy a solicitar a la Interpol que me confirme si el último beneficiario de la cuenta Beckley es Sánchez Gamonal.

—¿Y cómo lo harás? Me prometiste que no darías la fuente de los documentos.

—Nadie en todo el mundo sabe que me los diste tú —mintió.

—Gracias.

—No te preocupes —le dijo—. No quiero ponerte en peligro.

—Eso espero. No quiero represalias. Y las acabaría teniendo. En mi casa las cosas ya están complicadas. Ni quiero ni puedo salir a la luz.

—Tranquilo. No te preocupes. Por mí no será. He hecho que la acusación popular aporte los documentos solicitando una comisión rogatoria a Suiza para que confirme los datos. Yo simplemente la autorizaré. Por eso me reuní con Simenón, aunque la prensa, obviamente, le ha dado otra versión, buscando conspiraciones —explicó.

—Ah... —contestó el investigador al comprender el sentido de aquella extraña reunión.

—Bueno, te tengo que dejar. Solo te llamaba para informarte.

—Perdona un momento —le interrumpió Sanchís—. ¿Has llamado a los jueces de Barcelona? Ricardo tiene que salir en libertad lo antes posible.

—Sí, sí. No te preocupes. Ahora mismo reitero el mensaje. Te dejo y llamo inmediatamente.

—De acuerdo. Buenas noches.

El magistrado colgó. Tocaba poner en marcha el plan alternativo. El original lo había desbaratado el detective. Volvió a llamar, pero no a un magistrado catalán, sino al abogado de la acusación popular:

—Horacio, ya está hecho. He pedido a la Interpol que nos ratifique los datos que me dio «El Dandi» Sanchís.

Pronto se sabría la implicación directa del detective contra el banquero.

—¿Cuánto tardará?

—Me han prometido que en dos semanas lo tendrían. He tenido que pedir muchos favores.

—¿Y qué pasará entonces?

—En cuanto la Interpol confirme los datos, podré enviar a Sánchez Gamonal de nuevo a prisión.

—Perfecto.

La noticia de la suspensión de Luján Olvido corrió como la pólvora y los círculos de poder se empezaron a tranquilizar. Con Tomás Sánchez fuera de la cárcel y el magistrado expulsado de la judicatura ya se podía volver a mover el dinero negro. La preparadora de juicios aprovechó para llamar a un amigo de su marido, marchante de arte. Tenía que conseguir que a dos conocidos de su familia les ayudase a mover su fortuna. Tardó poco en convencerlo y se lo hizo saber a Nicolás Montón. Le envió un mensaje de texto: «El marchante está de acuerdo».

Sanchís, agotado y desolado por la mezquindad del poder, llegó a su vivienda. Su refugio al lado de su familia. Tenía miedo. Una filtración, por parte de Luján Olvido, y su vida se desmoronaría. «El Dandi» se sentía derrotado tras su periplo por Miami y Madrid y, sin embargo, lo que más temía era que Bibi le hubiese abandonado.

En cuanto entró en su piso, avanzada la noche, comprendió que ella no se había marchado. Cerró la puerta de la calle con delicadeza y se deslizó en su propio cuarto. Miró a su mujer adormilada en la cama, medio desnuda, simplemente tapada con un suave batín de raso sexy y con el pelo revuelto. «No se ha ido. Eso es buena señal», pensó. Embobado, comprobó que su elegancia natural la alejaba de aquellas mujeres que creían que su vagina era un lector de tarjetas de crédito. Para el detective, las mujeres como Alexa Tatoo y Verónica Expósito pertenecían al mismo tipo de burdel. No existía ninguna diferencia entre ellas. Salvo que la primera se vestía en Stradivarius y la segunda en Chanel. Las dos compraban su ropa con el producto que su sexo les proporcionaba. «Como la mujer de Miami», meditó.

La dejó dormir y, mientras se dirigía al baño, reflexionó sobre los verdaderos motivos de aquellos hombres que aparentemente lo tenían todo, pero que asistían a los carruseles sexuales. Se sentía una isla en un mar de mierda. Y su punto de anclaje era su familia. Su ropa era un signo de distinción que lo diferenciaba del marquista Sánchez Gamonal; del amaneramiento impostado de Altamira, más *bristish*; del *low cost* de Peláez y Sistiago; del seguidismo *it boy* de Lindo Suria o el *borjamari* Corbin, que no dejaban de ser variantes de las falsedades de la sociedad.

Se miró en el espejo. Los signos de agotamiento físico eran evidentes. Había adelgazado. Mentalmente estaba peor y no cejaba de recriminarse el encarcelamiento de su cliente. Para colmo, su vida con Bibi se estaba desmoronando a medida que se involucraba más en aquella investigación.

Tras ducharse se estiró en la cama de forma delicada. Se recostó intentando no despertarla. Pero no lo consiguió. Bibi abrió los ojos desperezándose. Sanchís esperó una discusión que no llegó.

—Hola —dijo ella con la voz rota, plantificándole un beso suave y húmedo, que le reconfortó haciéndole saber que con su familia estaba a salvo de aquella podredumbre humana.

Sanchís sonrió. Las rencillas parecían olvidadas. Pero tenían que hablar, pensó. Sin embargo, ella le acogió entre sus brazos hasta que la libido del investigador apareció, de nuevo, para olvidar sus penas entre la salina piel de su mujer.

Bibi se levantó y empezó a desvestirse, ante él, deleitándose en una lentitud estudiada para hacer que la recién marchita virilidad de su amante recobrase fuerzas. Un movimiento de sus ojos le hizo comprender que algo, dentro de ella, le necesitaba. Se dilataron sus pupilas. La sangre descendió del cerebro del detective que levantó las sábanas con su erección. Ella se tumbó y su calor templó el cuerpo de Sanchís, que se le acercó con una cara de picardía que dejaba traslucir claramente sus intenciones. Gateó hacia Bibi y sus labios cubrieron su boca.

—Estoy enfadada. ¡Y mucho! —afirmó.

—Venga amor... —dijo Sanchís reconociendo la ironía.

—¿Podrás? —preguntó ella, de forma provocativa.

Sanchís se acurrucó a su lado haciendo que el calor de su respiración alterase su piel. Besó

su hombro esperando una reacción, fuese la que fuese. Necesitaba un gesto que le hiciese entender que tenía luz verde.

—Deberías ir más veces a Miami —susurró Bibi con voz temblorosa.

—Sí. Pero contigo. Perdona por no haberte informado de mi viaje.

Bibi cerró los ojos intentando hacerle comprender que le perdonaba. Luego sonrió y apretó los glúteos provocando que su cuerpo se alzase dejando sus pechos a la altura de los labios de Sanchís. Su picardía era tan excitante como su figura. La mano del detective descendió hasta su pubis y le miró fijamente.

—¿Qué quieres, Néstor?

—A ti. Te quiero a ti.

—Creo que empezaremos por aquí —le dijo mirando hacia el sexo del detective.

Tras un rato haciendo que el detective se olvidase de todo, Bibi pasó los brazos tras la nuca de Sanchís y se aferró a su boca, que mordió con ganas. De repente, se paró. Apartó su cara de la suya y le miró desafiante. Puso la mano en la cabeza de Néstor y lo dirigió más abajo de su ombligo. Su cuerpo se arqueó de placer. Bibi cerró los ojos con tanta fuerza que sintió el latido del corazón en los párpados. Y, en esos momentos, se sintió desfallecer. Esperó unos minutos para recuperarse.

—Has estado a punto de perderme —dijo Bibi.

—Lo sé.

Su mujer se durmió, pero Sanchís no pudo conciliar el sueño. Se levantó de la cama con sigilo y se sentó en una butaca del salón. Media hora más tarde, mientras la luz de una lámpara iluminaba la novela que intentaba leer, comprendió que le sería imposible relajarse y tomó toda la documentación que tenía del caso. La leyó durante la siguiente hora. Y, de repente, se acordó de algo que le había dicho el juez. Creía recordar que le había dicho que no conducía. Que no tenía carné de conducir. Algo asaltó su memoria.

Salió corriendo hacia el despacho.

Bibi se despertó sola. Sin su marido a su lado. Sin ninguna nota de explicación.

—Se acabó. No lo aguanto más —gritó sentada, medio desnuda y sola, en la cama matrimonial.

Tomás Sánchez Gamonal estaba cansado de vivir en un hotel. Había llegado el momento de reunirse con su hijo Jorge y con su ex mujer. Habían acordado citarse en la casa familiar. Necesitaba verse cara a cara con los dos. El mayordomo abrió la puerta: su nómina aún la pagaba el Banco Continental.

—Buenos días, señor —dijo el sirviente.

Tomás Sánchez contestó al saludo con un golpe marcial de cabeza. En cuanto entró se dio cuenta de que nada había cambiado. Su colección de arte, el mobiliario de diseño y las vajillas de anticuario seguían allí. Verónica salió a su encuentro. El financiero la miró con ternura. Ella ni siquiera respondió: fría como el hielo.

—Buenos días, Vero.

Verónica hizo un gesto de desagrado. No le soportaba desde hacía tiempo. O eso le decía a su terapeuta. Sánchez Gamonal había escuchado algunas de aquellas sesiones que Peláez había grabado para él. En su caso, pasaba algo parecido. Al principio todo había sido deseo. Con solo verla, sentía ganas de poseerla. Pero incluso antes de su caída al abismo del lodazal judicial, había empezado a no tener tiempo para ella. Ni la miraba al desnudarse para ir a la cama. Ya no le motivaba. La soportaba, eso sí. Le daba cache social. O eso creía él.

—Qué hay —contestó Verónica con desprecio—. Nos esperan en el salón.

Cuando Tomás Sánchez enfiló el camino hacia la estancia principal de la vivienda miró el culo de su ex mujer, que caminaba por delante. Se excitó al pensar que podría forzarla a acostarse con él.

—Llegas en el momento más oportuno —dijo Jorge Sánchez Gamonal negando con la cabeza, al advertir la mirada de su padre.

Una vez sentados los tres en el salón, el banquero empezó su discurso con tono frío y calculado.

—Os he reunido a los dos para deciros que en poco más de un mes todo habrá acabado —afirmó Tomás.

El vástago Sánchez Gamonal le miró sin creerse lo que escuchaba.

—Pero ¿es cierto lo que dicen sobre tus correrías sexuales? —preguntó Verónica.

—No. Todo es un embuste de un juez loco que quiere vengarse de mí.

—¿Y las imágenes que he visto con él y otras mujeres en una orgía?

—Falsas.

Las palabras: indigno, vergonzante y penoso se repitieron, durante los siguientes minutos, en un parlamento entrecortado por los hipo de los sollozos de una sobreactuada Verónica.

—Se ríen de mí, Tomás. Todo el mundo se ríe de mí. Soy el hazmerreír de la sociedad.

—Es todo falso, Vero —mintió—. Un montaje de la prensa. Yo jamás he ido a esos encuentros.

Tomás miró de reojo a su hijo y vio en su cara una mueca de sorna que tampoco pasó desapercibida para su madrastra. El joven Sánchez Gamonal poco a poco se alejaba de la educación que Elisa, su madre, le había dado. Cada vez odiaba más a las mujeres. Y con cada una de aquellas traiciones femeninas hacia su padre se afianzaba aún más ese sentimiento y la necesidad de dirigir el imperio familiar con vara de hierro y sin valores. Cada paso hacia la

misoginia era un escalón recorrido hacia el poder sin escrúpulos.

—Ni tu hijo te cree —espetó su ex mujer—. Yo no sé vivir estando en boca de todo el mundo. ¡Qué más dirán!

—Pues nada. ¿Qué van a decir, cielo? Todo es mentira.

—Yo no tengo por qué soportarlo —se quejó Verónica.

—¿Que no qué? Mira, ya está bien. ¿Recuerdas tu infancia? ¿Recuerdas dónde te conocí y cómo vestías? Si ni siquiera tenías para llegar a fin de mes. A mi lado has conocido los mejores hoteles y restaurantes. Las mejores tiendas y te he dado todo lo que tienes.

—Tomás yo solo quería tu amor —mintió.

Y, de repente, el banquero rompió a reír.

—No me jodas, Verónica. Tú querías mi billetera. Un mundo al que no podías aspirar y una clase que jamás podrás tener. Porque sigues siendo una barbie de extrarradio vestida de Dior.

—Eres un hijo de la grandísima puta, Tomás Sánchez Gamonal —gritó remarcando todas y cada una de las sílabas del nombre y apellido de su ex marido.

—Mira, guapa. Yo seré lo que tú quieras. Pero tanto dinero solo se consigue con riesgos. Tú querías una vida de lujos. Pues aguanta la puta presión.

Fue una bronca monumental que oyó todo el servicio de la casa. La segunda en poco tiempo. Antes ni siquiera lo hacían. Ella asentía, callada y complaciente. Jamás había dejado su papel de tonta. Hasta esa noche. Se había teñido buscando el color original de su pelo. Y reapareció la agría Verónica Expósito. La que se había criado entre hombres. La certera víbora que destrozaba y cuidaba a sus hermanos en largas diatribas sobre cualquier tema, mientras su padre permanecía en prisión. La beligerante joven que defendía su territorio con inteligencia e, incluso, violencia.

Había nacido la preparadora de juicios.

No hubo descanso. Grito tras grito, acusación tras acusación, se lanzaron críticas, reproches, insultos y amenazas hasta que, pasada la una de la madrugada, Verónica Expósito explotó:

—Por ser, eres un puto mal amante. Una mierda de tío que solo sirve para pagar y al que nadie respeta. Eres lo más rastrero que he conocido en mi vida y que se cree que todo se compra con dinero. Y yo no me vendo.

El banquero salió de la vivienda con su hijo al lado. El vástago estaba avergonzado y no entendía cómo su padre no le había cruzado la cara a aquella mala pécora. El no lo habría dudado.

Tomás Sánchez Gamonal, incapaz de usar la violencia contra una mujer, salvo en los negocios, detectó un brillo en los ojos de su hijo que le dio miedo. En cuanto recuperó la compostura se arrepintió de las palabras que había lanzado contra su ex mujer en aquel teatro y le escribió un mensaje: «Quizás en menos de un mes esté todo solucionado. Gracias».

Su hijo le miró con desprecio. Sabía que estaba escribiendo a su madrastra. «Menudo calzonazos», se dijo. «Está demasiado mayor para ser el padrino.»

Y, por fin, se emancipó.

En cuanto envió el mensaje, el móvil tintineó. Creía que era una respuesta de Verónica y miró la pantalla con ansia. No era ella. Algo había pasado esa noche en Madrid. Sánchez Gamonal y su hijo habían estado fuera de juego demasiadas horas.

—Dime, Íñigo.

Unas horas antes, en otro punto de Madrid, se había encendido la espita que daba paso al proyecto Sucesor. A las once de la noche, puntual y sistemático, tras una frugal cena, el juez Luján Olvido salió del restaurante. Le esperaba una gran noche. Necesitaba descargar adrenalina para olvidar esas últimas semanas y todo lo que se había dicho de él.

Tomó un taxi hasta un polígono industrial. Allí, en una de las naves industriales, se escondía



el mayor casino ilegal de Madrid. Cruzó la puerta de entrada y se dio de bruces con una cortina aterciopelada que encubría una sala de juegos.

—Buenas noches, señoría —le saludó el portero al verlo entrar.

—Lo de siempre —ordenó el juez.

Se sentó a una mesa. Ante un tapete verde. Necesitaba una mano de cartas para olvidar aquellos días.

Miguel Martón, a bordo de su monovolumen, contempló al juez Luján Olvido en la puerta del restaurante. A sus cincuenta y cinco años, Martón no era un soltero vocacional ni un respetable mujeriego. Su familia le había abandonado hacía tiempo y, como sucede con todos los hombres sin suerte, a Martón el destino le tenía preparado un final trágico. Era un jugador de riesgo y apostaba por todo. Incluso contra sí mismo. El informe que le habían hecho llegar era certero, aunque él no lo creyó. «Ahí está», se dijo al verlo. El juez salió a la hora indicada del restaurante. En su caso, perder era la norma.

Abrió una bolsita amarilla. Hizo un canuto con un billete de cien euros y lo introdujo directamente en el envoltorio. Aspiró con ansia y la coca pasó directamente a su garganta. El polvo hizo que sus sentidos se despertaran.

Era un matón a sueldo que, con un tiro de coca, se sentía invencible. Había recibido órdenes sencillas: acabar con el juez en cuanto saliese de su partida de cartas. *Sniff*. Creyó que otro tiro de mierda le ayudaría a cobrar fuerzas. Mientras conducía, se cruzó con un coche de la policía. Se llevó la mano a la cintura y sintió la culata fría de la pistola. No le dieron el alto y Miguel se relajó.

—Proyecto Sucesor —se iba repitiendo—. Céntrate. Lo harás bien.

Aparcó frente a una nave industrial y vio al juez desaparecer tras la puerta. Yurikov no se había equivocado. Solo quedaba esperar. En cuanto saliese, podría cumplir con su misión. El coche era robado y había doblado las placas de la matrícula.

Esperó dos horas en el interior. Finalmente, el magistrado salió. Su cara malhumorada mostraba que había perdido en la mesa de juego.

Abrió la puerta del coche con la pipa en la mano. Todo pasaba a cámara rápida. Y al poner el pie en el suelo, con la pistola desenfundada, escuchó una advertencia.

—Baja la cacharra, ponle el seguro y dámela. O te mato.

La vigilancia del casino ilegal, acostumbrada a controlar posibles visitas indeseadas de la policía, había detectado a Miguel hacía horas.

Miguel cayó al suelo. Recibió un culatazo en la cabeza. Le golpearon con la punta metálica de una bota Dr. Martens.

—¿Quién te envía, hijo de puta? —le dijo el segurata mientras Miguel se cubría la cabeza con las manos.

—Para, por favor —suplicó.

Las patadas le rompieron tres falanges. Nunca dijo quién le enviaba. Murió de un ataque al corazón provocado por la coca y la tensión de ser descubierto y golpeado.

—¡Qué pasa aquí! —gritó Luján Olvido alertado por el griterío.

—No se acerque, señoría. Tiene un arma. ¡Creemos que está muerto!

—Me cago-en-la-puta —masculló—. «Si la prensa se entera de que estaba en una sala de juego ilegal voy a tener más problemas», se dijo.

El juez no entendía nada. Se preguntaba cómo un procedimiento judicial había provocado tantos ataques, chantajes, robos y amenazas. Creía que tras toda esa podredumbre tenía que haber alguien más importante que Sánchez Gamonal, alguien que estaba protegiendo su posición social.

Alguien con el suficiente poder como para movilizar a clanes, asesinos a sueldo y policías corruptos. Algo se le escapaba y aún no comprendía el qué. Pero ese alguien debía salir en los vídeos de Corbin. Si no, jamás se les habría ido la mano con Martón, contradiciendo sus propias órdenes.

Olvido se sentó en el suelo. Miró el reloj: era casi la una de la madrugada. Estaba cansado de tanta tensión. Por mucho que hubiese imaginado el impacto mediático al que le iban a someter, comprobar que alguien moría delante de él era algo que no esperaba. Y le producía una sensación que casi nunca había sentido antes: miedo.

—Dime, Íñigo —contestó el banquero, al salir de su antigua vivienda junto a su hijo Jorge.

Tomás Sánchez Gamonal también empezaba a estar aburrido de todo aquel sainete preparado. Quería acabar pronto con todo aquel *boudeville*. ¿Qué narices hacía Altamira llamándole a la una de la madrugada? Quería llegar al Hotel Intercontinental. Solo eso. Jorge, sin embargo, parecía estar divirtiéndose con toda aquella tensión.

—Necesito verte —dijo el letrado enfurruñado.

—¿A estas horas?

—Sí, joder. Si no fuese importante no te llamaría —exclamó.

Los gritos traspasaron el auricular del teléfono. Junior le arrancó el móvil de las manos y se dirigió al letrado:

—Íñigo, soy Jorge. ¿Dónde cojones estás?

—Acabo de salir de una cena en el restaurante Lucio, ¿y tú?

—¿Y yo? Pues con mi padre, al que acabas de hablar irrespetuosamente por teléfono. Creo que aún no has entendido quién manda aquí.

—Perdona, Jorge.

—Recuérdalo siempre —le advirtió el joven. Miró a su padre con condescendencia. Se estaba haciendo débil, pensó. Le devolvió el teléfono.

—Dime Íñigo —repitió el banquero exultante y orgulloso con el cambio que había sufrido su hijo en aquellos meses.

—Perdona por lo de antes, Tomás —contestó el letrado.

—No te preocupes. ¿Qué me estabas diciendo?

—Ah sí. Que dónde habéis estado toda la noche. Si puedo saberlo, claro.

—He estado toda la noche en casa de Verónica con Jorge.

—Bien —repuso el letrado—. Mucho mejor. ¿Te has enterado?

—¿De qué? —preguntó, cansado de tanto misterio.

—Tenemos que vernos.

—Habla por aquí —propuso el banquero—. No pasa nada.

De la forma más neutra posible, le explicó el intento de asesinato de Luján Olvido.

—Gracias a Dios que el servicio me ha visto y nadie me puede implicar en esto —dijo Sánchez Gamonal.

—No estés tan seguro.

—Sí, lo estoy. Los gritos de Verónica los debe haber escuchado medio Madrid. Tengo una coartada perfecta. ¿Y tú, Íñigo?

Lindo Suria fue a trabajar ojeroso y con poco glamour. Ese día, por primera vez desde que lo había inaugurado, no publicó en su blog. Se sintió mal sabiendo que faltaba a su cita diaria con sus seguidores, pero había pasado la noche hablando con sus contactos para verificar la información sobre el intento de asesinato del juez.

—Ya está colgado —le dijo uno de los redactores de la versión digital de *El Sol Legal*.

La edición de papel no llevaba la noticia del ataque nocturno al magistrado que, sin embargo, era la portada en la edición digital. Los informes le habían llegado de madrugada. Con una advertencia: «Si publicas algo que no debes, se sabrá con quién te acuestas...» Era el eterno soniquete contra las personas que aún no habían salido del armario. A cambio de su silencio, obtuvo la exclusiva sobre Miguel Martón, un policía que fue expulsado del cuerpo por tráfico de drogas, y que se había reconvertido en asesino a sueldo.

Lindo se sentía incómodo ocultando parte de la información a su público. «¡Órdenes son órdenes!», se dijo. Martón estaba siendo investigado por el secuestro de una prostituta en Barcelona, Alexa Tatóo. Un anónimo viandante había apuntado la matrícula del Lancia Voyager que había sacado de la circulación a la actriz. Aunque la policía ante aquel inesperado testigo había abierto unas diligencias de investigación, en realidad nadie se ocupó de llevarla a cabo. Martón era el compañero de fatigas del comisario Peláez. Ambos paseaban sus trajes *low cost* por los mejores despachos de abogados de Madrid cobrando por información. Eran la vergüenza de sus compañeros. Martón siempre en la retaguardia. Esperando fuera. Peláez dando la cara.

—¿Quién era Miguel Martón? —le preguntó por teléfono el conductor del programa radiofónico al ya famoso comunicador Suria.

—La verdad es que sabemos poco de él. Simplemente conocemos sus problemas personales y su expulsión del Cuerpo Nacional de Policía —mintió el periodista.

Lindo Suria, pese a las pocas horas que había dormido, se sentía ganador. En cuanto acabó la entrevista radiofónica decidió que había esperado suficiente tiempo, que ya era hora de besar al hombre que tanto dinero y dolor le había costado. Había gastado ingentes cantidades de dinero en aquel joven para que ahora le dejase tirado por una pederasta con las tetas operadas. La imagen de Suria no se ajustaba a la del poderoso periodista con información confidencial. Pertenecía a una respetable familia madrileña e, incluso, había sido el delegado de su curso universitario. Pero nunca se atrevió a hablar a los suyos de su homosexualidad. Era celoso y posesivo. Pensaba que Nicolás Montón era su posesión y lo llamó.

—Hola guapo —dijo—. ¿Me has escuchado en la radio?

—No —contestó el chaval.

—Nico, necesito hablar contigo.

—¿Por qué no me dejas en paz, Lindo?

—Nico, te lo suplico. Necesito sentir tus manos y tus besos.

—Mira, Lindo. Gracias por todo. Me acosté contigo por dinero y ahora tengo a alguien que me paga más.

El periodista sollozó. Nicolás había vendido sus conocimientos a la familia Sánchez Gamonal, y Peláez se lo había dejado claro a Suria: «A partir de ahora escribirás al dictado de la familia». El periodista, traicionado por Montón, se había convertido en el nuevo portavoz de los

Sánchez Gamonal.

Néstor Sanchís se sentía acuciado desde que supo que Luján Olvido no tenía carné de conducir. Se lo habían confirmado desde Tráfico y desde Hacienda. Recordó las palabras del juez: «Es que no conduzco. Nunca me he sacado el carné de conducir. Soy un desastre». Por eso se trasladó nuevamente a Madrid, pues sabía que aquella información era fundamental para la resolución del caso. Porque si era así, si el juez no conducía, ¿para qué había pagado un parking público? El extracto de su tarjeta de crédito así se lo certificaba. Aquel documento anodino que había creído inservible se había vuelto, de repente, prioritario.

Antes de tomar el vuelo a Madrid repasó el extracto de sus movimientos crediticios que el detective había obtenido ilegalmente. Era claro. Había un pago de un parking de 3,12 euros. Algo nimio a lo que no había prestado atención. Iba buscando gastos indebidos, un nivel de vida impropio para un juez, y por eso había hecho la consulta sobre sus movimientos crediticios. Nunca imaginó que una insignificante cantidad iba a conducirle a la verdad.

Esa noche, en Madrid, el empleado del parking se sorprendió al verlo llegar andando. Había tomado un taxi y descendido a pie la rampa de coches. Tenía el día y la hora del pago de los 3,12 euros. «Este hombre puede ser la solución al dilema», se dijo Sanchís.

—Hola, buenas noches.

—Dígame, caballero —contestó el empleado nocturno del local.

—¿Podría usted identificar qué coche hizo un pago en un día y una hora determinados? —preguntó Sanchís.

—¿Qué? —se sorprendió el empleado.

«Si me responde con una pregunta es que está evaluando la respuesta», meditó el detective. Automáticamente se llevó la mano al bolsillo izquierda del que sacó un billete de cincuenta euros. Antes de entrar en el garaje, había puesto un billete de cincuenta en dicho bolsillo y otro de cien euros en el derecho. Nunca se debía sacar un fajo de billetes ante un confidente.

Le tendió el billete y le dijo:

—Esto es por las molestias y el tiempo que tenga que perder buscando la información. Es muy importante —dijo Sanchís. Y añadió una pequeña mentira para ganar puntos—: Ha desaparecido una menor y esta información sería una gran pista.

El empleado se encogió de hombros. Sanchís le sonrió dejándole claro que no le estaba comprando sino dándole un trabajo. La gente no se vendía por poca cantidad de dinero. Pero todo el mundo estaba dispuesto a trabajar, más si era para ayudar a una menor de edad.

—Puedo intentarlo —contestó finalmente—. ¿Y usted se llama?

—Néstor Sanchís.

—Yo me llamo Juan Elías.

—Encantado de conocerle —dijo tendiéndole la mano.

Necesitaba ganarse su confianza.

—¿Y para qué quiere saber exactamente esa información?

Sanchís sonrió. El empleado era listo. Quería más dinero y estaba jugando sus cartas. Así que el detective decidió seguirle el juego.

—Lo cierto es que mi mujer...

—No diga más. Otro billetito como este y la información es suya —le cortó el aparcacoches

poniendo, por fin, un precio a su trabajo.

—Haremos esto —empezó a decir el investigador mientras llevaba su mano al bolsillo derecho—. Le daré ese otro billete cuando tenga la información.

Los ojos de Elías se iluminaron ante el color verde del papel moneda.

—¿Es posible comprobar las cámaras de vídeo de ese día? —preguntó el detective.

El empleado lo miró con condescendencia. «Pobre hombre», se dijo. «Cornudo y encima quiere ver las imágenes de su mujer con su amante. Hay que ser idiota», pensó.

—Pero hombre de Dios, no es posible mirar todas las cámaras. El sistema se envía a la central cada quince días y nadie allí comprobará unas imágenes de hace cuatro meses. Salvo que supiésemos la plaza donde había aparcado.

—¿Y es posible saberlo con los datos que le he dado?

—No —respondió el empleado.

—Bueno, haga lo que pueda.

Las reuniones, marcadas desde las cúpulas del poder gubernamental, se sucedían. Los servicios de inteligencia empezaban a deslizar el líquido informativo y, como vasos comunicantes, se transfería de un estamento a otro. El mandato era claro: apartar al juez y salvar al banquero.

El Consejo General de Poder Judicial tenía que determinar cómo despellejar definitivamente a Luján Olvido suspendiéndole, de por vida, de su cargo. La sala de fiscales, encabezada por el fiscal general del Estado, también se reunió. Estudiaban el informe emitido por el fiscal Abundio Villar, que recomendaba acusar al juez de prevaricación.

Algunas (pocas) voces sorprendieron, en ambos estamentos, enarbolando el principio del *in dubio pro reo*. Nadie les escuchó. Ni siquiera el intento de homicidio del juez se tuvo en cuenta a la hora de defenderlo. Las imágenes de las orgías eran tan claras que era imposible no hundirlo, defenestrándolo e impidiéndole volver al ejercicio de la judicatura. Sus imágenes en televisión participando en camas redondas fueron el contrapeso y lo que les permitió cargarse de fuerza moral para tomar aquellas decisiones. La estrategia técnica se podía configurar sin problema y lo más importante ya estaba hecho: la bendición del Gobierno de donde salió la orden final.

—Hay que apartarlo de la judicatura e imputarlo. Hay que dar un escarmiento —dijeron en diversas conversaciones telefónicas el secretario de Estado de Justicia y el jefe del partido de la oposición, Nando Asunción.

Y, obviamente, se cumplió. Los jueces acabaron primero y, minutos más tarde, los fiscales. El primero en salir de la sala donde se habían tomado las decisiones fue Tirso Andújar, el enjuto fiscal general del Estado.

En cuanto lo vio cruzar la puerta, Abundio Villar pensó en cuánto tardaría su jefe en llamar al secretario de Estado de Justicia. Y se equivocó, porque no fue la primera llamada que realizó.

—¿Ñigo?

—Sí, Tirso, dime —contestó el letrado.

—Vamos a detener a Luján Olvido.

—Gracias por llamar.

—De nada. Y no te preocupes. A este me lo llevo por delante.

La lectura de los documentos judiciales tuvo a Altamira ocupado toda la mañana. No entendía nada. Párrafo tras párrafo tenía que volver atrás. Se perdía entre tanto concepto jurídico. Su fuerte nunca había sido la asignatura de derecho penal. Se movía mucho mejor con los datos fácticos. Estaba de mal humor y la llamada del fiscal general del Estado empeoró su estado de ánimo. Le acababan de desbaratar sus planes de conseguir una absolucón rápida de su cliente. Si Olvido iba a la cárcel todo se vendría abajo y un nuevo juez retomaría la instrucción contra su cliente. Estaba seguro de que Tomás Sánchez no aguantaría la presión de un nuevo proceso y él, posiblemente, acabaría también imputado.

—Mierda —espetó tras colgar con el jefe de los fiscales.

Acto seguido, escribió un SMS: «Tenemos que vernos ya». La respuesta llegó enseguida: «Te veo en una hora en tu despacho».

Tenía la excusa perfecta para dejar de leer aquellos documentos.

—Dele esto a un junior —ordenó a su secretaria—. Que me haga un resumen como si fuese para un tonto. Se lo tenemos que hacer llegar al cliente —mintió el letrado.

Una hora más tarde, puntual como un reloj, el magistrado llegó al edificio de Law & Evidence. Luján Olvido estaba tenso. No se sentía cómodo asistiendo a la oficina del abogado defensor de uno de sus acusados. Pero no había más remedio.

—Luján, pasa por favor.

—No tengo mucho tiempo. Dime —dijo, cortarte, el magistrado.

—¿Un café?

—Íñigo, por favor, vayamos al grano.

—Siéntate, por favor. —El juez así lo hizo y se quedó mirando a Altamira, incómodo. El abogado tragó saliva y espetó—: Te van a detener.

El juez se quedó blanco.

—Gracias —atinó a decir.

—Como imagino que sabrás, yo he estado ayudando a Horacio con la documentación que ha ido aportando en la causa. —Miró al juez a los ojos y vio en ellos ignorancia y miedo—. Pero ha llegado el momento de que abandones esta instrucción judicial porque al final se nos llevará a todos por delante.

—Yo no voy a hacer nada más de lo que he hecho. Si Tomás y tú sois culpables tendréis que pagar por vuestros delitos. Si él o tú sois inocentes la justicia os absolverá.

—Dejémonos de idioteces, Luján. Esto tiene que acabar. El plan era otro y parece que poco a poco se está desbaratando. Te van a detener —dijo pensando que la única manera que tenía para evitar su implicación era conseguir algo que vinculase al juez con la acusación particular de Simenón.

—Que lo hagan —contestó—. Yo no tengo nada que temer a estas alturas del partido. He hecho lo que se me ordenó y creía mi conciencia. Ahora poco más puedo hacer.

—Laura, acompaña a su señoría a la puerta por favor —pidió a su secretaria.

Camino de la puerta ni siquiera sonrió a las letradas con las que se cruzaba. Las malas noticias eran así. Entraban en el cerebro para enquistarse y no salir. Caminaba como un zombi.

Al salir a la calle, respiró profundamente. Tenía que ordenar las ideas. Estaba claro que le habían traicionado. Debía actuar en consecuencia. «Ni siquiera que me hayan intentado asesinar les ha parado. Menudos cabrones estos políticos», se dijo. Ni el falso intento de asesinato planeado por Peláez había surgido efecto. Martón había recibido del comisario una pistola con balas de fogueo y el juez había advertido a la seguridad del Casino. Nunca imaginó que acabaría muerto.

Anduvo una manzana y tomó un taxi. Estaba decidido.

Cuando llegó a su destino, el juez descendió del coche con prisa. Miró a su alrededor y, tras comprobar que todo estaba en orden, pegó un salto para entrar directamente en su casa, con tan mala fortuna, que tropezó con el bordillo y se rasgó la ropa. Ni siquiera se paró a arreglar el estropicio.

Click. Click.

Aquel tropiezo quedó immortalizado en unas hermosas fotografías. Luján Olvido no se percató. Simplemente entró en su edificio y empezó a preparar la maleta. Con lo necesario. Nada superfluo. Los documentos y papeles los guardaba en la nube informática. El resto lo podría comprar cuando llegase a su destino.



El diario *El Sol Legal* destapó su portada la mañana siguiente: «Un nuevo tropiezo en la vida del juez Olvido».

Horacio Simenón leyó, temeroso, la prensa. Había imaginado que tras la orden de detención de Luján Olvido el siguiente sería él. Alguien les había traicionado. Sabía que para detener al juez la policía se tomaría unas horas hasta que tuviesen un atestado policial bien conformado. Pero con él las cosas serían diferentes y todo se aceleraría.

Meditó, nuevamente, si presentarse voluntariamente en la fiscalía y confesar. El código penal atenuaba la pena si reconocía sus delitos a las autoridades antes de saber que el procedimiento judicial se dirigía contra él. Los jueces no iban a analizar ningún elemento relacionado con el arrepentimiento. Con su confesión bastaba, y le aterrorizaba ir a prisión. Finalmente, desechó la idea.

Abrió el cajón de su mesa de oficina y sacó varios informes psiquiátricos. Los suyos. A lo largo de los años un amigo médico le había ido realizando informes sobre diversas patologías. Sabía que vivía al otro lado de la ley, en el de los chantajistas, y que su única vía de escape para evitar el encarcelamiento era presentarse como un trastornado mental. Dejó tres de aquellos informes dentro del cajón, salvo uno que quedó encima del sobre de madera. Y esperó.

Treinta minutos más tarde un ruido en el exterior de su despacho le hizo saber lo que iba a ocurrir.

—Buenas tardes.

—Les estaba esperando —dijo a los policías que acababan de entrar.

El fiscal general del Estado había recibido una grabación de Luján Olvido y Horacio Simenón en el que se les oía pactar fuera del proceso judicial para volver a meter a Tomás Sánchez Gamonal en prisión. «Tranquilo Luján, los documentos para pedir las cuentas suizas de Sánchez Gamonal están arreglados. Esta vez lo envías a Soto del Real por mucho tiempo», se escuchaba en la grabación.

—Horacio Simenón, queda usted detenido por un delito de obstrucción a la justicia, fraude procesal y cohecho. Tiene usted derecho a guardar silencio no declarando si no quiere, a no contestar alguna o algunas de las preguntas que le formulen, o a manifestar que solo declarará ante el juez. ¿Me entiende señor Simenón?

El abogado sentado en su silla, apesadumbrado e impertérrito, afirmó con la cabeza.

—Tiene usted derecho a no declarar contra sí mismo y a no confesarse culpable. A designar un abogado para que le asista en estas diligencias. Si usted no tiene abogado se le designará uno de oficio. Tiene usted derecho a que se ponga en conocimiento del familiar, o persona que usted desee, el hecho de la detención y el lugar de custodia en que se halle en cada momento. ¿Me ha entendido?

Simenón confirmó, nuevamente, con un gesto de cabeza. Estaba esperando su momento.

—Por último —añadió el policía—, tiene usted derecho a ser reconocido por el médico forense. ¿Lo necesita señor?

—Sí —contestó.

—¿Qué le ocurre?

—Sigo un tratamiento desde hace más de tres años porque estoy diagnosticado de psicosis

paranoide crónica. Delirio de reivindicación, le llaman los técnicos —explicó el letrado—. Me tratan con una combinación de neurolépticos, antipsicóticos y ansiolíticos por un subtipo agravado del delirio de los litigantes, que reivindican sus derechos, su honor y tienen una fuerte necesidad de hacer justicia.

—¿Me lo dice en serio señor Simenón? —preguntó el policía.

—Sí. Aquí tiene mi informe psiquiátrico. Hágaselo llegar al médico forense, por favor.

Uno de los policías se lo llevó esposado, camino de los calabozos. El otro realizó una llamada telefónica. La estaban esperando.

—Señor, ya lo hemos detenido.

—Gracias por informarme.

—De nada, señor fiscal. Por cierto, ha solicitado un médico forense. Ha aportado un informe que certifica que tiene un delirio. De pleitistas o algo así, ha dicho.

—El delirio de los litigantes —le corrigió el fiscal general—. Tranquilo, está mintiendo. Se ha buscado una exención de la responsabilidad criminal.

—¿Exen qué?

—Exención —le explicó—. Pretende quedar libre de todos los cargos. Nuestro código penal contiene una lista parcialmente cerrada de determinadas conductas que, en atención con determinados requisitos legales, permite que un delincuente no sea imputable penalmente.

—Ahhh...

—Bueno, da lo mismo —dijo Tirso Andújar mientras pensaba «Menudo zoquete»—. Gracias de todas formas.

Al colgar, el fiscal general sonrió. Por fin se sentía poderoso. Llamó para informar de las buenas noticias.

—Íñigo, soy Tirso.

—Dime amigo mío.

—Ya está.

—¿Ya? —preguntó el letrado.

—Sí. Le acaban de detener. Y todo gracias a ti, Íñigo. Muchas gracias por la grabación de ese abogado... Horacio, creo que se llama. Sin ella no teníamos nada. Ahora la ALCC dejará de ser un problema. El Gobierno estará contento.

—Ha sido un placer amigo mío. Espero que ahora la causa contra Tomás se cierre definitivamente.

La masacre mediática fue tan brutal que solo un pequeño diario de izquierdas defendió a Luján Olvido. Un pequeño artículo de opinión mantuvo que los resortes del poder madrileño lo habían detenido para proteger a la casta empresarial y política que necesitaba que Tomás Sánchez Gamonal permaneciese en libertad y su banco en pleno funcionamiento.

Lindo Suria siguió con su baño de masas. Dándose a conocer. Paseando sus modelitos *it* por los platos y cargando contra todo aquel que no aceptase la línea oficial marcada por el diario *El Sol Legal*. Esa mañana paseaba su hermoso trasero por una de las tertulias políticas más vistas en televisión. El formato se había convertido en un vergel de acusaciones y descalificaciones. Dispuestos a masacrar al contrario a cambio de unos cientos de euros por aparición. Cada tertuliano defendía una marca. Una cabecera mediática. Un color político. Una línea editorial.

A medida que pasaba el tiempo el ambiente se calentaba. Lindo Suria perdía la gomina arrastrada por el sudor de su cuero cabelludo. El representante del diario digital de izquierdas se iba enfadando.

—Luján Olvido es inocente. Un perseguido político. Un mártir de nuestra democracia.

—No me fastidies —le cortó Suria—. Es un juez estrella que se ha estrellado en su propia *vendetta*. El único que debe quedar indemne es Don Tomás Sánchez Gamonal.

—Venga ya. ¿No has visto los vídeos de sus juegucitas sexuales?

—¿Y eso qué tiene que ver? —le volvió a interrumpir Suria—. Estamos discutiendo si robó o no. Si Luján Olvido le podía detener o no. Aquí no juzgamos a nadie por su condición sexual o por sus gustos sexuales.

El tertuliano de la izquierda rompió a reír. Se jactó de tener fuentes de información que dejarían en ridículo al propio Suria.

—Si tienes algo que decir, hazlo. Si no, cállate de una vez —vociferó Suria—. Porque al final va a ocurrir algo muy desagradable para todos.

—Puede ocurrir que te rompa los morros —replicó el contertulio—. Si me ves por la calle, cruza de acera.

—Esto no se puede consentir —exclamó Suria dirigiéndose al presentador.

—Tiene razón el señor Suria. Vamos a tomarnos unos momentos de descanso con unos consejos publicitarios y volvemos enseguida. En solo cuatro minutos.

En cuanto las imágenes de la tertulia retornaron a la pantalla, el presentador dio paso a Suria para que replicase.

—Al Góngora de ese digital izquierdoso solo tengo que decirle que yo no soy una persona violenta y que en mi ánimo no ha estado, está o estará vituperarle y vilipendiarle jamás. Parece que a él sí le gustaría enfrentarse físicamente a mi persona. Yo no lo voy a hacer.

—Bujarrón —se escuchó de fondo mientras echaban del plato al tertuliano de izquierdas que había osado defender a Luján Olvido.

Néstor Sanchís esperaba y desesperaba. Miraba de reojo su teléfono móvil constantemente. Llevaba dos días en Madrid sin obtener ninguna respuesta del parking y aprovechó para visitar a un cliente que manejaba diversos fondos de inversión y a un directivo de una multinacional con sede en la capital. Con ambos, las conversaciones fueron similares: las investigaciones que había realizado para ellos, los problemas que estaban teniendo con deudores a los que el detective investigaba para encontrar los bienes que ocultaban para no hacer frente a sus deudas y, sobre todo, la foto del juez cayendo al suelo y la injusticia que se había cometido con Sánchez Gamonal. Sanchís les había ocultado que estaba involucrado investigando el caso Bank Little.

A mediodía se dirigió a un restaurante con otro de sus clientes, un importante abogado de la capital. En plena comida de negocios, recibió la ansiada llamada.

—¿Te importa si me marcho? —le dijo a su cliente.

—¿Algún problema?

—Ninguno, tranquilo. Me ha llamado una fuente, con una información importante sobre un caso que estoy llevando.

—Claro, no te preocupes. Márchate. Si te quedas esta noche, dímelo y cenamos juntos.

—Gracias —contestó Sanchís.

Corrió al parking donde le esperaba Juan Elías.

—Señor Sanchís, bienvenido —le dijo a modo de saludo.

—Hola Juan. ¿Lo has conseguido?

—Claro. ¿Lo dudaba?

Sanchís no contestó. Simplemente sonrió.

—Los recibos físicos del parking los enviamos a un almacén cada seis meses —explicó el empleado—. A diario, vaciamos las máquinas de pago y guardamos los tiques para justificar los ingresos ante la Agencia Tributaria. Montañas de papel que almacenan en cajas numeradas por días, mes y año.

—Gracias fisco —dijo el detective, sorprendido por sus propias palabras.

La promesa de una recompensa económica había sido un buen incentivo y Juan Elías había buscado el resguardo para determinar la matrícula del vehículo que quedaba registrada en el soporte de papel. Cuando lo encontró, supo que se había ganado al menos dos billetes de cien.

—Mucha gente apunta con bolígrafo en el tique el número de la plaza que ocupan: maniáticos, despistados y gente con falta de sentido de la orientación. Así saben dónde encontrar sus vehículos. Aquel coche estuvo en la planta menos tres, plaza 1273 —le informó Elías—. Pero hay algo que no entiendo...

—¿Dígame? —preguntó Sanchís.

—Pero ¿usted no buscaba a su mujer?

El detective sonrió y sacó del bolsillo derecho tres billetes de cien.

Luján Olvido salió de su casa tal y como llegó: con prisas. Había necesitado algo más de veinticuatro horas para poner todo en orden. Por la mañana, temprano, abandonó su vivienda. Se había teñido el pelo y no se había afeitado, pero seguía siendo él. Observó a un lado y otro de la calle mientras esperaba un taxi. Se sabía vigilado desde que su fotografía había aparecido el día anterior en la prensa. Estaba avergonzado. Una caída fortuita le había convertido, de nuevo, en *trending topic*. Nuevos memes, chistes y fotografías aparecieron en las redes sociales. Cuando subió al taxi, se sintió a salvo. Nadie le podía seguir.

Los detectives que trabajaban para «El Dandi» redactaron el informe:

*A las 8:58 sale el investigado de su vivienda. Se ha teñido el pelo. Intenta camuflar su imagen vestido como un turista más. Lleva gafas de sol.*

*Toma un taxi solo y se dirige a una vivienda donde le espera una mujer de aspecto latino. Y, de allí, el taxista conduce a la terminal T4 del aeropuerto de Barajas. Embarca una pequeña maleta con destino desconocido.*

*A las 10:01 perdemos al investigado al cruzar el control de seguridad.*

Néstor Sanchís, con la información obtenida en el parking, supo lo que tenía que hacer: enfrentarse a Luján Olvido. Había decidido no fiarse de él desde que un amigo de la Interpol le había informado que la documentación, que había enviado el juez para que se emitiese una comisión rogatoria sobre las cuentas bancarias en Suiza, estaba falsificada. El detective le había pedido a su amigo que acelerase la investigación sobre las cuentas que, oficialmente, les había requerido el juez. La respuesta que le dieron fue demoledora:

—El informe saldrá muy rápido porque la documentación que envió el juzgado es falsa. La cuenta Belcky no existe.

En cuanto se lo comunicaron a Sanchís supo que Luján Olvido le había estado mintiendo y que lo que la prensa decía de él tenía que ser cierto. El vídeo que le había facilitado Juan Elías había sido la prueba definitiva.

—Menudo cabrón —espetó Sanchís, a solas en el hotel, mientras revisaba el vídeo en su iPad.

Las imágenes eran meridianamente claras. El día tres de febrero, a las ocho horas, el juez Olvido se había entrevistado en el parking subterráneo de Serrano con Horacio Simenón.

—¿El tres de febrero? —dijo el detective para sí.

Abrió con premura los documentos que guardaba en la nube de Internet, a buen recaudo.

—Te tengo, Luján Olvido —continuó con su soliloquio—. Al día siguiente iniciaste el proceso judicial contra Tomás Sánchez Gamonal. El diecinueve de marzo lo detuviste. ¡Menudo cerdo! —exclamó.

Las imágenes eran la prueba definitiva. Las repasó una y otra vez. Adelante, atrás. La secuencia mostraba a Horacio Simenón llegando a bordo de su coche y aparcando en la plaza 1273. Tras apagar el motor se le veía salir. Mirar el número de plaza y apuntarlo con un bolígrafo en el recibo. Luego desaparecía por las escaleras del establecimiento, dirección a la calle Serrano.

Dieciséis minutos después, según el contador horario del vídeo, se le veía aparecer de

nuevo. Sanchís, que ya se sabía de memoria aquellas imágenes, las retransmitía para sí mismo.

—Venga Simenón. Vuelve al coche. A fumar. Espera diez minutos a que llegue tu amiguito — invocaba el detective.

Y el vídeo mostraba todo aquello. El abogado fumando en el interior del vehículo y Luján Olvido llegando a los diez minutos y veintidós segundos.

—Venga Luján. Ahora toca discutir.

Sanchís estaba disfrutando como un niño con una película de Disney. El juez, sin nada en las manos, entraba en el vehículo de Simenón. La ventanilla del coche estaba bajada y se les veía gesticular de forma histérica.

—Joder ¡doce minutos discutiendo! Se debieron decir de todo —comentó, complacido, el detective.

A partir de ese momento, el vídeo mostraba al juez saliendo del vehículo, acercándose a la máquina de pago y volviendo al coche para darle el tique validado a Simenón.

—Venga Simenón, ahora dale el maletín a través de la ventanilla. Que se vea bien.

Y rompió a reír a carcajadas. Era una imagen brutal. No le ayudaba en nada para conseguir la excarcelación de Corbin, pero imaginó que era un as en la manga que tenía frente a Olvido. Su plan inicial había sido ayudarlo para que él, a su vez, condicionase a los jueces catalanes para que pusiesen en libertad a su cliente. Y esas imágenes solo confirmaban lo que ya imaginaba. Que Olvido era un corrupto que había iniciado una *vendetta* judicial a cambio de un maletín repleto de dinero. Ahora tendría que poner en marcha un plan alternativo.

Los minutos finales del vídeo mostraban al juez andando en dirección a la salida del parking y al abogado de la acusación popular conduciendo su coche para abandonar el lugar. Todo en menos de una hora. ¿Total de la operación? 3,12 euros.

Néstor Sanchís empezaba a creer que Sánchez Gamonal era inocente.

Cuando la vida de un hombre se encuentra bajo la atenta mirada de los poderes públicos, podía llegar a darse tantas paradojas como cabezas pensantes había puesto el erario público al frente de la crisis. Y Luján Olvido sabía que cualquier cosa podía acabar ocurriendo mientras esperaba la salida de su avión. Se sentía inquieto. Estaba blanco como el papel. El sudor perlaba su frente. Parecía que iba a transportar droga. Pero no era así.

Había buscado consuelo en adicciones, como el juego o las mujeres, que le permitían olvidar que, como juez, privaba a gente de su libertad por pequeñas bagatelas. Sufría con cada una de aquellas sentencias al contemplar los ojos de padres e hijos que veían a los suyos esposados de camino a la vida entre rejas. Nunca había soportado aquella presión. Por eso se había vendido y ahora tenía que escapar.

Se dirigía a Venezuela. Allí le esperaba un grupo de la mafia que ocultaba a fugitivos. Le iban a facilitar una nueva identidad, una vivienda digna y un equipo de seguridad. Solo necesitaba dinero. Con dólares conseguiría su ansiada vida al margen de la odiosa justicia que tantos sinsabores le había hecho pasar. Sabía que en ese país no se investigaba a los extranjeros que trataban de entrar, incluidos inmigrantes y solicitantes de visados o asilos, para determinar si eran sospechosos de delitos de derecho internacional. «Y de la frontera a alguna isla», se repetía el magistrado.

En el momento en que envió a la Interpol los documentos de la cuenta Belcky falsificados, supo que tenía que actuar. El plan era otro, pero la aparición del detective Sanchís había acelerado el alternativo.

Recurrió a un falsificador de documentos de identidad al que había dejado en libertad hacía unos años. Era culpable. Las pruebas eran demoledoras. Pero dictó sentencia pensando que, algún día, le tendría que devolver el favor. Y lo había hecho.

Solo había necesitado veinticuatro horas. Encerrado en su casa, mientras Alexa Tatoo le ayudaba con la logística. Ahora, esperaba la salida del avión inquieto, rememorando su última jornada.

Con la ropa hecha jirones, había entrado en su vivienda y la había llamado. Acababa de saber que le querían detener. Se lo había comunicado Altamira, uno de sus hombres en la sombra. Por eso necesitaba hablar con Luisa, que tardó en llegar menos de treinta minutos. Había dejado la Ciudad Condal y vivía refugiada en un piso del madrileño barrio de Tetuán.

—Luisa —le dijo el juez a su amada Alexa Tatoo—, ¿estás enamorada de mí?

—Sí. Mucho. ¿Por qué? —contestó ella.

—Porque quiero confiar en ti y no sé si puedo hacerlo.

—Claro que puedes.

—¿Qué te ha enamorado de mí? —quiso saber el juez.

—Nunca nadie me ha hecho sentir placer en la cama. Y tú lo conseguiste. Tocas unos resortes en mi cuerpo hasta ahora desconocidos. Por eso caí embrujada.

El juez asintió.

—Hace unos años absolví a un falsificador de documentos. Ve de mi parte y dale esta carta.

—¿Qué contiene?

—Una prueba que en su momento guardé. Algo que le enviaría a prisión. Y las órdenes de lo

que tiene que hacer.

—¿El qué? —se interesó Alexa.

—Dos pasaportes nuevos. Para ti y para mí. En veinticuatro horas.

—¿Y tú?

—¿Y yo qué? —preguntó el juez.

—¿Por qué confías en mí?

—Lo hago desde que te pedí que robases a Sánchez Gamonal para encarcelarlo y sacarle pasta por su libertad. Desde ese día supe que eras mi media naranja.

Ella se acercó y le besó con ternura, sintiendo por primera vez lo que era el amor.

—Y porque también traicioné a Corbin, ¿no? —preguntó con una sonrisa cínica.

—Sí. La verdad es que lo has hecho bien. Muy bien. Pero ¿sabes cuál ha sido tu mejor actuación, Luisa?

—Sí, lo sé. La llamada a Sanchís. El engaño. Implicarte a ti para que te creyese. Pero el genio eres tú. El maestro del engaño. Incluido el falso secuestro.

Luján Olvido se deleitó imaginando la cara de Sanchís cuando le agradeció telefónicamente que hubiese hecho desaparecer a Alexa Tatoo. Había sido un plan bien estructurado desde el inicio. Después de la reunión en persona con el detective y el espectáculo telefónico, Luján supo que lo mejor era que Luisa no asistiese a la nueva reunión que había pactado el investigador. Llamó a Peláez, quien había ordenado el falso secuestro a Martón que, ahora, estaba muerto. «Un cabo suelto menos», pensó.

Pero unas pocas jornadas después todo había cambiado.

Sanchís los observó mientras caminaba hacia ellos. Parecían una pareja más esperando la salida de su vuelo. Sentados, con sus manos entrelazadas y leyendo revistas del corazón y la prensa nacional.

—Buenos días, señorita —dijo Néstor Sanchís, quien había dado a un funcionario del aeropuerto un billete lila para que le dejase pasar el control—. Hola Luisa, ¿cómo estás?

Luján Olvido se asustó. También Alexa Tatoo. ¿Qué hacía allí el detective? Sanchís sonrió. Tal y como le habían informado sus hombres, el juez había cambiado su aspecto. La noche anterior se había teñido el pelo y hacía unos días que no se afeitaba. Una gorra y una vestimenta juvenil hacían el resto. Alexa Tatoo simplemente había cambiado la ropa de lycra por un blusón amplio y unos pantalones de pinzas. Se había recogido el cabello y ocultado sus tatuajes. Parecían una pareja de turistas norteamericanos cualquiera.

—¿Qué haces tú aquí, Néstor?

—Te hemos seguido desde tu casa al refugio de tu amiguita —contestó Sanchís señalando a Alexa con el mentón.

—Muy bien. ¿Y qué? Nos vamos unos días de vacaciones.

—No me jodas, Luján. Sé que los documentos con los que solicitaste la comisión rogatoria a la Interpol son falsos. Me enviaron una copia por e-mail y no eran los mismos que yo te di. Los habías alterado para que la comisión rogatoria saliese negativa.

—Eso...

—Eres un mal nacido. ¿Por qué aceptaste unos documentos si luego los ibas a alterar favoreciendo a Sánchez Gamonal? —le preguntó—. El abogado de Law & Evidence que me los dio se la jugó y tú los falsificas. ¿Por qué?

Luján Olvido no contestó. Alexa Tatoo empezó a ponerse nerviosa.

—Entonces es verdad... —dijo Sanchís—. ¿Y en vez de masacrar a Sánchez Gamonal te largas del país dejando, tras de ti, un rosario de nulidades del proceso que acabarán con la



absolución del banquero? Los rumores sobre ti eran reales.

—¿Qué quieres? —preguntó el juez.

—Quiero que me firmes un documento en el que reconozcas que fuiste tú, con tu amiguito el comisario Peláez, los que provocasteis la detención de Ricardo Corbin.

El juez empezó a reír.

—Quiero que reconozcas que Peláez entró en la vivienda de Corbin y robó unos vídeos que filtró a su conveniencia. Que provocasteis la caída de Corbin porque se había enamorado de Alexa Tatroo y no podías permitir que te robase a tu amante. Es algo que llevas enquistado desde tu infancia. Odias a los ricos porque te consideras más listo que ellos. Sea o no verdad, lo reconocerás.

—Te juro que yo no tengo nada que ver con su detención. Yo quise ayudar a Ricardo, de verdad. Peláez lo hizo por su cuenta. Alguien le tuvo que pagar. Y no sé por qué fue a por él y lo encarceló. Tienes que creerme.

Néstor Sanchís ya no se creía a Luján Olvido. En el hotel había redactado un documento en su ordenador. Su plan alternativo. El juez solo tenía que anotar su nombre y apellidos y firmarlo. Abrió el folder de piel que llevaba y sacó un papel que tendió al juez.

—Vas a firmarme este documento —dijo. Y, consciente del as que tenía guardado en la manga, añadió—: ¿O quieres que estas imágenes se hagan públicas?

Le enseñó una serie de fotografías impresas donde se le veía en el parking con el abogado de la acusación popular, Horacio Simenón. Juntos, el día previo a la apertura del proceso contra Sánchez Gamonal. Recibiendo un maletín con dinero.

—Bueno... —empezó a decir, pero se calló—. Como comprenderás, después de mi fuga pocas cosas me pueden molestar. Esas imágenes son un arma más contra mí. ¿Te ha contratado Sánchez Gamonal?

—No me fastidies, Luján. Déjate de teorías conspirativas. Sabes que lo que digo es cierto. Simenón ya está detenido. Solo faltas tú. O firmas aquí o aviso de tu plan de fuga.

—Voy a salir del país. Avises a quien avises. Les intereso más fuera de circulación que hablando en un proceso judicial.

El detective no sabía si aquella afirmación era o no cierta. No se la podía jugar a una sola carta. Si llamaba a la policía para que le detuviesen jamás podría conseguir su autógrafa en aquel documento. Y era, realmente, lo único que necesitaba.

—Lo harás.

—¿El qué? —contestó con aire chulesco el magistrado.

Luisa empezó a llorar al creer que no podrían tomar aquel avión y que todos sus sueños se iban a quedar en nada.

—¿Y esto? —dijo Sanchís, abriendo un nuevo sobre de piel y sacando más fotografías impresas—. ¿Quieres que se conozca?

El juez las miró y abrió desmesuradamente los ojos. Las imágenes que esta vez le había enseñado sí que hicieron que el juez reaccionara. Eran las imágenes del disco duro de Corbin. Lo había conseguido descifrar Hack, su investigador tecnológico de cabecera.

Nadie los vio entrar en el aeropuerto aquella mañana, nadie vio a dos personas accediendo al interior del recinto para filmar aquella escena. Solo el funcionario que les había dejado pasar.

—¿Lo tienes?

—Sí. Los tengo. Todos muy guapetones. Es una imagen preciosa. El jefe estará contento.

—Genial.

Néstor Sanchís sonreía en la imagen. Era fotogénico y lo sabía. Alguien estaba filmando

aquella reunión a tres bandas. Un detective, un juez ocultando su imagen y una actriz como de la comuna de Corbin. Era un vídeo excepcional. Digno del mejor Pulitzer.

«El Dandi» salió del aeropuerto por la misma puerta por la que había entrado. Estaba exultante, feliz. Tenía algo que podía provocar la revisión del proceso contra su cliente. Con aquel documento firmado por el juez, podían defender que ni había tráfico de mujeres ni proxenetismo. Corbin era un mero empresario del mundo de la pornografía disfrutando de sus chicas. Nada más. A cambio, había dejado marchar al juez Lujan Olvido y a su amante Alexa Tatroo.

El documento contenía un único párrafo:

*Yo, Lujan Olvido, reconozco haber solicitado al comisario Peláez que iniciase una investigación falsa contra Ricardo Corbin por tráfico ilícito de mujeres. Y para ello lo firmo en Madrid el 6 de junio de 2014.*

El detective tenía una entrevista pendiente. La última antes de volver a Barcelona e iniciar los trámites de excarcelación de Corbin y recuperar a su familia.

Puso en el GPS la dirección de una gasolinera en las afueras de Madrid y condujo de forma pausada.

El gordo y sudoroso comisario Peláez le esperaba en la mesa central del bar, controlando todos los accesos. Ni se levantó. En cuanto el detective entró por la puerta, vació el vaso de ginebra y lo alzó al aire para que el dueño del bar se lo rellenase.

—Pon un café *ristretto* y un agua fría para mi amigo —gritó—. AguaZero, ¿verdad?

—Gracias —contestó Sanchís, asintiendo con la cabeza.

—Como verás, conozco tus gustos —dijo Peláez a modo de advertencia—. Por cierto, tu mujer, ¿Bibi no?, es preciosa. Felicidades.

Sanchís se tensó al escuchar aquella amenaza velada. Su familia peligraba. Bibi siempre había tenido razón. Aquellas investigaciones, el conocimiento de la suciedad del mundo y la podredumbre de la política, ponían en peligro su sistema de vida.

—No te atreverás a hacerles nada, hijo de la gran puta —gritó el detective levantándose de la mesa con el puño cargado.

—Néstor, Néstor... Tranquilízate. Siéntate, por favor. Solo te he felicitado por tu maravillosa familia. Nada más. Y dime, ¿qué quieres de mí?

Sanchís le tendió un iPad con el que había fotografiado el documento original firmado por Luján Olvido. El papel ya viajaba camino a Barcelona con uno de los detectives de su despacho. Tenía que estar a buen recaudo. La imagen fue suficiente para que Peláez supiese lo que iba a ocurrir.

—Eso no es cierto —bramó el policía.

—Sí, claro... Y ahora me dirás que tú no has tenido nada que ver en la detención de Corbin.

El policía meditó la respuesta. Sabía que mintiendo no iba a conseguir nada. Midió sus palabras. Quería decir parte de la verdad sin inculparse. Estaba seguro de que el investigador estaba grabando la conversación.

—Yo inicié la investigación contra Corbin. Tuvimos una denuncia y resultó ser cierta. Pero Luján no tuvo nada que ver. No sabía nada.

—Ya. Y yo me lo creo.

—Piensa lo que quieras, Sanchís. Es tu problema. Solo te digo que había alguien interesado en que la policía acabase con tu cliente. Pero no era Luján Olvido.

—Me importa una mierda. Solo quiero que llames al juez de Barcelona y que te inventes lo que quieras. Pero o esta noche llega a prisión una orden de libertad o haré público el documento que me ha firmado Luján Olvido. Y olvídate de tu carrera como policía y de los ahorros que hayas hecho vendiendo información. Te los vas a tener que gastar en abogados.

—Te estás jugando la vida...

—Déjate de bravatas. Tú sabrás qué hacer. Si me llega la confirmación entierro la confesión firmada de Luján Olvido. Si no...

El policía volvió a negar que el juez tuviese algo que ver en aquella detención.

—Si te parece, dame cinco minutos. Voy a hablar con la persona interesada en la detención de Corbin y te doy una respuesta.

Aquello descolocó a Sanchís, pues seguía creyendo que el responsable de la caída de su cliente era Luján Olvido. Miró la hora. El juez ya estaría volando camino de Venezuela. Peláez no podía hablar con él. Observó al policía mientras salía al exterior para hacer la llamada y lo vio gesticular, ostensiblemente, mientras hablaba.

—De acuerdo. Dile a tu cliente que pronto estará libre —le dijo el policía nada más entrar en el bar.

Sanchís se levantó de la sucia silla. Respiró. Por fin podía salir de aquel mugriento sitio. El olor de aceite de oliva quemado se le había metido en la pituitaria. Quería huir de ahí. Pero algo le pasó por la cabeza. No podía vivir con dudas. Y volvió sobre sus pasos.

—¿Quién es el responsable de que Corbin esté en el talego? —preguntó.

—¿No estabas tan seguro de que era Luján Olvido? ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—El no puede ser. Está volando a Venezuela —dijo.

Miró a Peláez y contempló cómo se quedaba pético. Estaba claro que no sabía que el juez estaba abandonando el país. Sonrió al ver al policía coger una servilleta de papel y escribir algo en ella. Sanchís entendió a qué se debía esa medida de protección. El policía imaginaba que estaba grabando la conversación y no quería que la misma llegase a las manos equivocadas y que el interesado supiese que le había traicionado. «El Dandi» se acercó a la mesa donde Peláez había dejado el papel. Y leyó. Visto y no visto. La tinta del papel solo estuvo milésimas de segundo ante su mirada. Pero lo suficiente para que leyese el apellido.

Ricardo Corbin había vuelto a la cárcel Modelo en cuanto los médicos le dieron el alta. Estaba intentando dejar las drogas y llevar una vida tranquila en prisión. Esa noche recibió la buena noticia.

—Sales en libertad —le dijo un funcionario.

—Eso me han dicho, pero no me lo acabo de creer —contestó Ricardo.

—Los rumores carcelarios no suelen equivocarse.

A las diez de la noche, el comisario Peláez entró en Law & Evidence que, desde la detención de Sánchez Gamonal, parecía siempre abierto. Las administrativas se turnaban y todas aquellas horas se facturaban al Banco Continental, que las pagaba sin rechistar. Cobraban por horas. Por medias horas. Por minutos. Todos los abogados de Law & Evidence llevaban un controlador temporal. Un sistema informático se ocupaba de asignar todos aquellos tiempos a los diversos procesos en marcha. Y las empresas lo pagaban casi gustosas. Total, sus directivos estaban imputados. Tenían que olvidarse de los problemas judiciales y volcarse en los negocios. En facturar lo suyo.

—¿Se lo has dicho? —preguntó Altamira.

—¿Qué tú eras el promotor? —dijo Peláez con seguridad—. Sí. Al final no he tenido más remedio. Se lo he tenido que decir.

La cara del abogado se tensó. Sabía que si Peláez le había traicionado era porque no había tenido más remedio. Aun así, no se resignaba a no poder dirigir el Banco Continental.

—¿Has dejado alguna prueba?

—No. Se lo apunté en una servilleta que destruí. Si me ha grabado no tendrá prueba alguna. Solo lo sabe él. Nadie más.

—De acuerdo. Ya nos ocuparemos de ese huele braguetas más adelante.

—¿Seguro que no te importa que lo sepa?

—Si todo sale bien, ya no me importa. Y en los próximos días Tomás estará libre de cargos. Eso es lo único importante.

—Si tú lo dices...

—Oye, ahora me tengo que ir. He quedado —explicó el letrado.

Altamira salió del despacho dejando allí sentado al policía. Y en cuanto cruzó la puerta, sacó su teléfono móvil del bolsillo interior de la chaqueta. Aún tenía algo con lo que jugar a sentirse poderoso.

—Voy para allí.

—Te espero impaciente, cari —repuso la dama.

Al llegar al Hotel Wellington, Altamira se sentía feliz de poder vengarse de la familia. Aún creía que pronto iba a tener todo lo que Sánchez Gamonal había creado. Incluso su forma de vestir.

Casi corrió hasta la habitación 208, donde le esperaba ella. El camino desde la puerta del hotel a la habitación era escaso. El mismo recorrido que le quedaba para hacerse con el dinero, los cuadros y el poder de su antiguo patrón. De *consigliere* a Don. Júnior era una mera piedra en el camino que estaba seguro de poder eliminar. Sacó la tarjeta que la dama le había dejado en la recepción y abrió la puerta.

—Ya estoy aquí.

Entró en aquella señorial habitación y miró hacia la cama. Una bella mujer le esperaba tapada únicamente con un *deshabillé*. Sus pechos operados y su cuerpo cincelado por el bisturí le conferían una juventud maravillosa. Era muy atractiva.

Altamira, apresurado, se desvistió. Y cuando se lanzó al colchón solo llevaba la ropa interior y los calcetines.

—Ven aquí —ordenó su morena acompañante.

Lo tumbó y su boca hizo las delicias del abogado. Se sentía el rey del mundo. Capaz de cualquier cosa. Había conseguido poseer a la mujer de Sánchez Gamonal.

—Tienes la mejor boca del mundo, Verónica —susurró cuando ella se levantó a fumar un cigarro.

«Tú no vales ni para esto», se dijo la ex mujer del banquero. Sin embargo le contestó:

—Y tú eres maravilloso.

Altamira se tumbó en la cama, desnudo, con los calcetines de hilo de Escocia subidos hasta las rodillas. «Soy el mejor», se confió.

Sanchís condujo toda la noche hasta Barcelona. Sabía que dependiendo de los movimientos de Peláez, su vida y la de Bibi corrían peligro. Tenía que poner en marcha un plan para protegerse. A las siete de la mañana había quedado en Barcelona con un presentador de informativos. Necesitaba confiar en la seriedad de los pactos a los que llegasen porque Ricardo Corbin aún permanecía en prisión y no podía poner en peligro su salida de la cárcel. La vida del detective estaba en juego y tenía una partida de ajedrez difícil por delante. Si quedaba en tablas, sería suficiente.

Se encontraron en la planta alta de un conocido bar de la ciudad. Entró por la Avenida Diagonal. Se sentía observado. Subió las escaleras y allí estaba el periodista que, simplemente, alzó las cejas para llamar su atención. Un apretón de manos al inicio y otro al final de los escasos veinte minutos de reunión fueron suficientes.

Ese mediodía, el telediario catalán abrió con una imagen de la carta de la confesión del juez Luján Olvido.

El presentador apareció en pantalla:

—Hoy he estado reunido con el detective Néstor Sanchís. Me ha entregado la carta que todos ustedes acaban de ver sobreimpresionada en pantalla.

Había empezado el juego. Sanchís necesitaba un jaque mate si quería que Corbin saliese de la cárcel.

—Además, me ha facilitado las imágenes que, a continuación, les mostraremos. En ellas, como ustedes observarán, se ve al propio investigador, el día de ayer, en el aeropuerto madrileño de Barajas. Junto al detective está el juez Luján Olvido firmando la carta que exculpa al empresario Ricardo Corbin.

Sanchís había hecho que uno de los investigadores de su equipo filmase la escena.

—Junto a ellos, verán ustedes a una joven latinoamericana. Se trata de una ex amante de Corbin. Ella organizó la trampa de su detención junto al juez Olvido. Ambos se han fugado del país.

Las imágenes aparecían como un bucle. De fondo, la voz en *off* de una periodista del informativo catalán explicaba que el comisario Peláez había conspirado con el juez Olvido en su venganza contra Corbin y contra Sánchez Gamonal. Aquellas imágenes no solo ayudaban al empresario de la pornografía. El banquero también tenía un medio probatorio más de que todo lo que había sufrido era por culpa de las cuitas personales de un juez temerario y prevaricador.

La jugada maestra de Sanchís vino al final del corte informativo. La voz de Peláez aparecía clara y amenazante reconociendo la ilegalidad de la detención de Ricardo Corbin. «Yo inicié la investigación contra Corbin. Tuvimos una denuncia y resultó ser cierta» y «solo te digo que había alguien interesado en que la policía acabase con tu cliente». Eran cortes de la conversación que el detective había registrado. El periodista solo había recibido las frases que el investigador quería que apareciesen. Nada más.

El nombre de Altamira no se mencionó. Eso había quedado en la servilleta de papel. La noticia, de forma velada, daba a entender que el propio Luján Olvido era el que estaba tras aquella detención en comandita con Peláez.

Una media verdad más.

La noticia revolucionó la parrilla informativa de toda España y Altamira citó con urgencia a Peláez. A la luz del día.

—El señor Peláez —anunció la secretaria de Altamira.

Moviendo sus más de cien kilos y arrastrando los pies, entró sudoroso en Law & Evidence. Llevaba un pañuelo con el que eliminaba las gotas que aparecían en su frente.

—Tenías razón —espetó Peláez nada más ver al abogado.

—Te lo dije. Era previsible. Ha sido un gran movimiento por tu parte —le felicitó el abogado—. Hemos puesto una piedra más en la absolución de Tomás. Ya nadie cree a Luján Olvido.

Altamira sabía que la fama del detective le precedía y que filtraría a la prensa que el juez había actuado contra su cliente Ricardo Corbin, sin darse cuenta de que a la vez ponía en la picota al propio Luján Olvido y facilitaba la ansiada absolución de Tomás. «El auto de sobreseimiento libre <sup>6</sup> está cerca», pensó.

—Ya tienes el dinero en Panamá. Buen trabajo —informó el abogado.

—Gracias —afirmó el policía que sabía que su propio cuerpo le iba a sancionar—. «Tras todos estos años grabando ilegalmente para Tomás ya me puedo retirar. Este es mi último trabajo», se dijo.

Sonrió. Iba a cobrar un millón de euros y se podría retirar a Mykonos. Allí podría salir del armario y retozar con efebos, vestidos con camisetas marineras ajustadas de *Gaultier*. Podría vivir sin presiones, sin delinquir. Ya no tendría que obedecer más en su vida y podría andar sin vigilar ni despertarse a media noche soñando que lo mataban. Dejaría atrás una vida al filo de la muerte y podría al fin ser él mismo.

Ese era su sueño. Un sueño que nunca se cumpliría.

Yurikov volvió a cruzar la frontera española con su pasaporte falso y, después de avisar a Jorge Sánchez Gamonal, permaneció oculto en un piso franco hasta que pudo acercarse, sin riesgo, al nuevo despacho que había alquilado el joven financiero, replicando el que ocupaba su padre y Peláez, y en el que ocultaban los sistemas de grabación y el resto de la información sobre la élite del país. Situado en el madrileño barrio de Sol, tenía pocas pretensiones: amplitud, luminosidad y un sistema informático de última generación que les permitía trabajar de forma anónima y con una rapidez inusitada. Había puesto al frente de la oficina a Dimas Arias, un ex miembro de los servicios secretos españoles, más joven y preparado que Peláez, pero igual de temerario. Acababa de dejar su puesto de analista en el CNI tras ayudarlo a poner en marcha el proyecto Sucesor. Profesor del máster universitario en Analista de Inteligencia, era especialista en convertir información en conocimiento. Era su nuevo hombre en la sombra.

El propio Júnior abrió la puerta y le pidió a su nuevo empleado que saliera a dar una vuelta o a tomar algo mientras durara la reunión. Necesitaba estar a solas con Yurikov.

—Bienvenido —saludó tendiéndole la mano al sicario, que ni le miró a la cara.

—Hola.

—Pasa, por favor.

Se sentaron en sendos sillones chester marrón, enfrentados. Solo les separaba una pequeña mesa Luís XIV, comprada en un anticuario parisino.

—Usted dirá —dijo el antiguo agente del KGB ruso.

—Necesito poner en marcha el proyecto A Posteriori —anunció sonriendo por el juego de palabras con el que se acababa de referir a su siguiente negocio criminal. Nada quedaba del antiguo Don. Él, y solo él, dominaba el negocio.

—Usted dirá —reiteró el ruso.

—Hay un detective en Barcelona que tiene un disco duro que nos interesa.

—Pídaselo. Ofrézcale dinero y se lo dará.

—Es demasiado íntegro. Prefiere ir a la cárcel antes que vender a un cliente o comerciar con su información —contestó el empresario.

—Oblíguele. Usted sabe cómo hacerlo. Póngale un gancho, una tía buena que se lo lleve a la cama. Una cámara de vídeo y ya está.

—Lo intentamos en Miami y no picó el muy desgraciado. Tampoco se plegó a los encantos de Alexa Tatroo. Es fiel a su mujer.

Una mueca de extrañeza apareció en el rostro del sicario.

—Tendrá algún punto débil.

—Sí. Su familia, su mujer e hijos.

Aquella afirmación irritó al ruso. Su mandíbula se cerró.

—Nada de niños. ¡Ni hablar! Ya sabe cuáles son las reglas.

—No me refiero a sus hijos. Ni a su mujer. Hay que acabar con él. Sacarlo de en medio. Muerto el perro se acabó la rabia —afirmó el joven banquero.

—Está bien. Hagámosle un seguimiento. Veamos cuál es su rutina y la viabilidad de una acción directa y le informo —dijo el ruso algo más relajado.

La respuesta no tardó ni veinticuatro horas. Se citaron nuevamente en el piso franco. Esta vez



le recibió Dimas Arias.

—¿Dónde está su jefe? —preguntó incómodo frente a su interlocutor.

—En Barcelona, hoy sale de prisión alguien que Don Jorge quiere tener controlado.

—De acuerdo —asintió el ruso—. Dígale a su jefe que no es posible una acción directa contra el detective. Controla todo lo que pasa a su alrededor. Es imprevisible. Cambia sus rutinas. Sus hábitos son diferentes.

—¿Y qué nos recomienda?

—Usen la justicia. Ustedes saben cómo hacerlo. Jorge Sánchez es un especialista manipulando la ley.

En Barcelona, los días de espera en prisión se le hicieron eternos a Ricardo Corbin. Pero cuando por fin las gruesas puertas de hierro y cristal se abrieron, pudo respirar. Llevaba un macuto que tiró, como otros antes, en cuanto pisó la calle. Aquella ropa olía a encierro y le daba mal fario. Por delante solo tenía la libertad. Se sentía bien. Estaba limpio. Llevaba un par de semanas sin consumir drogas y su recién ganada libertad le obligó a replantearse el ritmo de vida que había llevado en el pasado. Tema que vender el negocio de pomo online. Eso, y agradecerle a Néstor su ayuda, pensó.

En la calle encontró un recibimiento que no esperaba. Los colores cobraron vida y decenas de cámaras le deslumbraron. Los periodistas gritaban su nombre en un barullo ensordecedor. No entendía nada. Solo escuchaba su nombre y un runrún incesante de preguntas que no comprendía. No sabía cómo pero estaba en libertad. Se quedó frente a ellos pétéo. No supo qué contestar ni cómo reaccionar.

Pero una vez más, en el último momento, alguien le ayudó. Y como Moisés separando el Mar Rojo en el éxodo, apareció Néstor Sanchís entre el grupo de periodistas. Se apartaron. Las cámaras olvidaron momentáneamente a Corbin y se centraron en el detective. Se hizo un silencio solo roto por el esperado abrazo entre el investigador y su cliente. Fue la imagen del día. El personaje que había conseguido sacar de prisión a un inocente luchando contra un juez y un policía mercenario.

—Coño Corbin, alegra esa cara que por fin eres libre —tuvo que gritarle para que reaccionase.

—Gracias —confesó Corbin al oído de Sanchís.

—Ya hablaremos. Largo y tendido. Ahora sonrío.

El fiscal anticorrupción Abundio Villar no esperó ni siquiera a la contestación oficial de la Interpol. En un escrito duro y agrio solicitó el sobreseimiento libre del caso. «Por todo ello, a pesar de que se hubiese desviado dinero de la compra del Bank Little, en nada queda acreditado que fuera Don Tomás Sánchez Gamonal el que lo realizó y menos aún que dicha actividad fuese ilegal. Es más, la conducta negligente y las irregularidades cometidas por Luján Olvido provocarían, con toda seguridad, una nulidad global de todo lo instruido. Por todo lo anterior se solicita el sobreseimiento libre del señor Sánchez Gamonal.»

El Consejo General del Poder Judicial nombró a un juez para que se hiciese cargo de los procesos del juzgado de Luján Olvido. El primer auto que dictó fue el fin definitivo de la investigación contra Tomás Sánchez Gamonal. La compra del Bank Little, por parte del Banco Continental, quedaba adverbada. Nadie recurriría. Ni el fiscal ni la acusación de ALCC pondrían en duda el archivo definitivo del caso que llegó, vía fax, al despacho de Altamira. Por los conductos ordinarios. De procurador a abogado, sin intermediarios ni componendas. Aquel nuevo juez había puesto cortapisas a cualquier fuga de información desde su tribunal. El letrado se

apresuró a citar a su cliente. Con premura.

Tomás Sánchez Gamonal entró por la puerta de Law & Evidence altanero. Venía de darse un festín en el restaurante Horcher, al que no había vuelto desde el día de su detención. Y como entonces, bebió demasiado y, complacido, salió a bordo de su coche, conducido por el chófer, con destino a su nuevo ocaso. La libertad.

—¿Dónde está mi abogado? —gritó.

—Acompáñeme, señor.

—Sé el camino, guapa. Estas cuatro paredes las he pagado yo.

Altamira, alertado por los gritos, salió a recibirle.

—¡Íñigo, amigo mío! —exclamó al verlo—. A mis brazos.

—Tomás, pasemos a mi despacho, por favor —contestó avergonzado por el comportamiento de su cliente.

Se sentaron alrededor de una pequeña mesa en el sanctasanctorum del letrado.

—Tomás, te he hecho venir... —empezó el abogado.

—Sí. Ya lo sé joder. Está en todos los noticieros. Me he enterado a mitad de la comida y lo he estado celebrando.

—Es un hecho. Eres libre.

—¿Y es seguro? No quiero que la vuelvas a cagar, Altamira.

El socio de Law & Evidence ni se dignó a contestar. Simplemente le miró con cara condescendiente, abochornado por la curda de su cliente.

—El sobreseimiento es una resolución trascendental en el proceso judicial español. Un acto que se contrapone a la apertura del juicio oral. Equivale a una sentencia absolutoria —le explicó.

—Cojonudo. ¿No me felicitas?

—¿Y tú a mí?

—Ambos sabemos que mi libertad se debe al buen hacer de mi familia y de mi apellido. Eres tú el que debe felicitarme —se explayó el banquero.

—Dejémoslo. No creo que sea el mejor momento para hablar, Tomás.

—¿A qué te refieres? —preguntó chulesco.

—Déjalo, narices —dijo el letrado—. He convocado una rueda de prensa. ¿Crees que la podrás hacer?

—¿Hoy?

—Ni hablar —repuso Altamira al ver el estado de su cliente—. Mañana.

—Claro. Soy un Sánchez Gamonal.

En la televisión, la presentadora anunciaba que iban a conectar en directo con el despacho Law & Evidence, donde Tomás Sánchez Gamonal estaba a punto de comparecer ante los medios.

El banquero vio al grupo desde la mesa y sintió que la historia se repetía. Un miembro de la familia Sánchez Gamonal frente a la prensa. A su lado, el snob del derecho y, delante, más de diez cámaras de televisión y quince redactores. Todos esperando oír su versión de los hechos.

Tras un breve parlamento vinieron las preguntas de los periodistas.

—Señor Sánchez Gamonal, ¿va a tomar usted algún tipo de represalia contra el Gobierno?

Iba a contestar y Altamira tomó la palabra evitando que su cliente lo hiciese de forma errónea.

—Estos momentos son para disfrutar. Estudiaremos los efectos del archivo de la causa y meditaremos qué actuaciones realizar.

—Señor Altamira —inquirió otro periodista—, ¿se puede volver a juzgar al señor Sánchez Gamonal?

—El sobreseimiento —empezó Altamira poniendo una voz melosa— produce los efectos de cosa juzgada que determina el archivo definitivo de las actuaciones, que nunca podrán revivir o verificarse, ni en ese mismo proceso, ni en otro ulterior que desvele el mismo tema *dicendi*. A partir de hoy, el caso Bank Little no existe. El coste de la compra ha sido adverbado en trescientos millones y la actuación del Banco Continental confirmada y legalizada. Ya nadie podrá nunca investigar esta compra o ponerla en duda. A partir de hoy, iniciaremos procesos criminales contra cualquier medio de comunicación que se atreva a cuestionar la actividad empresarial del Banco Continental o su presidente. Buenos días y muchas gracias.

—Se levantaron y dejaron a los periodistas con la palabra en la boca. Habían ganado. Pero una periodista del corazón —cuyo sueldo pagaba Don Tomás, la misma que había interrumpido la rueda de prensa que hizo tiempo antes su hijo— apareció entre el marasmo de cámaras y grabadoras.

—Perdone, señor.

—Sí, dígame —contestó, disimulando, Sánchez Gamonal.

—No. No me refería a usted —repuso la joven periodista.

Las cejas del banquero se alzaron.

—Me refiero al señor Altamira —añadió.

Un silencio se hizo a su alrededor.

—Sí. Dígame, señorita —sonrió el abogado.

—¿Es cierto que usted y Verónica Expósito mantienen un idilio?

—¿Qué? —exclamó, indignado, Sánchez Gamonal.

—Déjame que te lo explique, Tomás.

—¡Eres un hijo de la grandísima puta! —gritó el banquero.

—¡Tomás, por favor! —Y bajando la voz, añadió—: Sé demasiadas cosas de ti. Demasiados correos electrónicos, llamadas, mensajes...

—Entonces, ¿es cierto? —preguntó la periodista, que no había escuchado esa última afirmación.

La prensa al día siguiente fue inmisericorde con Luján Olvido. Los medios centraron sus

dardos en el juez, y su fuga de España le convirtió en el nuevo Luis Roldán. Se especulaba cuánto habría cobrado y de quién por atacar a Don Tomás, al que tampoco redimieron del todo. No iban a rectificar tan fácilmente. Y encontraron en Néstor Sanchís la excusa perfecta. Lo convirtieron en un héroe.

El detective fue encumbrado a lo más alto por la prensa por salvar a Corbin y destapar las corruptelas de un juez. Por su parte, Altamira quedó como un cabronazo que aparentemente se había aprovechado de una dama en un momento de apuro sentimental. Un *boudeville*.

El teléfono de Sánchez Gamonal volvía a sonar. Sus antiguos amigos reaparecieron. Todo volvía a su lugar. El cumplió con su palabra y escribió un mensaje a su ex mujer, Verónica Expósito: «Gracias, eres libre».

En cuanto lo hizo, se sintió un poco melancólico sabiendo que la perdía definitivamente, pero ella había cumplido su parte del trato, el que habían pactado en aquel vis-a-vis que habían tenido en prisión. Necesitaba desactivar a Altamira, apartarlo de la familia. Lo supo desde el momento en que se enteró de sus transferencias bancadas al chantajista de Law & Evidence. No quería matarlo porque sabía que sería el primer sospechoso y, para eso, necesitaba a Verónica. Para que jugara el papel de mujer despechada y corriera a los brazos del abogado para conquistarlo y, después, dejarlo en ridículo.

Además, con aquella jugada, Verónica había supuesto que conseguirían doblegar los valores que Elisa había inculcado a Jorge Sánchez. Así, adivinó que, si la odiaba como mujer, su misoginia le obligaría a olvidar la educación materna y asumir como suyas las enseñanzas paternas.

Verónica era perfecta para escenificar todo aquello, conformar una traición femenina y conquistar al abogado. Lo había conseguido. Jorge Sánchez Gamonal ya no tenía escrúpulos. Era el nuevo Don.

Cuando Ramón Tejeda dejó la dirección general de la Policía y el ministro firmó su cese, lo hizo pensando que por fin podía gastar el dinero que había acumulado durante su mandato. Había ido creando una pequeña fortuna, con acciones de una empresa de seguridad y obras de arte, y ahora necesitaba liquidez. Quería realizarse un implante de pelo, una liposucción, un nuevo blanqueo (tenía que dejar de fumar y beber) y comprarse un coche.

—A la una, a las dos, adjudicado al caballero del fondo.

—¿Es nuestro?

—Sí. Lo es. Tenemos que celebrarlo.

Había elegido aquella sala de subastas porque se lo recomendó el marchante que le había presentado Nicolás Montón.

—¿Cómo lo has hecho, Nando? —preguntó.

—Es fácil, joder. Le he dado a nuestro amigo Nicolás Montón quinientos mil euros en metálico. Y él, al marchante.

—¿Al marchante?

—Sí, claro —respondió Asunción sin entender cómo aquel gárrulo había llegado a dirigir los cuerpos de seguridad de todo un país—. ¿Te acuerdas del Miró que compramos?

—Sí.

—Un amigo del marchante tenía el cuadro y necesitaba dinero contante y sonante. Se lo pagamos. Doscientos mil machacantes y ha permanecido en una caja de seguridad de un banco —le contó—. Pues bien, hoy nuestro Miró ha salido a subasta y alguien ha pujado al alza por él. Ha pagado quinientos mil euros.

—¿Cuál era su valor estimado? —le interrogó el ex director general de la Policía.

—Trescientos cincuenta mil euros. Tranquilo —dijo alargando las vocales—. El Miró vuelve a estar en nuestra caja fuerte y aquí tienes cuatrocientos cincuenta mil. Para tus cosillas.

—¿Y los cincuenta mil restantes?—preguntó, avaricioso, Tejeda—. La comisión del marchante era de veinticinco mil euros, ¿no?

—Sí, claro. ¿Lo entiendes ahora? —concluyó el jefe de la oposición pensando en lo tonto que podía llegar a ser su compañero de fatigas y corruptelas.

—¿Me quieres decir que hemos comprado nuestro propio cuadro?

—No. Oficialmente lo ha comprado un empresario llamado Nicolás Montón. Le hemos pagado los otros veinticinco mil. Los mismos que te exigió a cambio de su silencio para no descubrir tu *affaire* con la menor. Se llamaba «La Pecas», ¿no?

Ese mismo día de junio, alguien hizo llegar una copia de los papeles de la transacción a Néstor Sanchís. En aquellos papeles se identificaba a los verdaderos compradores y vendedores. Junto a la carpeta dejaron una nota: «*Ramón Tejeda fue el que dio la orden de encerrar a Ricardo Corbin. Peláez se lo exigió a cambio de no destapar su relación con el jefe de la oposición Nando Asunción*»,

Bibi se despertó la primera y le plantó a Sanchís un beso certero en los labios. Había conseguido perdonarle. Desde que Corbin había sido puesto en libertad, hablaron y pactaron su futuro como pareja.

—Felicidades, mi vida.

—Ummmm... Gracias —contestó el detective.

—¡Cuarenta y tres años! —celebró ella como quien dejaba atrás el maleficio de los cuarenta y dos.

—Sí. Cuarenta y tres putos años.

—No digas eso. Es genial cumplir años rodeado de los tuyos.

—Eso es verdad —repuso, incorporándose y abrazando a su joven mujer hasta dejarla, estirada, debajo de él.

Una sonrisa picara apareció en el rostro de Bibi.

—¿Quieres tu regalo ahora? —le preguntó, haciendo el ademán de levantarse para buscarlo.

—No. Ahora prefiero otro tipo de regalo —dijo jugueteón el investigador.

—¿Sí? ¿Cuál?

Ambos sabían lo que él quería. Ella se removió para desembarazarse de los brazos de su marido y se puso de pie, sobre el colchón. Llevaba unos pantalones de pijama abombados y una pequeña camiseta de tirantes que empezó a quitarse, poco a poco. La dejó caer al suelo y con los pies se fue bajando el pantalón. Sus pechos quedaron al aire y el detective creyó desfallecer. No tuvo tiempo, porque Bibi, absolutamente desnuda, fue descendiendo a medida que el cuerpo de Sanchís se estiraba. Encajados se fundieron en un abrazo mientras la cadera de Bibi hacía las delicias de Néstor.

—Cuarenta y tres añitos y sigues siendo un joven apresurado.

—Ya no soy tan joven.

—Lástima. Quería repetir.

—Tan mayor no estoy —le contestó llevando la cabeza de su mujer hacia el centro de su cuerpo.

—Bienvenido a casa, Néstor Sanchís.

Ese mismo día, en Madrid, Nicolás Montón salió de su casa contento, con el bolsillo lleno de los billetes que la noche previa le había dado Ramón Tejeda. Sin embargo, pronto se arrepintió de salir a la calle, pues apenas había caminado diez metros, cuando tres coches patrulla frenaron frente a él y cortaron su camino. Dos agentes, sin uniforme, bajaron del coche:

—¿Señor Francisco Nicolás Montón?

—Sí, soy yo.

—Queda usted detenido. Tiene usted derecho a guardar silencio...

«Al final pensaré que es tonto», se dijo la preparadora de juicios mirando a su cliente. Tendría que lidiar con imputados de todo tipo porque España se había convertido en un vergel de imputaciones y todas las personas que, en alguna ocasión, habían destacado en su profesión, acababan investigadas por la justicia y con una depresión profunda.

El día que se llevaron esposado a su marido a ella le ocurrió algo similar. Primero había caído en el sexo fácil, pero luego se dio cuenta de que tenía que hacer algo con su vida. Llevaba demasiado tiempo viviendo de los hombres y se sabía lo suficientemente lista para ganarse el sustento. Entonces diseñó un divorcio que pactó primero con Tomás y luego con Altamira. La defensa de sus intereses la llevó Ramón Parias, que supo ver en ella algo que no había visto antes. Verónica tenía una mente perversa y sabía cómo actuar en cada momento. Juntos idearon su papel como preparadora de juicios. Solo tenía que enseñarles a mentir y a vestir, algo a lo que ya estaba acostumbrada.

—Los conocimientos jurídicos ya los pondremos los letrados —le había dicho.

—¿Estás seguro que podré hacerlo?

—Para declarar ante un tribunal únicamente hay que saber estar, vestir, seguir un guión y mentir. Algo que tú sabes hacer muy bien. ¿O no? Además, tu belleza también nos ayudará.

Ella supo que Parias tenía razón. Tenía una mirada bonita. Un cuerpo excepcional y una mente perversa. Desde entonces, preparaba los juicios como gestionaba su vida. Palos y caricias: sus clientes merecían palos y sus amantes caricias. Sus treinta y nueve años bien llevados y su cuerpo torneado en clínicas estéticas simplemente reafirmaban la dureza de su personalidad. Su vida había dado muchas vueltas en aquellos meses. Y, ahora, necesitaba descargar la tensión. Aquellos barbilampiños eran su vía de escape. El motivo para despertarse al día siguiente. O, mejor, lo que le permitía seguir adelante. Frente a sus clientes, la tensión aumentaba a medida que pasaba las mañanas. Luego comidas de negocios. Vino, opulencia, atracones y más trabajo. A las seis de la tarde, indefectiblemente, tomaba el primer paracetamol. A las diez el siguiente. Y solo el sexo calmaba su dolor. Su desazón le hacía volcarse en el trabajo. Ya ni veía a su hijo. Tampoco a su ex marido.

Desde que había aceptado ese caso pensaba en cómo dejar con el culo al aire a Néstor Sanchís y salvar a su cliente. Además, llevaba unos días acordándose de su padre, un delincuente al que tantas veces había acompañado a visitar a sus abogados y que le había enseñado cómo se camelaba a jueces y fiscales para no acabar en prisión.

«A ese detective no hay que dejarle hablar. No quiero que vulnere los secretos de la familia», le había dicho al abogado de su cliente en la última sesión.

Pero aquel cliente le sacaba de sus casillas. Se creía tocado por la barita de Dios y no escuchaba. No obedecía. Y, como le había enseñado su padre, toda preparación de un proceso requiere un pormenorizado estudio de la documentación y un conocimiento exhaustivo de las partes en el proceso: qué amigos tiene el juez, qué vota, a quién reza y qué siente. Las respuestas, preparadas y guionizadas, cambiaban según la ideología y los sentimientos del juzgador. Se dejaban deslizar expresiones, imágenes y opiniones que el propio tribunal suscribiría en su vida personal. Y ese imputado no le hacía caso.

—Por enésima vez —dijo la preparadora cansada de repetir las mismas cantinelas—,

¿quiere usted seguir el guión que hemos preparado?

—Pero si lo estoy haciendo.

—¡«Sí, señora» es la respuesta! —gritó exaltada—. Mira, hasta que no dejes de pensar, hasta que no dejes de sentir y hasta que no me hagas caso no podrás dejar esta tediosa actividad. Sé perfectamente que esto es cansado. Yo no te caigo bien. Tú a mí tampoco. Pero me has pagado cuatrocientos cincuenta mil euros para no entrar en prisión. Tu abogado confía en mí. Yo sé más que nadie sobre la jueza que te ha tocado y no voy a permitir que te presentes ante ella sin estar preparado porque te masacrará.

—Es que...

—Ni es que ni mierda. «Sí, señora» o «No, señora». O te empapas de lo que te digo y te conviertes en un puto autómatas o te pudrirás en la cárcel. Tú mismo.

—Sí, señora —contestó el imputado.

—Démonos un descanso con el cuestionario. Te explicaré cómo te debes comportar frente a la sala mientras asistan peritos o se produzcan los interrogatorios de los testigos. Sobre todo en el momento en que Néstor Sanchís entre a testificar.

—Sí, señora.

Ella suspiró.

—Debes permanecer tranquilo. Recto en la silla. Sin repantigarte ni parecer altanero. No quiero que cruces los brazos. Déjalos sobre el regazo. Sin papeles. Sin tomar notas. Simplemente escuchando. Con cara de interés. Ni confirmas ni desmientas con la cabeza. Ni asientas ni niegues. Simplemente te quiero impertérrito. Es fundamental que muestres tranquilidad.

—De acuerdo... Perdón —se corrigió—: Sí, señora.

«Por fin», se dijo la preparadora.

—Toma —le dijo tendiéndole una pequeña cadena con una cruz de oro.

—¿Y esto?

—La jueza es muy religiosa. Quiero que el tercer día del juicio, cuando asista a la sala Sanchís y empiece a masacrarte, te desanudes la corbata, roja sobre todo, y dejes ver la cruz. En esos momentos, si has permanecido hierático durante los días previos al juicio, todo irá bien.

—¿Cómo?

—Primero deja que te explique lo que harás los próximos días y hasta que empiece el juicio. Nada de tomar rayos UVA. Te quiero blanquito. Los dos primeros días del juicio te pondrás esta crema de color autobronceadora —explicó mientras le entregaba un tubo—. Aguantarás el testimonio de Sanchís durante quince minutos. Te desanudarás la corbata. Mostrarás la cruz y tu abogado pedirá un receso para que vayas al baño porque estarás mareado. ¿Me sigues?

—Sí, señora.

—Una vez allí te quitarás el maquillaje y volverás a la sala, blanco como el papel. Si no podemos evitar que ese detective hable, por lo menos romperemos su discurso. No queremos —dijo utilizando el plural— que hable de la familia.

Una mueca apareció en la cara del imputado.

—Nada de muecas. Te he dicho mil veces que esto es un simulacro de la realidad.

—Sí, señora.

—Y el tercer día se suspenderá el proceso y tendrás un ataque al corazón. Fin del proceso.



En cuanto se supo que Luján Olvido había abandonado el país, el Consejo General del Poder Judicial había abierto, con una velocidad inusitada, un proceso sobre la investigación que había llevado a cabo Luján Olvido. Tenía que ser algo rápido. Necesitaban eliminar el mal sabor de boca de la ciudadanía y limpiar, bajo la alfombra, la corrupción judicial. Y en cuatro meses todo estaba preparado para el juicio.

Esa mañana, las cámaras de televisión tomaron al asalto el Palacio de Justicia. Esperaban el inicio del juicio del año. El proceso contra un juez corrupto huido de la justicia. Pero otros estaban allí para ser juzgados. Y Néstor Sanchís era el testigo de cargo. Las dos primeras sesiones se llevaron a cabo aquel jueves y viernes. El lunes iba a ser el tercer día del juicio y Sanchís declaraba a las doce de la mañana.

Ese fin de semana, Bibi siguió atemorizada el proceso por televisión junto a su marido. ¿Resurgirán antiguas rencillas? Ella sabía que Sanchís había pisado demasiados callos durante esos últimos meses. Después de cenar intentó hablar con él.

—Últimamente estás muy inquieto —afirmó Bibi.

—Tranquila. Simplemente estoy nervioso. El lunes es el juicio y no pienso mentir. El día que mienta en un proceso me retiraré de esta profesión. Pero si digo la verdad mi vida correrá peligro.

—Venga relájate. Veamos un rato la tele y luego nos vamos a la cama. Te ayudaré a relajarte —le dijo guiñándole un ojo.

El detective no contestó. Tenía miedo de que se conociese su secreto.

Ese mismo sábado cuatro de octubre por la noche, Verónica Expósito miraba la pantalla del televisor divertida. Desde que Francisco Nicolás Montón le había amenazado con un vídeo donde ella le ordenaba montar la fiesta para Ramón Tejeda y aquella locura con los medios de comunicación acerca de la falsa detención del joven, la preparadora lo había tenido encerrado en un piso franco intentando convencerle de que su aparición pública era necesaria para desactivar a «El Dandi» Sanchís. Nicolás había sido detenido por un supuesto intento de estafa, pero solo había permanecido unas horas en los calabozos. Alguien hizo llegar a un confidencial de Internet que, tras aquella detención, había un sinfín de personalidades públicas. Pronto se convirtió en una celebridad mediática.

Verónica sabía que Ramón Tejeda había pagado los veinticinco mil euros acordados. La familia, sin embargo, se había negado a facilitarle los cien mil euros y Verónica había pactado con Jorge Sánchez Gamonal que, en vez de asesinarlo, lo dejarían vivir a cambio de usar en el futuro sus dotes innatas para obtener todo aquello que el joven se propusiese. Pero alguien se les adelantó y lo hicieron detener. La policía lo interrogó durante varias horas hasta que, por fin, se dieron por vencidos al comprobar que Nicolás no vendía a Ramón Tejeda y lo tuvieron que dejar marchar.

El joven únicamente reconoció que había estado intentando medrar entre los empresarios españoles y negociando, en nombre de diversas instituciones del Estado, para arreglar diversos procesos judiciales. ¿Y de qué servía si lo mantenían detenido? Tan solo habían conseguido esa genérica declaración. Si Francisco Nicolás no hubiese hablado de un par de empresarios, hubiese acabado en prisión. Si lo hubiese hecho sobre Tejeda, estaría muerto.

Los policías se mostraron comprensivos con el joven. Por eso les había contado otras cosas

que no incumbían al proceso. Les habló de rumores, comidillas de salón y de otros chascarrillos que, en cuanto salió en libertad, se filtraron a los medios de comunicación. Así se convirtió en el blanco de los periodistas. Por eso Verónica lo mantuvo oculto, para aumentar sus ganas de noticia y soltarlo en el momento justo. Y había llegado el momento. Ese sábado, dos días antes de la declaración de Sanchís, Nicolás iba a pisar un plato de televisión.

Francisco Nicolás Montón se recostó en la silla, hacia atrás.

—¿Algún tipo de preferencia? —le preguntó la maquilladora.

—No. Estoy en tus manos.

Los aplausos fueron atronadores cuando entró en el plato. Vestía camisa azul, pantalón recto y lucía un aspecto aún más juvenil del habitual. La bella presentadora se le acercó con una sonrisa en los labios mientras anunciaba la esperada entrevista.

—Buenas noches, Francisco Nicolás —le dijo.

—Buenas noches, Marión.

La conductora del programa miró fijamente a la pantalla. Sus ojos mostraban la inquietud de saber que tenía en sus manos la entrevista más esperada de las últimas semanas. Su detención había dividido a la sociedad: los que creían a Francisco Nicolás y los que lo consideraban un delincuente.

La primera pregunta de Marión fue contundente:

—Cuéntanos Nicolás, ¿es verdad que tienes unos vídeos comprometidos de políticos españoles?

Nicolás no puedo evitar sonreír.

—Todo puede ser, Marión —contestó el joven.

—Entonces, ¿no crees que los rumores que te vinculan con unos vídeos comprometidos, en los que aparece un político español acostándose con una joven menor de edad, pueden haber sido la causa de tu detención?

El joven miró a cámara fijamente.

—Los vídeos más comprometidos no los tengo yo. Esos son bulos que corren. Yo estoy aquí para defender el buen nombre del ex director general de la Policía. El que en realidad tiene multitud de vídeos comprometidos es una persona que vive en Barcelona, cuyo nombre me reservo.

—¿A quién te refieres Nicolás?

—El ya lo sabe. Solo tiene que hacer una cosa. Dejar su trabajo y centrarse en su familia. Olvidar su profesión.

«Néstor Sanchís ya es historia», se dijo la preparadora de juicios, llenando otra copa de champagne.

*6 de octubre de 2014*

La preparadora de juicios salió a la calle, tras hacer el amor por última vez con Nicolás Montón. Debía haberlo matado. Prefirió no hacerlo. En el futuro podía volverlo a necesitar.

Le dejó, sobre la cama donde el joven dormía, un sobre con cien mil euros. Sabía que no eran para «La Pecas». Pero se los había ganado en su aparición televisiva. Además, su estrategia para grabar a Ramón Tejeda fue la que hizo que el político moviese sus hilos para que el fiscal general mantuviese informado a Altamira y para que Nando Asunción se posicionase a favor de la familia.

«Y me ha dado gusto al cuerpo», se dijo Verónica dirigiéndose hacia los juzgados. En los últimos tiempos había adoptado un nombre de guerra. Se hacía llamar Bibi, como la mujer del detective al que tenía que desmontar judicialmente. La primera vez que Peláez le hizo escuchar una grabación ilegal de la vivienda de Sanchís, y lo escuchó hablar con su mujer, supo que ese debía ser el nombre con el que se la conociese.

Era su gran mañana. La última de Néstor «El Dandi» Sanchís.

Néstor Sanchís llegó a Madrid a las nueve de la mañana. Se había levantado pronto. Se había vestido de negro. Era un día sombrío. Un traje de tres piezas italiano, camisa blanca, corbata oscura y zapatos de cordón. Todo, fiel reflejo de sus sensaciones.

Tenía tres horas por delante y decidió ocuparlas en una visita al notario. Imaginaba que algo iba a ocurrir. Y ahora tenía que ir a un juicio a declarar. Suponía que alguien podía intentar evitar su declaración, por lo que realizó un acta de manifestación notarial. En ella adjuntó los documentos sobre las corruptelas de Tejerla y Nando Asunción blanqueando dinero con el arte, y protocolizó <sup>7</sup> la documentación que afectaba al caso Bank Little y a Sánchez Gamonal.

Estaba cansado, aunque por bueno el sufrimiento de los últimos meses. Corbin seguía limpio de tóxicos, había vendido su empresa y se había empeñado en pagarle una minuta millonaria. Ahora no le podía fallar.

Sanchís llegó justo a tiempo a los juzgados. Se arrellanó en el banco del edificio judicial. Acababa de dejar tras de sí una nube de fotografías que coreaban su nombre para llamar su atención. Era la vista oral del juicio del año. El culmen de su descenso a los infiernos de la corrupción política y la perfidia humana.

—¿Néstor Sanchís? —preguntó el oficial del juzgado desde la puerta de la sala de vistas.

—Sí. Soy yo.

—Deme su DNI, por favor.

El anciano oficial recogió su documento de identidad y miró la foto para levantar la vista de sus bifocales y observarle, incrédulo, a la cara. Volvió a repasar la fotografía y compararla con su aspecto actual. Finalmente, apuntó sus datos en la lista de testigos y retornó a la sala judicial cerrando, tras de sí, la puerta. Estos últimos meses le habían cambiado. Había perdido mucho peso y parecía envejecido.

Solo, frente a la sala del juzgado, sacó del interior de su chaqueta una pequeña libreta molesquín. El oficial del juzgado salió del interior de la sala y le miró.

—Se van a tomar un receso de una hora. Vaya a tomar un café y vuelva —le ordenó el oficial de mal humor.

Jorge Sánchez Gamonal se jugaba mucho con la declaración de «El Dandi» Sanchís. La recomendación de Yurikov de poner en marcha su plan para eliminarlo le había obligado a recurrir al lobby. Una vez más, había hecho un par de llamadas y, algunos favores después, la operación a posteriori estaba en marcha. Sin sangre, con inteligente inquina.

Usando al sistema judicial.

Bibi abrió la puerta despreocupada. Eran dos hombres y tres mujeres cuyo aspecto le desagradó.

—Buenos días, señora. ¿El señor Sanchís?

—No está —contestó Bibi, desconfiada—. ¿Qué necesitan?

El policía, de paisano, le entregó un documento. Un auto de entrada y registro. El funcionario miró su reloj. «¡Perfecto! Las doce en punto», se dijo. Sonrió, mientras Bibi miraba el papel, anonadada. Quiso cerrar la puerta, pero no pudo.

—Voy a llamar a mi marido. Está en Madrid declarando como testigo en un juicio.

—Nada de llamadas. Déjenos paso —ordenó el policía abriendo la puerta de la vivienda del detective de par en par.

Bibi se quedó plantada en la entrada leyendo detenidamente el documento, mientras los supuestos servidores de la justicia entraban, de forma abrupta, en la casa de un ciudadano sin antecedentes penales. Un mero profesional de la investigación. El documento, sin embargo, no daba lugar a interpretaciones. «*Ante mí el secretario judicial, acuerdo autorizar la entrada y registro en el domicilio particular de Néstor Sanchís Zamorano, a fin de proceder a la aportación de pruebas al delito investigado de descubrimiento y revelación de secretos e intervención de objetos relacionados con el mismo*».

—¿Dónde están los vídeos, señora? —preguntó el policía.

—¿Qué vídeos? ¿Los de los Teletubies, Baby Stein o de los Teleñecos? Son los únicos que encontrará —le desafió la joven esposa del detective. Instintivamente miró hacia el salón, a una pequeña escultura de Antonio de Felipe. Suspiró al darse cuenta que el policía no lo había percibido.

—Revisadlo todo.

Bibi se sintió violada viendo cómo removían su ropa interior y la de su hija. La tendría que tirar, se dijo. Aquellos policías revisaban bolso a bolso. Zapato a zapato.

—Joder con el detective. ¿Has visto cuántos bolsos tiene ésta? —se burló una de las mujeres policía.

Y, tras una hora de registro, el policía al mando llamó por teléfono a su superior. «Aquí no hay nada», dijo. Este a su vez informó al secretario de Estado de Interior que llamó a Jorge Sánchez Gamonal.

—Mierda —contestó el financiero.

—Lo siento, Jorge. He enviado a los mejores agentes que tenemos y no han encontrado nada.

—Que se vayan. Lo haré a mi manera —repuso Júnior.

Las órdenes hicieron el camino contrario hasta que el policía a cargo de la instrucción policial ordenó a sus compañeros: «Nos vamos».

Bibi miró impertérrita la escena. Se había apoyado en la escultura que ocultaba, en su interior, el disco duro con los vídeos de Corbin. Aquella pequeña vaca, hecha en cartón piedra por el artista pop Antonio de Felipe contenía el secreto mejor guardado del caso Bank Little. El secreto que podía quemar España.

—Perdone —interrumpió Bibi a los policías.

—Sí, dígame.

—Por cierto, ¿de qué se le acusa a mi marido exactamente?

—Señora, lo pone en el auto. De revelación de secretos —repuso el policía.

—Ya lo he leído —dijo con impertinencia—. Me refiero a qué hechos concretos. No qué tipo penal se le imputa.

El policía negó con la cabeza. Se dio media vuelta. Quería dejar aquella casa. Ella no se amedrentó.

—¿No me lo va a decir? —preguntó con los brazos en jarras.

—Le acusan de haber puesto unos micrófonos ocultos en una empresa del Banco Continental.

—Gracias por la información —contestó mientras reía, más por miedo que porque le hiciese gracia—. ¿Ahora le puedo llamar ya?

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? A mi marido.

—Haga lo que usted quiera.

—Gracias —masculló mientras marcaba el teléfono de Néstor Sanchís.

Escuchó un portazo. La comitiva judicial abandonaba su casa con las manos vacías. Bibi se sentó en el suelo. Encogió las piernas contra su pecho y rompió a llorar.

—Ven a casa por favor. Ha venido la policía —le suplicó por teléfono en cuanto se supo sola—. Néstor, han revisado mi ropa interior...

—Venga, cielo. No es para tanto.

—¿Qué es lo que no entiendes? Han estado hurgando en mis cajones, tocando la ropa que llevo más cerca de mi cuerpo, vulnerando mi intimidad dentro de mi propia casa.

—Lo sé, cielo. Tranquilízate, por favor.

—Joder que han tocado mis bragas y las de la niña. ¿Qué es lo que no comprendes?

—Perdona, amor —dijo el detective que creyó que reconociendo una culpa que no tenía calmaría a su mujer—. ¿Te han dicho de qué me acusan?

—De poner unos micrófonos en un despacho del Continental.

—Menuda idiotez —repuso el detective—. Nunca los hemos puesto ni legal ni ilegalmente.

—Lo sé. Pero te lo advertí. O tu profesión o tu familia. Te lo pedí. Aléjate de Corbin. Incluso te chantajeé emocionalmente. Me alejé de ti. Evité contestar a tus mensajes y rechacé tus palabras. Simplemente quería que esto no ocurriese.

—Lo sé —afirmó el detective.

—¿Qué aparece en esos vídeos Néstor?

—Sé quién aparece. No sé cómo se hizo. Pero me enteraré. Te tengo que dejar. Me entra una llamada en el teléfono. Lo siento amor.

Era una nueva puñalada a su mujer. Pero debía contestar. Colgó aceptando la llamada entrante. Imaginaba quién era.

—¿Dígame? —contestó.

—¿Néstor Sanchís? —preguntó una voz anónima.

—Sí. Soy yo. Dígame.

—Va a entrar en una sala de vistas a declarar. Haga su trabajo. Pero olvide esas imágenes. En cuanto vea que alguien tiene un desmayo olvídense de contestar a las preguntas de los abogados. Así, todo irá bien. Su familia está en juego.

La llamada se cortó. En aquel momento el oficial salió de la sala.

—Señor Sanchís. Le toca a usted.

—Buenos días, Señor Sanchís.

—Buenos días, señoría.

—Sabe que su declaración se va recibir en condición de testigo. Le voy a hacer la prevención de las obligaciones que le incumben a usted en esta condición. Sabe que declara en una causa penal. Tiene usted obligación de decir la verdad en este proceso y por lo tanto le tengo que tomar juramento o promesa de que así lo va hacer, ¿jura o promete hacerlo?

—Juro —dijo de pie, frente a un micrófono instalado en medio de la sala.

—Bien, igualmente le voy a preguntar al inicio de la declaración sobre si conoce o ha conocido usted o ha mantenido algún tipo de relación con las personas que se encuentran actualmente imputadas o querelladas en las actuaciones.

—Señoría, no los conocía antes de realizar las investigaciones sobre las que voy a declarar.

La jueza confirmó con la cabeza. Miró hacia su izquierda y dijo:

—Tiene la palabra el Ministerio Fiscal.

—Con la venia —dijo Abundio Villar—. Señor Sanchís, ¿nos podría explicar dónde está Luján Olvido al que se juzga por prevaricación, cohecho, blanqueo de capitales y obstrucción a la justicia?

—Por lo que yo sé —repuso temeroso el detective—, está en Venezuela con nombre y documentación falsa, protegido por el régimen político de ese país.

Un corrillo de rumores se hizo en la sala.

—¿Se reunió usted con Luján Olvido de forma previa a que abandonase nuestro país?

—Sí. Además, consta aportado en esta causa la filmación de aquella reunión y una declaración por escrito en la que indicó que había maquinado para enviar a prisión a mi cliente Ricardo Corbin junto al comisario Peláez.

El fiscal hizo algunas preguntas más sobre la relación entre el policía y el juez. Sin embargo, no profundizó a sabiendas que existían suficientes indicios para determinar que el policía ayudó a una tercera persona en contra de Corbin.

—¿Cree usted que en esta componenda Horacio Simenón tuvo algo que ver?

—Lo que yo sé del abogado Simenón es que se reunió con Luján Olvido en un parking de La Castellana de forma previa al inicio del proceso contra Tomás Sánchez Gamonal y que le entregó un maletín. Está, también, aportado en la causa el vídeo del parking donde se ve lo que he relatado.

—No hay más preguntas, señoría —dijo el fiscal.

—Tiene la palabra el abogado de la defensa de Don Asdrúbal Peláez —indicó la jueza.

El policía, orondo y sudoroso, se incorporó. Empezó a realizar aspavientos con las manos. Incomodando tanto a su abogado como a la jueza que le miró, con una advertencia.

—Con la venia, señoría —inició su parlamento el abogado del comisario Peláez—. Señor Sanchís, ¿me puede decir si usted se reunió con el comisario Peláez después de su encuentro con Luján Olvido en el aeropuerto?

—Sí. Así fue.

—¿Y él le confirmó que se había confabulado con Luján Olvido en contra de su cliente —remarcó las sílabas de cliente— Ricardo Corbin?

—No. Lo negó.

—¿No es más cierto que usted cobró por su investigación?

—Sí. Como usted cobra sus honorarios. Todos los profesionales cobramos por trabajar y Ricardo Corbin me pagó por mis servicios.

El policía, sentado en el banco de los acusados, manoteó al aire.

—¿Y usted mentiría por conseguir que su cliente saliese de prisión?

Sanchís miró a la jueza. Encogió los hombros. Iba a contestar cuando la jueza le interrumpió.

—Señor letrado. Mantenga la compostura. Aquí se juzga a su cliente Asdrúbal Peláez y no al señor Sanchís. Si usted tiene alguna duda sobre su comportamiento profesional vaya al juzgado de guardia y ponga una denuncia —dijo la jueza de carrerilla—. Y usted, señor Sanchís, por favor, mantenga la compostura en sus respuestas y sus gestos.

—Sí, señoría —contestó el investigador privado.

—Señor Sanchís, ¿no es cierto que el ex comisario Peláez negó fervientemente haberse confabulado con Luján Olvido para iniciar un proceso criminal contra Ricardo Corbin?

—Sí. Lo negó. Pero los hechos son así: el juez Luján Olvido me confirmó que Peláez y él decidieron meter a Ricardo Corbin en prisión porque este estaba enamorado de la novia del juez Olvido.

—¿Me quiere usted decir que todo fue un ataque de celos de Luján Olvido?

—Eso es lo que me dijo el juez. Lo que yo crea no viene a cuento —repuso, chulesco, el detective.

Un murmullo se hizo en la sala. Uno de los acusados, vestido con un formal traje azul, camisa blanca y corbata roja empezó a respirar entrecortadamente. Los días previos se había mantenido formal, firme y sin las estridencias de los otros acusados. Estaba un poco más delgado que en sus apariciones públicas como director general de la Policía. Parecía que hubiese vivido en una sala de vistas. Era el único de los acusados que no desentonaba.

Su abogado casi no había realizado preguntas en las sesiones previas del juicio. La jueza se dirigió a él.

—Tiene la palabra la defensa de Ramón Tejeda.

—Gracias, señoría. Con la venia —contestó el Ramón Parias que había cambiado su aspecto. Su anodina vestimenta había dado paso a un traje sastre napolitano. Ya no quedaba nada de aquel abogado que defendió a Verónica Expósito en televisión.

El letrado miró hacia su cliente. Tejeda estaba al borde del *shock*.

—Señoría, si nos puede dar un receso... Mi cliente parece que tiene algún tipo de problema —dijo formalmente Ramón Parias.

La jueza miró a Tejeda que, cada vez más blanquecino, se desanudaba la corbata. Sudaba. Parecía que, de un momento a otro, iba a perder la conciencia. Una cruz de oro brillaba en su pecho.

—No hay problema. Nos reencontraremos en esta sala en quince minutos. Mejórese, señor Tejeda —añadió la jueza con sorna.

El uno de noviembre se citó a las partes al juzgado. Ya se había llegado a una resolución. La mañana se presentaba solemne. La juez, con su toga, imponía con su presencia. Los acusados y sus abogados parecían estar en una procesión fúnebre. La lectura se realizó en la misma sala donde se habían celebrado las sesiones del juicio. La resolución, de ciento noventa y siete folios, yacía en la mesa de la magistrada.

—Buenos días a todos —dijo la jueza—. Pónganse en pie los acusados.

Leyó la sentencia durante cincuenta y cuatro minutos. Y, finalmente, declaró:

—Condenamos a Luján Olvido a diez años, tres meses y un día de prisión, multa de dos millones cuatrocientos mil euros y veinte años de inhabilitación para ejercer su profesión habitual —dijo la jueza sin la presencia de Luján Olvido, en paradero desconocido.

El próximo en saber su destino fue Horacio Simenón, el abogado de la acusación popular en el caso Bank Little. De pie, frente a los magistrados, mostró su peor aspecto esperando que los jueces fuesen benévolos ante sus supuestos problemas psiquiátricos.

—A Horacio Simenón le imponemos la pena de siete años, un mes y un día de prisión y...

Un murmullo recorrió la sala repleta de curiosos y periodistas. La magistrada afirmó:

—No se admite ninguna muestra de aprobación o desaprobación, por favor. Además, se le impone una pena de siete años de inhabilitación para el ejercicio de la abogacía habiendo estimado una eximente incompleta de enajenación mental transitoria.

Solo quedaban dos acusados. El siguiente era el policía.

—A Asdrúbal Peláez le absolvemos por falta de pruebas.

El policía, exultante, se abrazó a su abogado. El murmullo en la sala era cada vez más ensordecedor. La jueza tuvo que poner orden, nuevamente.

—Les reitero que no vamos a admitir más muestras de aprobación o desaprobación en esta sala. La próxima persona que emita un juicio de valor será, inmediatamente, expulsada.

Se había intentado impartir justicia y los lobby de los poderosos abogados del Banco Continental ni se habían despeinado. El nombre de Íñigo Altamira había sobrevolado la sala durante todo el proceso. Pero nadie se atrevió a pronunciarlo.

Ya no había ningún acusado más en la sala. Ramón Tejeda permanecía hospitalizado por un supuesto colapso coronario fulminante. El médico forense no lo había comprobado. Dieron por bueno el parte del médico particular que aportó el abogado de su defensa. Sin embargo, la magistrada leyó también su sentencia.

—A don Ramón Tejeda le absolvemos de todos...

No pudo acabar la frase. El público reaccionó gritando.

—Tongo, tongo...

—Aquellos señores del fondo que abandonen la sala. Ujier, llame a los servicios de seguridad y que echen a estos señores para que podamos acabar de leer la sentencia.

Ramón Tejeda también fue absuelto. Tras su fulminante desmayo, el detective Sanchís no había sido interrogado por las partes en relación con los sobornos del ex director general de la Policía y sus negocios privados con el jefe de la oposición Nando Asunción, por lo que no había pruebas que pudieran inculparlo.

Sanchís nunca aportó la documentación que le habían dejado bajo la puerta de su vivienda y



que demostraba que Tejeda había blanqueado dinero mediante la compra de obras de arte. Pero se alegró de no tener que mentir bajo juramento. Aunque lo hubiese hecho para salvar a su familia.

Lindo Suria cubrió personalmente el juicio. Era el nuevo director de *El Sol Legal*. Le habían ascendido. Las crónicas del juicio no hicieron hincapié en la absolución de Tejeda. El resto de la redacción no entendió la falta de interés de los estamentos judiciales por la declaración de Sanchís. Era el único testigo de cargo contra el político. Pero la jueza había aceptado la imposibilidad sobrevenida de Ramón Tejeda. La ley era clara. Y la sentencia así lo reflejó: «*El informe que consta en autos del investigador privado Néstor Sanchís, sobre lo que conoció, vio y oyó en la realización de sus pesquisas sobre el acusado Ramón Tejeda, no pudo ser ratificado en la vista judicial. Por todo ello, y a la luz de la jurisprudencia mantenida por nuestros tribunales de justicia, dicha prueba no puede ser tenida en cuenta al no haber sido objeto de la necesaria contradicción por las partes en el proceso.*»

El periodista fue uno de los primeros en leer la sentencia íntegra. Y de informar de ella por teléfono a Jorge Sánchez Gamonal.

—Dime, Lindo. Tengo poco tiempo. Voy a entrar en una reunión.

—Don Jorge, solo le llamo para indicarle que las cosas han salido tal y como usted predijo.

—Me alegro. Enviaré un *whatsapp* a Ramón para felicitarle por su absolución. Por cierto, felicidades por las ventas.

—Eso es gracias a las últimas investigaciones que hemos desvelado. Desde que usted compró la rotativa —comentó Suria.

—No te quites méritos, Lindo. Todos tenemos que ver en el éxito.

—¿Todos? La libreta negra de su padre, que es una mina de oro.

—Díselo a la jueza que absolvió a Tejeda. Una visita de la preparadora de juicios, un par de fotografías suyas retozando con su amante, y la sentencia ya era nuestra.

—Sí. Y la exclusiva —contestó el director de *El Sol Legal*—. Por cierto...

—Dime.

—Me tiene usted que presentar a la preparadora de juicios. He oído hablar mucho de ella.

—Algún día lo haré. Es una de los nuestros.

Ricardo Corbin había engordado unos kilos. Llegó moreno. Vestía unos *jeans* rectos, camisa de color azul y un jersey gris de pico. Sanchís le esperaba en el bar Sandor de la Plaza Francesc Macià, el mismo en el que se habían citado meses antes.

—Una botella de AguaZero para mi amigo —dijo el detective.

—Gracias nuevamente, amigo mío.

—De nada. Hice mi trabajo —declaró el detective—. Y me lo pagaste de forma muy generosa.

—Espero que la publicidad te haya ayudado y que crezcas aún más como empresa.

—Dejemos eso ahora, Ricardo. Tengo problemas más importantes que solventar.

—Tú dirás.

—¿Cómo se hicieron los putos vídeos?

Ricardo se había llevado el vaso de agua a los labios, pero esta salió disparada y mojó la ropa de «El Dandi».

—Perdona —dijo, mientras le limpiaba la solapa del traje.

—Déjalo, joder. Te repito: ¿cómo se hizo ese vídeo?

—No me preguntes eso, Néstor.

El detective miró fijamente al ex político.

—Necesito saberlo. Me lo debes —repuso Sanchís mirándole a los ojos.

Dudó si hacerlo. Su vida no corría peligro porque había pactado un silencio absoluto de cuanto sabía. Además, él ya no tenía aquellos vídeos. Los tenía Sanchís.

—Dimas Arias, un analista de los servicios de inteligencia me pidió que replicase mis carruseles sexuales en uno de sus pisos francos.

—¿Qué? —preguntó Sanchís frunciendo el ceño.

—Sí. Nuevas chicas. Nuevas pulseras. Pero el resto idéntico. Ellos ponían los clientes y el lugar. Yo solo tenía que guardar silencio. A cambio, me dejarían vivir tranquilo. Tranquilidad a cambio de mis conocimientos.

—¿Y cómo lo grabaste?

—Las dos primeras veces no lo grabé. Pero las chicas empezaban a quejarse. Aquellos hombres eran muy violentos. Sobre todo uno.

—Ya he visto las imágenes Ricardo. No lo olvides. Solo necesitaba saber cómo.

—A la tercera de las citas envié a una de las chicas con uno de tus relojes.

—¿Cuál? ¿El rolex con cámara camuflada de vídeo? —preguntó Sanchís.

—Sí. Ese. Te lo pedí para una supuesta reunión con la competencia. Pero lo necesitaba para filmar el carrusel. Ese es uno de los vídeos que tienes en el disco duro que te di. Las otras filmaciones son las de Ramón Tejada, Luján Olvido, Peláez y Sánchez Gamonal.

Sanchís se quedó pensativo. A los otros cinco empresarios y al político ya les había puesto cara. A los otros no, aunque estaba seguro que eran empresarios y políticos contrarios a los intereses de Jorge Sánchez Gamonal.

—Ya veo. Gracias —contestó sarcástico.

—¿Gracias?

—Has conseguido que abandone este trabajo. A partir de hoy, Néstor Sanchís cierra su

oficina de investigación privada —dijo en tercera persona. Y se levantó.

—¡Néstor! —gritó Corbin.

El detective ya había empezado a caminar.

Pasó la tarde en silencio en su oficina. Sentado frente a su mesa de cristal, coronada con un marco con la fotografía de su mujer e hijos. Se refugió en sus propios pensamientos. ¿De qué iba a vivir cuando se le acabasen los pocos ahorros que tenía? ¿A qué se iba a dedicar?

—Perdone jefe, tiene una llamada —le interrumpió su secretaria.

—Ahora no, por favor.

—Parece urgente. Es Jorge Sánchez Gamonal.

Aunque no tenía ganas de hablar con aquel hombre, decidió contestar.

—Sí, dígame.

—Gracias por hacerme caso. Hizo bien en no declarar nada.

—Hijo de puta —masculló el detective—. Nunca te perdonaré que tus mandados tocasen la ropa interior de mi mujer e hija.

—Me gustaría verte —dijo cortante el financiero.

—¿Para qué? Ya lo has conseguido, cierro mi empresa.

—Sería bueno que nos viésemos, de verdad.

—No hace falta. El vídeo es mi salvaguarda. Si algo me pasa a mí o a mi familia no dudaré en hacerlo público.

Tras colgar, su secretaria entró con una caja que acababa de dejar un mensajero a su nombre. Sanchís la abrió con prevención. Dentro multitud de ropa interior nueva; de mujer y de niña. Y una tarjeta del joven Jorge Sánchez Gamonal.

Lutz Oriana disfrutaba de una vida tranquila en isla Margarita. Se había hecho un nombre entre los lugareños. Moreno, más delgado y con un aspecto saludable, se movía con dos personas de seguridad. Era el rey de la pequeña isla caribeña, situada en el noroeste venezolano. Tenía dos cerros gemelos, redondeados en sus cimas, que parecían dos senos de mujer. Los moradores contaban que el nombre de María Guevara, como se conocía al monumento natural, provenía de una joven que participó en la Guerra de la Independencia y que fue enterrada entre ambos cerros. Cuando Lutz Oriana llegó a la isla, junto a su compañera, se dedicaron a comprar el amor de las margariteñas. Parecía perseguir a las mujeres con los pechos más vistosos, como las del cerro.

Pronto las fiestas de aquel extranjero fueron famosas. Siempre de la mano de su latina exuberante. Eran una pareja desigual. Su amor de película lo compartían, algunas noches, en orgiásticas fiestas de tres donde Lutz Oriana permanecía mirando a su compañera, en brazos de otras mujeres, disfrutando mujer contra mujer. Los bulos corrieron con rapidez por la isla. Él mira. Ella disfruta.

Pocos sabían que su nombre real era Luján Olvido y que había huido de la justicia española. El gobernador de la isla lo había acogido bajo la protección bolivariana a cambio de un alto peculio mensual. Ya no tenía que vender sentencias para subsistir.

Era el rey de la isla. Gastaba dinero a espuestas. Se estaba construyendo una gran casa y se codeaba con lo más granado del empresariado local, con los que había iniciado un juego con mestizas traídas de otras islas del Caribe. Su nuevo carrusel sexual. Se decía que su fortuna ascendía a veinte millones de euros, de origen desconocido. Los banqueros de la isla llevaban meses escuchando que pronto llegaría ese capital, pero mientras se tenían que conformar con un saldo de algo más de dos millones de euros que, a ese ritmo, desaparecerían en pocos meses.

La Navidad en España era fría y Tomás Sánchez Gamonal se sentía solo. La justicia y la prensa le habían absuelto, pero había perdido mucho por el camino. Su hijo Jorge se había apoderado del califato de los negocios y ya casi no hablaban. Su ex mujer se había largado. El se había quedado con el niño de ambos. Ella con el dinero. Lo que en realidad llevaba peor era que ya no podía volver a ser anónimo. Le reconocían por la calle, y los políticos y empresarios, que antaño confiaban en él, sacaban poco a poco su dinero del Banco Continental. Era un apestado.

Por eso decidió volar a algún sitio cálido. Celebrar sus propias Navidades al calor de un buen puro, un vaso de ron añejo y en brazos de alguna voluptuosa negra que le hiciese sentirse, de nuevo, un magnate.

Voló a Caracas y, de ahí, a isla Margarita, buscando el sol. Se alojó en el pequeño y hermoso pueblo de Cardón. Le esperaban a pie de avión para hacerle la estancia más agradable. Y al frente de la comitiva vio a su gran amigo Luján Olvido.

—Señor Sánchez Gamonal. Me llamo Lutz Oriana. Encantado de conocerle —lo recibió, con una sonrisa de complicidad.

—Encantado, señor Oriana.

—Por favor, deje que el servicio coja sus maletas y le llevaremos a su hotel —dijo señalando un bonito coche protegido por dos hombres de seguridad.

El viaje lo hicieron en silencio y solo cuando los dos amigos se encontraron a solas en el *hall* del pequeño hotel pudieron hablar.

—El padre de las Tetas de María Guevara, me han dicho...

—Sí, Tomás. Ahora soy feliz.

—Me alegro, amigo mío. Gracias por invitarme.

—En tu suite te espera Amara, una servicial amiga, que hará que tu estancia sea perfecta.

Tomás Sánchez Gamonal necesitó dos días para aclimatarse al país.

Luego, disfrutó como nunca antes lo había hecho. Sol, playas de arena blanca y agua turquesa, sexo y alcohol. No podía pedirle más a la vida. Sin embargo, tenía que volver a su rutina madrileña. Y la mañana previa a su partida se reunió con Luján Olvido.

—¿Estás seguro de que no se podrá reabrir el proceso contra mí? —preguntó el banquero.

—Seguro al cien por cien. En cuanto existe una sentencia firme con un sobreseimiento libre, se considera la cosa juzgada y nadie puede reabrir el proceso.

—Gracias —contestó el magnate. Y le tendió un papel.

—De nada —dijo el juez mirando el resguardo de los veinte millones de euros que le había prometido.

—La justicia ha perdido una cabeza privilegiada —afirmó Tomás Sánchez Gamonal.

—Y la delincuencia ha ganado un cerebro maquiavélico —repuso el juez exultante, al comprobar que su plan había salido como previo.

—¿Cuándo lo ideaste?

—Conocí a Alexa Tatroo y cayó rendida a mis pies. Nunca había tenido un orgasmo. Esa noche lo tuvo. Me convertí en su adicción. Luego me explicó que uno de los habituales de los carruseles eras tú.

—Y entonces ideaste el plan.

—Sí. Ya habías comprado una sentencia de sobreseimiento provisional. Y supe que serías un blanco fácil. Además, tu abogado es un delincuente.

Afirmó con la cabeza.

—Pero traicionaste a Alexa.

—Sí. Ella me trajo aquellos papeles que te robó. Se los entregué a Altamira, que me lo agradeció con cincuenta mil euros. Supe que eran muy importantes. Tanto para él como para ti. Me explicó el chantaje que venía sufriendo de Hernán Sistiago y que estabais planeando sacarlo de en medio. Entonces lo vi claro.

—Y buscasteis a Horacio Simenón.

—A él lo buscó Peláez. Estaba canino y representaba a la ACCL. Todo cuadraba. Presentó la querrela y solicité que fuese mi juzgado el que llevase la instrucción porque el caso anterior seguía vigente.

—Entonces solo debías aparentar un odio personal —confirmó el financiero.

—Te prometí que si eras capaz de soportar un mes de cárcel y la presión de los medios conseguiría desactivar a Sistiago y que jamás te quitasen el Banco Continental. Un mes a cambio de una vida.

—Y de ochenta millones —dijo el banquero.

—De cien millones. Aunque yo me haya quedado con veinte. Por cierto, tú también tienes un cerebro malvado. ¿Cómo supiste que Verónica te iba a dejar?

—Lo supe porque tengo experiencia con las mujeres que solo te quieren por tu dinero. Igual que tú sabías que en cuanto llegase la comisión rogatoria tras falsear la documentación, todo se archivaría.

—Ese fue el plan be. En cuanto apareció Sanchís tuve que ponerlo en marcha. Se iba acercando y tuve que acelerar toda la maquinaria.

Lo que Luján Olvido no sabía era que el Banco Continental estaba en la ruina. Sánchez Gamonal avalaba con sus bienes personales las deudas del banco. Ahora tenía sus ochenta millones blanqueados. Nadie podría decir que los había robado en la compra del Bank Little. Jorge también podría remontar, dado que la intervención del Banco de España se podía sustentar en un proceso de desgaste de un juez delincuente. Nadie pondría en duda que los políticos salvaran el banco. De eso se encargaría Dimas Arias y los vídeos que había hecho grabar en los carruseles sexuales de Ricardo Corbin.

Volvía a España.

Llegó al aeropuerto Simón Bolívar con una hora de antelación. Cruzó el área de inmigración y se sentó a esperar en la sala vip. Se sirvió un ron y llamó a su hijo Jorge. Había dejado un cabo suelto.

—Llámale. Ya le puedes informar.

—De acuerdo, padre.

—Haz que paguen por su traición.

En cuanto colgó, Jorge llamó a Peláez y a Altamira. Acordaron verse en el despacho que Jorge se había remodelado en el Banco Continental. Estaba en la última planta de una gran torre del Paseo de la Castellana. Era inmenso y tenía su propia sala de juntas en el interior del despacho, donde les recibió. Les explicó pormenorizadamente que la justicia había abierto una nueva causa judicial contra ellos dos.

—Esto es una trampa, Peláez. La familia va a por nosotros —dijo el abogado dirigiéndose al policía.

—Lo sé. El que se juega el culo soy yo. No tú —contestó el gordo funcionario.

—Os lo jugáis los dos —afirmó cortante el joven banquero.

La investigación del Bank Little había destapado una red de policías que actuaban como asesores particulares, con auténtico servilismo, para la organización criminal liderada por Íñigo Altamira.

—¿Vuestra estrategia no ha funcionado? —preguntó el policía.

—Sí. Claro que lo ha hecho. Mi padre está libre, el caso Bank Little muerto y archivado. Y el dinero a buen recaudo. Sois vosotros los que estáis jodidos. Leed —ordenó mientras les tendía los papeles de la Unidad de Asuntos Internos de la Policía Nacional.

El abogado los leyó detenidamente.

—¿Trato de favor? ¿Alertas de investigaciones? ¿Acceso a datos confidenciales? ¿Todo eso hacías para Sánchez Gamonal? —dijo Altamira mirando al policía.

—No. Todo eso se hacía para el despacho Law & Evidence. Aprended a acabar de leer la documentación. El nombre de mi padre no aparece en ningún lado —le corrigió el banquero.

—No sé de qué me hablas —se alertó el letrado, consciente de que lo más probable era que aquella conversación se estuviera grabando.

Luego, el joven banquero los dejó a solas en la habitación, leyendo el documento policial que acusaba a Peláez y a sus hombres de crear una red de favores para atender los requerimientos de su supuesto amigo, el abogado.

—¿Todo esto hacíais? —preguntó el abogado a Peláez.

—¿A qué te refieres?

—Búsqueda de bienes de deudores del banco, control de seguridad de las mujeres de los empresarios, protección personal, contra vigilancias, chantaje, amenazas, acceso a información confidencial... Joder, menudos chanchullos los vuestros.

—Y, según este informe policial, todo se hizo con tu conocimiento —añadió Peláez.

—La verdad es que no contaba con esta piedra en el camino. No lo preví, la verdad. Pero al final los afectados somos tú y tu equipo de policías y mi bufete. Sánchez Gamonal nos deja tirados. ¿Y las grabaciones ilegales? ¿Y los vídeos de Corbin? ¿Tienes copias?

—No, todo se destruyó cuando iban a hacer la entrada y registro, junto a las siete cajas de papel. Ahora entiendo por qué Júnior quiso hacerlo personalmente. Es un buen sucesor, la verdad. Se pringó cuando decidió ir a destruir el papel e inutilizar el servidor informático.

—Han jugado con nosotros —dijo el abogado.

—Sí. ¿Cuándo supiste la estrategia? Estaba todo atado desde el primer momento. Comprar a un juez para que aparentase inquina, treinta días en prisión y un sobreseimiento libre sin capacidad para reabrir el proceso.

—No sé de qué me hablas, la verdad —contestó el letrado mientras cerraba los ojos para recordar algunos documentos que implicaban a Sánchez Gamonal en diversos delitos económicos.

—Íñigo, no es el momento de hacerse el tonto. Nos han dejado sin pruebas. Todas destruidas salvo la libreta negra de Don Tomás. Y esa la tiene Jorge. Y ahora yo iré a prisión. Sin posibilidad de defenderme. El mero derecho al pataleo. Aunque quedan dos cabos sueltos. Verónica y tú —afirmó el ex comisario.

—¿Verónica? Está fuera de la circulación hace tiempo. Incluso se ha cambiado el nombre.

—Te equivocas. Te usó. Se lió contigo. Te informó de los pasos de su marido. Simuló el divorcio y cayó en tus brazos. Te creíste que ibas a heredar el poder de Sánchez Gamonal. Y a su mujer. Pero todo lo planearon. Eres un mero peón, Altamira.

Altamira se puso blanco. Sabía lo que venía.

—¿Jorge?

—Sí, dígame.

—Soy Íñigo Altamira.

—Ah, dime —contestó como si no conociese al letrado—. ¿Qué necesitas?

—Que hables con Verónica.

—¿Con Verónica? ¿Por qué? Además, ahora se hace llamar...

—Bibi. Lo sé. Ya me han informado que ha pactado con tu familia su silencio, a cambio de dinero y de facilitarle clientes para su nueva profesión como preparadora de juicios.

—¿Y?

—Pronto me juzgarán por compraventa de información a Peláez y su equipo. Nos hemos mantenido callados. Hemos hecho lo que nos dijisteis. La investigación judicial está muy avanzada y nos envían al caldero.

—Sin pruebas no hay condena, Íñigo. Nadie mejor que tú lo debería saber.

—Y lo sé. Pero ahora necesitamos a la preparadora.

—¿Y por qué no la llamas tú? ¿No te acostabas con ella?

—Sí. Por eso mismo. Solo si la llamas tú te hará caso. Ahora eres el jefe.

—Cómo cambian los tiempos, ¿verdad? —dijo el financiero, entre risas.

Altamira se sintió pequeño al otro lado de la línea. Y calló.

—¿Qué juez te ha tocado? —quiso saber el joven banquero.

—Carmen Sorrosal.

Un silencio se hizo en la línea.

—¿Sale? —preguntó el letrado atropelladamente.

—Sí. Está en la libreta.

—Por los viejos tiempos... por favor.

—Tranquilo. Ahora empiezo la ronda de llamadas.

Cada día estaba más atractiva. Sus sesiones preparatorias con aquellos jóvenes generaban un rubor permanente en sus mejillas. Se sentía una mujer plena y más aún con el regalo que le acababa de enviar su hijastro. Le había alegrado el día con un nuevo cliente: Íñigo Altamira.

A las siete en punto, el abogado entró por la puerta del despacho de Verónica, en el que improvisaba su sala de vistas simulada. En la sala de espera lo miró meditando cómo algún día se había podido acurrucar a su lado. Había sido un mal amante. Apresurado, egoísta y simple. Alguien que lo tenía todo y creía que el resto estaba a su servicio. En aquel momento, ella se había sentido usada, un mero objeto al servicio de un letrado que se creía el sucesor del más grande y ni siquiera le llegaba a la suela de los zapatos. «Joder, ni siquiera se quitaba los calcetines para follar», pensó.

—Adelante —le dijo Verónica invitándole a pasar al interior de la oficina.

Altamira se sintió empequeñecer al entrar en la sala de juicios simulada. Era su primer día. Su primera lección.

—Bienvenido, señor Altamira.

—Hola Verónica.

Ni le contestó. Le lanzó un traje azul de Zara, una camisa blanca de puño abotonado y una



corbata roja.

—Es de su talla, imagino.

—Sí. Veo que no te has olvidado de mí —dijo el letrado con una sonrisa.

La instructora ni se inmutó.

—Lo primero que tiene que saber es que yo soy el juez. Esto es una sala de simulacros y mando yo. Se me contesta «sí, señora» o «no, señora». ¿Me ha entendido?

—Vero...

—Lo segundo, me llamo Bibi. Y lo tercero, usted a mí me debe contestar como le he indicado. Esas son las reglas. Si no, ya se puede ir.

—Sí, señora —se corrigió.

—Y lo cuarto... —dijo, empezando la lección como lo hacía con los otros clientes—. ¿Ve usted ese cuadro?

Señaló la pared, donde había una tabla dibujada al claro estilo del Street Art. Parecía un trozo de pared superpuesta en la mampostería de la sala de juicios. La obra, del catalán Joan Manuel Pajares, mezclaba *graffiti*, *collage* y *cut ups*. En el centro se veía a Steve Jobs y una manzana a medio comer.

—Sí, señora —contestó Altamira.

—Si Steve Jobs estuviese vivo hoy en día... ¿Estaría en la cárcel? —preguntó la preparadora.

—No, Verónica. Si viviese el fundador de Apple no debería ir a la cárcel.

Se hizo un silencio. La mirada de Bibi era penetrante. Atemorizaba.

—No, señora —se corrigió. Aunque no pudo evitar añadir, con cierto sarcasmo—: ¿Tan ejemplar fue su comportamiento?

No había cambiado. Aún no. «Ya lo hará», se dijo la preparadora.

—Mire, Jobs usó detectives privados para localizar a sus padres naturales con diecisiete años —contestó obviando la pregunta del letrado—. Entonces ya compraba información.

Altamira sonrió.

—Y Larry Ellison de Oracle investigó a Bill Gates con detectives. Patricia Dun de Hewlett-Packard también se implicó en un escándalo similar. Y el propio fundador de Microsoft ha contratado detectives a través de su empresa. Eso es normal. No tiene ningún tipo de implicación penal —afirmó el letrado con prepotencia.

—Si me deja usted acabar entenderá lo que quiero decir. Se lo repito: si con diecisiete años se lanzó a la búsqueda de sus padres biológicos con detectives, imagínese cómo llegaba a forzar los límites de la ética empresarial de mayor. Jobs fue un visionario. Un genio. Consiguió lo que nadie soñó. Pero su propia visión de sí mismo estaba distorsionada. Se creía y se sabía especial. Y distorsionaba la realidad. ¿Te reconoces?

—Yo no soy un genio.

—Por supuesto que no. Eres alguien normal que se creyó especial. Alguien que nació en la marginalidad, creció entre mierda y se sintió superior cuando ganó un poco de dinero y poder. Te cegaste igual que Jobs lo hizo con sus éxitos profesionales. Pero déjame que siga explicando por qué el fundador de Apple ni entró ni entraría en prisión.

Era la primera lección de todo imputado. Asumir su pasado. Confirmar su presente. Soñar con un futuro libre del yugo de la justicia.

—Sí, señora.

—Tenemos que hablar de su lado oscuro. Cómo bordeaba los límites de la ética, los legales y los societarios. Y, sobre todo, lo que le mantuvo alejado de la cárcel —le informó detallándole

los casos judiciales en los que Steve Jobs había estado implicado y cómo la mayoría de pruebas obtenidas de sus correos electrónicos nunca le llevaron a la cárcel.

—Pero el caso Bank Little ya es cosa juzgada. Nadie me puede juzgar por unos correos electrónicos que envié a Sistiago a Estados Unidos. Y lo de usar a Peláez para acusarme de revelación de secretos y comprar funcionarios policiales es otra chorrada.

—Lo sé —repuso Bibi cansada de su suficiencia—. Pero existen otros e-mails que tú podrías usar contra Sánchez Gamonal. Y no queremos que el tribunal los tome en cuenta. Hay que destruirlos. Mira, el último de los casos que pudo llevar a Steve Jobs a la cárcel fue el de las opciones sobre acciones. Según el periodista del *New York Times* James Stewart, en Apple se forzó la contabilidad de la empresa para conseguir ratios favorables en la ejecución de las opciones sobre acciones de la empresa.

—Y entonces, ¿por qué no fue a la cárcel?

—Por lo mismo que Sánchez Gamonal —contestó Bibi—. Jobs esquivó la bala por el valor que tenía para los accionistas de la compañía, por su valor para la economía de Estados Unidos y, sobre todo, porque tuvo suerte.

—¿Suerte?

—Sí, la suerte de que la SEC y la junta de Apple no encontrasen una pistola humeante en su mano que obligase a los accionistas a tomar una decisión que no querían. Por eso Tomás no fue a la cárcel. Por su valor para el Banco Continental y porque los dirigentes políticos no se lo podían permitir porque sabían que estaba en manos del banquero. Una suerte que buscó. Tenía una agenda que impedía a sus enemigos tomar decisiones que sí hubiesen querido tomar. ¿Y tú qué me puedes aportar? ¿Qué me puedes dar para que luche por ti?

—Nada. He sido demasiado vanidoso. Me he creído intocable. Imprescindible. Y no lo soy —afirmó el letrado—. Además, la documentación contable que hicimos sobre las opciones sobre acciones del Continental la he destruido. La familia no tiene nada que temer.

La preparadora asintió. Sabía que aquella operación financiera que se había hecho en el Banco Continental era lo único que podía atemorizar a la familia Sánchez Gamonal. Su único escollo para la libertad total.

—¿Nada sobre Nando Asunción? ¿Nada sobre otros políticos implicados en casos de corrupción? ¿Nada sobre Sánchez Gamonal?

—Nada.

—Entonces ya puedes ir a juicio. Vuelves a tener valor para la familia. Si no hay traición no hay proceso.

—¿Entonces? ¿Me ayudarás?

—Claro. Yo fui la que aconsejó a Tomás que te imputasen junto a Peláez. De esa forma nos evitábamos nuevos chantajes. Ahora que estamos seguros de que no hay pruebas contra nosotros te puedo asegurar que jamás serás condenado.

## Nota del autor

USTED se preguntará: ¿Quiénes aparecían en los vídeos de Corbin? ¿Ha cerrado su despacho de detectives Néstor Sanchís? ¿Cuál era el secreto de su pasado que tanto le atemorizaba? ¿Francisco Nicolás Montón usará la información contra Tejeda? ¿Nando Asunción llegará a presidir el Gobierno?

    Mi respuesta solo puede ser una. Secreto de sumario. ¡O quizá no!

## Agradecimientos

*Siempre existe la posibilidad de que un libro de ficción arroje alguna luz,  
sobre las cosas que antes fueron contadas como hechos.*

HEMINGWAY

La existencia de una guerra judicial entre un juez —ahora reconvertido a político— y un banquero es algo que podemos leer, a diario, en la prensa de nuestro país. Espero que el lector no crea que esta novela es reflejo de esa realidad judicial. Ignoro cuál es el grado de similitud de lo que he escrito con la realidad porque no conozco a ninguno de los contendientes ni los autos judiciales. Por tanto, y aunque resulte obvio decirlo, cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

El problema es que la literatura siempre ha formado parte de mi vida hasta el extremo de que he convertido mi propia existencia en una novela. Por eso, cualquier agradecimiento es innecesario ya que, indefectiblemente, mis amigos —y los que no lo son tanto— siempre aparecen reflejados en los personajes que recreo.

Todas las personas tenemos algo de *voyeurs* y, en mi caso, ejerzo de ello. Por eso, algunas partes de esta novela son tan autobiográficas que, en ocasiones, pienso que escribo para mi familia y mis amigos. Aunque, obviamente, yo no soy Néstor Sanchís.

Aun así, quiero agradecer a las pocas y escogidas personas que tuvieron ocasión de leer mi manuscrito y aconsejarme sobre los personajes y sus tramas. A todos ellos gracias. Al resto, poco más tengo que decirles, salvo que disfrutaré sabiendo que pretenderán poner nombre y apellidos reales a todos los personajes de la preparadora de juicios. Reconoció el maestro Vázquez Montalbán que, ante la previsible y perversa intención de identificar los personajes de una novela con personajes reales, había utilizado arquetipos. Me permito declarar, parafraseándole, que los personajes reales siempre nos comportamos como arquetipos.



Francisco Marco Fernández es doctor en derecho penal, abogado, master en derecho de sociedades y detective privado.

Francisco Marco dirige desde los 25 años la mayor agencia de detectives española, Método 3, famosa por haber intervenido en los casos más representativos de los últimos diez años en España: caso Forum Filatélico, Malaya, Intervida, Madeleine McCann o Paesa.

Es autor del primer *Código de Seguridad Privada concordado y comentado* y de los libros *El Control en la Empresa* y *Intervida: el complot contra la ONG*. Además, ha escrito multitud de artículos jurídicos sobre detectives privados y su estatuto jurídico.

*La preparadora de juicios*

© 2015 by Francisco Marco Fernández

All Rights Reserved

© 2015 by Ediciones Urano, S.A.U.

Aribau, 142. pial. - 08036 Barcelona

[www.umbrieditore s.com](http://www.umbrieditore s.com)

Depósito Legal: B 7501-2015

ISBN: 978-84-9944-869-5

---

---

<b>notes</b>
--------------

## Notas a pie de página

<sup>1</sup> Papelina de un grumo de cocaína.

<sup>2</sup> Delito consistente en dictar a sabiendas una resolución injusta una autoridad, un juez o un funcionario.

<sup>3</sup> Se trata de un acto en el que todas las partes —fiscal, acusaciones y defensa— debían exponer su criterio sobre si correspondía que el inculpado quedase libre o, por el contrario, ingresase o continuase en prisión.

<sup>4</sup> *Politically exposed person* (persona políticamente expuesta) en la jerga financiera.

<sup>5</sup> Nena tu sonrisa siempre la llevo en mi mente; Y pienso cómo las personas que se enamoran de una manera mística; Quizá por el mero roce de nuestras manos; Seguiré cometiendo los mismos errores; Con la esperanza de que vas a entender.

<sup>6</sup> Documento de absolución judicial.

<sup>7</sup> La protocolización es el acto por el que un notario incorpora unos documentos a un «protocolo notarial», que a su vez constituye una serie ordenada de escrituras matrices dotadas de formalidades específicas determinadas por la ley, que posteriormente pueden ser convertidas en escrituras públicas.